Ginés Sánchez

DE TIGRES Y GACELAS

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Lema
Apartadero, 2015
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
Gulliver, finales de 2017
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14

Las gacelas, mayo de 2022
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
ACLARACIÓN Y AGRADECIMIENTOS
Créditos

Sinopsis

Rocío Martínez fue una belleza cuando tenía quince años, aunque ahora ha engordado demasiado y se ha visto forzada a ocultar media cara tras una máscara. Ella será la inspiradora involuntaria del atraco que David el *Mono* y su primo, Rubén el *Chato*, planean contra la organización de don Jorge Illescas, un golpe con el que costear la reconstrucción del rostro de Rocío. Don Jorge Illescas se pasa la vida viajando por el mundo, haciendo negocios de dudosa legalidad que le han labrado incontables enemigos, casi siempre acompañado por Tania, su amante, una tratante de arte. El *Chino*, un matón salvaje y adicto, recibe el encargo de ir tras los pasos de don Jorge, desaparecido desde hace un tiempo, con el encargo de encontrar una valiosa estatuilla que debía de estar en su poder. Y en la búsqueda de esa escultura se dará de bruces, algún tiempo después, con la familia de Rocío y el *Mono*. *De tigres y gacelas* es una fiesta narrativa que nunca deja de sorprender al lector, llena de giros argumentales, una mezcla explosiva entre *El halcón maltés* y *Death Proof*.

DE TIGRES Y GACELAS

Ginés Sánchez

TUSQUETS EDITORES

Esta novela está dedicada a Almudena
y a Ana Cristina. Nadie os olvida

Un día
los enanos se rebelarán
contra Gulliver...

«Gulliver»
JOAQUÍN SABINA

Apartadero, 2015

Todos los hombres de corazón diminuto
armados con palos y con hoces...

«Gulliver»,
JOAQUÍN SABINA

1

La vida, tal y como yo la veo, es como una de esas serpientes que se ven en los documentales. Ya sabéis cómo son ellas. Están metidas en su rama o entre los matojos o debajo de una piedra. Y de pronto, pasas y zas. Te muerden, te abrazan para destrozarte, te dan un susto de los buenos. Pues así veo yo la cuestión. La vida como una serpiente con muy mal humor y oscuras intenciones, que va moviéndose en lo oscuro mientras te espera. Por supuesto, tomando sus propias decisiones.

Entonces, una va por ahí diciendo «yo soy de esta manera y de la otra, y entonces, como soy así, mi vida debería ir por aquí y por allá».

El control de las cosas. La mierda esa de la identidad.

A ver si me explico.

Y tampoco esperéis grandes reflexiones teóricas. No. Pensad que dejé el instituto a la mitad y que llevo mucho tiempo pasando de todo.

Entonces, quién es cada uno. Y, profundizando un poco más, en qué forma podría una manejar eso.

Diréis: es fácil.

Respuesta: no.

Pero lo que os decía. Esa sensación de control que tenemos, y en realidad lo que pasa es que la serpiente la está esperando a una. O que una es el cigarrillo en la boca de la vida.

Entonces la vida lo mismo te tiene un montón de tiempo tranquila, metida en el celofán. Pero luego decide prenderte e ir fumándote. Entonces, a ratos eres caladas profundas y tranquilas y a ratos no eres más que el cilindro de papel que cuelga de la comisura como del borde de la ventana. Y, como buen cigarro, a veces eres disfrutado y saboreado y otras veces no eres más que esas dos caladas furiosas, ya sabéis.

Y qué puede pasar. Puede pasar que la vida se canse y te apague. O que decida morderte el filtro o estamparte contra el cenicero o arrojarte al río.

O cortarte con unas tijeras. En pedacitos muy pequeños y obsesivos. Ya sabéis.

Y entonces tú, que estás en tus cosas, que piensas que sabes quién eres, te das cuenta de que no. De que ya no eres A, sino B. Y resulta, además, que B es una cosa que tú jamás te hubieras pensado que podrías llegar a ser. Entonces viene el desconcierto y las preguntas. ¿Esa tal A era

yo?, ¿esa A que iba por ahí y que pensaba esto y lo otro era yo de verdad? Llegan las preguntas y luego lo que viene detrás. Cuando medio lo asumes. No me gusta esta tal B. Me gustaba esa A que era yo antes. Me gustaría poder volver a ser A.

Pero no.

Porque la vida te ha dado bien con el látigo y te ha puesto boca abajo en la cama y te ha ajustado bien las correas y te ha puesto tu vaselina y ha empezado a culearte en modo pistón enloquecido.

Pero lo peor no es eso.

Lo peor es que la vida, tal vez, no se conforme con hacértelo una vez. No, tal vez la vida quiera hacértelo dos, tres veces. En plan sábado noche de descontrol y muy comida de cosas.

Y entonces es cuando vuelves a lo que os decía al principio.

Al cómo sabe una quién es. Y cómo lo controla.

¿Soy A?, ¿soy B?, ¿hay diferentes versiones de mí?

¿Siempre seré B o me esperan nuevas sorpresas en el camino?

¿Yo soy esta o aquella?

Parezco la Pantoja.

Y la cuestión es que esto me desespera, me llena de inseguridad.

Me llamo Rocío Martínez y tengo veinte años. Ahora es noviembre, pero esta historia va sobre las cosas que pasaron durante abril y mayo. Va sobre quién seré yo dentro de un rato. Porque la vida me lo ha vuelto a hacer. Por tercera vez.

Entonces dejadme que os lo cuente todo. Y dejadme situarme como si otra vez estuviera allí. De pronto es de noche y la luna sale a ratos de entre las nubes. Una luna neblinosa, amarilla, con la forma de una rodaja de melón. Y entonces hay una voz que rompe el silencio.

—Y si este fuera el último día de vuestras vidas, ¿entonces qué? —dice la voz—. Y si de pronto aquel camión que viene por allí se volviera loco y nos aplastase, ¿qué diríais?, ¿qué sería lo último que diríais?

Después de la voz viene una risa. Una risa cascada, una risa de una garganta larga, blanca, arrugada. Una boca de dientes azafranados. Una nariz estruendosa. Una bruja, diríais. No. Aurora.

Pero alejemos un poco la cámara. Como en el cine.

Situémonos. Es de noche y la luna sale a ratos de entre las nubes, como si estuviera jugando al escondite. Hay tres mujeres dentro de un coche. El coche está en un parking y las tres mujeres

visten los uniformes azules de una empresa de limpieza. El parking está a los pies de la torre de oficinas que acaban de limpiar. Las mujeres se han puesto los cinturones de seguridad y una de ellas, Aurora, se dispone a arrancar, y antes de hacerlo abre su bocaza.

—Y si este fuera...

Ya sabéis.

Aurora anda por los cincuenta y es muy alta. Desgarbada. Tiene las manos quemadas de tanta lejía y tanto desinfectante y el pelo rizado y blanquecino. No se maquilla ni se peina. Además, es de esas tipas raras que van por ahí con algún problema mental diagnosticado y a las que a veces se les olvida tomarse las pastillas. Y agárrate, entonces. Mejor estar lejos. Mejor estarlo pero que tampoco penséis cosas raras porque, en general, está bien. Solo que es peculiar, extraña. Que a veces te das la vuelta y te topas con sus ojos. Y queman.

—¿Te ha gustado tu vida, niña? —puede decirte. Y luego se reirá—. Pues, si te ha gustado, verás ahora.

Aurora arranca y dejamos atrás la torre y el tanatorio, y en un minuto estamos en la autovía para rodear la ciudad. Pero, tres mujeres. La segunda es Carmen. Carmen es una gitana un poco más joven que Aurora. Muy morena de piel y de ojos muy oscuros y cabello más negro todavía. Y tampoco es que las tenga todas consigo. Porque una la mira y se dice que debió de ser muy guapa hasta no hace tanto. Un bellezón. Pero lo que os decía de la vida. Que zas. Tenía un hijo. Dicen. Y el hijo se le murió, dicen, en una carrera ilegal en un parking.

¿Qué os dije del cigarrillo y la serpiente?

Así que se abandonó, dejó de ser la que había sido y empezó a ser otra. Perdió el control.

Y me queda la tercera mujer, la que está sentada detrás que es como un bulto inmenso e informe. Esa que lleva una especie de máscara en la cara y los cascos puestos pero la música quitada y que soy yo. Rocío. Luego os explicaré de mí. Luego os contaré, pero os diré antes que, a veces, tenía ganas de hablarles. A ellas dos. De sentarme a su lado y agarrarles las manos y acariciárselas. Que tenía ganas, a veces, pero que nunca lo hacía. Que en lugar de eso solo les decía las frases imprescindibles.

Pásame esto. Entro de turno. Bajo en diez. Vale.

Y todo con esa voz mía tan parecida al gruñido de un animal adormilado.

Decía que luego os hablaré de mí. Porque el coche sigue, casi a solas por entre la luz naranja de las farolas, y va dejando a su izquierda la catedral y va pasando por encima del río y por encima de la vía del tren. Luego los intermitentes hacen clac clac y salimos y volvemos a bordear. Aurora va en silencio, lo que es raro en ella, Carmen va ensimismada y yo voy con los párpados bajados porque me molesta el ojo que no tengo y siento muy cansado el que me queda. Pero otra vez suenan los intermitentes y el coche se mete por una callecita flanqueada por casitas blancas y

llega a la plaza en la que está la casa en la que vivo. Ahí se detiene debajo de un jacarandá inmenso, Aurora suspira y mira a Carmen.

—Te he visto en un sueño —dice Aurora de pronto.

—¿Un sueño? —dice Carmen.

Yo veo a través del retrovisor como Aurora entrecierra los ojos.

—He soñado que estabas delante de un espejo. Delante de un espejo y al lado de un hombre. Estabais ahí los dos. Condenados a no dejar de miraros.

Aurora lo dice y se ríe. Luego se vuelve hacia mí.

—Y también te he visto a ti, niña. ¿Sabes qué vi?

Yo la miro, pero no me muevo ni digo nada.

—Eras una especie de princesa —dice, y sonríe—. Pero eras calva.

Aurora siempre está diciendo cosas como esa o como lo que os he dicho antes del camión.

Aurora toma aire.

—¿Hoy tienes que ir a cuidar a tu madre? —le dice a Carmen.

—No.

—Ah.

Aurora vuelve a reírse.

¿No os ha parecido raro eso que he dicho antes?, ¿eso de que solo tengo un ojo?

Pues sí.

Solo. Tengo. Un. Ojo.

Cosas de la vida.

El coche debajo del paraguas inmenso del jacarandá, las ventanillas bajadas y la brisa fresca de la noche. Y el silencio, que se impone a todo, pero que va punteado por detalles nimios. Un motor que suena a lo lejos, el tintineo de un semáforo. Los pájaros. Los jodidos pájaros. Y las flores del árbol cayendo como una lluvia azul, derramándose por el parabrisas, haciendo montón en los rincones, amontonándose en tonos violeta o ciruela en los recodos de las aceras. Yo pensando en si las flores, al caer, sabían dónde iban. En si mientras caían iban gritando en alguna frecuencia inaudible para las personas. Y los ojos de Aurora, de pronto.

—Niña, ¿bajas o te adopto?

Así que me muevo. Acciono la palanca y muevo mi culo inmenso.

—Hasta mañana —me dicen.

—Hasta mañana —murmuro yo.

Yo murmuro con la cabeza baja. Es como lo hago siempre. Mi voz es lo que los americanos llamarían *mumbling*. Me parece bien.

Así que bajo del coche y me miro los pies y busco un sendero entre las flores y me digo que son demasiadas. Las flores gritan al ser aplastadas por mis zapatillas de deporte mientras el coche se aleja y yo me acerco a la puerta. Mis muslos de morsa hacen flas flas al restregarse el uno contra el otro. Desde el portal ya veo que voy a tener problemas.

Y es que, si la ventana del salón está abierta es porque el Mono está despierto y jugando a la Play. Y si el Mono está a estas horas con la Play es porque está el Chato ahí con él.

Así que subo las escaleras y me quedo un par de minutos detenida en el rellano. Por debajo de la puerta se cuelan los ruiditos marcianos del *Resident Evil* y el aroma dulzón de la mierda que están fumando. Todo mezclado con sus ocasionales voces y con una base de salsa barbacoa y pizza turca. Pero entro al fin, y avanzo por el pasillo, que luego se abre al salón. Y ahí los dos. Os los presento. Dos gitanos de veintipocos. El Mono, que en realidad se llama David, es el más flaco y el más enjuto. El más feo. El Chato, que se llama Rubén y que es primo del otro, es el alto con la cadena de oro y el pendiente. La mesa donde tienen subidos los pies está llena de colillas de porro, latas de cerveza y envoltorios del sitio de comidas para llevar de abajo. Además, los teléfonos móviles del Chato extendidos en abanico, como si fuera un narco de las películas.

Ellos me han sentido entrar, claro. Me quedo parada un momento en la puerta del salón. El Mono me mira. El Chato no.

—¿Qué tal? —dice el Mono. Mi único amigo en el mundo.

Yo bufo y sigo camino. Cierro la puerta del baño detrás de mí y suelto el aire que venía aguantando desde la calle. Estoy cansada y me duele el ojo que no tengo.

Y se me ocurre que tal vez sea este el momento de que sepáis algunas cosas más de mi vida. De terminar de abrir el plano para que se vea el conjunto.

Me llamo Rocío Martínez y tengo veinte años. Eso ya lo sabéis.

Solo tengo un ojo. Eso también.

Pero no sabéis que soy rubia y que el ojo que me queda es verdoso. Tampoco sabéis que peso, en este momento, más de cien kilos. Calculando a ojo, porque siempre me he opuesto a que hubiera una báscula en casa. Pero hay más cosas. Porque tampoco sabéis que me falta media cara, y que por eso siempre la llevo tapada.

Así que esto sucede ahora en el baño, que Rocío se muestra en toda su magnificencia.

¿Decís que una no puede quitarse el uniforme de trabajo y la ropa interior y los calcetines sin mirarse al espejo?

Se puede.

¿Decís que una no puede quitarse la máscara que le cubre toda la parte izquierda de la cara sin

fijarse en cómo es esa mitad de la cara?

Se puede.

¿Decís que una no puede arreglarse un mínimo la mitad de la cara que lleva visible sin ser consciente de cómo es esa otra mitad de su cara?

Se puede.

¿Decís que una no puede sacarse el ojo de cristal con la mano izquierda, dejarlo caer en la derecha y, hábilmente, lavarlo con su suero salino y luego secarlo y hacerlo todo sin mirarse la cuenca que ha quedado vacía y marciana?

Se puede.

¿Decís que una no sería capaz de limpiarse esa misma cuenca por dentro mientras le hace un cortocircuito a su cerebro para que el cerebro no se dé cuenta de qué está pasando?

Se puede. Yo canto canciones.

Mi primo el Manuel, que lo tengo reservado para las ocasiones difíciles.

Y tú siempre dices que soy un alma del averno.

Tendré que darte la razón, quizá sea cierto.

Canto y después cierro el ojo que sí tengo, ese que todavía es verde.

La cuenca del ojo, por dentro, lleva una prótesis que es como de plástico. Ese plástico es suave cuando lo acaricio con la gasa mojada en suero. No es tan duro. Psicológicamente, es como cuando a una se le cae un diente. Primero es raro, pero luego uno se acostumbra un poco. Al tacto. Lo difícil es acostumbrarse a no tener ojo. Pero peor es acordarse de por qué.

Y ahí está el Chato, para recordármelo.

Al final del espectáculo se deja el ojo de cristal en el estuche.

Y jamás olvidarse de cerrar el párpado.

La noche sigue. Ya salgo del baño. Los ruidos del *Resident Evil* han cesado y los chicos —son primos— hablan. La conversación me concierne.

—Tú me lo dijiste —dice el Chato.

—No —dice el Mono.

—Sí, me acuerdo perfectamente. Yo estaba tirado en la playa y tú me llamaste por teléfono y me lo dijiste. Que ella estaba bien. Que unos puntos en la cara y ya estaba.

Hay un silencio. Se nota que el Mono está inquieto. Yo misma estoy inquieta.

—No sé. Fue un rato muy raro —dice el Mono.

—Pues lo dijiste.

—¿Y qué si lo dije? —El Mono se impacienta.

—Tú sabrás.

El Chato sentencia y el Mono murmura algo por lo bajo. Después hay otro silencio. El

silencio ese de quienes están acabando el último porro de la noche. Ahí se les va el sueldo a los dos. En eso y en irse de putas.

—Te juro que no entiendo lo que haces —dice el Chato.

—¿No entiendes qué?

—Por qué no la largas.

Otra vez hay un murmullo que brota de la garganta del Mono. Un murmullo y la risa del Chato.

—Eso lo dices tú, primo. Pero vaya grano en el culo.

El Chato en estos años ha cogido como diez kilos y se ha aflojado de la muerte. Aparte se ha casado con una especie de cerda que le ha dado dos retoños asquerosos. Cuando dice lo del grano en el culo, el Mono guarda un instante de silencio. Momento que yo aprovecho para hacer ruido, para que conste mi presencia cerca de ellos.

Para que se corte.

Porque no tengo el más mínimo interés en saber cuál es la respuesta del Mono a eso del grano en el culo.

Yo hago ruido y los sumo en el silencio y me meto en mi habitación. Pasado un rato, el rato del porro, el Chato se levanta del sofá y se va para su casa. De la calle empieza a llegar rumor de vida. De pronto alguien pasea un perro o cruza el dueño del bar de abajo o un repartidor aporrea una persiana.

Y los pájaros, claro. Los putos pájaros.

Rumor cansado de gente que vive, pero yo ya estoy tirada en la cama y he encendido mi televisión. Ahora indiferencia. Mirar al techo.

Todo no. El Chato no me es indiferente.

El Chato de hace cuatro años. El último hombre que estuvo dentro de mí. El último hombre que, pudiera ser tal y como van las cosas, jamás volverá a disfrutar de mi flor tan turbia. Ja.

Y es lo que os decía de la vida y su manera de vivirnos como si nosotros fuéramos el porro y ella la persona que nos fuma.

Porque, si hace cuatro años alguien me hubiera dicho que yo, en abril de 2015, iba a estar como estaba, lo hubiera mandado a cagar lo más grande. Lo hubiera mirado, ¿sabéis?, con mis dos ojos verdes y mi cintura de avispa y le hubiese soltado alguna de las mías.

—Papi, claro. ¿Y por qué mejor no va y se busca un buen burro así con una buena tranca de burro para que lo infle y dentro de unos meses me pare unos mesticitos de burro y persona y los llevamos a un circo y nos hacemos de oro o de plata?

Algo así le habría dicho. Y no lo hubiera pensado ni un segundo.

2

Me llamo Rocío Martínez y tengo veinte años y peso en torno a cien kilos y solo tengo un ojo. La mitad de mi cara no existe. Ya os lo he dicho.

Pero no siempre he sido así. Tendríais que haberme visto antes. Con quince, con dieciséis años.

Os hubiera encantado. Sobre todo a los varones.

La cosa funcionaba más o menos así: era viernes por la tarde y yo había quedado para dar una vuelta. Un botelleo en un jardín o lo que fuera. Entonces me ponía unas sandalias, una minifalda y un top, y salía a la calle. Entonces se obraba el milagro de las pollas y el acero. Y era que, solo con pisar yo la calle, todas las pollas heterosexuales que había desde la catedral hasta Beniaján cobraban consistencia y se convertían en cemento armado y los tíos se tiraban a mi paso de veinte en veinte. Y ahí reinaba yo, claro. Que quería un tío, pues solo tenía que acercarme y mirarlo. O mirarlo de lejos, así con los ojos caídos. En plan: papi, me estás poniendo. Y ya. Daba igual si tenía novia o si tenía esposa o si tenía un mono en una jaula. Todos jadeando. Los repartidores lo mismo que los quiosqueros lo mismo que los curas. Los jóvenes que los viejos. Todos deseando que los maltratara, que los incendiara, que los dejara atrás. Felices de haber compartido, de haber olido la felicidad que yo llevaba entre mis piernas para ellos. Mi coño ardiente.

El mundo era mío. Porque aquello era el poder.

Y claro que a veces dolía. Pero nunca era más allá de un rato. El mundo era una selva de pepinos en aquella época. Pepinos disponibles. Y si alguno te hacía daño, pues te buscabas otro y se lo restregabas por la cara.

Fácil.

Así que yo dominaba, desde lo alto del cerro. Porque era el mejor coño de la ciudad. Un coño premium. Absoluto.

Solo que luego pasó lo que pasó. Lo que os dije de la vida teniendo sus planes para ti, sin avisarte.

De repente, crac.

La vida se cansa de fumarte y te hace chas chas con las tijeras. En pedacitos pequeños.

Y entonces ya no eres aquello que eras. Todo se acabó.

Digamos que yo tenía dieciséis y estaba viviendo los años dorados.

Y que de pronto y en un segundo pasé a la segunda pantalla.

Los años de la mierda.

¿Qué recuerdo de aquel momento en que la vida me hizo tras tras? No tantas cosas.

¿Qué estaba haciendo yo exactamente? No consigo precisar el segundo concreto. El acto en sí. Recuerdo el contexto. Habíamos fumado mucho, íbamos muy locos, muy puestos. Yo estaba desnuda. Me encantaba estar desnuda en aquella época. Y más si había chicos para mirarme. Todos con esas caritas.

Así que desnuda. Y allí el Mono, desesperado.

Y el Chato, desesperado. Menos desesperado porque tenía más nivel y porque ya se había llevado una parte del pastel, pero también. En el puntito justo.

Y yo, feliz.

Y entonces crac.

María. María, la loca, la maldita loca. Que mil veces me lo habían dicho, esa niña no está bien, esa niña un día dará un disgusto. Y yo que la consentía, porque era divertida en sus angustias y sus contradicciones. Porque iba a ser mi sucesora.

La maldita loca llegando por detrás. Un grito. Y entonces, crac. Se acabó.

Ni me di cuenta. Simplemente entré en otro mundo. Del mundo A al mundo B sin transición.

El dolor en la cara, un dolor como no podríais imaginar y que no sabría describir, la sensación asquerosa de algo que se engancha en tu piel y luego tira de ella y la desgarra. Aparte, el sonido como de una calabaza al partirse. Después, gritos. Lejanos gritos. Y como si dentro de mi cabeza se hubiera instalado un inmenso panal de abejas enfurecidas.

Hacía cra cra cra cra cra cra cra cra.

Cra cra cra cra cra cra cra cra cra.

¿Habéis visto alguna vez en una película un contador Geiger?, ¿de esos que se usan para medir la radiación? Pues eso oía yo.

Y más allá, muy lejos, más voces, más gritos. El Mono, el Chato. La otra.

Y después nada.

Cra cra cra cra cra.

El zumbido dentro de la cabeza. El mundo lejos. Todo como en una niebla.

La voz del Mono. Aguanta, primita.

Una extraña sensación de viento alrededor de la cara.

Y otra vez nada.

Aguanta, primita.

Y algo dentro de tu cabeza, algo animal, involuntario, que se agarra a aquellas dos palabras con la punta de los dedos. Algo dentro de tu cabeza que comprende que ahí está la esperanza.

Que si esas palabras dejaran de existir, entonces ya no serías nada.

Y algo que tembló muy cerca de mí.

Algo que casi venía. Que casi estaba. Que quería abrazarme.

Quiere abrazarte y es denso, oscuro, pegajoso. Como de petróleo.

Y fijaos lo que os digo. No estaba dentro de mí.

Estaba cerca.

Y sabes.

Entonces te aferras a aquello que es como un hilo de oro muy fino que va atravesando la oscuridad.

Aguanta, primita.

Y dentro del cra cra cra tú dices: no te calles.

Lo dice esa parte animal tuya. Esa que siempre está de guardia.

Entonces sobrevives. Porque la vida es así. Porque peleas. Porque es esa parte animal a la que me refería antes la que está a los mandos, y no tú. Y porque aquello tenía fuerza suficiente para joderte la vida, pero no para arrancártela. Así que silencio, nada. Vacío. Y luego, como unos días después, vuelves a abrir los ojos —el ojo—, y te reenganchas.

Y entonces sigues siendo Rocío, sí. Pero otra Rocío. Lo que os dije.

Una versión 2.0 instalada en la pantalla de la mierda.

Preguntadme lo que queráis, lo sé todo. De traumas faciales, enoftalmos, ojos hundidos, desviaciones septales, reconstrucciones faciales, hundimientos de senos frontales, roturas de la estructura de la órbita del ojo, osteotomías, tomas de injertos de la zona de las costillas, abordajes orales y subciliares, placas de seis orificios en articulaciones frontocigomáticas, tornillos en arcos cigomáticos, placas en doble y colgajos con piel del trasero, colgajos de rotación...

Sé de dolores, de narices desviadas, de cicatrices, de horas y horas y horas pasadas en los hospitales.

Sé de las miradas de los médicos, de las miradas de las enfermeras. De las miradas de la gente por la calle.

Sé de necrosis y problemas posoperatorios y de «tenemos que volver a operar».

Entonces, más horas en el hospital. Otra tomografía para la señorita Martínez, esa que iba por ahí de rechulona, y mírala ahora.

Sé, ya os lo he dicho, cómo es la órbita de mi ojo por dentro. Superad eso.

Es dulce al tacto, lisa. Hay cierto momento de placer, a veces, cuando paso la gasa por ella. A veces meto el dedo y lo dejo ahí un momento para que descanse. Es como un coito entre mi dedo y mi ojo. Los dos, ahí, se reconocen, se hacen amantes mientras el cerebro que debía estar a los mandos de todo te lo vuelve a explicar: nunca volverás a tener un hombre.

¿Y tú qué haces? Pues dejar ahí el dedo, para que el cerebro se joda.

A veces lloras. Lágrimas de un solo ojo.

Pero sigamos con los años de la mierda. Porque el hospital, al fin, es un limbo que te mantiene alejado de los problemas cotidianos, de la realidad que te espera más allá de sus puertas.

Entonces, siguiente prueba. Vete a casa. Con tu papá y tu mamá.

Siguiente prueba. Llegado el momento, vuelve al instituto. Con tus compañeros, que, por supuesto, saben lo que te ha pasado. Que te están esperando. Para una cosa unos, para otra cosa otros.

Con los profesores.

Y una voz inmensa gritando dentro de ti. Noooooooooooooooo.

Noooooooooooooo.

No volví. Mis padres me matricularon, me insistieron en plan: esto es bueno para ti. Pero no volví.

Me encerré en mi habitación, eso hice. Me encerré y tiré la llave. Durante dos años ni siquiera pisé la calle. ¿Agorafobia? No. Agorafobia es querer salir de la casa y no poder porque algo dentro de tu cabeza no lo asume y te quedas ahí, atornillada en el umbral. Pero lo mío no era una cuestión de no poder salir. Era no querer.

Me atornillé a la cama y me negué a levantarme, así de simple.

Antes he mentido un poco. He dicho que estuve dos años sin pisar la calle, y no es del todo cierto. Porque mis padres se preocuparon mucho, normal. Y me buscaron una terapeuta. Así que, una vez a la semana, tenía que vestirme, ponerme la máscara, salir hasta el coche y luego volver a bajar ante la puerta de la tipa. O sea que, objetivamente, he mentido, porque sí pisaba la calle. Unos metritos al salir de casa y otros al salir del coche. Y luego de vuelta. Pero mi padre, que era quien me llevaba, tenía que poner el coche en la propia puerta. Si no, nada.

La terapeuta tampoco sirvió de mucho. En total estuve yendo tres meses. ¿Sabéis cuántas palabras pronuncié en esos tres meses en su consulta? Cero. Patatero. Ni una. Ella empleó todos los trucos. Primero se callaba a ver si yo me sentía incómoda y decía algo. Luego me daba conversaciones en modo banal. Cosas de su vida y para ver si yo picaba y me interesaba o miraba.

Pero yo era una especie de estatua de piedra que miraba al techo y que no respondía.

Y así estuvimos hasta que se cansó. Tres meses duró, ya os digo. Luego mis padres ya no quisieron llevarme a ninguna otra. Lo intentaron, también, con los amigos. Que vinieran a verme y me hicieran compañía, lo que demostraba que no habían entendido ni un carajo.

De todas maneras, algunos sí vinieron. Unos lo hicieron antes de que mis padres iniciaran la ofensiva y otros, después. Pero tocaron hueso, porque no dejé que nadie entrara ni me viera. Luego estuvo la bronca de la televisión de mi cuarto.

Tenéis que pensar que la televisión era importante. Porque estaba puesta todo el tiempo. Todas las horas. Aunque tampoco es que yo le prestara especial atención. No. Estaba puesta para apartar el silencio. Ese silencio que habita en ese otro lugar y que a veces quiere venir e imponerse. Ese silencio de todas las cosas.

El aparato otorgaba luz azul al cuarto atestado de sudor. A veces cambiaba de canal. A veces no. Porque daba igual. Lo mismo cualquier versión de *Gran Hermano* que *La reina del sur.* Lo de *Homicidios* que lo de casarse con el hijo. Lo de Carmina Ordóñez que *La Voz.* Lo de *Gandía Shore* que lo de *Amar en tiempos revueltos.* Y los presentadores, igual. El Mata que el Florentino que el Valls que la Belén que el Jorge Javier que el Chicote que la Paula Vázquez que el Cintora que el Mejide. O que el Imanol y la Duato. Y los sálvames y los *MasterChefs* y los *Supervivientes* y los programas de gordos que querían adelgazar y los de las tipas que querían un vestido de novia. O los de las casas o los de las operaciones. O los *Callejeros* o los Adanes y las Evas.

Todo cumpliendo su función. La simple función de hacer ruido. De evitar que el silencio, esa cosa fría, hiciera presencia. Y luego, un día, mi padre entrando. Con algo en los ojos. Una luz.

—¿Qué haces? —dice mi voz murmurante, desentrenada. Mi gruñido de animal agotado.

—Voy a quitar la televisión de aquí —dice mi padre.

—¿Por qué?

—Porque no puedes seguir así. Mira cómo huele esto.

Él lo dijo y el siguiente rato no lo recuerdo bien. De pronto hizo mucho calor y todo fue cra, cra, cra, cra, cra. Me enfadé, tiré cosas, grité mucho. Seguramente cosas espantosas.

Me salí con la mía, por supuesto.

Al final llegó mi madre por el pasillo y los dos discutieron y se gritaron y los vecinos salieron a las ventanas y movieron las cabezas. Luego mi padre dio un portazo y volvió ya de noche y otra vez discutieron.

Lo hicieron hasta muy tarde aquella noche, pero la televisión se quedó donde tenía que estar.

Se quedó, pero pasó otra cosa. Y es que de alguna manera yo vi que ya había tocado fondo.

Luego os hablaré de eso otro y de otras cosas que pasaron en esa época, pero ahora me voy a centrar en el Mono.

El Mono y mi imprevisto cuelgue mental por él. El Mono. La única persona a la que, por misteriosas mareas de mi subconsciente, podía tolerar a mi lado. El Mono, mi único amigo y, al fin, mi tabla de salvación.

Durante dos años, esos en los que no pisé la calle, él fue la única persona con la que hablé. Llamadlo un síndrome de lo que queráis.

—¿Cómo estás hoy, primita? —me decía.

Él tocaba a la puerta y mi madre le abría. Yo sé que él a mi madre no le gustaba, sin embargo, no le quedaba más remedio. Así que lo dejaba pasar y lo conducía, en silencio, hasta mi habitación. Él trataba de ser amable, hasta llevaba dulces y eso, pero mi madre no lo era con él.

—Mal. Como siempre. Y no me digas primita. No soy tu prima.

—Lo sé, primita.

Él decía esas cosas porque quería sacarme la sonrisa. Era nuestro juego. A veces yo me enfadaba y entonces él hablaba. Otras veces yo estiraba la mano y la ponía sobre la sábana. Eso quería decir que él podía cogérmela. Un rato. Hasta que yo me cansaba. Él hablaba. Mientras lo hacía iba surgiendo su vida.

Y no era que a mí me interesase especialmente su vida, no. Pero ya os digo que había una conexión profunda entre los dos. La conexión que sientes por el que te ha llevado al hospital en un coche a doscientos por hora mientras tienes el ojo colgando fuera de la cara y estás echando litros de sangre a presión. Esa conexión.

Pero el Mono hablando y yo sintiendo sus cosas como un ruido a lo lejos. Un ruido que sustituía al de la tele por un rato. Uno que era algo más interactivo, aunque tampoco tan interesante.

—Eso viene ya congelado, ¿entiendes? Entonces hay que sacarlo de la caja de cartón y hay que cortar con un cuchillo, así por abajo. Y se quita el plástico con cuidado de que no quede nada. Y después hay que clavarlo en la espada. Solo que, claro, eso tiene un tubo así por dentro, de cartón. Porque, imagínate si no. Entonces lo pones y le das al motor.

Él habla. Yo miro al techo. Que si el cuchillo es eléctrico. Que si aquello tarda tanto en empezar a asarse. Que si en el trabajo tampoco es que esté tan ocupado porque en total, al día, puede ser que entren quince o veinte personas.

—¿Quince o veinte? —dice mi mumbling.

—Sí.

—¿Y es rentable eso?

Él se encoge de hombros. Me dice que no puede contármelo, pero al final me explica algo. Que todas las noches le llega un mensaje de un tal Pepón. Y que ahí le llega la recaudación del día. Entonces él se pone en la caja y la hace. Tanto de esta mesa. Tanto de la otra. Y luego lo guarda todo y, al final de mes, se lo da a otro tipo. Un tal Reyes.

—¿Esos son de tu familia?

—Sí.

El Mono pertenece a la familia de los Carpio. Ellos son los que le han conseguido el trabajo. A él y al Chato. Claro que había condiciones. Una. Nada de trapichear con drogas. Prohibido. Dos. Nada de ir pidiendo dinero adelantado ni préstamos ni nada de eso.

—¿Y eso por qué? —le dije yo.

—No lo sé. Imagino que es que nos tienen a prueba. Para que no nos embalemos demasiado.

Esto es importante para lo que pasará después. Como también lo es el hecho de que, de alguna manera, yo notaba que el Mono estaba cansado, aburrido de aquello.

Y el Chato también. Pero luego hablaremos del Chato.

—Me pagan mil doscientos —decía el Mono—. Pero, si me pusieran en las mesas de póquer, ganaría mil quinientos, ¿entiendes?

—¿Y qué se hace en una mesa de póquer?

—Jugar.

—¿Y te pagan por eso?

—Sí.

Pero lo que os decía de que yo, con lo de la televisión y la bronca con mi padre, había tocado fondo. Y eso es importante para la siguiente vez que entra el Mono en mi habitación.

—¿Cómo estás hoy, primita?

—No me digas primita o te diré David.

—Vale, primita.

—David, David.

—No sé quién es David, primita.

El Mono es como tres o cuatro años mayor que yo. Es flaco y no es guapo, pero tampoco feo. Nunca nos hemos acostado, ni creo que él tenga el más mínimo interés en resbalarse por la piel aceitosa de un león marino, pero la noche en que se me jodió la vida no nos faltó tanto. De hecho, de no haber sido por lo que fue, y tal y como iba la noche, él habría sido el siguiente. Pero eso es pasado. Tiene sus tatuajes y sus cadenitas. Su casa, una cosa así muy social por el barrio de San Pío, es donde terminé.

Hubo un silencio después de lo de primita. Uno largo y nunca absoluto. Siempre el ruido de fondo de la televisión puesta veinticuatro/siete/trescientos sesenta y cinco.

—Estoy harta de estar aquí —dije. Eso fue justo una semana después de lo de la televisión y los gritos.

—¿Aquí dónde?

—Aquí en esta casa.

No lo dije por nada. Lo dije y punto. Lo dije porque de pronto me vino a la cabeza. Y porque era verdad. No lo pensé. No pensé en ninguna consecuencia. El Mono me tenía agarrada la mano, me deslizó el índice por la palma.

—¿Cuántos años tienes ya?

—Si es abril entonces he cumplido dieciocho.

El Mono lo pensó, un momento. Fue así de fácil.

¿Por qué, Mono? ¿Por qué?

3

Fue fácil, ya os digo. Ese momento en que lo ves y... decidido. Entonces, rápido. Empezar a echar cosas en una bolsa. Ropa, alguna muda, lo del ojo. Corriendo para la puerta y allí parada mi madre, que siempre que llegaba el Mono hacía lo mismo. Sentarse en el pasillo como si estuviera de guardia, como si fuera a pasar que, de pronto, el Mono me fuera a atacar o quién sabe qué.

A lo mejor ella era más lista que yo y lo intuía.

No importa tanto, la verdad.

Mi madre en el pasillo y las dos frente a frente.

Ella mirándome. Yo con la cabeza clavada en el suelo.

Mi mumbling, ya sabéis. Todo era mumbling, mumbling aquellos días.

Y ataqué, embestí como un toro.

—Tengo dieciocho y haré lo que me dé la gana.

Así que embestí y ella gritó. Como si le arrancaran el alma.

Pero no le sirvió de nada. Le pasé por encima, y un minuto después ya estaba en el 208 del Mono y al poco ya estábamos cruzando las vías y al poco ya estaba en la casa del Mono.

No está mal el piso. Es un tercero sin ascensor y relativamente fresco para lo que puede ser aquí el infierno. Las ventanas dan a una plaza donde hay unos cuantos árboles y unos pocos bancos y unos toboganes para los niños. Ahí se juntan los papás y las mamás. Los abuelos y las abuelas. Predominan los chándales, las sandalias y las sudaderas, y, como los edificios no tienen más de tres plantas y está todo como al borde del mundo, no da la impresión de vivir en la ciudad. Eso se agradece. El piso también tiene un balcón. A veces cojo una silla y la pongo cerca de la puerta y me asomo. Si te asomas lo bastante, ves el bar de la esquina. Ahí la gente come olivas con patatas fritas y bebe cerveza. Ahí se baja a veces el Mono, mientras yo lo vigilo por la ventana.

El Mono baja y yo miro. Estoy pendiente también de las sillas del bar. De las camareras. Hay una pequeñita y con los ojos azules, pelo corto, pecosa. Está la esposa del dueño, teñida, que debe andar por los cincuenta.

Y hay una rubia, que tendrá unos dieciocho y que me recuerda a mí.

A lo que yo habría sido si hubiera llegado a los dieciocho en condiciones.

La envidio con rabia.

De altas estamos a la par. A tetas le gano yo. O le ganaría si tuviera tetas y no esto que tengo. Le reconozco que me gana, por unas décimas, en nivel de culo. Aunque habría que verla con zapato plano. Pero me recuerda a mí, ya os digo.

Tiene «eso». Esa actitud en la cintura. Esa pose.

Ella, no sé su nombre ni quiero saberlo, suele trabajar de tardes. Llega como a las cuatro, y se pone el delantal y a servir cubos de quintos y gintonics para el tardeo. Lo hace como si no se diera cuenta de cómo va arrastrando las miradas de los hombres. Solo que ella es más sutil que yo. Porque ella tiene esa actitud de «Oh, ¿de verdad me harías todas esas cosas tan cochinas? Nunca lo hubiera pensado de ti, guapo». Pero sí. Porque es esa caída de pestañas que una hace al mismo tiempo que sabe que sí, que podrías llevarte a ese tan guapo de los ojos claros al rincón con solo hacer como que se te ha soltado la sandalia. Y tener ahí un momento de restregártelo en dos minutos y mientras su novia está sentada en la terraza mirando el móvil.

Así que todos los ojos detrás de ella. También los del Mono, claro.

Aparte, ella tiene su novio, que llega con su coche rojo a la hora de la salida y se sienta en la mesa de la esquina y la espera.

El novio esperando, para llevarla a casa y abrirla como un melón recién estrenado. Para ponerse ahí y dejarle el ñoqui en carne viva.

O no, quién sabe.

Pero, puta envidia, ya os digo.

Y eso, que tengo un balcón y me asomo a mirar a las camareras. Claro que también me quedo con otras cosas. Por ejemplo, a veces, al amanecer, cuando el bar está cerrado, cuando he regresado del trabajo y nadie se mueve todavía, salgo al balcón y me obsesiono con los vencejos. Cómo dan vueltas, vueltas, vueltas, vueltas.

Dan vueltas y es tan loco que hay veces que pienso que se van a chocar con las paredes de tanto que se pegan a ellas. Algunos han pasado a medio metro de mi cabeza, tan cerca que me he asustado y he tenido que echarla atrás.

Tan cerca que casi podría haber alargado el brazo y tocarlos.

Y mientras, las flores azules siguen cayéndose de los árboles y casi que las oigo gritar.

Esas flores raras, que crecen en las aceras para mí.

Pero seguiré contándoos la historia.

Si os acordáis, cuando estaba en casa de mis padres, hubo un momento en que sentí que había tocado fondo. Y fue el asunto de la televisión.

De eso hará ya un par de años.

Más tarde, en abril de este año, empecé a sentir, otra vez, que llegaba a otra fase. O, más bien, que la fase en la que estaba se iba acabando y que era preciso hacer algo.

Y todo tiene que ver con lo que dijo el Chato del grano en el culo la noche que empezó esta historia.

Acordaos.

—Te juro que no entiendo lo que haces —dijo el Chato.

—¿No entiendes qué? —dijo el Mono.

—Por qué no la largas.

Eso dijo el Chato y después vino el mumbling del Mono. Aquello que pudo ser cualquier cosa. Desde «eso es cosa mía» a «le quedan dos telediarios aquí». Y luego el remate. Cortesía del Chato.

—Eso lo dices tú, primo. Pero vaya grano en el culo.

Y ahí, si os acordáis, fue cuando yo hice ruido para que el Mono no pudiera contestar.

Más aún, para que el Mono no pudiera contestar en determinado tono. Ese tono cansado que se le pone a veces y que yo le conozco tan bien.

Y es que había señales, sutiles señales, que indicaban que, tal vez, el Mono quería cambiar de pantalla. Eran cosas pequeñas. Insignificantes por separado.

Una determinada manera de mirar, tal vez.

El tono de una frase, quizá.

O un silencio.

Circunstancias que me ponían las mariposas en el estómago y me hacían pensar. En plan: el Mono ya se cansó de ti, foca estúpida. El Mono ya está frito de jugar en tu equipo porque no aportas nada.

Y aquello, claro, era un problema gordo.

Porque el Mono era todo. Era él quien me había acogido y quien me había encontrado el trabajo. Era él la única persona con la que yo hablaba. La única a la que yo toleraba a mi lado.

El único que me aguantaba, digámoslo claro.

Y entonces, si el Mono se hartaba, si me largaba, ¿dónde iba yo? ¿A casa de mis padres?

No.

Aparte, había otra cosa que era muy indicativa del estado mental del Mono. O de lo que yo pensaba que era el estado mental del Mono. La cuestión de que hacía meses que no me decía nada de la cirugía estética. Lo que podía indicar que, de alguna manera, él se había rendido con aquello.

Y es que todavía no os he dicho que esto, en verdad, de lo que va es de cirugía estética.

De la cirugía estética que pudiera arreglar mi maldita cara de morsa llena de cicatrices y desviaciones.

La cirugía estética era la canción que siempre me cantaba el Mono. Yo estaba ahí distraída, viendo la tele, y él llegaba y empezaba a cantar.

—Hoy en día hacen cosas muy buenas.

—Sí, el chocolate y eso. Muy bueno.

—Me refiero a tu cara.

—¿Qué le pasa a mi cara?

—Que no está... normal.

Así era el Mono, muy diplomático cuando quería. Y pensad que, cuando aquella me arreó con la botella, en total se llevó tras de sí una tercera parte del total de mi cara. Hizo así, plam, por el lado derecho de la nariz, y se clavó bien hondo. Y luego, mientras el cristal —probadlo, es delicioso— hacía rasssssssssss contra el hueso de mi calavera, pues fue segando. El ojo, sí, entero. Desde abajo y hacia arriba. Y luego siguiendo, siguiendo toda la línea hasta casi la oreja. Y desde la nariz hasta la comisura de la boca. Aparte los huesos que se iban fracturando por el camino. Y que sí, que los médicos hicieron un gran trabajo. Pero que no es agradable de ver, vaya.

—No sé —decía yo—. Ya me operaron hace años.

—Ya, pero ahí te han dejado para que funciones. Digamos que es un «hacemos lo que podemos».

—No creo que pudieran hacer más, sinceramente.

Él era como el mar. Lanzaba una ola y se retiraba. Luego, al mes, llegaba la segunda ola.

Era un mar lento. Pero nunca se cansaba.

—Mira esta clínica, primita —decía—. Aquí es donde van los famosos. Fue esta presentadora, ¿ves?

—¿Y qué?

—Está en Marbella. Y mira este. Es el más famoso de todos. Está en Valencia.

—Eso no lo cubre la Seguridad Social.

—Lo sé, primita. Pero este tipo, a veces, coge casos gratis, para ayudar a la gente...

—Ya, qué interesante.

—Ah, primita, venga, anímate. Que me da lástima.

—¿Te doy lástima? Mejor que no te la dé. Nos llevaremos mejor.

—No es eso. No es que me des lástima tú.

—¿Entonces qué es?

—Es que me da lástima ver que tu vida se ha quedado parada. Tú te mereces más. Te mereces seguir adelante.

—No sé, si quieres que me vaya, me dices —decía yo.

Lo decía haciéndome la chula, la señora «Hay vida más allá de ti, capullo». Por supuesto era un baile. Y los dos lo sabíamos. El Mono sonreía.

—Yo no he dicho eso, primita. ¿Cómo te voy a decir eso?

—No sé, como has dicho no sé qué de mi vida...

Tercera ola.

—He llamado a una de esas clínicas, para pedir un presupuesto.

—¿A una de qué clínicas?

—Las de la cara.

—¿Te vas a operar? Muy bien. Feo eres como tú solo, David.

Él encajaba bien los golpes. Los dos sabíamos a lo que estábamos bailando.

—¿Sabes qué me han dicho?

—¿Qué?

—Que necesitan tu historial para valorar. Y que estaría bien que fueras allí para que te examinaran.

—Tú sabes que eso vale pasta, ¿no?

—Ya, primita, pero...

¿Y qué decís? ¿Que alguna vez preguntamos algo o mandamos algo a algún sitio? Respuesta: no. Nunca. Y por qué. Pues porque yo no quería. ¿No quería recuperar una cara más o menos «normal»? No es eso. Lo que no quería era hacerme ilusiones. Lo que no quería era tener que pasar otra vez por todo aquello de los médicos. Sus miradas, sus comentarios, sus preguntas, sus olores, sus salas de espera.

Imagino que lo podríais llamar conformismo. Normalización.

Eso o que, simplemente, era necesario un estímulo externo que me sacara de la modorra.

Y entonces, justo por abril, empezó a pasar. Eso. Justo. Os lo he dicho antes.

El Mono empezaba a estar raro. El Chato dijo aquello y el Mono hizo aquel mumbling y el Chato dijo lo del grano en el culo.

Y yo en el pasillo, pensando que lo mismo la pantalla se acababa.

Entonces, ¿qué hacer?

Diréis: preguntar. Ir y preguntarle.

En plan: oye, ¿te pasa algo?

No. Pregunta equivocada.

Porque ¿cómo le preguntáis al sol por qué sale cada mañana?

Porque vosotros estáis ahí, abajo. Y el otro es el sol.

El sol, ¿entendéis?

Entonces, ¿y si le preguntáis al sol y el sol no os reconoce?

¿Y si le preguntáis al sol y el sol no os contesta lo que vosotros esperabais?

¿Dónde iríais a esconderos entonces?

Entonces, ¿preguntarle? Ya os he dicho que no. En lugar de eso, esperar. Vigilarlo unos días. Dejar pasar un poco la vida.

Cinco noches a la semana pasa Aurora con el coche a recogerme. Cuando llega ya ha recogido a Carmen y ahí nos vamos las tres en el Honda blanco rumbo a la zona norte. Ahí, a cargar con las mopas y los desinfectantes, provistas de llaves que abren despachos prohibidos, a vaciar las papeleras de mierda y a arrancar de los muebles las escamas que se les caen de la piel a los niños ricos y poderosos. Esos de la corbata y la camisa azul que, si nos ven pasar, nos miran como con sospecha, como si, encima, fuéramos a robarles algunos de sus misteriosos secretos.

Las tres con las mopas. Yo con mis cascos puestos. Mi primo el Manuel.

Soy como un animal
agazapado y vigilante.
Soy el caos
o solo un alma polvorienta.

Yo con la mopa y con mi primo y escapándome en los descansos. Escapándome a las ventanas de la cara sur de la torre. A mirar.

¿Qué se ve?, diréis.

El patio del tanatorio. Muy alegre yo.

Muy alegre, pero siempre hay alguien ahí. Siempre hay coches que entran, que salen.

Siempre hay un corro de gente junto a la puerta, en el parking.

Y, si está, es porque justo un rato antes alguien la ha visto, como la vi yo aquella vez que se apagó de pronto todo el sonido del mundo y quedó aquel silencio absoluto.

Y, si está, es porque justo un rato antes, unas horas antes, alguien ¿qué?

¿Alguien ha querido correr, pero no tenía piernas?, ¿alguien ha querido arañar, pero no tenía dedos?, ¿alguien ha recordado palabras amargas que no quiso pronunciar?, ¿o vio el rostro del amigo con el que jugaba cuando tenía tres años y que después olvidó? ¿O alguien gritó, pero nada salió de su boca?

Y, si ha gritado, ¿qué ha gritado?

¿No estoy preparado? ¿No yo? ¿No ahora?

¿O fue «perdonadme»?

¿O fue la súbita comprensión de que nada mereció la pena?

¿O fue la comprensión de que sí?

Así de alegre suelo estar mientras miro por las ventanas del lado sur. Luego las chicas vienen a por mí.

—Dale, Rocío.

Pero se acerca el momento que le dará sentido a todo. El que será el inicio de todo. Yo vigilo al pobre Mono. Lo hago sin que él se dé cuenta, claro. Él en sus cosas.

—Primita, ¿qué tal tu noche?

—Me duelen las manos.

Porque no puedo estar dulce. Tengo que ser yo. Porque tiene que pillarle por sorpresa.

Pobre Mono.

Si él no tiene turno de tarde, comemos juntos. Tampoco hablamos tanto. No nos complicamos mucho. Pasta con cualquier cosa. Aparte el juego de las miradas. Cuando tú me miras, yo aparto la mirada, y cuando tú apartas la mirada, te miro yo. Luego, sobre las cinco o así, él se levanta de la siesta y se va. Yo vigilo desde el balcón cómo se pierde por la esquina.

A veces ha quedado con el Chato.

Otras no ha ido más que a pillar algo.

O a tomarse una cerveza con algún colega.

A veces me voy a trabajar y todavía no ha vuelto. También puede ser que cuando yo regrese al amanecer, él esté tumbado en la cama y roncando y oliendo a perfume, lo que quiere decir que se ha ido de putas con su primito.

O de puticlub.

No me importa eso. Él tiene sus necesidades. Y la suyas no coinciden con las mías.

Nunca, en realidad, le pregunté.

No le pregunté por qué me acogió, como tampoco le pregunté cuál era el sentido que él le veía a todos aquellos días.

Entonces, una tarde, ataco por fin.

Fue a finales de abril, un domingo. Por la tarde, ya oscureciendo. En la terraza de abajo está la camarera rubia moviendo el culo delante de los parroquianos. Más allá, desganados grupos de papás vigilan a los niños que jalean en los toboganes. Hace fresco y el Mono está en el balcón vaciando quintos. Con el pie apoyado en la barandilla y haciendo nada.

Cansado, aburrido.

Entonces yo salgo. Esto es bastante inusual.

Salgo con mi máscara puesta y como si fuera a tomar un poco el aire. El Mono me mira apenas. Yo avanzo un metro más y me siento en la otra silla que cabe en el balcón, la que está más cerca de la puerta y más recogida de las miradas que pudieran llegar desde la calle y verme en toda mi morsidad.

Luego pasa un minuto en el que estoy callada y el Mono levanta una ceja.

La levanta y yo veo que la levanta y los dos nos quedamos callados. Yo me siento en la silla y espero.

Pasan diez minutos y ninguno dice nada. Entonces él me mira.

Pobre Mono.

—Lo he pensado, ¿sabes?

Él da un trago.

—¿El qué?

—Lo de la cirugía estética.

El Mono me mira muy fijo.

—¿Así de pronto?

—No, así de pronto, no. Llevo unos días ya decidida.

El Mono da otro trago. Aún no se fía.

—Pensaba que te ibas a alegrar —le digo. Él guarda silencio un segundo.

—Es que no sé si lo dices de verdad o si lo dices solo por joder.

—¿Por joder a quién? —Yo soy dura. Y estoy representando mi papel.

—Ya sabes.

Yo tomo aire. Opto al Oscar y es mi oportunidad.

—No sé —digo al fin.

El Mono se queda quieto. Después sonríe más fuerte. Alarga la mano para que yo se la tome y yo lo hago.

Y así estalla la bomba. Así empieza todo. De pronto mi sol me alumbra solo a mí. De pronto mi sol está activo y es vigoroso y me llena de atención. Toda la atención de mi sol es mía y yo me achicharro bajo su luz.

—Primita, qué bueno —dice.

Pobre Mono.

4

Pero que todo se resume en lo que os dije al principio. En la vida como una serpiente que fuma en lo oscuro. Una serpiente caprichosa que, de pronto, decide. Cortarte en pedazos. Arrojarte al inodoro. Apagarte contra el cenicero. La cabeza despachurrada, deshecha en mil trozos que el viento agita.

Y digámoslo claro desde ya.

La muchacha de un solo ojo, la muchacha que no tenía más que media cara, no quería operarse. No quería.

No, ella lo que quería era que su sol la alumbrase.

Quería que, con el rollo de la operación, el Mono reaccionase y, de alguna forma, pensara que ella había pasado a otra fase. Lo que era mentira.

Y entonces, con esa nueva iniciativa, establecer de alguna forma una renovación de la «relación». Una renovación de los votos mutuos.

El sol comprometiéndose por un tiempo más a alumbrar a la morsa desvencijada e inservible.

La morsa inservible comprometiéndose a lo que fuera que aportara ella a todo aquel tinglado.

Pero la vida, ya os dije. La vida y sus planes locos.

Y qué pasó. ¿Cómo explicarlo?

Establezcamos una analogía.

Es domingo por la tarde. Un domingo tranquilo, primaveral. Paisaje rural. Pinos. Tú en tu bici por el campo. Llegas a lo alto de una colina y te paras. Miras. Hay un camino que desciende. Un camino peligroso, sinuoso. Con una cuesta de esas que tú sabes que es difícil controlar. Llena de piedras, de baches que pueden hacer que de pronto saltes por los aires. Y al final hay vidrios.

Y sabes más. Sabes que, si te lanzas, puede ser que llegue un momento en que sea más peligroso tocar los frenos que no hacerlo.

Entonces lo piensas, mientras te sonríes como para ti, y te lanzas. Y pasa justo eso. Que la bici agarra velocidad y tú sabes lo de los frenos. ¿Qué haces entonces?

No haces nada. Porque no tiene remedio ya.

Porque lo único que puedes hacer ya es calcular. Y rezar. Para que, cuando sea que aquello llegue al final, no te duela demasiado.

Pues eso me pasó a mí.

Justo eso.

La bici empieza a bajar por la cuesta cuatro días después. Ya es jueves y el martes el Mono y yo hemos hecho una aproximación a algunas clínicas. Nos hemos sentado en el salón y nos hemos puesto con el ordenador.

—Mira esta.

—Mira aquí.

Hemos mirado, pero, más que nada, lo que hemos hecho ha sido pavear. Fumarse él un cigarro. Tomarme yo una Coca-Cola.

Él interesado y vigilándome. Por si ve en mis ojos la duda o el engaño. Yo diciéndome que lo importante era que habíamos estado, los dos, hombro con hombro, cerquita. Y que él empezaba a mirarme como me había mirado cuando iba a mi casa a verme.

Y eso era bueno.

Pero el idilio duró unos pocos días, ya os digo. El jueves, zas. La vida.

Yo me levanto y él no está, día normal. Y mi rutina. Lo primero poner la televisión, luego ducharme para quitarme el sudor de la noche, después ponerme el ojo de cristal y hacerme el montón de pasta de todos los días. Luego apagar la televisión del cuarto y poner la del salón y sentarme a la mesa a deglutir. Justo cuando estoy rebañando el plato con el pan noto las llaves en la puerta. Él entra y me mira.

Sonríe.

—Primita, ¿tú tienes los papeles de tus operaciones?

—Sí.

Y es verdad que los tengo, porque justo eso iba en la bolsa que me traje de casa de mis padres, no preguntéis por qué.

—Pues déjamelos.

—¿Para qué?

—Para escanearlos y mandarlos a un sitio.

—¿Dónde dices que vas a mandar mis papeles?

Luego él me cuenta una historia y yo me doy perfecta cuenta de que me sigue controlando. De que hay una parte de su mente que está atenta a cualquier signo de flaqueza que yo pudiera manifestar. Pero os explico el cuento que me hace. Porque está lo de su familia, los Carpio. Que eran los que llevaban lo de los restaurantes y los que le habían conseguido el trabajo, y no le dejaban trapichear con droga. Y claro, una familia se compone de mucha gente. Gente que conoce a otra gente. Así que él había estado haciendo preguntas entre sus tíos y sus primos, y había encontrado una opción. Porque resultaba que alguien tenía un contacto en el mundo de las clínicas de estética y al parecer ese alguien había hecho un par de llamadas.

El Mono, el pobre Mono, radiante. Que le brillaba la cara de la sonrisa que llevaba puesta, vamos.

Y el asunto.

—Pero que la cuestión es que necesitan hacerse una idea. De lo que habría que hacerte. Y que para eso necesitan tus papeles, primita. Y, además, también podríamos hacernos una idea de cuánto podría costar. Algo aproximado, lo menos.

Así que tic tac.

El tiempo parado y los dos en la cocina. Cada uno a un lado de la mesa. El hule amarillo interpuesto entre los jugadores y salsa de la pasta goteando, rojiza, de mi pedazo de pan de pueblo.

Él hablando y yo cra cra cra cra.

La bici encarando la bajada. No se ve el fondo. Ojo a los frenos.

Él espera y me mira y yo me doy cuenta de que tengo que reaccionar. Porque si reacciono mal entonces se acabó. Volvemos a lo de antes. Peor aún. Porque has perdido tu partida y te han pillado el farol. Malo.

Así que sonríes y te vas a por los papeles. Cuando se los das, él te sonríe y te acaricia el brazo mientras tú le explicas. Esto es esto y esto es lo otro.

Luego él se va a escanear toda aquella mierda.

La bici empieza a embalarse por la cuesta abajo.

Y así pasan los días, que decía la canción. Tic, me vigila. Tac, te vigilo. Por qué me miras tanto, cabrón. Tic, no podrá ser, demasiado perfecto. Y que la vida no es así, primo. Que tú me vigilas porque tú también vas de farol. Por eso lo hiciste. Tac, no, míralo. Tic, te quitas el ojo y te acuestas. Tac, te levantas y te lo pones. A veces, el fin de semana, vas con el parche y lo dejas en el estuche. Tic, haces tu pasta de la comida. Tac, haces tu pasta de morsa de por la noche. Tic, y ya es casualidad que alguien de su familia tenga contactos en la mierda esa. No, la vida no es así. Tac, demasiado perfecto, demasiado casual.

Tic, nos libramos. Era un farol.

Tac, es miércoles. Ya se acaba abril y nos vamos para mayo. Pero, oh, espera. Ahí llega, ahí se sienta.

La bici cobra velocidad.

Él se sienta y pone cosas sobre la mesa. Folletos de colores. Yo lo miro a él y un poco también a los folletos. Más a él, que es el que me preocupa. Su voz va hablando. Más bien haciendo cra, cra, cra, cra.

Poco a poco lo voy entendiendo.

Se trata de una clínica en Marbella. Todo bien mono. Con su césped y sus arbolitos y sus habitaciones a todo trapo. Todo bien limpio. Y los doctores, superacreditados. Que si este poco

menos que ha hecho andar a los muertos, y aquel otro es capaz de ponerte un ojo operativo en el codo. O en el culo. Lo mejor.

Que ahí, dice el Mono, orgulloso, es donde van a operarse las de los sultanes y esas cosas.

Eso y que le han hecho el presupuesto, así por encima. De todo.

Él va hablando y yo hago lo que puedo por mantener la calma. Porque me queda un cartucho y hay que esperar.

Tanto de la operación. Tanto de los exámenes previos. Tanto de la estancia, que serán varios días antes de la operación. Aparte lo de después. Él haciendo números con un boli de propaganda en una libreta de todo a cien.

Ciento veinte mil euros. O por ahí, que habrá imprevistos, seguro. Y su sonrisa. Esa sonrisa de estar orgulloso de sí mismo.

Pero queda una carta por jugar. La última. La extraigo de mi mazo y la pongo, lentamente, sobre la mesa. Lo hago mientras asiento. «Estoy contigo, Mono. Eres el mejor.»

Y ojo al hablar, muchacha. No puedes ser cortante.

No. Él tiene que pensar que estás con él. Tiene que pensarlo, pero tampoco puedes pasarte de dulce. Porque él te conoce.

Así que sonríe. Y ponle un poco de dulzura. Pero acuérdate de lo enfadada que estás con el mundo. Mumbling, mumbling.

—Es mucha pasta —digo.

Y me acuerdo de mirar al hule. En plan: me había hecho ilusiones y...

Lo digo y miro al hule y lo vigilo. Mi carta triunfal arrasándolo todo. Pero él sonríe.

—Lo sé, primita. Lo sé —dice.

Pero él cierra el boli y vuelve a mirar la cuenta y luego a mí.

—Tú no lo tienes, yo no lo tengo. Pero ahora ya sabemos una cosa.

—¿Qué?

—Ya sabemos cuánto tenemos que buscar.

¿Cómo?, ¿qué dice este?

—No te entiendo, Mono.

—Eso, primita. No tenemos el dinero, vale. Lo buscamos.

—¿Lo buscamos dónde?

—No sé. Lo buscamos.

Creo que ahora es buen momento para contaros a qué se dedicaba el Chato. Es importante. Os lo contaré como si fuera una conversación con el Mono. Así que imaginad. Otra vez es domingo por la tarde y el Mono está sentado en el balcón, con un quinto en la mano y el pie apoyado en la barandilla. Y supongamos que él está en una de esas tardes rumbosas y que se ha estirado y se ha acercado en el coche hasta Espinosa y se ha subido media docena de pasteles de carne.

Inciso. Los pasteles de carne tienen parte de la culpa de mi morsidad. Me he llegado a comer seis de una sentada.

Pero volvamos al Mono contándome la vida del Chato. Pensad en el Mono.

Acordaos de cómo mueve las manos, de cómo entorna los ojos, de esa mueca despectiva que le sale a veces al hablar.

¿Y dónde trabaja el Chato? En un chalet. ¿Un chalet por qué zona? Por ahí por Monteagudo, casi debajo del Cristo. Ah, y ¿qué hace?, ¿es jardinero? No, es vigilante. ¿Y quién vive en el chalet? Nadie, no es un chalet de vivir, es un chalet de trabajo. ¿De putas? No, de dinero. ¿Y qué es un chalet de dinero? Pues un chalet al que la gente lleva dinero. ¿La gente lleva dinero? Sí. ¿Quién? Pues un día lo llevan los marroquíes del hachís, por ejemplo. Ah, y ¿quién más? Pues otro día abren la puerta y son los búlgaros, los que van de vaciar chalets y coches caros. Y otro día lo mismo los rumanos, los que van de los relojes de marca. Esas cosas. ¿Y para qué llevan dinero a ese chalet? Pues para que se encarguen de llevarlo a donde corresponda. Yo, mientras me como un pastel de carne en tres bocados, digo que no lo entiendo. El Mono suspira y pone los ojos en blanco.

Yo me limpio los dedos con la servilleta de papel.

—Primita, *Breaking Bad*, ¿te acuerdas?

—Sí.

—¿Qué pasó cuando Heisenberg tenía el dinero por castigo pero no podía usarlo?

—Que abrió un lavadero de coches.

—Justo.

¿Y entonces? Entonces, se coge la pasta y se hacen los montones y se envía a cada cual. Y se coge una manguerita, primita, y se limpia bien.

Así que en eso se había convertido la vida del Chato.

Un levantarse temprano por la mañana y mirarse la barriga en el espejo y calcular cuándo empezará a caérsele en serio el pelo, y limpiarles los meados a sus bebés cochinos y darle un beso con desgana a su mujer cerda.

Y luego, nada. Cruzar una tapia y quedarse ahí el día entero. Con la pipa o la metralleta en la mano. Pateando piedras.

Y el sueldo en casa y los días pasando.

Solo soñando con escapar de su vida de mierda. Nada más que pensando en la siguiente china que se va a fumar, en la próxima puta que se va a zumbar. En el siguiente videojuego que se va a mercar.

Un funcionario de la mafia.

Con derecho a pipa y a móvil encriptado. Con derecho a llevar varios teléfonos y a ponerlos encima de la mesa en abanico, como si fuera alguien importante.

Sin embargo, y esto también es importante, decisivo, había un problema de base. Un problema que los jefes del Chato no fueron capaces de detectar.

Algo que no podían comprender. Y no podían porque no tenían la instalación base. Y no la tenían porque nunca habían sido niñas de doce, de trece años, que se habían criado bajo su influjo.

Un fuego de no resignación en los ojos del Chato.

La cojera del Chato y sus tatuajes y sus collares.

Y las niñas de doce, de trece años, bailando a su son.

Míranos, Chato. Háblanos, Chato. Ponnos nerviosas así, de esa manera. Haz eso con los ojos, eso que provoca que solo queramos gritar, correr.

Y, a cambio de eso, todo lo que quieras, Chato. Pide.

Y qué pasa. Que cuando tú eres una niña de doce, trece años, que mira a un dios, que examina cada gesto, cada parpadeo, de ese dios, comprendes cosas de él que nunca nadie podrá entender jamás. Cosas que ni siquiera él podría llegar a sospechar de sí mismo.

Porque el Chato, yo lo sabía, la generación de niñas de mi barrio lo sabía, era fuego por dentro. Morir o matar.

Correr, correr.

Un tren sin control que va por una vía muerta.

La espoleta que activa la bomba.

Y bien, diréis, el Chato fue así. O era así. En el pasado. Pero la gente evoluciona, diréis. Y tú, bonita, deberías evolucionar también. Porque la vida no es como tú crees que es cuando tienes doce años. No as así.

Respuesta: ja.

Porque sí, la gente cambia. O cambiará. Pero venid todos y decidme que no es en los amores desesperados donde se encuentra la verdad. Venid a decírmelo.

Venid y luego besad mi gordo y sudado y apestoso orto.

Y seguid escuchando, leyendo.

Porque había algo, en el retazo de alma de niña de doce años que quedaba en mi pecho, que se rebelaba contra aquello.

¿Y qué pasó? Pues que mi alma de doce años tenía razón.

Y que entonces, un sábado por la tarde, de pronto, suena el timbre y alguien entra. Y siento al Mono y al Chato hablando en susurros hasta que hay pasos por el pasillo y el Mono toca en la puerta de mi cuarto, donde estoy escondida y con la tele puesta.

—Primita, ¿puedes salir un momento?

—¿Para qué?

—Tú sal.

Luego se calla y es en ese silencio que tú decides.

La bici agarra más cuesta. Las flores gritan.

Al final, sales.

Y es así como, de pronto, te encuentras otra vez ante los ojos del Chato y no tienes más remedio que volver a reconocerlo como parte de este mundo. Ha puesto sus teléfonos sobre la mesa y se ha abierto una cerveza. Lleva la riñonera en la cintura y una camiseta y un chándal. Me mira.

Luego empieza a hablar. Durante mucho rato. Hasta que se hace de noche. La bici va embalada por la cuesta.

—No.

—Sí.

El Chato se va tarde, casi en la madrugada ya. Tiene que cuidar de sus niños marranos y su mujer cerda. La puerta se cierra y el Mono y yo nos miramos. Tampoco decimos gran cosa.

En mi cama tengo un sueño.

Voy conduciendo un coche por una carretera rodeada de desierto. Crecen matas verdosas, amarillentas. Podría parecer la luna. La tierra es muy blanca. Con costra. Sé, de alguna manera, adónde voy. Debe de haber un pueblo más allá.

Lo hay.

Y en el pueblo hay una casa. Es decir, hay muchas casas, pero una en concreto. Y dentro de esa casa vive una mujer.

El sueño, en realidad, es un examen de posibilidades. De las cosas que podrían pasar cuando llegue.

Porque llegaré y tocaré a la puerta de esa mujer. Y entonces se abre un abanico de posibilidades.

Porque tal vez esa mujer me abra y, cuando me vea, se ponga a llorar y luego se caiga al suelo desmayada. Esto es posible, porque yo soy para ella todos los fantasmas. O tal vez lo que pase sea que, aunque ella me abra, no llore y no haya más que indiferencia. O tal vez lo que pase sea que ella, directamente, me mire y no me deje pasar. O tal vez lo que pase sea que ella oiga mi timbrazo y me reconozca y no me abra y se limite a espiarme desde detrás de una cortina.

Entonces, en mi sueño, revivo una vez y otra todas las opciones. Y, mientras, sigo conduciendo y sigo conduciendo y nunca llego.

Me despierto y no he llegado.

5

El Chato llegó aquella noche y habló mucho rato. Luego nos quedamos el Mono y yo. No dijimos gran cosa. Ya os lo he dicho.

Luego está lo que pasó los siguientes días.

Que fue, básicamente, cra cra cra.

Cra cra cra y vienen Aurora y Carmen a recogerme para ir a trabajar. Cra. Luego en la torre, con el carrito o mirando para el patio del tanatorio. Cra cra. Aurora cantando por el pasillo de madrugada. Diciendo sus locuras. Cra. De vuelta para casa. Llegamos y el jacarandá está tirando flores que gritan y Carmen va a ir a ver a su madre y Aurora se ríe. Cra cra cra. Me quito el ojo, me meto en la cama con la tele puesta. El Mono se mueve por fuera. Lo mismo viene del puticlub. Cra cra. ¿Cómo será la que se ha zumbado esta noche?, ¿qué habrá pensado ella de él?

Retazos de cosas que pasaban fuera de mi cabeza y retazos que pasaban, entre los cras, dentro.

Estás huyendo, te estás evadiendo. Cra. Estos dos son unos flipados, ¿o es que no oyes lo que están diciendo? Cra cra. Y el Mono, ¿no ves al Mono?, ¿no ves que el Mono tiene su propio sol en torno al que gira y que ese sol no eres tú? Cra cra cra.

Ese otro sol en torno al que giraba la vida del Mono era el Chato, por supuesto. Ahí sí lo vi claro. Y también que el Chato era aquello que mi corazón de niña de doce años sabía que era. Porque aquello, de pronto era fácil pensarlo, el Chato lo tenía pensado de hacía tiempo. Y aparte el hecho, claro, de que el Chato necesitaba al Mono para aquello.

Y el Mono ahí, agarrado. Atrapado.

Nunca te entenderé, Mono. Pobre tú.

Pero los días pasando, cosas pasando.

Y, siguiendo con el símil de la bici y la cuesta, lo que pasó fue que la bici empezó a coger más velocidad conforme bajaba. Y también que yo no hice otra cosa que cerrar los ojos —el ojo—, en un vano intento de que, cuando lo volviera a abrir, todo fuese algo así como un sueño y que, en realidad, yo estuviera en mi sofá y pesara cincuenta kilos menos y tuviera mi cara de antes y mis dos ojos.

Solo que esas cosas raras veces pasan.

Y, mientras, cra cra cra cra.

A ratos, también, se colaban fragmentos de lo que aquellos dos iban tramando.

—Coño, Mono, el chalet está aquí, ¿lo ves? Esto es El Esparragal y esto, Monteagudo, ¿lo ves?

—Lo veo.

—Y ahí va el Joaquín, haciendo la ruta. Así. Siempre sin tocar la ciudad. No entra en la ciudad en ningún momento, ¿ves? Primero todo el norte. Monteagudo, El Cabezo, El Puntal, Espinardo. Y luego para el otro lado. Los Javalis, Alcantarilla, ¿ves? Y luego todo el sur de la ciudad. Algezares, Beniaján, Torreagüera. Y sigue y sigue. Por aquí. Zeneta, El Raal, Beniel, Santomera. Y hasta que regresa a la base.

—¿Y cuánto dices que lleva?

—Así, al salir, unos ciento cincuenta mil. Y luego, conforme va avanzando la mañana, pues va llevando menos. Por eso hay que pillarlo al principio, ¿entiendes?

—Sí.

Los dos están en el salón, con los teléfonos desparramados sobre la mesa y todo emocionados y felices. Porque tienen un sueño, el de dejar de ser funcionarios de la mafia. De alguna manera aquello les pone la picha dura un rato. Yo dejo de escuchar y subo el volumen de mi televisión o fomento el cra cra.

Otro día el Chato llega ya con los teléfonos. Dos Nokias de esos viejos y sin identificar y los dos se emocionan cuando hablan de cómo los van a encriptar y todo eso.

Otro día el Mono me toca en la habitación.

—Primita, vamos a reconocer el terreno.

Entonces yo abro los ojos y todavía estoy en la bici y la bici ha pillado un bache y estoy justo en el momento en que vuela por los aires antes de volver a tocar tierra. Y más allá hay piedras y, al final, vidrios.

Así voy por primera vez a la curva en la que pasará todo. No son ni las siete de la mañana y entre los contenedores está aparcado el Mazda rojo del Chato. Yo tomo entre los dedos una de las flores que ha caído sobre el capó y me la llevo. Después salimos por la Ronda y enfilamos, rectos, por la carretera de Alicante. Yo voy ensimismada y por eso no me doy cuenta de que el Cristo se va acercando y me va vigilando. Nos desviamos entre los carriles un poco antes de llegar al pueblo y bordeamos el cementerio. El mundo todo se hace niebla que duerme sobre los árboles y pájaros que se llaman y las flores que se hacen señales.

Bajamos.

Yo dejo caer la flor que tenía entre los dedos y la mirada del Cristo me aturde y me comprime contra el suelo.

Mientras, el Chato y el Mono dan vueltas en torno a la carretera y se hacen los profesionales. Como si estuviéramos en una peli.

Cra cra cra.

—Él vendrá por ahí —está diciendo el Chato—. Y se frenará en la curva, aquí.

Los dos caminan arriba y abajo, sus pies hacen crujir las piedras.

Yo abro mucho la nariz para llenármela de la humedad fosforescente que de pronto lo ha inundado todo. Me miran.

—Él se levanta temprano, ¿entiendes? Como a las cuatro de la mañana ya está en el chalet. Ahí se pone a organizar los montoncitos. Siempre de menos de tres mil, ¿entiendes?, que es lo máximo que puedes ingresar sin levantar la paloma. Él es muy capullo para sus cosas. «Este de dos mil novecientos», «Este de dos mil ochocientos». Lo que le pasa es que le gusta tocar los billetes. Y los huevos. Entonces, como a las seis, ya lo tiene todo preparado. Entonces agarra la moto y va.

Los dos cruzan, estudian. Yo estoy en mitad de ninguna parte, sintiendo el aire de la mañana y soñando, tal vez, que el viento quisiera levantarme el vestido. Sintiendo la presencia inconmensurable que lo preside todo. Su mirada de piedra proveniente de una inteligencia que llega desde el otro extremo del universo. Como si aquellos ojos que intuyo en lo alto fueran una diminuta ventanita por la que alguien —algo— observa.

Entre mis pies hay una flor rosada que ha caído de uno de los árboles. Me agacho y la recojo.

El Chato sigue hablando.

—Y piensa que él en Monteagudo no va a hacer más que un ingreso en la Cajamurcia. Todo lo demás lo lleva encima.

—¿Cómo lo lleva?

—En una bolsa grande, de esas de cuero. La lleva así, en bandolera, salvo cuando va en la moto. Entonces llega a cada oficina bancaria, aparca la moto en la acera, se pone la bolsa, baja, hace el ingreso en el cajero automático, vuelve a la moto, se descuelga la bolsa y arranca.

Ese «Él» del que tanto hablan es un tal Joaquín que trabaja también para los Carpio. Aunque no es Carpio, parece ser. Los dos se vuelven hacia mí. La flor es dulce entre mis dedos. Yo podría apretarla y ser para ella eso que es la vida para mí.

—Ella debería ponerse aquí, ¿entiendes?

Yo miro hacia el lugar del que proviene la voz del Chato, pero no puedo decir que lo vea. El Mono me señala.

—Primita, ven. Ponte aquí.

Yo aprieto un poco la flor, sin hacerle daño, y me pongo. Miro a mi alrededor. Los árboles. Los caballones de tierra violeta. Las señales que se mandan las flores. Las flores que, de pronto, están diciéndose cosas. «¿Habéis visto a estos pringados?» El Chato se mueve.

—Y tú deberías ponerte aquí —le dice al Mono.

El Mono otea con gravedad. Asiente.

—¿Y solo va una moto protegiéndolo?

—Sí. Una moto con dos tipos.

—¿No es poco?

El Chato se encoge de hombros.

—No sé si es mucho o si es poco. Es lo que es.

El Mono se queda pensativo y el Chato se rasca la cabeza. Otra vez suben, bajan, calculan. Más adelante, en un bache que tiene la carretera, hay tres flores blancas. Me agacho y las recojo y dejo caer la flor rosada y noto como el Chato me mira y como después se gira hacia el Mono y como el Mono se encoge de hombros.

Déjala, parece decir el Mono.

Y sí, déjame, capullo.

—No sé. —El Mono está pensativo—. Una moto es poco.

—Yo tampoco sé, pero sí sé otra cosa.

—¿Qué?

—Que donde manda patrón no manda marinero. Así que no tengo por qué saberlo. ¿O no te dijo el Pepón eso el primer día?

—Sí.

—Pues eso.

La moto de detrás era de lo que tenía que encargarse el Chato. De distraerlos y entretenerlos.

—Yo los aguanto a los de la otra moto durante cinco minutos. Cuando estén aquí, ¿ves? Eso quiere decir que todo este tramo el Joaquín se lo hace solo. Desde aquí, ¿entiendes? Y hay tiempo de sobra.

Otro día el Chato trae por fin la pistola que el Mono tiene que llevar. El Mono no quiere ni tocarla.

—Primo...

—No me vengas con mierdas.

—Que yo no le voy a hacer daño a nadie.

—No es para que hagas daño. Es para que el Joaquín se porte.

—¿Y si se pone farruco?

—No se va a poner. Tiene instrucciones de no ponerse. Tú se la pones así y entonces él puede decir que tú tenías una pistola. Y entonces ya está justificado y todo va fino filipino, ¿entiendes? Porque la culpa no es de él. Sino de los que venían detrás, que no estaban en su sitio.

—No sé.

—No me jodas.

Los dos siguen hablando en la cocina, con la pistola puesta sobre la misma mesa en la que suelo comer, y yo estoy en la habitación y sueño que de pronto la bici, por un algo mágico, tiene unos frenos extra.

Pero no.

Aparte, claro, del otro problema.

De que luego el Chato se va a su casa y que en esta casa vivimos quienes vivimos. Y que puede ser que los dos coincidamos en el balcón, de madrugada. Él fumándose el último porro. Yo con el ojo de cristal ya en su funda.

Y mi primo el Manuel cantando.

Nada limpio a que jugar
ni objetivos que cumplir.

El Mono mirándome.

—Ciento cincuenta mil euros, primita. A dividir entre tres, ¿entiendes? Cincuenta mil por cabeza. Pero que yo, los míos, te los doy a ti. Que yo esto lo hago por ti, primita. Para que tú puedas operarte, ¿entiendes? Y así estás tranquila y puedes seguir con tu vida, ¿entiendes?

Él lo dice y me mira y yo le busco la mirada y noto como él sonríe y le chispean los ojos.

El Mono no es guapo, pero tampoco feo. El Mono es mi sol.

Y, cuando una tiene un sol y su sol le dice esas cosas, ¿cómo no se va a ir una con él a atracar lo que sea?

Así que vuelvo a cerrar los ojos para que pase lo que tenga que pasar con la bici y extiendo la mano para que él la coja entre las suyas y me acaricie con el índice el cuenco de la palma.

Y mi primo el Manuel.

Y en tus ojos otra vez la vida
tiembla en una vela consumida.

Os oigo preguntaros, revolveros.

¿Y no pensabas en lo que estabas haciendo? Respuesta: no.

O más bien intentaba pensar, pero solo oía cra cra.

¿No pensabas en las consecuencias? Respuesta: cra.

¿No os he dicho lo de la bici? Pues eso.

Hasta aquí los antecedentes. Ahora los hechos.

Va a ser tal día, me dicen. Y de madrugada, claro. Así que, niña, pídete noche libre en eso que haces en las oficinas. Entonces yo llamo a Aurora y, por algún motivo que no logro comprender, me sale la voz y mi voz dice justo eso que tenía que decir. Aurora protesta un poco, pero no hay más.

Luego, llegada la noche, me acuesto temprano y doy vueltas en la cama. Incluso consigo

dormir un poco. Después, como a las tres, noto al Mono ya dando vueltas, hablando por teléfono. Al final, me tocan a la puerta.

—¿Primita?

Y luego, después de un momento de silencio, otra vez.

—¿Primita?

Yo gruño, que quiere decir que he oído y que me preparo. El Mono se aleja por el pasillo y yo me doy la vuelta en la cama, así empieza el día.

Hay que asearse un poco, ponerse el ojo de cristal. Esas cosas.

Solo que decido no ponerme el ojo. Decido llevármelo en el estuche y, en lugar de eso, ponerme el parche. Luego salgo. El Mono me mira.

—¿Todo ok?

Yo vuelvo a gruñir. Lo que quiere decir que, en el fondo, todo me da igual. Gruño y es como si me encogiera de hombros y que sea lo que Dios quiera. Me he puesto un vestido de primavera con flores que compré en una tienda de gordas, es largo hasta los tobillos, talla XXL. Aparte, unas sandalias. La noche está espesa, pesada. Como con niebla. El Mazda del Chato, un coche muy poco apropiado cuando se tienen dos críos asquerosos como los que él tiene, está otra vez entre los contenedores y vamos.

—¿Lo lleváis todo?

—Sí.

Todo es la pistola, la bolsita de sangre y los nervios.

En el coche estoy a punto de vomitar y mis ojos se cruzan dos veces con los del Mono. Me pondría a gritar. Pero no lo hago. A esa hora la carretera es un fantasma de sí misma y las farolas anaranjan la niebla. El Chato sigue dando instrucciones y el Cristo vigila desde lo alto. Las flores guardan silencio, lo mismo que los pájaros.

—Vendrá por ahí. Y tú ahí.

Después me mira. Me habla.

—Controla. Estate tranquila.

Ahí nos quedamos un buen rato. Callados y cada uno con su paranoia. El Chato no puede dejar quieta la pierna y el Mono se ha bajado del coche y fuma un cigarro detrás de otro. Yo miro al cielo desde mi ventanilla y respiro y con el rabillo del ojo vigilo las sombras que hay bajo los árboles, por si viera que algo se mueve, que algo espera, que algo crece. Luego os contaré sobre esto, cuando sea el momento.

Cuando son las cinco y media nos ponemos las vitaminas. El Chato empieza a hacer rayas encima de una carpeta y se mete dos. Luego otras dos el Mono. Luego me lo tienden. A mí, que llevo años que no.

—Dale, primita, para templar los nervios.

Yo cojo el rulo y vacilo. Luego me acuerdo de lo que puede estar moviéndose justo entre los árboles, y me digo que esto podría ser bueno. Para no pensar. Para que el cerebro se convierta en

algo adormecido y autónomo. Para que el cuerpo sea una especie de autómata. Y mi primo el Manuel susurrándome al oído.

Sin mirarnos, sin hablar,
veremos el sol salir;
dulces drogas nos dirán
que hay un mar cerca de aquí.

Así que voy. La primera es dulce, densa, hiriente, picajosa. Me la meto y me da miedo que cuando la coca haga eso de darse la vuelta y subir se me escape por el agujero del ojo. Pero no pasa. Al revés. No hace ni tres segundos y ya siento como un viejo caballo patalea dentro de mi cabeza. Y más cosas. Como lo que hace el mar de flores que me rodea. Como la luz que de pronto alumbra debajo de los árboles y que me hace ver que no, que no hay nada ahí. Y yo vi que todo eso era bueno, le farfullo a la estatua que me contempla desde lo alto.

Así que voy a por la segunda, y lo hago con hambre y el viejo potro redobla y relincha y me río por dentro. Tengo todavía el rulo en la mano y miro fijamente al Chato. El Chato se ríe.

—Tranquila, tranquila.

El Chato prepara otra y los dos me miran y sé que los dos han tenido el mismo pensamiento loco: el de seguir dándome rayas a ver cuántas soy capaz de meterme hasta que me dé el sincope. Lo piensan un segundo, pero lo dejan. La pasta.

—Vamos, vamos.

Y yo ya voy adormecida, feliz, indiferente. Con los dientes tensos y lista para lo que sea.

El Chato da las últimas instrucciones, se monta en el Mazda y se va. Es noche cerrada y me digo que no va a funcionar, que está demasiado oscuro. Me lo digo, solo que, de pronto, quiero que funcione. Es decir, quiero estrellarme con la bici con todas sus consecuencias.

Los ojos del Mono están en mí y yo rebusco a mi alrededor. Me inclino hacia las piedras del suelo hasta que encuentro una flor caída de un limonero. Cinco pétalos blancos. Una corola amarilla. Todo suave, como una piedra que se ablandara al tacto. Con calma, me quito la máscara y el parche, tomo la bolsita de sangre y me la emplasto en la cara. Luego, muy dulcemente, como si fuera a dormir o a morir, me tiendo en el camino.

Lo hago sin ocupar del todo el centro, pero siendo suficiente bulto como para que la moto se tenga que parar. Para que no pueda no verme. El Mono está detenido a mi lado.

—Está muy oscuro —dice.

Pero se lo dice a nadie porque yo no le contesto. Porque estoy tendida en mi lecho de piedras, con el asfalto oloroso a mil soles clavándoseme en la espalda. Unas nubes densas juegan a hacer figuras en el cielo.

Luego el Mono susurra algo que no llego a comprender y se va para su posición.

Tendida, muevo la cabeza para controlar la situación. La curva por la que tiene que venir la moto. El ancho de la carretera. Entonces me desplazo un poco más para el centro y vuelvo a quedarme quieta.

El Mono me habla desde su puesto.

—Ya salió.

Eso es que le ha llegado un mensaje del Chato.

A mí se me encoge el estómago.

Pasan cinco minutos. Diez.

Ojalá no venga.

6

Pero, sí. Llega.

La flor de limonero es suave en mi mano, los pájaros esperan. De pronto, a lo lejos, el zumbido del motor, carraspeando. Y otra cosa. Algo inmaterial, helado. Una atención estelar que cae desde el cielo. Yo entreabro un ojo y la busco. Está en lo alto, mirando desde su perspectiva imposible.

Es la estatua.

La estatua que observa con sus ojos a la morsa del vestido que está tumbada en el asfalto. Sus ojos me aplastan con fuerza de la misma manera que yo podría aplastar a la flor que llevo entre los dedos.

Pero el motor ya retumba contra la pared que sube hasta la estatua. Ahora se detiene un momento, ahora gana velocidad. Es una moto vieja. Impropia. ¿Cuánto gana el Joaquín con esto?, ¿es que no saca para comprarse una moto nueva?

Pero viene, viene.

—Tranquila, primita —me dice el Mono desde el otro lado de la carretera.

El motor se me mete por los oídos, se convierte en cra cra cra.

Ahora se para, suspira. Ya está en la curva. Los pájaros siguen callados. Las flores, atentas.

De pronto vuelve a rechinar. Me hace apretar los dientes y me digo que no me va a ver, que a la velocidad que ha tomado la curva va a pasar por mi lado sin verme.

Y pasa de largo por mi lado y yo respiro.

Mejor.

Pero no. Porque de pronto el motor se para y hay una pregunta en el aire, una pregunta que nadie hace. Los pájaros siguen callados y yo estoy inmóvil y he cerrado mi ojo. Siento ruidos. Pasos. Huelo a una persona.

—Joder —dice esa persona, que está muy cerca, que casi puede tocarme—. ¿Hola?

Yo tengo el ojo cerrado. Lo abro cuando noto otros pasos que llegan. El hombre, llamémoslo Joaquín, también lo nota.

Todo es muy rápido.

El Mono con la cara tapada, con la pipa, el brazo extendido. El tal Joaquín con los brazos abiertos, en posición de «tranqui, tranqui». Yo viendo como le tiembla la mano al Mono y cómo la voz del Mono no es su voz, sino la voz de alguien que está al borde. Y sé que, si el tal Joaquín hiciera simplemente un gesto de amenaza, de ir a por el Mono, al Mono se le caería la pistola y

se haría un insecto bola en las mismas narices del otro. Y sé que Joaquín tiene un momento de duda. Pero él no conoce al Mono como yo lo conozco, y por eso duda. Esa duda lo decide todo. El Mono se impacienta.

—Dame eso. Y las llaves de la moto.

—Están puestas. Están puestas.

—¿Llevas un teléfono? Dámelo.

El tal Joaquín se quita la bolsa que lleva al cuello y la tiende. Busca su teléfono y también. El Mono lo toma todo y yo me levanto. El tipo me mira. Ya lo ha entendido.

—¿Vosotros sabéis lo que hacéis?

—Al suelo, capullo. Al suelo.

El tipo se va al suelo y nosotros, mi sol y yo, corremos hacia la moto. Los pájaros aplauden, las flores estallan mientras exhalan suspiros y el Mono arranca. En la propia recta tira el teléfono del otro entre las matas. Luego damos la curva. Hay un grupo de casas más allá.

Y hay palmeras recortándose contra el cielo que va ganando luz.

Por todas partes hay palmeras.

Como transatlánticos de las estrellas.

Vamos por la carretera, yo abrazada a mi sol. Sintiendo como huele a sudor mi asidero al mundo, mi pobre, pobre Mono.

¿Y qué es lo siguiente? Lo siguiente es desintonizar de la mente de la estatua, dejar que la flor se escape de entre mis dedos y vuele. Y luego, parada. Parada porque la moto quema. Por eso el Mono y el Chato aparcaron el día antes el 208 del Mono en un lugar estratégico. Y mensaje al Chato a través del teléfono encriptado.

—Hecho.

—Ok. Sigue.

Nos vamos al coche y el coche huele como olería un fantasma dejado atrás. Como un fantasma comprimido y lleno de polvo. Me parece oír la voz de mi prima Olvido. «Qué fácil es arrepentirse después», dice. Pero salimos rápido hacia el norte y cruzamos junto a un pueblo fantasma y me parece que en cada persiana hay un ojo que nos espera. Tiemblo. Tengo ganas de vomitar. Me pica el ojo que no tengo como consecuencia de la mierda que me he echado en la cara. Pero la carretera sigue y en unos pocos minutos estamos en la autovía. El Mono, silencioso, regula la velocidad. Lentamente, conforme devoramos kilómetros, entramos en un planeta nuevo. Uno en el que ya no hay árboles ni palmeras ni parece existir el color verde y en el que todo no es más que una llanura de colinas arenosas punteadas de matojos negros.

Pasamos pueblos, naves industriales, camiones.

Yo voy con la ventanilla abierta para que se me pasen las ganas de vomitar. A ratos saco una mano y juego a hacer fuerza contra el viento. Nadie dice nada hasta que pasamos el cartel verde

que indica que abandonamos la región.

—Es un poco más adelante.

La mañana es desértica y seca, humeante y amarilla. Huele a leña quemada, a incendio lejano. Segundos pasando. Hasta hacer media hora. Entonces, desde lo alto de un nudo de entradas y salidas de la autovía, lo vemos. Es una estación de servicio, letras blancas sobre fondo naranja. El asfalto es negro y hay una fila de camiones más allá. Circulamos lentamente hasta el edificio en el que pone restaurante y que tiene unas ventanitas arriba.

Habitaciones.

El Mono aparca y toma aire. Saca el Nokia viejo y manda un mensaje. Cinco minutos después le suena el suyo propio y yo oigo la voz del Chato a través del auricular.

—¿Estáis? —dice el Chato.

—Llegamos.

—Ok. Esperad ahí. Con calma.

—Sí..., tío, ha sido cojonudo. Muy cojonudo —dice el Mono.

El Chato le para los pies.

—Con calma, con calma.

Luego cortan. Yo hablo.

—Me pica el ojo. Necesito limpiarme.

El Mono me mira. Asiente. Quedamos en que yo, que voy embarrada de arriba abajo, espere en el coche mientras él va a por una habitación. Luego regresa y lleva el coche a la parte de atrás. La habitación, que da justo sobre la terraza del restaurante, no tiene nada especial que reseñar. Dos camas, un baño. Y en el baño el típico radiador, las típicas toallas, la cortina de la ducha. Todo de un verde desvaído que sueña, tal vez, con ser amarillo. Muy triste.

Estoy quitándome el vestido y oigo al Mono canturrear para sí. Estoy saliendo de la ducha y siento al Mono metiéndose una raya. Estoy poniéndome el ojo y siento al Mono metiéndose otra.

Así pasa y, entonces, cuando al fin salgo con otro vestido largo hasta los tobillos para tapar el cuerpo de morsa, el Mono está en pleno momento de exaltación. Con todo arriba y bailando con su sombra.

Entonces pasa una cosa extraña. Cómica. Esperpéntica.

—¿Somos los putos amos o no somos los putos amos, primita? Somos unos putos cracks. Lo más de lo más. Lo que hay al final de lo más.

Así está el Mono.

Y entonces pasa eso que os decía. Eso extraño. Y es que, a pesar de mi media cara y de mi único ojo y de mis noventa kilos de lorzas, se me viene muy cerca y de pronto me doy cuenta de qué quiere.

Quiere tirarme encima de la cama, bajarme las bragas.

Abrirme, meterme eso.

Incluso comerme el coño.

Y no.

Así que lo echo para atrás. Le doy así, con las palmas de las manos en los brazos y él reacciona y se ríe y dice primita, primita. Él lo dice y yo tengo mi cara hosca, pero por dentro me estoy muriendo de la risa.

Pero no me río de alegría porque un tipo haya querido hacerme eso. No.

Me río porque es ridículo, patético.

El esperpento.

La idea es que el Chato, después de haber hecho lo que haya hecho para entretener a la escolta, se presente en el chalet como si tal cosa y se ponga a trabajar tan normal. Como si fuera que todo el caos que deba haber en ese momento a su alrededor no fuera culpa suya.

La idea es que nosotros lo esperemos ahí hasta que él pueda llegar. Sea eso cuando sea. Ese día o el otro.

Entonces, esperar y nada que hacer. El día convirtiéndose en una hora interminable.

Yo lo llamo «el día de los vómitos».

Porque de pronto te das cuenta de que no quieres salir de la habitación y tu paranoia se convierte en otra cosa. Una imprevista y que se llama miedo. Pero no el miedo negro, que de ese os hablo ya enseguida, no.

Un miedo real, concreto. Un miedo de tripas. Un miedo lleno de ruido en el que aparecen seres que gritan, que tienen ojos feroces. Un miedo caliente, de lobos.

Porque se te pasan los efectos de la coca. Y entonces el mundo vuelve.

Y es cruel, asesino.

Porque el cerebro, de pronto, te deja comprender aquello de lo que no querías darte cuenta. Y entonces ante tus ojos se abre un mundo hostil lleno de fuerzas terribles que se mueven, que ya deben estar moviéndose, en tu dirección. De pronto eres consciente de que algo husmea el aire y te ventea. Algo real. Hecho de huesos, músculos y sangre, para nada fruto de tu paranoia.

¿Y qué haces entonces?

Vomitas, ya lo he dicho.

Empiezo yo, que llevo menos coca encima que el Mono. Una vez, otra, otra. Después de cada vez me quedo tirada en el suelo del baño, en el hueco entre la bañera y el inodoro, con las patas abiertas y los dedos de los pies apuntando al techo.

Luego, porque no lleva más que lo que lleva y no va a salir a pillar, le toca al Mono. Así se nos hace la tarde. Turno para ti. Turno para mí. Cada poco llega un mensaje del Chato.

—Todo ok.

—Todo ok.

—Tengo sed.

—Ya.

Al final el Mono se mueve por la habitación. Se pone las zapatillas. Me mira.

—¿Traigo algo de comer?

—Trae.

Le digo que traiga, pero no creo que sea capaz de comer nada. Me quedo tirada en la cama y él sale. Es entonces cuando me doy cuenta de que no le hemos prestado atención a la bolsa de cuero. La bolsa que está allí, abandonada, tirada entre las dos camas.

Así que voy y me siento en el suelo y la abro.

Estoy aún así cuando regresa el Mono, que ve lo que estoy haciendo y se sienta a mi lado. La bolsa en medio de los dos.

—Joder, primita —es todo lo que atina a decir.

Tampoco estamos ahí tanto rato. Simplemente, no tenemos la cabeza como para. Contamos, por encima, los billetes y hay un momento en que me hago el cuento de la princesa tuerta que fue rescatada por un príncipe que le hizo una cara nueva. Algo muy poco feminista y muy sometido. Y mi primo el Manuel, que canta.

Mi vida no es de nadie, ni yo le pido a nadie nunca
que haga algo que yo mismo tampoco haría sin dudarlo.

Luego la tarde se diluye.

Porque hemos pasado mucha tensión todo el día y apenas hemos dormido. Así que del siguiente rato no me quedan más que retazos en mitad de una sesión de sueño agotado.

Retazo uno. El Mono mirando por la ventana, con la pistola sobre las piernas y pensando quién sabe qué cosa que habrá visto en alguna película del Oeste.

Retazo dos. El sol entrando en ángulo por la ventana, pegando con fuerza en la televisión de la esquina. Un instante de mi rostro reflejado en la pantalla. Los rayos de sol conteniendo innumerables partículas de polvo, que bailan el son de un viento que no puede existir en la habitación cerrada.

Retazo tres. Ya es de noche. Un jaleo de pájaros. El Mono duerme.

Y, mientras tanto, imágenes confusas ruedan por mi mente. Otra vez voy en el coche a ver a esa mujer y nunca llego. Estoy durmiendo, y a través de mi cuenca vacía se abren camino unas patitas asquerosas, unas antenas verdes que me acarician el pómulo y la nariz. Otra vez estoy en la carretera, tirada en el suelo, pero lo que llega no es una motocicleta, sino que soy yo misma, mi yo de quince años, con su cintura y su culo, con su coño premium.

Ella me mira. Es decir, yo me miro desde los ojos de ella.

—Elefanta varada en la arena, seis puntos —dice.

Ella —yo— se ríe. Yo —ella— me despierto.

Me despierto y algo ha cambiado. Una luz. Y voces. Es así como sé que el Chato al fin ha llegado. Están los dos sentados más allá. Uno en el borde de la otra cama, el otro en la única silla.

—¿Qué quiere decir que están raros?, ¿raros cómo? —está diciendo el Mono.

—No lo sé. Están eso, que no se enteran. ¿Sabes quién está allí?

—¿Quién?

—El Chino Mendoza.

—Joder.

—Sí, pero ya te digo. Apollardaos. Hasta el Chino. Piensa que estaba el Joaquín contándole la historia y el Chino estaba que ni lo miraba, como si estuviera pensando en otra cosa. Como si hubiera una interferencia y estuviera todo el rato tratando de pillarla.

Hay un susurro. El Mono dice algo. El Chato se remueve.

—No lo sé. Y a mí tampoco me lo van a contar. Pero algo pasa.

—Pero eso puede ser bueno, ¿no?

—Lo que puede ser bueno es que no tienen ni idea de lo que ha pasado. Eso es lo bueno.

Yo estoy quieta en la cama y debo parecer profundamente dormida porque los dos siguen hablando como si me hubieran olvidado o como si yo fuera un mueble más. El siguiente rato el Chato hace un resumen de cómo ha sido el día. Que si unos serbios, que si el tal Chino Mendoza. Luego hay un silencio largo.

—¿Qué hacemos? —pregunta el Mono.

El Chato tarda en contestar y yo, que tengo el único ojo cerrado, sé que en ese momento los suyos, tan negros, tan rebeldes, están recorriendo el bulto que yo soy.

—Lo primero, soltar lastre —dice.

—No te entiendo —dice el Mono. Pero lo ha entendido.

El Chato, yo no lo veo, pero lo sé, se vuelve hacia su primo.

—Está claro, primo. ¿O es que en serio le vas a dar pasta a esto?

«Esto» soy yo, por si no lo habíais captado.

—Es lo que hablamos.

—No. Es lo que hablaste tú. Y por lo tanto es cosa tuya. Y ni pienses que vamos a hacer tres partes. Aquí hay dos partes. La tuya y la mía. Y si tú luego quieres hacer cualquier mierda con la tuya, pues es tu problema.

El Mono guarda silencio. Yo no puedo abrir el ojo y tampoco quiero. El que vuelve a hablar, pasado un larguísimo minuto, es el Chato. Se ha levantado de donde estaba y ahora está más

cerca de la televisión.

—¿En serio pensabas coger cien mil pavos y dárselos a eso para que se opere?, ¿y para qué?, ¿para zumbártela? Eso no tiene arreglo, Mono. Míralo. Y con la de payas que hay. Joder, Mono, ¿a cuánto el polvo?

—Está despierta —dice el Mono.

El Chato se ríe.

—Pues mejor, que me oiga y que lo escuche ya de una vez. Todo el día con esa cara de culo por todos lados y gruñendo. Que se vaya a la mierda de una vez.

El Mono suspira. Yo lo noto suspirar. Los dos saben que estoy despierta, pero no me voy a humillar hasta el nivel de abrir los ojos y que sepan que es verdad que los estoy oyendo.

El Chato se acerca al Mono.

—Nene, que está bien lo de los granos en el culo. Lo de tenerlos. Un rato. Porque te sientas así de lado y te duele un poco y está bien sentir esa mierda. Pero, luego, ¿sabes qué pasa?

—¿Qué pasa?

—Pues que un día, ya, hay que ponerse serio. Y entonces pues uno sale de su puta concha y tiene que ponerse pomada o ir al médico.

El Mono no contesta. El Chato suspira con fuerza. Vuelve a moverse, ahora más cerca de la cama en la que estoy yo.

—Joder, Mono. Dime qué pinta eso en tu vida. Y, piénsalo, aunque se operase y se quedara medio bien, ¿qué más da?

El Mono sigue callado. El Chato se mueve hacia la puerta del baño, y debe de ser algo semejante a un animal enjaulado.

—Escucha, Mono. La dejamos aquí y cogemos los coches y nos vamos para tu casa. Entonces tú sacas todas sus cosas a la puerta y cambiamos la cerradura. Y que se vaya a tomar por saco.

El Mono sigue sin decir nada. El Chato vuelve a suspirar. Toma una decisión.

—¿Tienes la pipa que te dejé?

El Chato lo dice y yo sé para qué la quiere. Lo sé de pronto, como un relámpago que me acabara de cruzar la cabeza. El Mono, lo sé aun con el ojo cerrado, busca la pistola y se la tiende a su primo. Su primo la guarda y saca la suya y le apunta mientras con la otra mano coge la bolsa del suelo.

—Cambio de planes.

—Hijo de puta.

El Mono lo dice y yo abro el ojo y veo que ha pasado justo lo que yo pensaba que había pasado.

—Decide —dice el Chato.

El Chato sonríe y se produce, de pronto, una mágica transformación. Porque por arte de magia

le ha desaparecido la barriga y el destensamiento de la cara. Y además tiene el pelo más largo y no cojea y en sus ojos hay aquel brillo animal y desafiante. El mismo de cuando yo tenía doce años.

7

Si fue algo que el Chato ya tenía planeado desde el principio o si fue algo que surgió más bien del momento es algo que nunca sabremos. Lo que sí es cierto es que la escena termina más o menos ahí.

—¿Qué vas a hacer? —dice el Mono.

—No lo sé. Ya lo pienso. Borrarme, de pronto.

—Sabrán que has sido tú.

Es entonces cuando el Chato sonríe.

—Carretera, carretera —dice.

El Mono lo mira. Y a la pistola.

—No tienes huevos —dice el Mono.

Y se refería, entendí yo, a que el Chato no tenía huevos de pegarle un tiro. Así lo entendió también el Chato.

—Prueba a ver.

Después ya está. El Chato carga con la bolsa, se la echa al hombro y sale por la puerta. Entretanto ha avanzado la noche y la luz que proviene del baño incrementa la tonalidad verdosa que en el fondo quiere ser amarilla y hace que el Mono parezca más pálido y más descarnado. Una máscara de la muerte.

Durante un rato, tal vez diez minutos, tal vez veinte, no se mueve nadie ni habla nadie. Al final soy yo la que rompe el hielo. Porque me estoy meando. El Mono me mira apenas con el rabillo del ojo y yo comprendo que lo que le pasa es que la vergüenza se lo está comiendo.

Voy, meo y aprovecho para ponerme el ojo de cristal. El ojo, clac, se encaja en su rincón. Después, regreso. Me siento en la cama.

Si tengo que decir la verdad, en ese momento todo me parece bien. Justo.

—Lo siento —dice el Mono al fin.

Yo no digo nada. Lo miro y gruño. Tal y como el Chato dijo que yo hacía.

Sí. Gruñir es mejor. Si gruñes, no te comprometes a nada. Nada es tu responsabilidad si no eres más que una morsa que se revuelca en el fondo del estanque mientras espera que los cuidadores le echen un cubo de sardinas.

Eso era yo, Rocío «grano en el culo» Martínez. Veinte años.

¿Fue ahí? Tal vez. Tal vez un poco.

En mi opinión, no. Aún falta.

Pero, un poco, sí. La verdad.

Lo mismo que algo, ya, empezaba a removerse en el cieno.

Pero sigo. Las ventanas de la habitación dan a un desierto blanquecino e interminable. Y nadie habla porque allí solo quedamos dos sombras tintadas de verde que miran insistentemente hacia el suelo. El Mono está catatónico. Y yo empiezo a tener la sensación de que todo no ha sido más que una inmensa burla.

Luego pasa algo extraño.

Porque o es que el tiempo, de pronto, ha echado a volar, o es que en realidad era mucho más tarde de lo que yo pensaba. Porque empiezan a cantar, furiosos, los pájaros y yo entiendo que va a amanecer.

Que va a amanecer y que los dos vamos a estar así para siempre.

A mí, en aquel momento, no me hubiera importado. Me iba bien.

Pero no había acabado, claro.

De pronto suena un teléfono. El teléfono del Mono. Pero no el Nokia barato y encriptado, no. El suyo personal. El teléfono suena y rompe el encanto. La burbuja en la que tan cómodos y tan desesperados estamos los dos.

Pensad que el mundo estaba aún entretenido en sus amaneceres, zona del sureste español.

Pensad qué temprano era.

El teléfono suena y el Mono se inclina hacia él y se queda muy quieto. Sospecha. Y primero parece que va a cogerlo, pero luego lo piensa mejor y no. El teléfono destella y suena. El teléfono abandonado sobre la cama hasta que la llamada se pierde. Solo que al poco vuelve a empezar. Así varias veces. El teléfono sonando, el Mono mirando y no haciendo nada. Es en esas cuando me acuerdo de que yo también tengo un teléfono. Ha estado todo el rato en mi bolso. Entonces lo saco y tengo varias llamadas perdidas. Tres son de un número que no conozco. Y las otras cuatro son de Aurora. Que también me ha mandado unos cuantos mensajes.

«Oye, ¿dónde estás?»

«¿Qué pasa hoy, es fiesta y no me he enterado?»

«¿Dónde estáis las dos?»

«¿Hola?»

Luego hay un mensaje de voz. Lo pincho y bajo mucho el volumen y me pongo el teléfono en la oreja. Aurora está enfadada.

«Oye, ¿dónde estás? Vaya noche de zorras que me estáis dando. A ver qué hago. Tú no apareces y Carmen tampoco. Y ninguna me coge el teléfono. Si es una broma, me cago en todos vuestros muertos. A ver qué hago. Porque no puedo limpiar aquello yo sola. Y, bueno, la supervisora..., joder..., a ver qué hago. Dime algo.»

El mensaje acaba. Dejo el teléfono sobre la colcha y, cuando aún no he terminado de retirar la

mano, suena. En realidad, no es que suene, porque está en modo silencio, como siempre, pero es indudable que alguien llama. Así que me asomo, pensando que va a ser Aurora otra vez. O Carmen. Pero no. Es otra vez ese número que me ha estado llamando antes. Ese que no conozco.

El Mono está tirado panza arriba en la cama, pensando quién sabe qué cosa. O negándose a pensar. Yo contesto.

—¿Sí?

«¿Sí?», y el Mono alza los ojos y me mira y se espanta.

—Hola, Rocío, ¿qué tal? —Es la voz de un hombre.

Una voz cálida, amable. Pero también exigente.

—¿Quién es? —dice mi voz rasposa, poco entrenada.

—Soy el Chino Mendoza, no nos conocemos.

El Mono, para entonces, ya se ha levantado y está a mi lado. Pega el oído al teléfono. Yo no digo nada, dejo un silencio bien largo.

—Oye, Rocío, ¿dónde estás? —dice el Chino.

Yo no digo nada. Y parece que ya no voy a decir nada nunca. Pero el otro está callado y me espera. El Mono me hace gesto de que cuelgue.

—Estoy en casa —digo de pronto.

Al otro lado, silencio.

—No, no estás en tu casa, ¿sabes por qué lo sé?

—¿Por qué?

—Porque en tu casa estoy yo. Ahora mismo estoy en tu habitación. La verdad, deberías poner algo en las paredes. Se ve muy triste.

Otra vez silencio por mi parte. El Chino lo toma con calma.

—Rocío, ¿está el Mono ahí contigo?

—No.

—Ya. —Aquí el Chino hace una pausa larguísima—. Y ¿qué hacemos?

Y fue ahí. Ahí cuando ya vi que aquello se acercaba. El terror negro.

Venía cabalgando como una jauría y viajaba en la voz, tan amable, tan dulce, de aquel hombre.

¿Os acordáis de lo que os voy advirtiendo todo el rato?, ¿eso de que había algo que «ahora» os contaría?

Pues ahora es el momento.

Para contároslo me voy a ir un poco atrás en el tiempo.

De pronto es otra vez 2011. Así que vuelvo a tener dieciséis años. Os recuerdo cómo fue aquella

noche en que la vida me hizo todas aquellas cosas: yo desnuda en la playa después de haberme zumbado al Chato. Bien comida de aquello que llevaban los dos. ¿Qué era?

Y entonces la otra, María la loca —que después desapareció del barrio con toda su familia— llegando por detrás. Sus gritos inconexos.

Y blam.

Yo sintiendo aquel desgarro, como había algo que se enganchaba en mi carne y pegaba contra mi hueso. Todo aquel destrozo, ya sabéis.

Luego cra cra cra.

La carrera en el coche del Mono y más adelante los hospitales y todo lo demás. Os hacéis una idea.

Y después, palabras, palabras. Como sobrevolándolo todo. Las palabras formando combinaciones.

«Traumatismo ocular severo.»

«Grave desestructuración de las membranas y los contenidos oculares.»

Lo que quería decir que estábamos, todos, luchando por mi ojo. Luchando, ¿entendéis? Y eso era bueno, era como un dique que lo contenía todo. Porque si hay lucha, entonces hay esperanza. Esperanza de volver a ser. Volver a ser aquella. La Rocío Martínez de antes de.

Pero entonces, como un par de meses después, van los médicos y dicen que ya. Que se rinden.

Empiezan a jugar, entonces, con otras palabras.

Palabra número uno: «Irrecuperable».

Palabra número dos: «Enucleación».

Ellos lo dijeron, pero yo oí cra cra cra.

«Te vamos a sacar tu ojito, niña. Así como quien dice con una cuchara. Y luego, mira, te cortaremos tu nervio óptico tan precioso. Y después suturaremos tus músculos oculares a un implante. Entonces, en ese implante pondremos una prótesis provisional, ¿entiendes? A la espera de que llegue tu ojito de cristal.»

Cra cra cra cra cra.

Luego vete a casa, reina del baile de dieciséis años, y asúmelo. Entre el ruido que lo puebla todo.

Es entonces cuando todo se desase. Cuando hay un lazo que se corta para siempre. Un lazo entre yo misma y algo.

Es entonces cuando desaparecen el dolor y la angustia. Cuando ya solo queda el frío. Una determinación helada.

De esos días recuerdo, más que nada, detalles. Chispazos.

Rocío panza arriba en la cama, el sonido de la televisión.

Rocío rebuscando entre los viejos estuches.

Rocío encontrando unas tijeras de los años de colegio. De esas sin punta.

Rocío, pacientemente, afilando las tijeras en la soledad de su cuarto. Probando las tijeras en la madera de la cama, por la parte de atrás. Rocío sintiendo frío frío frío.

El borde de las tijeras brillando como pequeños diamantes.

Y luego, una noche, Rocío caminando por el pasillo, encerrándose en el baño, metiéndose en la bañera, abriendo el grifo del agua caliente. Hincando con fuerza en el hueco entre los dos huesos del antebrazo. Escarbando ahí. Sintiendo pequeños clacs. Hondo, hondo. La pequeña resistencia membranosa de las venas. Y la sangre. La sangre más caliente que la propia agua, dibujando nubes, explosiones.

Crecientes estallidos y un olor salado. Dulce.

Y el cra cra cra. Primero imponiéndose a todo y después convirtiéndose en un sonido de fondo. Y entonces.

Algo semejante a un golpe. Algo que no debía estar ahí. Una caída del silencio. Como un chasquido en la estática de una radio.

Y de pronto, nada.

Rocío, que ha cerrado los ojos, abriéndolos de pronto.

Porque el silencio ha cambiado. Porque el silencio, de repente, se ha convertido en otra cosa. En algo semejante a una capa que lo cubre todo y que te hace pensar que estás en otro sitio, en un lugar en el que no hubo jamás sonido. Un silencio, además, implosionado. Es decir, no un silencio impuesto «a» Rocío, sino impuesto «por» Rocío. Brotado desde su boca, desde sus ojos. Su ojo. Y más cosas. Como que, de pronto, puedo verme a mí misma en la bañera. Yo ahí, tendida, con mi pijama. Me veo desde fuera, como si yo fuera la toalla que está colgada en el perchero o la bombilla que cuelga del techo. Y la sangre. Ondulante en el agua. El silencio se hace entonces más espeso y ya es algo que yo sé que podría, indudablemente, cortar. Y entonces lo veo. Primero me parece que está en la esterilla, pero un segundo después está detrás del radiador de la pared, escondido en las sombras y esperando. Primero me parece que es una mosca, luego una cucaracha.

Es entonces cuando tengo miedo. Cuando llego al miedo.

De pronto tengo frío. Lo tengo desde mi posición colgada en el techo y veo que mi otra yo, la de la bañera, también lo tiene. Porque se le ha erizado el vello de los brazos.

Pero viene lo peor.

Porque al mirar a la otra, la que está tendida en la bañera, he perdido de vista un instante a lo otro. Y ahora es más grande. Y como es más grande, lo veo mejor. Es negro y tiene dos patitas y dos ojos sin párpados. Los ojos son rojizos, como de murciélago, y miran fijamente a la Rocío de la bañera y de pronto sé lo que quiere. Quiere que ella no lo mire. Que no lo mire para volver a crecer.

Quiere que cierre los ojos.

Para poder acercarse un poco más. Y abrazarla con esas patitas.

Y de pronto sé que si se acerca y la abraza, seguirá creciendo y ocupará toda la bañera y luego toda la habitación y después saldrá por el pasillo y ocupará la casa entera y más tarde saldrá por la puerta y será todo el universo.

Un universo de negro silencio.

Donde no se oirán ni los gritos de la Rocío de la bañera ni mis gritos.

Así que abro mucho los ojos, no parpadeo para no perderlo de vista.

Si no lo pierdo de vista, no podrá crecer.

Y grito.

Grito. Grito. Grito.

Porque me oigo, ¿entendéis?

Porque en mitad de aquello espeso mi voz forcejea y se abre camino y es capaz de llegar a un chorro de luz que se ve a lo lejos.

Entonces chillo y aquello se gira y deja de mirar a la Rocío de la bañera y repara en mí y sus ojos ya no son de murciélago. Ahora son ojos fríos, de tiburón.

Grito grito grito.

Para alejar al silencio que acompañaba a aquello, para que vuelva el cra cra.

Y así fue. Yo gritaba y al poco ya estaban aporreando la puerta. Mi padre golpeaba, mi madre lloraba. Alguien tiró la puerta abajo y me desperté en el hospital y ya no tenía ojo. Habían aprovechado, los cabrones.

Y ahora ya lo sabéis todo. Sabéis que soy una cobarde. Sabéis por qué, durante todos estos años, no me he quitado de en medio.

Cualquier cosa menos eso.

Pero regreso a aquella noche de mayo. Volvemos a 2015.

—Ya —dice el Chino. Y hace una pausa larguísima—. Y ¿qué hacemos?

El Chino hace la pausa, y aquello que había al otro lado de aquella cucaracha o aquella mosca o aquel espacio viene caminando en su voz. Viene y lo siento tan claro que me parece que está, justo en ese momento, ya escarbando con sus dedos en la puerta de la habitación del motel.

Así que cuelgo. El Mono está a mi lado y también se ha dado cuenta.

—Vámonos —dice—. Vámonos, vámonos, vámonos.

Salimos corriendo. Agarramos todo lo que hay por encima y en un minuto estamos dentro del coche y en el siguiente estamos ya en la carretera. Dirección norte. Alejándonos de aquella voz y de todo lo que viene con ella. El desierto espejea como un mar de sal y yo vigilo por los retrovisores porque estoy segura de que aquello viene acechándonos, de que viene volando a toda velocidad. Acortando, con cada latido del corazón, la distancia que nos separa.

Miro a la carretera tras de mí y miro al cielo. Porque se me ocurre que tal vez tenga alas. Unas inmensas alas negras. Y una boca.

Seguimos por la autovía. El Mono concentrado, silencioso, pensativo. Dejamos atrás Albacete y luego la tierra se aplana. Se hace ya por completo de día. Yo vigilo por el espejo retrovisor y canto. Convoco a mi primo Manuel para que mantenga alejado el silencio que viene acompañando aquello.

Canta, primo.

Y en tus ojos otra vez la vida
tiembla en una vela consumida.

Mi primo canta y entonces lo veo.

No tiene alas. O sus alas son, cada una, un coche de color negro. Coches elegantes, poderosos. Uno, un Audi. El otro, no lo sé bien. Tal vez un BMW.

Hay tráfico, pero no mucho. Así que los puedo seguir por el retrovisor. Si uno se fija en ellos se da cuenta de que lo suyo es como un baile perfectamente sincronizado. Porque siempre están a la misma distancia el uno del otro. Y se cambian de carril al mismo tiempo. Poco a poco se acercan a nosotros. Entonces, cuando ya los tenemos como a cien metros, se quedan ahí.

El Mono conduce. No se ha dado cuenta.

Yo espero y me pregunto. Luego lo entiendo.

Hay otros coches, claro. Entonces, no pueden pararnos ahí en mitad de la carretera. No, están esperando ellos también. Su momento. Este llega al poco. Cuando noto que el Mono da el intermitente de la derecha. Lo miro.

—Hay que echar gasolina.

Hay una estación de servicio más allá, es cierto. Otra vez las letras blancas sobre el fondo anaranjado. Eso y que el Mono, ya os digo, no se ha dado cuenta de lo que llevamos detrás. Como lo es que sería mejor, tal vez, seguir conduciendo hasta el fin de los tiempos. No parar, no parar. Y que la vida fuera ya solamente eso. Los dos, ahí. Y una carretera que nunca termina.

Solo que no, claro.

Porque el Mono ha dado el intermitente y yo me digo que tal vez todo sean imaginaciones mías y que tal vez ellos no sean más que mi obsesión. El lugar donde se ha concentrado mi inevitable paranoia.

Me pasa cada vez que atraco a unos mafiosos, no lo puedo evitar.

Yo los atraco y, al rato, zas. Paranoia de que me persiguen, de que me van a hacer cosas malas.

Pero a lo que iba. El Mono entra por el carril que da a la gasolinera y hay un momento de suspense. Tic tac. Pero sí. Porque inmediatamente aceleran. Con sus movimientos gráciles, precisos.

Entonces dos segundos más, tres. Y ya.

Entran tras nosotros y yo me preparo.
Aprieto el culo, como quien dice.

8

Son profesionales, eso no me sorprende.

Me sorprende el grito de pavor, de absoluto desconcierto, del Mono.

Pero, profesionales, como os digo. Porque todo es muy rápido, quirúrgico. Es tan rápido que no llegamos ni a acercarnos a la zona de los surtidores. No, porque mucho antes de eso el carril se abre en una pequeña área de descanso. Y en cuanto nos asomamos a ella el primero de los coches hace chillar sus ruedas y nos pasa y nos bloquea.

Entonces grita el Mono. Pero ya es tarde. Ya todo está lleno de tipos que bajan de los coches y que nos vienen encima. Tipos rubios, eso sí me sorprende. Tipos de ojos claros, que hablan español con acento eslavo. Tipos que portan armas.

Armas largas, llenas de balas sin alma. De balas indiferentes.

Son unos segundos, ya digo.

De pronto alguien ha abierto la puerta tras la que estoy y un momento después me han tirado al suelo y el cañón de un rifle de asalto se apoya contra mi espalda. Como en las pelis. Aparte, hay órdenes, gritos.

—Vamos.

—Abajo, abajo.

Me arrastran. Se me raspan los codos y las rodillas. Me dejo jirones de piel en aquel asfalto, gotas de sangre. Me levantan en peso, a mí. Y me embuten en el Audi. A cada lado se me coloca uno de los rubios y el coche vuelve a salir a la autovía. Pasados unos kilómetros entra en un cambio de sentido y al momento estamos volviendo hacia el sur. Pasamos, claro, cerca del 208 del Mono. Ya hay otro coche parado detrás y un hombre detenido en mitad de la nada y rascándose la cabeza y preguntándose. Los rubios hablan entre sí en su idioma y yo pienso que les estoy viendo la cara.

De pronto, me parece muy importante.

Así que miro abajo. Porque no quiero saberme sus narices ni sus ojos ni sus bocas.

Qué pasa el siguiente rato, qué pasa el resto del día.

No lo sé. No lo sé bien.

Todo es más bien cra cra cra cra cra. Y no pensar. Como si todo fuera una película que pasara muy lejos de mí. Una película muy poco interesante, además. O como si mi cabeza hubiera

decidido tomarse unas vacaciones. En plan: bueno, Rocío, aquí te quedas, nos vemos a la vuelta, riega las plantas y échale comida al gato si ves que tal. Eso con la maleta en la mano y mientras se pone el sombrero. Ja.

Pero ¿qué fue pasando fuera de mí?

Tengo visiones. Retazos. El cartel verde que indica que otra vez estamos en la región. El conductor hablando por teléfono en un idioma extraño, lleno de uves. O el olor del rubio que llevo a mi derecha y que es alto, poderoso, guapo. O la silueta del Mono, en el coche de delante y embutido entre otros dos rubios.

Cra cra cra.

Todo mientras yo me voy sumiendo, mientras empiezo a hacer mi terapia.

Mi terapia para que ese silencio absoluto, ese silencio de llanuras, no se instale.

Así que convoco a mi primo el Manuel. Primo, dale.

Entre caricias salvajes y zumbidos de motor,
como un destello en la noche
cruzamos campos solitarios.

Cra cra cra.

Así que desandando, volviendo. Pasada lo menos una hora hay un nudo de carreteras y dejamos la autovía. Entonces nos vamos hacia la derecha y la tierra empieza a ondularse y transitamos entre sierras y cabezos pelados. Los rubios, silenciosos rubios, huelen a sudor y a campo, a alguna colonia ligera y como de verano. Lo mismo algo con algaida. Ellos, voy pensando entre el cra cra cra, también tendrán una vida cuando no estén haciendo sus cosas de mafiosos. Serán, de alguna forma, normales, cotidianos. El de la derecha, el alto y guapo, tiene una barba cobriza, un mentón alto, una frente ancha. Y los ojos azules. Y me lo imagino, sin problemas. Llegando a su casa, quitándose esa camiseta, esos pantalones. Tomándose una Coca-Cola en la cocina mientras le muestra al frigorífico los abdominales y el culo duro.

Me lo imagino después en la ducha. Con la polla que le va cogiendo tensión porque su novia acaba de llegar a casa, porque ha sentido sus llaves en la habitación, su voz. La espera.

Cra, cra, cra.

Hace calor, de pronto. Los coches hacen una parada y los dos chóferes se juntan un momento junto al coche del Mono. Luego siguen. Yo dejo que cante mi primo el Manuel.

Nada que te haga reír,
nada que te haga llorar.

Mi primo canta y los coches vuelven a desviarse. Ahora hacia la izquierda. Luego seguimos por un camino de tierra. En lo alto se ve una casa y primero puede ser que vayamos hacia ahí.

Pero no. Y mi primo sigue.

El amor de las viejas novelas
murmura un deseo a las estrellas...

Cra cra cra.

Cra cra y el rubio que hay a mi izquierda me mira de pronto. Lo mismo es que ha oído mi canción invisible. Más adelante hay una cuesta y un bosquecillo de pinos. Y gente. Un coche y una furgoneta azul bastante grande aparcados a un lado del camino. Varios hombres. Hombres que ya no son rubios, sino del color del Chato y del Mono.

Paramos. Los hombres bajan, se saludan.

Yo me quedo a solas en el Audi. El Mono se queda a solas en el otro coche.

Cada uno con su paranoia.

La mía es que de pronto me llega una película que vi una vez. Una de Will Smith, creo. En ella el protagonista, o sea él, le hablaba a alguien al respecto del miedo. Una paranoia. Otra. No lo recuerdo bien. Tampoco importa qué fuera exactamente lo que decía. Pero era algo así como que el miedo no era real. Algo como que el miedo era una opción entre otras porque el miedo no existía en la realidad sino solo en la imaginación. O que el miedo era algo así como anticiparse a lo que iba a venir. Y por si lo que iba a venir iba a ser malo.

La película era muy mala y creo que no la terminé de ver. Pero eso no importa. Lo importante era la teoría. Interesante eso del miedo como una proyección mental que uno se hace de su propio futuro. Solo una pregunta, querido William.

Y es: ¿qué pasa cuando el futuro ya te ha alcanzado, William?, ¿qué pasa si el futuro ya implica la certeza absoluta?

Cra cra cra.

Es en ese momento cuando quiero vomitar.

Y sigue cantando mi primo. Sigue cantando. Sigue cantando.

Mi cuarto es tan pequeño, que nunca encuentro sus esquinas.
Desde que tú te has ido, se ríe de mí la soledad.
Te espero en los caminos y te confundo a todas horas...

Y luego salta de canción. Dale, primo.

Busco una orilla extraña, pero yo no soy Ulises.
Que nadie me ate cuando las sirenas canten.

Y no, me digo, no, a mí, por favor, que me aten. A este lado.
Porque no quiero ir hacia allá.

Porque ya lo vi. Y no quiero.

Entonces todo se detiene. Seguimos parados y las horas se convierten en algo denso, semejante a oro cayendo desde el cielo. En el coche de delante el Mono se gira y me busca. A mí se me ha metido un fragmento de asfalto en una de las heridas de la rodilla.

Así que aparto el vestido desgarrado y rebusco con mis uñas. Al apartar la piedrecita fluye la sangre. Después me quito mi máscara un momento para que me dé el aire en la cara, pero me la vuelvo a poner cuando se acerca el rubio guapo y alto y me mira. Lleva una botella de agua y me pregunta algo. Me cuesta trabajo entender lo que me dice.

—Que si tienes que ir al baño.

—Sí, sí.

Así que salgo del coche y él me escolta hasta las matas del borde del camino. Lo miro de reojo. No puede ser mucho mayor que yo y tiene los ojos claros como yo. Tiene unas manos de dedos anchos, de uñas grandes, muy blancas. Aparte está su voz, que es amable, que no denota nada. No es una voz que diga: «Soy un sicario y estamos esperando a que venga la muerte, o el dolor». No. Es la voz fina de un oficinista, de un camarero. «¿Quiere agua, señorita?» Yo me ajusto la máscara y lo acompaño y entre las matas me subo el vestido y me bajo las bragas y meo. De pronto se me ocurre que tal vez es la última vez que meo.

Y la última vez que veo las montañas, que oigo a los putos pájaros, que respiro el polvo de las piedras, que las matas me acarician los muslos y el culo, que...

Hay una flor entre mis pies. La tomo.

Es una flor amarilla. Le acaricio suavemente los pétalos.

Luego empieza a dolerme el ojo que no tengo.

Luego empieza a hacer más calor.

Y qué es lo siguiente. Pues que te llevas la flor amarilla entre los dedos y vuelves al coche. Siguen pasando las horas. Te pones la máscara, te la quitas. El rubio te ha dejado la botella con agua y te la bebes a sorbos cortos y no tienes hambre porque tu barriga se ha convertido en un nudo. ¿Y qué pasa? Pues que están esperando. Qué. Algo. De pronto ya no es por la mañana sino por la tarde y te dices que ojalá no venga nadie, que ya todo sea ese estar esperando para siempre. Pero no.

Porque llega un coche negro por el camino.

Llega un coche y, en el agitar de los morenos y los rubios, tú ves que ya.

Que toca. Que aquello se mueve.

Aquello se mueve y entonces sí, vomitas. Lo echas todo encima de tus sandalias y de la tapicería del coche.

Dos hombres. Al primero lo reconozco al momento.

Es Joaquín. El mismo tipo al que atracamos ayer. El de la moto.

Al otro, gitano, no lo he visto nunca.

Es un hombre alto, de unos cincuenta y pico. Es ancho, casi gordo, y tiene una cicatriz en la mejilla. También lleva un bigote partido, un bigote ralo, fino, a lo Cantinflas. Camisa de cuadros abierta sobre el pecho en el que destaca un collar de oro.

No lo he visto nunca, pero de pronto sé quién es.

Es el que me habló por teléfono, el de la voz dulce. El que llevaba a la jauría y al silencio en la voz. El Chino Mendoza.

Hay órdenes. Lo primero que hace el que yo creo que es el Chino es irse con el tal Joaquín hasta la furgoneta azul. Allí alguien les abre la trasera y los dos se quedan ahí parados un momento, como si estuvieran mirando algo. El siguiente turno es el del Mono. Igual. Después es mi turno. Pasos en la grava y una mano en el picaporte de la puerta. Los ojos del Chino me miran y yo, Rocío Martínez, estoy presta para bajar la mirada.

Para bajarla por instinto, porque yo soy así, porque ese es el papel que represento.

Sin embargo, esta vez, sucede algo raro.

Y es que yo, Rocío Martínez, alias grano en el culo, levanto la mirada y me quedo en sus ojos. Mi ojo en los suyos.

Mi ojo es verde. Los de él son muy oscuros. Castaños, pero casi negros.

¿Por qué lo miro? Porque es él. Él. El que lleva el terror negro en la voz. El terror que sí existe y que no es una recreación del miedo que pudiera generar mi pensamiento.

Yo lo miro. Él me mira. Detrás de él está el rubio que me trajo agua. El Chino me hace gesto de que me quite la máscara y yo me la quito. Después se aparta un poco y asoma la cabeza del tal Joaquín.

—¿Es esta?

—Sí.

Luego el Chino vuelve a asomarse un momento, como si pensara algo o le diera mucha pena tener que hacer lo que tiene que hacer conmigo. Después cierra la puerta. Yo sigo teniendo la flor que recogí cuando estaba meando. Le acaricio suavemente los pétalos.

Os lo cuento rápido. Porque ya es el momento en que todo va a saltar por los aires. Nos sacan de los coches. No son amables. Yo no me resisto y trato de caminar con ellos, pero me tropiezo y me arrastran y pierdo mi máscara y una de mis sandalias por el camino. Otra vez mis rodillas por el suelo. El Mono gime, tiene un momento en que se retuerce y parece que va a pelear. Lo golpean. Con fuerza. Cruje su cara. Luego está más tranquilo. La puerta de atrás de la furgoneta

azul se ha abierto y ahí nos empujan. Después cierran la puerta detrás de nosotros. Hay alguien más ahí, al fondo. Una cara destrozada a golpes y unos ojos exhaustos. Una camisa manchada de sangre. ¿Sabéis quién?

El Chato, sí.

El Chato que no era tan listo como se pensaba.

El Chato que, cuando empezaron a darle trastazos, debió cantar bien rápido dónde estábamos nosotros.

Ah, Chato.

Pero no hay tiempo para saludos, si me entendéis. Porque aquello se pone en marcha y al momento vamos, trastabillando, por una cuesta abajo. Y al siguiente momento empieza a oler a agua y a río. El agua se me mete, de pronto, por todos los poros. Luego, pasados diez minutos, aquello se para.

Entonces hay voces fuera y el Chato gime. El Mono lloriquea y se mea encima.

Todo mientras yo estoy impávida, inmóvil. Atenta a la flor que sigo acariciando entre mis dedos. Atenta a la canción que tararea mi primo.

Y en tus ojos una luz se apaga.

Ojos tristes al mirar los mapas.

Tardan mucho en sacarnos, esa es la verdad.

Tardan tanto que se ha hecho de noche. Y ha llegado otro coche con otro tipo, también gitano.

Un tipo más bien bajo, muy flaco.

Lo veo de lejos y me da la impresión de que lo conozco de algo. Pero no tengo tiempo, verdaderamente, de mirarlo.

Porque me tiran al suelo y vuelvo a hacerme daño en las rodillas. Porque el decorado ha cambiado por completo.

Por supuesto yo, ahora, sé dónde estábamos. Pero entonces no lo sabía. Tampoco, me entenderéis, tenía el coño para fiestas.

Brilla la luna y la furgoneta se ha parado entre unos chopos. El viento les mueve las hojas y es como si los árboles aplaudieran. Más allá termina el camino y queda un cielo abierto y lleno de estrellas. Brilla la luna a lo lejos. Eso en el cielo. Y luego, en el suelo, pues otro cielo y otras estrellas y otra luna. Esto me confunde durante un instante, pero luego entiendo que lo que estoy mirando es agua. Un agua mansa y quieta como un espejo. Eso y una franja de tierra parda que la cruza y que se une a otra franja de tierra parda más allá, formando un cuadrado.

Un cuadrado de agua. Y otro más allá. Y otro.

Decenas de cuadrados de agua. Hasta donde alcanza la vista.

Ya os digo que ahora sé dónde estábamos.

Pero sigo.

Nos hacen sentarnos en el suelo, pero es un minuto. El Chino y uno de los rubios, el que parece el jefe, pasan cerca de mí. Los oigo hablar.

—¿Nada? —dice el rubio.

El Chino mira su teléfono.

—Nada.

—¿Qué hacemos?

—Llamar a mi abuela, si te parece —dice el Chino.

El otro lo mira un momento.

—Chino, joder.

—No, joder, no. Acabamos y nos vamos. Yo asumo la responsabilidad.

El Chino lo dice y el otro se encoge de hombros.

Cra cra cra.

Es entonces cuando el Chato trata de levantarse. Trata de negociar. Dice algo confuso, pero uno de los rubios lo devuelve al suelo.

—Chino —dice el Chato—. Chino, mírame.

Y el Chino lo mira, pero no hay nada en sus ojos.

Así que cra cra cra cra.

Mientras acaricio mi flor y canto. Para que el silencio y eso que viaja en él no me alcance. Y mi primo, cantando.

Soy el salvaje que derriba tus dioses, que se atrinchera en tu cama...

Soy la galerna que te azota, yo conjuro al huracán...

—Chino, mátame —va gritando el Chato.

Somos ocho, caminando por la franja de tierra que se adentra en el agua.

Siete hombres, una mujer.

Blancanieves y los siete enanitos.

—Chino, por tus muertos. Mátame.

Delante camina uno de los rubios, haciendo luz con una linterna. Delante de mí va el gitano flaco, que lleva algo en las manos. Algo que va agitando lentamente.

Nos empujan. El Chato vuelve a gritar.

—Mátame, Chino, por tus muertos.

El Chino está pendiente de su teléfono. Niega con la cabeza en dirección al jefe de los rubios. El jefe de los rubios se encoge de hombros.

—Tú sabrás, Chino.

Y ahí vamos. Hay gritos del Mono y del Chato. Cuando los ponen de rodillas, cuando les sujetan los brazos y les tiran del pelo para que sus caras miren al cielo. Forcejean, pero no hay

modo. Al Chato le dan un golpe terrible en la espalda. Tan terrible que estoy segura de que lo han quebrado. Y entonces se acerca el otro, el flaco, con lo que lleva en las manos, con lo que viene moviendo.

Entonces no sé bien qué pasa.

Hay un siseo y un destello y un olor helado se me mete hondo por la nariz y se me clava en el cerebro. Al instante siguiente la cara del Chato está echando humo y ya no huele a eso helado sino a carne quemada. A pelo quemado.

El Chato ha caído hacia atrás. Su grito no se acaba nunca.

Al Chato lo dejan caer en el agua y el siguiente es el Mono.

El Mono, el pobre Mono, y lo mismo.

Los dos gritan, gritan. Se les están quemando las caras.

Se les están quemando las caras y es mi turno.

9

Es mi turno y ahí voy. Lo primero que hacen es agarrarme del pelo, tirarme al suelo. El Mono y el Chato siguen dando aquellos gritos espantosos. Me inmovilizan y ya viene el flaco y ya me meo encima. De arriba abajo. El flaco me mira y otra vez me da la impresión de que lo he visto alguna vez.

Y entonces pasa algo raro.

De pronto alarga la mano y me toca, así, debajo justo del ojo que no tengo. Me toca y da un paso atrás. Entonces se vuelve hacia el Chino.

—Chino, ¿esto no va de que hay que dejar un tuerto?

—Eso dice la teoría —dice el Chino.

Entonces el flaco y el Chino se apartan y hablan en susurros y después el Chino se acerca a mí.

—Nena —el Chino me toca la cara—, ¿es que llevas un ojo de cristal?

—Sí.

El Chino lo piensa un momento.

—A ver.

Entonces, yo, flas. Me lo saco y lo dejo en la palma de mi mano. El Chino me lo pide y se lo tiendo. Lo sostiene un momento. Luego se ríe. Le habla al otro, al flaco.

—Copón, mira que, si en una de esas, le jodes el bueno.

El Chino se ríe y el jefe de los rubios se ríe también. Yo tiemblo. El Chato y el Mono no paran de gritar. No se cansan. Por qué no se cansan.

—¿Qué hago? —dice el flaco.

—Déjale un recuerdo.

Y ahí va. Les hace un gesto a los rubios para que me agarren y para que me echen a un lado la cabeza y para que exponga el cuello. Lo que lleva en la mano es como esas bombonas de plástico en las que mi abuela guardaba la colonia. Lo agita suavemente y me dice que no me mueva y luego me deja caer el líquido por el cuello. Me lo deja caer y el primer segundo piensas que no ha funcionado. Pero luego ves que sí.

Gritas. Y entiendes por qué gritan los otros.

Gritas y los rubios no pueden sujetarte porque nada podría. Así que caes. Manatí revolcándose en

el barro.

Y aquí lo tengo, mi recuerdo. Como una lengua fina y roja que apretara por debajo de la piel. Así, arrancando desde el mentón y bajando, graciosa curva incluida, hasta el omoplato. A veces, cuando hace mucho calor, vuelve a quemarme, como si tuviera su propia vida.

El siguiente rato es como un sueño. No sé cuánto dura, pero mucho.

Mucho, mucho.

El Mono lloriquea en algún rincón y yo voy y vuelvo. Voy y vuelvo y siento presencias a mi lado. Mi abuela, de pronto, sentada en el barro. Y mi madre con las uñas pintadas de rojo y los pies muy blancos y acariciándome el pelo.

Confuso.

—Todo está bien, todo está bien —repite una voz.

Oigo la voz, pero luego la voz se va. Se va como si no tuviera pies. Luego todo está oscuro durante un rato. Indistinto.

Los otros gritan y en algún momento mis gritos se hacen más leves. Hay otros sonidos. Sonidos lejanos, como llegando entre la bruma. Puertas de coches. Motores. Después silencio. Si acaso, los grillos.

Poco a poco va regresando mi conciencia.

Regresa y te das cuenta de que se han marchado. De que, simplemente, se montaron en los coches y se fueron dejando atrás los tres despojos. Ni siquiera nos explicaron nada. Nada de «esto es por esto y por lo otro». No. Todo en plan: bueno, chicos, ya veis cómo es la vida, pensadlo mejor la próxima vez. Y suerte.

Suerte con el marrón.

Después, otra vez, todo se vuelve indistinto. Oscuro. Luego algo me trae de vuelta. Algo que, de pronto, empieza a retumbar en el cielo. Una llamada agónica que se repite en los cañaverales y reverbera en mi garganta.

Así abro los ojos. Así empieza el nuevo día.

Una punta blanca ha aparecido en el mantel del cielo y hay pájaros que se mueven entre las charcas. Pájaros grandes, de color gris. Son ellos los que emiten los bocinazos. Ahora uno levanta el cuello y lo gira y mira al cielo y grita. El grito retumba y regresa. Más allá hay otro y otro. Hacen lo mismo. El aire saturado, lleno de infinita tristeza.

Las grullas, porque eso son, trompeteando por los ojos perdidos del Chato y del Mono. Ensordeciendo como un aviso de algo por venir, como una promesa incumplida.

Y es curioso lo que hago a continuación, entre mi fiebre y mi sed. Entre las oleadas de dolor que me recorren el cuello y toda la parte izquierda del cuerpo. ¿Sabéis qué hago? Lo primero meterme en el agua, no cubre más allá de las pantorrillas, y hacer cuenco con una mano y beber

agua. Lo siguiente, y esto es lo sorprendente que os decía, es ponerme a buscar mi ojo de cristal. El ojo que el Chino ha dejado caer en el barro.

De repente me parece muy importante. Y escucho mi respiración ansiosa mientras tanteo y rebusco. Pero está. Se ha quedado al borde del agua, enganchado a una mata de arroz. Lo tomo, lo acaricio, lo acuno.

Después me siento en el caballón.

El amanecer es gris, azul, rosa. Gris, azul y rosa en el cielo. Gris, azul y rosa en el agua. Dos realidades. Palmeras hacia arriba y palmeras hacia abajo. Torres de la luz y lo mismo.

Eso al otro lado, lejos.

De cerca una grulla que viene caminando con paso de bailarina estúpida y que se detiene en el borde del caballón. Me mira y se nota que está pensando que soy una foca espantosa y que tiene que contárselo a sus amigas cuando se vaya para el norte o lo que sea que hagan las grullas. Las dos frente a frente hasta que ella gira la cabeza, la levanta y barrita como si fuera un elefante. Después da dos pasos en el barro, agacha la cabeza y da un latigazo con el cuello para abrir las alas. Se suspende en el aire como por arte de magia y ya no es una bailarina torpe.

Y no es que haya volado, no. Ha saltado. Un salto de veinte metros. Y viene a caer al lado de un bulto que hay recostado contra el caballón. Yo suelto el aire.

Porque el bulto, sí, es el Mono. El pobre Mono.

La vida. Lo que os dije.

Haciendo sus jueguecitos.

¿No os dije que la vida me había hecho eso tres veces?

Pues va la segunda.

Porque el Mono está tendido en el caballón, con la cara negra y desaparecida.

Y zas. De golpe.

El videojuego. La vida como ese videojuego cuyas normas nadie te explicó y cuyo algoritmo ha decidido, por las buenas, que ya te va bien y que ya puedes pasar de pantalla.

Entonces, pantalla nueva. Nuevos retos. Nuevas normas. Ahí lo llevas, niña.

Todo eso empezando a pasar. Empezando a pasar pero que no es aún. Que no es aún, pero que ya no falta tanto.

Pasan más cosas. Inasibles. Impensables.

Como que mis manos cobran vida. Y me tocan. Ellas.

De pronto me están recorriendo las piernas, se están recreando en mi barriga de foca. Y hacen más. Porque, de repente, me están apretando las tetas y yo me estoy dando cuenta de que no me acuerdo de cuándo fue la última vez que mis manos se posaron en mis tetas. Pero no es con esa intención, claro. Es como que están asumiendo, reconociendo. Y, como lo están haciendo, siguen subiendo. Y es así como, evitando la zona quemada, llegan hasta mi nariz y se quedan ahí un

momento y luego se van a su izquierda y se detienen en todo lo demás que hay o que deja de haber.

Casi que las oigo murmurar.

Aquí es donde se clavó la botella que llevaba la loca.

Desde aquí desgarró.

Y luego bajó así, ¿ves?

Y por eso tenemos esto hundido, por eso esta cicatriz.

Así que ya estaba, casi.

Porque me incorporo y echo el ojo de cristal dentro del bolsillo del vestido y miro a mi alrededor. El arrozal va agrisándose y huele a sopa de mosquitos, a vegetación salvaje, a respiración de pez. Siguen llamándose las grullas. Las lúgubres grullas.

Más allá, como a unos veinte metros, está el Mono.

Por algún lado estará el Chato.

De repente me regresan las palabras que dijo el gitano flaco.

—¿No hay que dejar un tuerto? —dijo.

Y el Chino le dijo que sí.

Las palabras me martillean la cabeza durante un par de minutos (por supuesto, lo he mirado, después, y creo que sé a qué se referían, a una cosa espeluznante que hizo el emperador bizantino Basilio II con quince mil prisioneros búlgaros después de la batalla de Kleidion, allá por el año mil y poco, buscadlo si queréis). Y entonces pasa la siguiente cosa rara. Una que me aturde aún hoy.

Y es que Rocío Martínez, alias grano en el culo, a la sazón veinte años y en torno a cien kilos de peso y autocompasión, se levanta de pronto del barro en el que está sentada y se sacude el polvo de las posaderas.

Así que subo al caballón, me equilibro y me voy para donde está el Mono. El Mono se estremece al oírme. Gime como un animal desesperado y yo no puedo imaginarme qué fantasmas, exactamente, lo estarán acosando en ese momento.

Al pobre Mono, que ya es para siempre un monstruo, mucho más monstruo de lo que yo fui jamás. El muchacho que ya no tiene cejas, ni párpados, ni ojos.

Solo sangre. Carne a la vista. Eso es su cara.

—Mono, soy yo —le digo.

Él no dice nada. Se calma un poco y tiene los labios cortados y resecos. Me muevo. Empiezo a arrancarme el vestido, eso hago.

Mi vestido de morsa, largo hasta los tobillos, diseñado para esconder. Mi vestido que ya se

rasgó cuando me tiraron del coche. Ahora agarro por el lugar rasgado y tiro con fuerza hasta que saco una tira larga. Con ella me voy al agua y la empapo bien. Luego regreso donde el Mono y se la pongo sobre la boca.

—Es agua —le digo.

Las gotas le caen sobre los labios y él termina por dar pequeños besos y yo voy a por más y luego me siento a su lado y le miro la cara de reojo. La no-cara.

Entonces, segunda tira del vestido, una larga.

—Quieto.

Primero la mojo en el agua y trato de limpiarle aquello. Eso lo alivia y estoy echándole agua como cinco minutos. Después le paso la tira del vestido por detrás de la cabeza y se lo ato todo con cuidado de que no le apriete. Más allá, donde acaba el caballón y vuelve la tierra firme, hay un árbol.

—Mono, tenemos que movernos.

Él protesta, pero al final lo levanto, apenas pesa, y lo voy llevando hasta el árbol. Me doy la vuelta hacia el agua.

—Mono, quédate aquí. No te muevas. Ahora vuelvo.

Él gime.

—No te vayas —dice.

Lo dice como si fuera un niño. Y mueve los brazos buscando un asidero. Algo que lo una al mundo.

Lo mismo que era él para mí todos estos años.

—Vengo enseguida. Tú estate quieto.

Y estoy casi llorando, ¿entendéis? De la ternura.

Así que lo dejo allí. Cada poco me detengo y oteo. Como doscientos metros más allá termina el arrozal y empieza una zona de cañas y árboles. Después una sierra. Del agua sobresalen unos tallos finitos, verdes, que acarician los pies. Llego al siguiente caballón. Llamo.

—Chatooooo.

Y mi voz asusta a las grullas.

—Chatooooooooooooo.

Las grullas dan pasos como retirándose de mí. Yo sigo. En el siguiente caballón encuentro pisadas humanas. Un pie descalzo. Sigo el rastro. Más allá hay un hueco entre las cañas.

—¿Chato?

Así que entro. El hueco es, en realidad, un túnel de varios metros de profundidad. Me araño las manos y los pies, pero lo veo al fin. Un bulto negro que yace panza abajo.

—Chato —le digo.

No me contesta.

Tercera tira del vestido. Después forcejeos. Para que el Chato se dé la vuelta. Para que beba agua. Para que me deje echarle agua en la no-cara.

—Chato, tienes que levantarte. Vamos.

Pero el Chato no es el Mono, claro.

—No. Déjame, zorra.

Aún tiene fuerzas para llamarme zorra.

Pero no me importa. Peleamos. No me deja cargarlo. Al revés. Se hinca en el suelo y grita como un desesperado. Forcejea y huye a rastras, golpeándose la cara en carne viva contra las cañas como puñales. Yo lo sigo.

Avanza como un fantasma. Un desvalido y patético zombi cubierto de barro de los pies a la cabeza. Avanza y yo lo sigo hasta una zona en la que las matas terminan y empieza el camino. Entonces, tanteando con los brazos, se incorpora un poco y se gira. Me intuye cerca.

—Déjame, déjame. Déjame solo.

Yo me acerco.

—Tenemos que irnos, Chato —le digo.

—No —grita.

Yo estoy cerca y él golpea con los brazos. Uno de los puñetazos me alcanza justo donde me han dejado el «recuerdo» y un rayo me atraviesa de arriba abajo. Caigo fulminada al suelo. De pronto huele a sangre y a un humor denso. El Chato, ciego y desesperado, se aleja.

Tampoco va tan lejos. ¿Dónde va a ir?

Pasan cinco minutos, tal vez diez. Las grullas son las que me hacen levantarme. Porque pienso, de pronto, lo que el pobre Chato estará pensando que es todo aquel escándalo que rebota y regresa y atruena y aturde.

Fijaos en lo que he dicho. Yo. Pensando. Que. El. Pobre. Chato.

De locos.

Así que no me miro el «recuerdo» porque no quiero saber de qué color es el líquido que me corre por la piel y voy detrás de él. Lo encuentro otra vez en el suelo. Ha debido de tropezar. Me siento a su lado y trato de entender lo que está diciendo.

—Se lo dije, se lo dije —dice.

Y se refiere, entiendo, a lo que estuvo suplicándole al Chino. Pero el Chino fue más cruel. Sé a qué se refiere y percibo el inicio de un cambio en su voz. Lo percibo, pero no digo nada. Espero. Saco del bolsillo del vestido mi ojo de cristal, me lo dejo en la palma de la mano y lo miro con el otro ojo. Oigo, muy baja, la voz de mi primo el Manuel.

Dulces sueños.

Protegido de la noche y de los horrores negros.

Espero y no sé por qué espero. Espero, tal vez, por si él dice mi nombre.

Pero la mañana clarea cada vez más y las grullas se levantan de golpe. Se convierten en una nube en el cielo.

Entonces vuelvo a sacudirme las nalgas. Guardo mi ojo. Corto otra tira de mi vestido.

—Me voy —le digo al Chato.

Y echo a andar. Me para después de diez metros.

Es orgulloso hasta el final.

Porque no me llama, no me da ese gusto. Se limita a ponerse en pie. Se pone en pie y no es más que un bebé tembloroso que, de pronto y contra todo pronóstico, ha decidido aferrarse.

Yo sé de eso. Lo comprendo bien.

Así que vuelvo y esta vez él se deja hacer. Se deja poner una tira de vestido sobre la frente y después acepta mi mano y se cuelga de mi hombro mientras desandamos el camino. El chato huele a sangre, a pus. A orín.

El Mono no se ha movido del sitio. Está en la misma posición en la que yo lo dejé.

Vuelve la cabeza hacia nosotros y yo sé, desde lejos, que tiene miedo. Él sí me da, al menos, el gusto.

—¿Rocío? —dice.

Lo dice y es tal su tono que es evidente que, para él, esa palabra es toda la esperanza, todo el mundo. Todo el sol. Mi pobre sol Mono.

Por fin.

—Soy yo —le digo—. Aquí estamos.

Los dejo sentaditos, el uno al lado del otro y a la sombra del árbol, como dos buenos primos. Les digo que esperen un momento mientras me acerco al camino por el que llegó la furgoneta azul. Piso la tierra blanca y miro a lo lejos.

Nada. Solo espacio abierto. Ninguna pista.

Porque no sé desde dónde llegamos. Si desde la derecha o desde la izquierda.

Y no hay carteles, si me entendéis.

A un lado el agua. Más allá un cabezo pelado y blanco. Más allá una casa abandonada en mitad de las montañas.

Más acá, una hilada de chopos.

Más acá, las cañas.

Me digo que, si el arroz está creciendo, entonces es que alguien tendrá que venir antes o después.

Regreso donde están ellos. Dos estatuas morenas. Los miro. Ellos sienten mi presencia y se estremecen. Les corren las moscas por los brazos y ninguno de los dos parece tener fuerza para

moverse. Tienen las manos rasposas, costrosas. El Mono, el pobre Mono, gime de repente de una forma que no puedo describir.

Ni siquiera pueden llorar. ¿Cómo llora alguien que no tiene ojos?

Me siento.

10

Me siento, rebusco en el bolsillo y vuelvo a sacar mi ojo. Al principio ni sé por qué estoy sentada. Creo que es porque estoy pensando, pero no es así. No. Es otra cosa.

Algo como de dentro. Como de que tú eres un calcetín y la vida está poniéndote del derecho después de sacarte de la lavadora. Esas cosas tan mías. Tan de todos.

Entonces, ¿os acordáis de eso que pasó antes?, ¿de eso de mis manos haciendo aquello raro por mi barriga y mis tetas y mi cara?

Pues justo lo que está pasando ahora es la segunda parte de eso.

Y es que lo están haciendo otra vez, autónomamente. Lo están haciendo y, mientras, yo estoy en otro sitio.

Estoy atenta. Buscando algo. ¿Qué?

El cra, cra, cra. Mi fiel compañero.

Así que estoy sentada y pensando. O eso podría parecerle a alguien que se asomara entre los chopos. Pero no. En realidad, lo que sucede es que me he convertido en un receptor de radio de cien kilos que va, pausadamente, buscando en todas las sintonías. Y eso hago. Pasarlas. Todas. De la primera a la última y vuelta a empezar. Busco, pero no encuentro. Y sé, de pronto, algo. Sé que no lo voy a encontrar. Nunca más.

Y entonces sí. Pantalla nueva. Y mi primo el Manuel.

Paso al loco de la calle.

Paso al ansia de vivir.

Así que me levanto. Vuelvo a guardar el ojo y me sacudo el polvo de las posaderas. Me arremango. Miro a mi alrededor.

Me voy a ellos y se lo digo.

—Voy a buscar ayuda. Tenéis que quedaros aquí.

El Chato no dice nada. El Mono protesta.

—No te vayas.

Se le rompe la voz, pero lo dejo allí.

—Necesitáis que os curen eso.

El Mono quiere ponerse de pie, pero no tiene fuerzas y cae. Yo lo vuelvo a colocar en su sitio.

Después echo a andar. Cada poco me doy la vuelta para controlarlos. En el recodo del camino ya los pierdo de vista.

Camino, camino.

Pensad que ni siquiera llevo zapatos.

Primero sigo una senda blanca y dura en dirección a un cabezo. Así llego al río. Luego todo se encajona y me toca trepar entre las zarzas y las chumberas. Cada poco grito. Por si hay alguien por la zona, pero nunca me responden. Tomo aire, vigilo la referencia de donde he dejado a los otros y sigo.

Sigo, sigo.

El sol empieza a picar. El cielo se hace transparente. Las palmeras se mecen al viento y las chumberas susurran palabras de pinchos.

Al poco encuentro otra senda. Después empiezo a encontrar vestigios humanos. Aquí una barandilla sobre el cauce cenagoso del río. Allí una zona en la que alguien ha puesto cuatro losas que más o menos conforman un camino. Más adelante una escalera en modo primitivo. Subo. Más arriba encuentro una especie de muralla y el sonido de un motor. El agua cayendo.

Después una barandilla oxidada. Un barracón que hace las veces, tal vez, de oficina. Pero nadie dentro. Estoy aún en la puerta, indecisa, cuando noto que alguien me grita.

Más arriba todavía hay un hombre haciendo señas.

Él me hace señas y yo qué hago.

Me siento en el suelo. No sé qué más hacer.

Después todo vuelve a convertirse en un sueño, como si esas horas hubieran sido nada más que trallazos de brusca realidad. Un momento en el que el sol hubiera iluminado, incandescente, mi vida y luego se hubiera vuelto a apagar y hubiese dejado las mismas sombras de antes.

Solo que ya no eran las mismas. Por lo que os dije al principio.

Pero, mientras yo me adormecía, mientras toda la tensión que mi cuerpo había ido acumulando se escapaba por la punta de mis dedos, siguieron pasando cosas. Os las podéis imaginar, la mayoría.

Llamadas de teléfono. Un coche bajando hasta donde estaban el Mono y el Chato. La cara del hombre cuando vio a los otros dos.

Y todo lo que sigue.

Más llamadas de teléfono, ya sabéis. Ambulancias, Guardia Civil, apósitos, inyecciones.

La morsa cubierta de barro en el centro de todo.

La enfermera que me atendió era mayor, morena. Los guardias civiles se parecían, de algún modo, a los rubios que me habían escoltado en el Audi. El mismo tipo de solemnidad fibrosa y un tanto rústica. Lindos.

—¿Crees que nos vamos a creer eso?

—No lo sé.

—¿Estabais en un motel por dónde?

—Por Hellín. Creo.

—Y entonces salisteis en un coche y unos tipos se os cruzaron y os sacaron de la carretera.

—Sí.

—A los tres.

—Sí, ya se lo he dicho antes.

—Y os trajeron aquí y os hicieron eso.

—Sí, como le dije.

—Y no sabes quiénes eran ni los habías visto nunca.

—No.

—Ni sabes por qué.

—No.

Por supuesto no me creyeron. Tampoco sé qué fue lo que contestaron en su día el Mono y el Chato. No lo sé, pero pensad que nadie ha venido nunca a preguntarme más. Ningún policía ni nada. Aquello murió allí. No me preguntéis por qué ni cómo.

Algo salió en los periódicos, en plan: ajuste de cuentas. Pero no tuvo tanta repercusión y duró un par de días nada más. A nadie le interesaba.

Así que los policías, muy monos. Y la vida en sus cosas. Porque, claro, en una película es fácil terminar las historias. Empiezas a poner letritas y ya. Pero en la vida hay que seguir. Y el problema era que no podía quedarme a vivir para siempre en la ambulancia.

Así que ¿tienes un teléfono de contacto o algo? Me dice la amable enfermera.

Y así fue como, un par de años después, volví a encontrarme en los brazos temblorosos de mi madre. La vi más blanca, más vieja. Con la piel como de papel de estraza y como si en realidad para ella no hubieran sido dos años sino muchos más. Eso y que sus ojos, de pronto, se habían vuelto más negros, más hondos. Ella me abrazó y lloró mucho rato. Yo lloré también. Lágrimas de un solo ojo. Luego me montaron en el coche y esa noche ya estaba en la casa de ellos, en la que siempre había sido mi casa. Y volví a dormir en mi habitación.

Volví a dormir en mi habitación y mi padre bajó a por suero salino y pusimos, provisionalmente, el ojo en un vaso.

Eso fue a final de mayo, ahora es noviembre.

Es noviembre y algunas cosas han ido cambiando. Tampoco es que yo vaya a contaros ahora el cuento de *La Cenicienta* en plan: Rocío se puso a hacer deporte y perdió todos sus kilos en un mes y ahora es licenciada en astrofísica y tiene tres novios con *six-pack* y va dando clases en los institutos a los niños para que tengan confianza en sí mismos. No. Pero algo, sí.

Un poco.

Algo lento que poco a poco se insinúa. Lo que os dije de la vida haciendo sus cosas en lo oscuro.

Por ejemplo, no ha sido infrecuente verme, en las noches tórridas del verano murciano, sentada a la puerta de mi casa en una mecedora tomando el fresco, codo con codo con mi madre y las vecinas.

Tomando el fresco, pensadlo bien, en mi propio barrio. Y, noticia, sin la máscara. A cara descubierta.

Y ha sucedido que, en esos días, incluso he participado en las conversaciones y he sonreído. Incluso tres o cuatro veces me he reído de veras. Incluso ha pasado que algún compañero del instituto pasara por la calle y se acercara a saludarme. Y yo, bien. O más o menos. Eso me sigue costando trabajo. Pensad en quién era yo para ellos.

Pero también en eso voy progresando.

Porque es como si yo, finalmente, hubiera renunciado a aquella Rocío de dieciséis. Como si yo me la estuviera quitando de encima como hacen las serpientes con la piel que ya no les vale. Y quién sabe si al final pase que, como yo ya no soy aquella Rocío, nada me importe de su vida anterior.

No sé. Algo así.

Y el cra cra cra no ha vuelto. Pero eso ya lo sabíamos. A veces, en la noche, lo busco. Me convierto en antena y lo busco. Pero cada vez es la misma certeza. El mismo «no».

Más cosas.

En septiembre llamé a la empresa de limpieza y pregunté si podía volver a trabajar. Me dijeron que vale y me reincorporé. Ha habido cambios ahí también. Pasa, por ejemplo, que allí ya no trabajan ni Carmen ni Aurora. Aurora, al parecer, tuvo una de sus crisis y armó un buen escándalo. Tal follón que no tuvieron más remedio, me cuentan, que despedirla. La he llamado por teléfono, pero siempre me da apagado. Y Carmen tampoco trabaja. Al parecer, está enferma. Algún tipo de cáncer o algo así.

Me gustaría verla, pero no tengo su teléfono, nunca lo tuve. Esa Rocío era así.

Pero verla, sí. Sentarme un rato con ella. Tomarle la mano.

Así que trabajo otra vez limpiando oficinas, solo que yo pedí que no me pusieran en la torre que da al tanatorio. No, mejor una que quede bien lejos.

Tengo nuevas compañeras. Son majas. Otro día os hablaré de ellas. Sigamos conmigo.

Empecé a trabajar y, poco a poco, a tomar control sobre otras cosas. Alimentación, dietas. Ya no como pasta, por ejemplo. Ni dulces ni nada procesado. Si acaso una cerveza alguna vez. Pero nada más. Y he empezado, en mi cuarto, por las mañanas, a hacer sentadillas. El primer día no pude hacer ni siquiera cinco. Así estábamos.

Y ya os digo que esto no es *La Cenicienta,* pero algo va cambiando. También me corté el

pelo. Ahora lo llevo muy cortito, al dos. Me gusta la forma de mi cabeza cuando me miro en el espejo, porque creo que combina bien con lo otro. También os digo que ahora me miro mucho rato en el espejo. Lo hago y sigo acariciándome las cicatrices del rostro, las resigo una vez y otra con máxima atención. A ratos tenso la cara para ver hasta dónde pueden llegar sin quebrarse.

También me resigo otras cosas, si me entendéis.

Esto pasó no hace tanto. Y no fue casual, no. Me lo impuse.

Digamos que llevaba unos días dándole vueltas al tema. Y que aquello me preocupaba. Porque aquello sí iba a ser abrir una puerta que no sabía adónde iba a dar. Así que lo pensaba y decía no, no. Y luego sí, sí, tienes que. Y así me pasé como dos semanas. Hasta que una noche me dije: ya no marees más. No marees más y procede.

Y fui. Así por la noche, en mi cama, cuando ya todos dormían, como las primeras veces. Me quité mis braguitas, abrí mucho las rodillas y empecé. Mi coño, al principio, no sabía ni de qué le estaba hablando.

Pero lo entendió rápido.

¿Sabéis eso de que hay que morder la almohada para no despertar a la gente?

Pues eso.

Así que, eso, bien. Ahora lo practico con regularidad. Y mi coño ya no es que se extrañe, no. Ahora el cabrón está todo el día esperándolo, como si quisiera recuperar el tiempo perdido. Rocío la morsa cachonda, con aquello escondido entre sus muslos que hacen flas flas al caminar. Mirando a los chicos que pasan. Imaginándoselos.

Luego están el Mono y el Chato, claro. Esa es otra de las cuestiones.

Porque, si os acordáis, hubo un momento, cuando estaba sentada entre los arrozales al lado del Chato y el Chato no quería acompañarme, en que me empecé a dar cuenta de una cosa muy peligrosa. Una que tuve que apartar de mí. Porque no estaba, entonces, preparada para asumirla.

Yo la aparté y la cosa se dejó ir.

Pero se agazapó en algún lugar. Y luego, poco a poco, empezó a llamarme a la puerta. Gritaba en la oscuridad de las madrugadas.

Rocíiiio, Rocíiiioooo.

Y es que ¿cómo empezó esto?, ¿os acordáis?

¿No fue que yo, o aquella Rocío, estaba preocupada por que el Mono estaba raro?, ¿y no fue que ella, entonces, jugó la carta de la cirugía estética para que el Mono dejara de estar raro? Una cirugía estética que, os recuerdo, nada le importaba a ella y que bajo ningún concepto estaba dispuesta a hacerse. Una cirugía que no era más que una treta. Manipulación pura, ¿sí?

Pero acordaos bien, porque hay más. Porque ¿no fue que aquella Rocío, cuando todo empezó a armarse, lo del atraco y lo demás, se hizo insecto bola y se quedó callada esperando que todo se resolviera por sí solo?

Por supuesto no fui yo quien planeó el atraco. Ni soy yo responsable de las cosas que ellos quisieron hacer. No, son grandecitos. Pero ahora mismo, entre los tres, tenemos un ojo. Y si yo me hubiera estado quietecita y calladita, si yo no hubiera empezado con la canción, ¿cuántos ojos tendríamos entre los tres?

Entonces, ¿no soy yo, de alguna forma, culpable de aquello?

Pero hay algo más.

Y es, establecido lo anterior, ¿soy yo mejor que aquella que me destrozó la cara?, ¿no soy, incluso, peor? Porque, a fin de cuentas, María iba fumada hasta arriba y no era consciente de lo que me hacía. En cambio, yo sí era consciente en cada momento de lo que estaba haciendo.

Y, qué queréis que os diga, esto me preocupa. Me preocupa bastante. Tanto que creo que un día tendré que sentarme delante de mi madre y preguntarle.

En plan: mamá, de María ¿qué sabes exactamente?

Yo sé cosas, claro. Alguna. Que la familia se fue al poco de pasar todo aquello. O que a ella la internaron en algún sitio durante un tiempo. Pero mi madre sabe más cosas. Cosas más concretas, de esas que vuelan en susurros en los corros de mujeres.

Y yo, de alguna forma, ahora comprendo que debería saber. Que debería, incluso, hacer algo más. Porque ahora me doy cuenta de todo lo que yo habría dado solo por que ella se hubiera pasado un día por mi casa y hubiera preguntado por mí. Solo por que ella hubiera condescendido a entrar en mi cuarto y mirarme y pedirme perdón y aguantar mi bronca y quedarse conmigo llorando hasta que las dos nos hubiéramos quedado dormidas.

Joder, era mi puta mejor amiga.

Y, de alguna forma, entiendo que, si ella no dio el paso, tal vez debería darlo yo.

Y se me ocurre, de pronto, que tal vez aquel sueño que yo tuve una vez, aquel de que yo iba por una carretera conduciendo un coche y llegaba ante una puerta tras la que me esperaba una mujer, tiene algo de realidad o de viaje en el tiempo o de premonición.

Tal vez lo haga.

Primero sentar a mi madre y desentrañar.

Luego ir a donde sea.

Claro que, para que el sueño sea completo, tendré que sacarme el carnet de conducir. Y comprarme un coche.

Pero no corre prisa.

Y ahora os contaré dónde estoy justo en este momento. Os contaré cómo ha sido mi tarde.

Lo que os dije de que la vida me lo hizo tres veces.

Pues, tercera.

Salí de casa y tomé un bus. El bus salió de la ciudad y llegó a un pueblo cercano. Luego eché a andar, guiándome por la señal del GPS del móvil. Primero una carretera, luego salirse y echar

por un carril.

Poco a poco los árboles envolviéndome. Los pájaros.

Huele a humedad fresca.

Luego llegué hasta un poblado, un grupo de casas. Ocho o nueve. Simplemente el carril termina aquí y hace una pequeña plazoleta y las casas están diseminadas entre los árboles. Hay pequeños senderos de tierra y en el borde de uno me he parado hace un rato. Hay una casa cerca y un niño moreno me mira desde una ventana.

Os diré lo que va a pasar en los siguientes minutos.

Va a pasar que voy a dar unos cuantos pasos y a tocar en una puerta y que luego voy a preguntar.

—Perdone, ¿la casa de David, el Mono?

Y entonces alguien, tal vez ese niño moreno, tal vez una señora, me lo dirá. Incluso me acompañará. Y entonces tocaremos a otra puerta y me harán pasar. Habrá, tal vez, un pasillo fresco y con flores. Habrá, tal vez, un patio.

Y en el patio estará sentado el Mono. El pobre Mono sin ojos.

¿Entendéis lo que sucede?

Sucede que yo estoy haciendo eso que aquella otra nunca hizo conmigo. Aquello por lo que, ahora me doy cuenta, hubiera dado todo el oro del mundo por que lo hiciera.

¿Qué dirá mi Mono cuando me vea?

¿Qué habrá estado pensando todos estos meses de mí?

¿Qué habrá, simplemente, estado pensando?

De todo, de la vida.

Porque, a fin de cuentas, él es joven todavía. Lo tiene todo por delante. Una vida entera.

Así que estoy aquí, detenida, preparándome para dar el primer paso. Y tardo en darlo. Tardo porque quiero que todas mis lágrimas se agoten antes de darlo. Porque entiendo que, si no es así, no tendré siquiera fuerzas para preguntarle a la señora o al niño que me vengan a atender y puede ser que simplemente me caiga al suelo y me muera de dolor.

Y tardo en darlo porque entiendo, también, que, cuando tenga al Mono delante, tendré que hacerle, de una vez, las preguntas que nunca le hice. Las preguntas que aquella otra Rocío, esa Rocío de transición entre la que yo era antes y esta que viene aflorando últimamente, era demasiado cobarde para formular.

¿Por qué, Mono?

¿Por qué me ibas a ver?, ¿por qué me acogiste?, ¿por qué me aguantaste todas las mierdas que me aguantaste?

¿De verdad me hubieras dado tus cincuenta mil euros para que yo me operase?

¿Y por qué, Mono, cuando el Chato te dijo de irte, te quedaste?

Tengo que acordarme de preguntárselo todo.

Y ojalá que, cuando se lo pregunte, la vida deje de hacerme estas cosas de una vez. Ojalá que,

cuando me conteste, la vida me deje ya tranquila en esta otra Rocío.

Ya sabéis lo que opino de ella.

Así que me preparo para dar el primer paso.

Cantan los pájaros y está oscureciendo ya. Huele jodidamente bien en este sitio. A humedad fresca. Se está bajando la niebla de noviembre entre los árboles.

Gulliver, finales de 2017

Asaltarán al único gigante...

«Gulliver»
JOAQUÍN SABINA

1

Me siento en el Moroso tapizado de azul tungsteno de Gastón y Daniela, y el primer rato lo paso dejando que la vista se me vaya del búcaro de Kartell a la cesta con pitayas que hay encima de la mesa. La vista se me va de un lado a otro, pero la realidad es que solo intuyo manchas blancas sobre fondo verde. Demasiado blanco. Y demasiado compuesto. Todavía estoy así cuando noto que el teléfono se agita. Me asomo. Contesto con mi mejor voz de fantasma. Roberto uno, el marido, al aparato. Y todo bien, querido. El viaje muy bien y el hotel muy bien. Sí, ya me instalé. Está preocupado y en mi cabeza reverbera el humor negro. Porque solo me faltaba que, a estas alturas, anduviera él preocupándose. La conversación se prolonga unos pocos minutos. Así él me ve bien y se tranquiliza. Aunque también en parte porque el silencio de la habitación me está comiendo. Luego le digo que necesito darme una ducha y le corto. Solo que luego no me voy a la ducha, sino que me quedo clavada en el mismo sitio. Tres minutos después llegan los mensajes de Roberto dos, el hijo (que no está nada preocupado porque está acostumbrado a estas cosas de su madre). Dejo el teléfono sobre el reposabrazos y sigo sentada y sigo mirando alternativamente al búcaro y a la cesta. Las pitayas van sobre un fondo de hojas de platanero y combinan bien. El búcaro, con los nardos y las orquídeas puestas en espiga y aderezadas por flores silvestres que han debido coger esta misma mañana en algún descampado, se salva por el propio tono del cristal. Me levanto y desordeno la combinación. Aprieto los nardos contra las orquídeas y lo desplazo todo hacia la izquierda de forma que quede casi volcado. El proceso hace que varios pétalos se desprendan y caigan sobre el cristal de la mesa. Los recojo y me los llevo en la mano de vuelta al Moroso y les doy vueltas entre los dedos. Casi sin darme cuenta los convierto en pulpa. Entonces me miro la mano y suelto todo el aire que me está apretando los pulmones contra el corazón. Después voy al baño, me lavo bien la mano, regreso y vuelvo a sentarme.

Así que tranquila, Tania. Tranquila, Tania.

Todo está bien. Respira.

Entonces, preguntas. Preguntas, preguntas, preguntas. Porque, aunque me imagino que en esto también habrá clases (y que no soy yo lo mismo que tú, Victoria querida), no debió ser muy diferente lo tuyo de lo mío. Porque, sinceramente, no los veo llegando a tu casa y sentándote y montando ahí el tinglado. No, hay como una privacidad en esto. Una que yo desde luego quería y que tú también habrías querido cuando te tocara. Así que habrá sido más bien como lo mío. Y,

pregunta, ¿cuántos fueron en tu caso?, ¿dos, tres? En mi caso, dos. Un chico y una chica. Lo pienso y creo que lo de la chica es un detalle. Aunque imagino que siempre habrá que poner un hombre al menos. Por lo de la intimidación. Así que chico y chica. Bien. Competentes. Que ya estaban ellos dentro de la habitación cuando venía yo por el pasillo. Así que se abre mágicamente la puerta. ¿Tania Enriquez?, me dice la chica. Sí. Pase. El otro estaba dentro y hemos tenido los tres ese momento de vigilarnos mientras dejaba mis cosas. Ella con su polo de Ralph Lauren y él con su polo de Hugo Boss. Jóvenes. Como de treinta y pocos. Ella más alta y él moreno, con el pelo rizado. Y, como diría Roberto dos, follables. (Que lo dijo el otro día, durante la cena. «No sé quién está follable.» Y a Roberto uno se le salían los raviolis por la nariz y a mí casi me da un ataque de risa. Tanto colegio de pago para que luego veas.) Pero sí, bonitos. Él con sus abdominales y ella con esos brazos firmes, ya me entiendes. Él oliendo más a lavanda y ella más a pachulí. ¿Amenazantes? No. Más bien parecían dos administrativos de los de mil quinientos al mes como los que podrías encontrarte en cualquier despacho de abogados. Eso parecían, abogados jóvenes. O ni siquiera. Así que me doy la vuelta y los miro y me acuerdo de ti, Victoria. (Que casi me pongo a mirar por los rincones a ver si encontraba la inscripción «Victoria también estuvo aquí» grabada en algún sitio con tu navaja de exploradora.) Después las explicaciones. Que descansara, que procurara dormir, que no pasaba nada, que no eran más que una serie de preguntas. ¿Al respecto de él?, dije yo. Al respecto de él, dijeron ellos. Por supuesto, esto es marca de la casa, toda la entrevista iba a ser grabada y, por supuesto y solo faltaba, ellos corrían con todos los gastos. *Ellos*, si me entiendes. Después sonrisa y hasta mañana. No me han dicho ni sus nombres. Solo han cerrado la puerta y fuera.

Fuera, fuera, fuera. Y Tania dentro, dentro, dentro.

No veo cómo voy a poder dormir esta noche. Demasiada ansiedad. Demasiadas cosas dando vueltas en torno a mi pobre cabeza. Aparte de que las pastillas para dormir no son lo mío. Que sí, que alguna vez me he metido alguna. Pero prefiero no depender, si me entiendes. Además, piensa que mañana tengo que estar bien despierta. Entonces pregúntame si me lo esperaba. Lo de la llamada y eso. Pues sí, claro. De hecho, teniendo en cuenta el tiempo que ha pasado, ya estaba incluso preocupada. En plan: ¿a estos qué les pasa?, ¿no se enteran?, ¿tan poco importante fui? Te juro que ha habido momentos en los que he pensado que me había librado. Y otros en los que me desesperaba pensar que un día me llamarían. Pero aquí estamos, al fin. Va a ser una noche larga en la que preveo que tú vas a ser el fantasma en torno al cual dé vueltas mi cadena. Porque atadas estamos, ¿o no? Porque no me digas que tú no has pensado en mí a lo largo de los años. Sí, tú has pensado en mí como yo he pensado en ti. ¿Sabes?, a ratos me asomaba a la terraza de mi casa en Las Torres y sentía un viento ardiente que cruzaba por encima del río y a través de Rincón de Beniscornia y de La Ñora. Y me decía: ahí está Victoria odiándome. Victoria odiándome cuando lo que deberíamos haber hecho es descolgar el teléfono y quedar a tomar un

café en el Drexco o en cualquier lado (o bajarnos una jarra de sake bien frío en el Enzo). Tus aullidos rasgando la noche y yo en mi terraza preguntándome cosas. Si merecía la pena, ante todo. Si merecía la pena yo. Si merecía la pena él. Porque a lo mejor tú has estado todos estos años acusándome de haberte «robado» a un hombre que solo existía parcialmente. O que solo existía en tus sueños (y te aviso, desde ya, que tu maridito es una persona muy difícilmente «robable»).

Y es que al final, querida, es imposible conocer por completo a una persona. Y esa es la única verdad.

Pero centremos el debate, si te parece. El de quién pensabas tú que era (que es) Jorge y quién en realidad era, o es (digamos «es» en adelante, ¿de acuerdo?). Porque tu marido tenía de ti una visión un tanto idílica. Victoria no se entera de nada, me decía. Y yo: no puede ser. Y él: pues sí, que ella se piensa que todo viene de las maquinitas y de los tres o cuatro casinos. Yo lo miraba y me decía que lo importante, al fin, no era lo que él pensaba que tú supieras, sino lo que implicaba. Y lo que implicaba era que él, a ti, no te había contado nada y que, por tanto, si tú sabías algo era porque te habías puesto a investigar por tu cuenta (por tu cuenta y sin que él se enterara, lo que tendría su mérito, sin duda). Entonces, la pregunta es: ¿qué sabes a fecha de hoy y qué no sabes del hombre con el que te casaste? ¿Cuáles son las facetas que desconoces? Porque es lo que te he dicho antes, que nunca se sabe todo de nadie. Que todos podemos, como mucho, tener una visión sesgada de determinadas facetas. Entonces, todo me dice que yo sé muchas cosas de tu marido (y de ti y de tu matrimonio y de tu vida) que tú desconoces. Y todo me dice que la persona que él era para ti no era la persona que era para mí. Porque tengo información. Obtenida a lo largo de los años. Mucha. Porque a veces él daba la impresión de no ser más que un niño solitario que se había perdido en el mismo mundo que él había creado. Un niño que, además, no tenía un amigo o un confidente. ¿Y quién terminaba por ser esa confidente? Pues yo. Y hablaba y hablaba, ¿sabes? A veces como un manantial incontenible. (¿Alguna vez te dijo que nunca te mentía? A mí sí me lo decía. A ti nunca te miento, Tania, decía. Tú eres mi amiga y yo vengo a ti a descansar. Y yo lo miraba y le decía: tú nunca me mientes, dices, pero no es por eso, sino porque no soy más que tu mascota. Y no te importo.)

Él se enfadaba, a veces. Sí me importas, decía. ¿O no ves que siempre vuelvo a ti? Y eso era cierto. Porque si algo han demostrado los años es que no ha habido manera de que me lo pudiera quitar de encima.

Pero establezcamos cosas antes de empezar. Por igualar las manos. Porque ¿sabes qué pasa? Pues que tú, querida, tienes formada una opinión sobre mí. Una opinión que incluye, a efectos de calificativo, esa palabrita de cuatro letras que empieza por «p» o esa de cinco letras que empieza

por «z». Y ¿sabes qué va a pasar? Pues va a pasar que, dentro de nada, cuando yo lleve un rato hablando, tú encontrarás los argumentos que podrían reforzar esa opinión que tienes de mí. Entonces sonreirás con aire autosuficiente y me dirás: ¿ves, Tania querida?, ¿ves cómo sí eres eso que yo andaba pensando todo este tiempo? Y eso es lo que quisiera igualar. O aclarar. Porque ten la conciencia de que, igual que tu maridito no te ha debido hablar mucho de mí, a mí sí que me ha hablado de ti. Mucho. Entonces sé cosas, como te dije. Cosas que la inmensa mayoría de la gente que te rodea en tu mundo de algodón desconoce. Ejemplo. Dónde y cuándo os conocisteis Jorge y tú. ¿Te lo digo? Pues os conocisteis, déjame que lo mire un momento en la tablet para confirmar la fecha, el 25 de septiembre de 1982, en Las Vegas, en la fiesta post Gran Premio de Fórmula Uno. Premio que se disputó, como muy bien sabes, en el parking del Caesars Palace y que ganó, al parecer, un tal Michele Alboreto. Él había ido a lo que había ido, que luego hablaremos de eso también, que estaba el niño por cumplir los treinta y estaba en lo más alto. Y tú estabas con las otras sombrilleras por los boxes, con tu mono blanco y negro. Estabas azafateando y estabas para lo otro, claro, para todo lo que pudiera surgir después. Todo eso de las chicas monísimas y rubísimas y los vejetes podridos de pasta. Y el jueguito, claro. Que si las miraditas antes de la carrera y nos vemos luego, monada. Qué te voy a contar. O del jacuzzi. Que fue en la montonera, al menos según la versión de Jorge, donde él te vio y te apartó de la marranada que estabas haciendo justo entonces y dijo: tú conmigo. Entonces te agarró de la mano y te llevó en cueros por el pasillo hasta su suite y, vamos, nena. Que sé eso y que sé que tú, diecinueve años que tenías por entonces, ya alardeabas de que te habías tirado a dos reyes. Que conste que nunca pregunté qué reyes, aunque Jorge sé que lo sabía. Entonces, establezcamos con claridad los calificativos que a cada una se le deban otorgar. Porque yo seré lo que se determine al final de la noche, pero tú eras lo que eras. Y punto. Así que mejor cada una en su sitio. (Te digo, de paso, que, como tú, he visto muchas en mi vida. Muchas. Y tu marido también, si me entiendes. Y te digo, también, que sé otras cosas de ti. Porque, querida Victoria, tú también estabas en la colección de polaroids de tu querido esposo. Porque sí, me las enseñó. Esas facetas que tú desconoces y yo no.

«¿Quieres verle el chocho a mi esposa?»

Y en aquella época, claro, no os depilabais tanto.)

Pero que me entiendas. Que no es que no valore tu carrera. Que sí. Con dieciséis años escapándote de la aldea aquella en Ucrania y tres años después en las suites de Las Vegas. Para eso hay que valer. Y chapó. Pero, lo que te digo, que sé muchas cosas. Porque tengo la otra versión. Te cuento si quieres lo que él decía. ¿Que si Jorge fue feliz contigo? Sí, mucho. ¿Que si te quería? Sí, al principio, sí. O eso contaba. Que se le empañaban los ojos cuando se acordaba de toda aquella época. Lo mismo con Marcos y con Sandra, tus hijos. Que he visto mil fotos de los dos y se le caía la baba. Al menos en alguna época. Porque esa es la cuestión, al final. Las

épocas y el tiempo. Entonces, según él contaba, mucho cariño y también fidelidad. Según él, del 82 al 88 no te fue infiel más que dos veces. Dos veces, además, habían sido por «motivos profesionales». (Él lo decía y yo me reía. ¿Motivos profesionales? Sí, decía él. Y me lo explicaba: imagina que tú estás en plena negociación con un japonés, por ejemplo, y que la cosa está ya hecha y que solo queda la ceremonia final y entonces el japonés te dice que ha reservado una suite en un salón de masajes o un estanque en un *onsen*, ¿qué haces? Y yo muerta de la risa. Qué tiernos, ahí, los dos, con los palitos tiesos, decía yo. Él sonreía: querrás decir con los tremendos sables. Y qué porquería, decía yo. Entonces él se reía y soltaba una de sus frasecitas y ya está.) Así que, cariño, sí, pero ¿sabes qué pasa? Pues que el lobo es el lobo. Que a ti no te conoció en una iglesia que digamos, así que menos sorpresas. Y ya sabes cómo funciona el mundo, que primero uno piensa qué quiere pensar y luego ya encontrará, con tiempo, los argumentos que lo vayan a justificar. De modo que seis años buenos y luego las excusas. Las típicas, además. Que si la exclusividad esto. Que si un hombre necesita aquello. Y el tapón, querida, lo rompió, al parecer, una célebre presentadora de televisión. Que parece ser que iba berreando por las esquinas el pobre. No te voy a decir quién es pero que sepas que la has visto mil veces por la tele. ¿Qué hizo el muchacho? Pues, como tenía pasta por castigo ya, tiró de catálogo (muy mono aquello, por lo que me contó, con sus fotos y sus precios y en plan ponme un cuarto y mitad de azafata de tal y que yo, que conste, entiendo a las muchachas, que están ahí, con veinte años, y llegan y les ponen encima de la mesa la pasta que les ponen y claro). Y entonces, ¿qué? Pues se hace una transferencia y luego un día le llevaron a la muchacha, toda elegante y bien lavadita imagino, en coche al lugar elegido. Y ahí, pues nada, unas risas. Que así se pasó un año tu maridito, que la otra sacó pasta para comprarse un par de casas, si me entiendes.

Y dime una cosa: ¿tú has conocido a algún tipo que no se haya pensado que la cosa que tiene entre las piernas no es la espada láser de Darth Vader?

Pues yo tampoco. Y ya soy mayor y espero no tener que ver muchas espadas láser más.

2

Te resumo mi día, Victoria querida. Viernes por la mañana y estoy tan tranquila en mi galería y suena el teléfono (no el teléfono de la galería, no, el mío personal). Yo contesto, claro. Al otro lado una voz muy correcta. Muy salmantina. ¿Tania Enriquez?, dice. Sí. Pues queríamos hablar con usted de una cosa un tanto personal. ¿De qué? Entonces te lo suelta. Ahí, el nombre de tu maridito, Victoria. Don Jorge Illescas. Con todas sus jotas y todas sus íes. Y yo, glups. Pero sigue la conversación. Entonces, dice la voz salmantina, ¿tendría inconveniente en venir esta noche a Madrid? Le hemos reservado un hotel. Sería para pasar esta noche y la noche siguiente, todo lo más. La voz habla mientras yo le doy vueltas a la agenda. Hay un silencio. Claro, por supuesto, digo yo. (Dándole vueltas a la agenda pero que mis planes del fin de semana eran bien simples. Sábado de amigos y barbacoa y luego gintonics hasta que Roberto uno tenga que meterme a rastras en el coche y ya volver a la vida el domingo a mediodía y vegetar delante de la televisión el resto de lo que quedase.) Claro, pero temblando. Y la voz: ¿quiere que pasemos a recogerla? ¿Por Murcia, dices? Sí. No, mejor no, digo. Así que le digo que ya voy yo en mi coche y luego me dan los datos y cuelgo y miro cómo me tiemblan las manos y el siguiente rato lo paso sentada y mirando por la ventana. Luego viene el rato de las mentiras. A Gema, lo primero, y luego a Roberto uno y a Roberto dos (Gema, querida Victoria, es mi secretaria-ayudante en la galería, que bastante ha levantado las cejas mientras yo balbuceaba incoherencias). Y después del rato de las mentiras, pues el rato del zombi. El que es capaz, de alguna manera, de bajar hasta el garaje, conducir hasta casa, echarle algo al estómago, armar una maleta. Esas cosas. Así que de pronto son las cinco y estoy en el coche rumbo a Madrid. Con la letanía del «Tania, tranquila». Tranquila porque tú ya sabías que esto llegaría. Y que esto no va contigo. La letanía, pero no funcionando. No haciéndolo porque pasado Albacete ya veo que no lo voy a aguantar, y entonces tengo que parar en una venta para vomitar lo que he comido y sentarme un rato en un banco del área de servicio para que me dé el aire.

(Los camiones pasando y Tania sentada en el banco despintado con su camel de Max Mara.)

(Los camiones pasando y Tania sentada en el banco despintado con sus botas de Fendi.)

Pero deja que me siente un momento. Y deja que, antes de empezar en serio, te hable un poco de mí. Como si me presentara y más que nada por dejar sentadas unas cuantas cosas, ¿te parece? Pues voy. Primero, tu vida y mi vida no se parecen en nada. Porque yo ni he pasado penurias

nunca ni hambre ni nada. Al contrario. Mi familia es una familia típica medio burguesa (medio burguesa «hacia arriba», si me entiendes) de la Murcia de finales de los sesenta. Mi padre, arquitecto (casas más que nada, ninguna obra que haya salido en catálogos ni nada de eso). Y mi madre, un ama de casa. A supervisar la compra, a cocinar y a criar niñas. Tres, en concreto. Yo la mayor. La familia lo suficientemente bien de pasta como para tener una casa en la playa en los ochenta y para mandar a las niñas a un colegio privado (privado en plan Murcia, o sea, Maristas o Capuchinos, ya sabes. Y curas, sí, en el instituto, pero que no recuerdo a mis padres traspasando el umbral de una iglesia más que para alguna boda o alguna comunión). Yo era la típica niña que llevaba aquellos peinados de cazo, que iba siempre tan bien arregladita y que sacaba tan buenas notas. Ni respirar se me oía. Tania, tienes que esforzarte más. Y yo a esforzarme. Tania, aquí temprano (esto ya de adolescente). Yo temprano. Tania, no bebas alcohol. Y yo, algún sorbo de alguna cerveza. Tania, ni drogas. Claro que no. Tania, esa gente con la que vas no nos gusta. Yo buscándome otro grupo. Ni ese chico. Pues otro. Ese sí. Pues ese. Ahí de novio y desde el instituto (ese novio típico que te echas en el colegio y que tú sabes que es un muermo pero que te adosas a él y generas esa necesidad estúpida de compañía). Tania, ojo con el sexo, ¿eh? Yo, ojo. Mucho ojo. Siempre con la antena levantada y no te pases, chaval. Nada más que un poco de sobe de vez en cuando y, si acaso, dejándole meter un poco la puntita cuando me cansaba de defenderme. Todo en plan haz lo que puedas en tres minutos y ojo con salpicar, que no sé cómo el pobre me aguantó tanto tiempo. Los años de relación pasando. Él matándose a pajas y yo pues en la pseudovida en la que llevaba instalada desde siempre. Esa de ya empezará la peli de verdad. Feliz con cualquier cosa, como decía la canción.

Y sin embargo había algo dentro de mí. Algo que yo no sabía que estaba y que venía creciendo desde que era chica. Como una explosión.

O como una ola. Pero no como una ola de la canción de la Jurado. No. No es que estuviera yo esperando que algo viniera y barriera. No. Era algo más de dentro. Una especie de convencimiento rebelde. Un intuir que todo lo que había pasado en mi vida le había pasado en realidad a otra. Porque había otra dentro de mí. Una que era rebelde. O que soñaba con ser rebelde. Una que lo que quería era que, cuando mi madre y sus hermanas se sentasen a tomar café en casa de mi abuela, se murmurase sobre ella. O que en las noches en la playa de las amigas de mi madre, cuando ella se fuera, se miraran entre sí y asintieran y dijeran: «a esta, la pobre, la cruz que le ha caído con esa hija». O las noches de mis hermanas con sus amigas. Eso de: «¿sabéis que Tania...?». Lo más gracioso es que eso estaba ahí, pero yo no lo sabía. Mientras mis padres seguían con la murga. Entonces, Tania, ¿qué carrera vas a hacer? No, eso no. Eso tampoco. Pues historia del arte. Vale. Entonces estudio y saco la carrera con diez matrículas y lo demás sobresalientes. ¿Y ahora? Pues profesora, no. O como último remedio. Que quién quiere enseñar. Así que currículos. Galerías y esas cosas y hasta que me coge a prueba una en

Barcelona. Mi madre mirándome. En plan: tú sola en Barcelona, ¿qué vas a hacer? Lo mismo se lo presentía, que ya sabes ese octavo sentido de las madres. Pero me voy y me planto allí. Con veintidós recién cumplidos. ¿Y sabes qué pasa, Victoria? Pues que noto que estoy buena y que tengo unas tetas preciosas. Y los niños dándose cuenta, claro. Y yo lejos del redil y sintiendo que se ha roto el dique. Y digo: no, Tania, tú no puedes. Pero luego me di cuenta de que sí podía. Que podía perfectamente. Y que me encantaba, además. Así que imagínate (aunque tampoco pienses que me las cobré todas. No. Me cobré algunas, pero piensa que yo, en el fondo, era bastante pava). Después, en un regreso a Murcia en noviembre, corto con el novio. Lágrima, lágrima, pero me doy cuenta de que llevaba un montón de años deseando perderlo de vista. Así que nueva vida. A disfrutar. Eso de usar y tirar hombres. Hombres guapos.

Y luego, pues también alguno que no es tan guapo. Y aquel camarero que me mira de aquella manera, mmmm. Ya sabes. Qué te voy a contar.

Veintidós años y así iba mi vida. Y una cosa, ¿doy, hasta ahora, la impresión de estar buscando algo?, ¿la impresión de estar en plan: «hay en la sala algún madurito así forrado de pasta que me resuelva la vida»? ¿A que no? Y no doy la impresión, Victoria querida, porque no fue así. Es decir, yo era una pava recién salida del cascarón que apenas estaba agarrando confianza en mí misma (y que lo hacía, además, por fastidiar a su mamá). Así que no. Que quede claro. Pero vamos con nuestra historia. Situémonos en el tiempo. Es 1990. A finales. Es lunes por la mañana y estoy en la galería. Mi jefa me llama. Pasa al despacho, Tania querida. El asunto era que había que ir a Macao porque un inversor iba a comprar un Jasper Johns y necesitaba que le hicieran la corte. Imagina, querida. Yo poniendo los ojos como platos y mi jefa que había pensado que yo acompañase a Pierre, un compañero. Por supuesto todo en plan Pierre, que era un capullo como de sesenta años, llevando la voz cantante, y servidora yendo más que nada para florear y vigilar que no se cayeran las diapositivas al suelo. «Siguiente, Tania», ya sabes. Yo empollando quince días y de los nervios. Luego los dos en el avión y escala en Frankfurt, donde Pierre empieza a sentirse mal. Y luego poniéndose peor. Pero mal en serio, si me entiendes. De modo que me encuentro, un montón de horas después, en Shanghái y con un tipo que no se tiene en pie y buscando un hotel y un hospital y liándola con los seguros. Los teléfonos echando humo. Y mi jefa, impertérrita. Esto urge, Tania. No podemos dejar pasar la ocasión. Ve, aunque seas tú sola. Algo harás. Mi jefa dando ánimos. Así que paso la noche en Shanghái y pillo otro vuelo y sigo sola y en Macao hay un señor con uniforme y un cartel. ¿Y el señor Pierre?, me dice. Pues está malito. Pues vamos. De manera que te montas en un Mercedes que no cabe en esta habitación y haces por primera vez la ruta que tú no sabías que ibas a hacer tantas veces en el futuro que te la ibas a saber de memoria. Aeropuerto internacional, puente de la Amistad, Lian An, Jianqiunshan, Jida, Jingshan y luego saliendo otra vez a la bahía y a las brumas del Mar de China. Las torres de Hong Kong al otro lado del delta del río de las Perlas.

Luego Zhuhai, claro. Y el destino.

Porque tú, querida ¿sabes lo que es el Angsana Phoenix Bay?

Pues, querida, si no sabes eso, entonces es que no sabes nada.

Ahí era donde tu maridito tenía el centro de operaciones. Sale fácil en internet. Ahora está más moderno, pero te puedes hacer una idea. Yo te mandaría capturas de pantallas y enlaces, pero es que no tengo tu número y tú realmente no estás aquí. Así que finjamos alegremente que puedes ver la playa blanca y el mar. O las piscinas y los tejados azules. O los puentes y los cocoteros. O las tumbonas y a los cocineros preparando *tom yum goong* en la playa. Que puedes subir a las terrazas a tomarte un cóctel y oler aquella mezcla de naranjas amargas con caoba y mar. ¿Notas cómo se me eriza el vello de la piel? Pues sí, querida. El paraíso. Te puedes imaginar que aquella noche no estaba yo para fiestas. El *jet lag* y eso. Así que dormí lo que pude y por la mañana vomité (marca de la casa) para templar los nervios y desayuné (en realidad se desayuna primero, funciona mejor) y me enfundé en mi Jackie Brown de Fernando Claro y me senté a esperar. Después me tocan en la puerta y me conducen a un salón. ¿Y qué me encuentro en la puerta del salón? Pues un gitano muy grande y muy muy oscuro. ¿Sabes quién? Que a este lo conoces. El Pepón Carpio, sí. Justo. Así que lo miro y es como si hubiera vuelto a casa. *Déjà vu* total. Este es de Los Dolores, me dije. Hola, paisana, me dice. Y sí, murcianico. ¿No tenía que venir un tipo contigo?, me dice. Se puso malo. Entonces él levanta las cejas y me hace pasar y a los diez minutos ya entra por la puerta tu maridito en persona. (Y que tienes que pensar, Victoria querida, que en la galería no sabíamos con quién nos entrevistábamos, porque eso era *top secret,* si me entiendes. Y que tienes que pensar que estábamos en los noventa y que por lo tanto internet estaba en pañales y no es como ahora, que haces así con el teléfono y te salen los granos que tiene Jesulín en el culo. No. Así que ni idea, así de primeras.) ¿Qué me pareció? Atractivo. Interesante. Con ese punto cínico y gamberro y ese cuerpo de tenis a lo Federer y ese bronceado. Y esa ropa, claro. Y los ojos. Piensa, además, que yo tenía veintidós y que él tenía treinta y siete. O sea, que no era lo ideal, pero tampoco era algo desproporcionado. Él me miró, así de arriba abajo. Y yo, glups.

Espero que no hayas dado lugar a que el Pepón tuviera que cachearte, paisana, me dijo. Y yo le sonreí. Y él me sonrió.

Así que nos ponemos a trabajar. Diapositiva, diapositiva y esto y lo otro. Sencillo. Porque yo, de primeras, muchos nervios, pero luego, cuando me pongo, infalible. Así que acabo y el mar es azul y por la ventana entra el aroma de las peonías. ¿Y qué tal Murcia?, me dice. Así que hablamos un rato. De esta tierra pellejuda tan rara. Luego él me dice que va a haber un bufet en la playa y yo preocupada por el *dress code*. Y él: ponte unos vaqueros. Eso lo dijo con la boca

porque con los ojos dijo: «Ponte unos vaqueros que ya te pongo yo luego las esposas». ¿Si me había gustado? Sí. Además, tenía que quedarme allí un par días mientras se resolvía el papeleo. Así que voy. Primero me baño, claro, y hago tiempo. Bajo y él por allí y yo me entretengo probando sopa de lacassá y bacalao asado y mirando al mar. Los camareros con su uniforme azul y en la ladera de césped, entre los arbolillos, las luciérnagas bailando y yo que me quedaría en aquella tarde toda la vida. O eso hasta que él aparece a mi lado y me sonríe y me mira de esa forma tan de pirata gamberro que tiene derecho a todo. Están contratadas, ¿sabes?, me dice. ¿Quiénes? Las luciérnagas, las contratamos para que vengan cada tarde y hagan exactamente ese baile. Me río, claro. Y él me mira otra vez y deja que el olor a sándalo de su colonia me llegue bien a la nariz. ¿Sabes lo que es enesequeizar?, me dice. Y yo lo miro y me digo: «Tania, espabila, que en media hora tienes puestas las esposas y te están metiendo un látigo por el culo». Eso pensé, pero dije que sí, que lo sabía, que por supuesto y que con quién se pensaba él que estaba hablando. Mi punto payaso y él sonriendo como si me midiese. ¿Te vienes?, me dijo. Y me fui. ¿Y qué era enesequeizar? Pues agarrar el Honda NSX que se había comprado hacía un par de meses y salir zumbando por la autopista a doscientos por hora y devorar, en la noche, cuatrocientos o seiscientos kilómetros. Y sé lo que estás pensando y no (mira por la red cómo es un NSX y verás que es literalmente imposible, o muy incómodo, no, las braguitas puestas). Así que autopista, puentes, canales, bahías, luces. Todo cargado de adrenalina. Llegamos hasta no sé dónde, pero terminamos en los muelles de Coloane desayunando *dim sum* con té rojo, y luego, insisto que con la ropa interior puesta, volvimos al hotel. ¿Qué haces por la mañana?, me dice. No sé, digo yo. Pues el Pepón te recoge. Y eso. Un rato de Bentley y luego catamarán toda la mañana. ¿Y cuándo pasó lo que tenía que pasar?, te dirás. Pues ya por la noche. En su suite y mientras él me hablaba de los viajes que había hecho por India persiguiendo a Kipling. Lahore, Karachi, Darjeeling, Allahabad, Seoni, Mandalay, Rangún. Él hablaba y me iba dando besos. Yo tenía los ojos cerrados.

¿Y sabes en qué pensaba justo cuando él tiraba de mis braguitas hacia abajo? Pensaba: te jodes, mamá; te jodes, papá.

3

¿Alguna vez lo llamas? ¿No te ha pasado eso de desvelarte una madrugada y marcar su número? Yo lo he llamado esta tarde. Lo he hecho durante mi parada más allá de Albacete y después de mi show en el baño. Mientras estaba sentada en el banco. Simplemente he agarrado el teléfono y he marcado. Por supuesto ha dado apagado. Lo ha dado y me he alegrado, porque imagínate el susto. Solo que por otro lado no me he alegrado tanto. (En el fondo lo que yo quería esta tarde cuando lo he llamado, y lo que quería cuando lo he vuelto a llamar hace diez minutos, era que de repente él, mágicamente, se pusiera y que entonces todo estuviera arreglado y que entonces yo pudiera darme la vuelta y volverme a mi casa y no tener que pasar por el trago.) ¿Qué habría pasado si de pronto hubiera escuchado su voz? Me hubiera muerto del pasmo, eso seguro. Entonces, lo reconozco: lo he llamado dos veces hoy. Lo confieso, pero tienes que entender, Victoria querida, que eso no es habitual. O míralo en el registro de llamadas de mi teléfono. Fíjate. Ocho veces desde el día en que se esfumó. No son tantas. Fíjate, además, que la mayoría son del propio 2015. La primera es del 31 de mayo. Domingo por la mañana. Eso fue de cuando empezó a salir en la prensa que no se le encontraba. Luego lo llamé otras tres veces durante junio. (¿Y no crees, Victoria, que todo se silenció demasiado rápido? Quiero decir, él era un empresario de gran prestigio, una persona importante. Pero se le dio muy poca repercusión al caso. Pasó casi de puntillas. Y claro, hay que empezar a pensar en manos que se mueven en lo oscuro. Manos a las que no les interesaban las luces sobre según qué cosas.) Entonces, en junio tres veces y luego ya nada hasta noviembre. El 8, otra vez domingo. Domingo y la verdad es que no se me ocurre cuál fue el motivo por el que lo llamé ese día. Y luego otra vez el año pasado. El 4 de septiembre de 2016, también domingo. Es curioso esto de los domingos, pero es curioso que desde entonces hasta hoy (catorce meses, querida) no haya tenido el impulso de llamarlo. Ahora lo pienso y me da la impresión de que son muy pocas veces. (Eso y que, de pronto, lo del registro de llamadas empieza a darme mala espina, porque, claro, en él constan las llamadas que yo le hice a él después de que se desvaneciera, pero también las llamadas que nos cruzamos él y yo antes. Y muy especialmente las llamadas y los mensajes de mayo de 2015. Y vienen las dudas, querida. Porque ¿qué pasaría si yo ahora borrara todo el registro? ¿Lo sabrían ellos? ¿O tienen ellos por ahí un clon de mi teléfono y todo esto se lo saben de memoria? Y, si tienen un clon de mi teléfono y yo borro las llamadas, ¿ellos sabrán que las he borrado?)

Y ¿quién sabe si, en el fondo, Jorge no está en algún lado riéndose de todos nosotros? Eso sería muy suyo, ¿no te parece?

Pero sigo contándote, Victoria querida. Esa noche tuvimos tiempo de hablar de ti. Estábamos sobre una hamaca y él estaba apoyado en mi vientre y trasteando con mis tetas. Tú eres casado, dije yo. Sí. Ah. Él levantó los ojos sin dejar de hacer aquello que estaba haciendo. No, ah, no, dijo. Ha sido una bonita noche, dije yo. Él me miró y se echó a reír. Se rio justo como si hubiera tenido un atisbo del futuro. ¿El sexo con él? Pues qué te voy a contar. ¿Mi impresión? Bien, agradablemente competente. Un poco como todos, pero un poco más delicado que otros. Mejoró con los años. Solo que no era el acto en sí lo que importaba, claro. Pero sigo. Porque amaneció, claro. Entonces otro par de días. Que si barca de pesca y langostinos al chili, que si más sexo. Y la despedida. Un gusto haberte conocido y chau. Al menos por mi parte. Luego Pepón llevándome en el Bentley al aeropuerto y el querido Pierre llegando dos días después a Barcelona vía Shanghái. Y en la galería todos muy contentos. Muy bien, Tania, quedó muy satisfecho el cliente. Y yo pensando que no sabían lo satisfecho que quedó. Eso se olvida y pasa un mes. Entonces suena el teléfono de la oficina y es de parte de Jorge. Que quiere a alguien en Macao para que lo asesore en una cosa. Todo así muy misterioso. Pero no quiere a alguien, no. Quiere a Tania. ¿Tania Enriquez? Sí. Mi jefa levantando una ceja. Claro que tampoco le quedaba más remedio. Así que otro avión y otra vez el recorrido. ¿Y para qué me has traído?, le digo yo. Necesito tener un conocimiento general del arte, me dice. Así, con todo su morro. Tú lo que quieres es otra cosa. Ya, pero por eso no pago. Querrás decir que no me pagas a mí. Él se echó a reír. Justo eso, dijo. Tengo una semana que me la puedo tomar libre, me dijo. Luego me dijo que si yo sabía lo que era la Garganta del Salto del Tigre y si sabía lo que eran los tres ríos paralelos. Y no lo sabía, claro. Así que avión y luego descenso en yate por el Yangtsé entre brumas y quebradas y monos y pájaros y mosquitos. ¿Y qué quieres de mí?, le decía yo. Porque yo no he venido a eso. Arte, háblame. ¿De qué? De todo. Todo el arte. Empieza por donde quieras. Así pasábamos las mañanas. Él se sentaba en la popa del barco y yo le hablaba de Rafael lo mismo que de Pollock y él asentía. Toma notas o algo, decía yo. Él se reía y cogía un boli y un cuaderno. Los marineros nos miraban en plan repartir tabaco. Luego atardecía y él hacía la seña de que nos dejaran solos (seña de la que, debo decirlo, yo no me di cuenta hasta pasados varios días) y entonces ya estaba él. Poniendo esa cara y acercándose a mi bikini. Tienes las tetas más bonitas del mundo, decía. Ya lo sé, decía yo. Al amanecer nos envolvíamos en lo que fuera y salíamos a escuchar a los pájaros y a los monos.

Háblame, decía, ¿quién coño era Magritte? Y yo: no, por ahí no. Te lo aviso.

Así empezaron los que yo llamo los años del avión. O los años de Asia. O los años de más Asia. Él los llamaba los años de la consolidación. Aunque la consolidación propiamente dicha había empezado en el 89. (Luego te contaré todo eso, que seguro que tampoco sabes tanto. Porque me

la juego a que no sabes quién es Lawrence ni quién es Nemesio. ¿Ves? Ni idea tienes.) Pero te hablaba de mí. De los años del avión. Porque todo aquello del Yangtsé pasó en enero y yo no volví a España hasta julio. Estás aquí para darme clases, decía Jorge. Yo tengo un trabajo, ¿sabes?, decía yo. ¿Trabajo no es cuando aplicas tus conocimientos a cambio de dinero? Sí. Pues eso estás haciendo. Hay que decir que mi jefa no se lo tomó del todo bien. Digamos que era capaz de verle la ceja levantada desde la playa del Angsana. Que te despidan, yo te contrato. ¿No quieres tener tu propia agencia y trabajar para gente importante de verdad? Es que yo sé cómo acaba esto, decía yo. ¿Y cómo acaba? Termina que tú me la metes hasta aburrirte y luego yo ni tengo trabajo ni nada. Él se reía y negaba. No, no acabará así, decía. Entonces, ¿cómo? Acabará en que un día tú irás a mi entierro o yo al tuyo. Y que después el que haya ido al entierro del otro también se morirá y su memoria se convertirá en un insignificante grano de arena en las playas del tiempo. Lo dijo así o algo parecido. Yo me eché a reír. Él se puso serio y me soltó su frasecita. Esa que tenía para todo. Acuérdate de que eres mortal, me soltó. Con todo su morro. Yo le dije que si eso quería decir que no había normas y que podíamos hacer lo que quisiéramos. No, dijo él, quiere decir que no hay que perder la perspectiva, la verdadera perspectiva. Y quiere decir que tus motivos o tus pensamientos no son tan importantes como tú te piensas. O sea, que todo da igual, dije yo. No, dijo él. Es que un día estarás en una cama y empezarás a ver imágenes del pasado, gente que murió, escenas de la niñez. Y entonces verás a la muerte llegar. Y entonces estarás sola, más sola de lo que jamás hayas podido llegar a sentirte.

¿Y qué?, le dije yo.

Él me miró. Y todo, Tania. Y todo.

Me despidieron, claro. También tuve una larga conversación con mi jefa al respecto de si yo podía o no trabajar para Jorge o si eso era robo de clientes. Me dijo que me iba a demandar, pero luego no pasó nada, imagino que porque tu maridito les dio un toque. Así que libre. (Libre pero mis tías murmurando, ¿entiendes?) Por supuesto, todo legal. Con nuestros contratos firmados y los pagos a la Seguridad Social y todo. Busca cosas interesantes para comprar, me decía. ¿Dentro de qué arco de precio?, decía yo. Él me miraba como si no entendiera. También hubo que negociar comisiones. Él se reía y yo tardé un par de años en darme cuenta de lo que verdaderamente estaba pasando. Luego te contaré eso también. Pero sigo. En total, en el 91, pasé ocho meses en Asia. Y en el 92, diez. Vivía en el propio hotel y había semanas en que ni siquiera lo veía. Le proponía cosas. Un círculo de Kusama, un Georgia O'Keeffe. Españoles también, porque él decía que mejor españoles. Algún Alfonso Albacete o algún Eduardo Arroyo. Él me miraba y me decía sí o no. Luego había que negociar o ir a las subastas, claro. Y quedárselo. Solo que con el dinero por castigo era más fácil, si me entiendes. Así que aviones y más aviones y todo en *high class* y bebiendo champán y coleccionando las pulseritas de las fiestas. Oh, querido, es tan divertido lo tuyo. Ese paripé, ya sabes. También haciéndome un nombre, claro.

Recolectando contactos, ya sabes. Entonces volvía a Macao y al Angsana y de pronto, después de quince días sin verlo, sentía un ruido una noche y ahí estaba. Venía de quién sabía dónde y lo primero que hacía era lo de siempre. Apartar lo que hubiera y empezar a juguetear con mis tetitas. Eres hermosa, me decía. Y yo: no te pases. A lo mejor al otro día tenías un vago recuerdo de haberte despertado y de que te hubieran, literalmente, transportado al Bentley y de ir en un avión. Entonces te despertabas y no estabas en Macao sino en Taiwán o en Filipinas. O resultaba que habías cruzado por encima de Vietnam y de Camboya y que ibas en una lancha rápida por Khao Phing Kan y que te ibas a hinchar de langosta. Los días como una sucesión de paisajes. Bangkok y Sri Pawna. Granjas de cobras en Phang Nga. Atardeceres ante el mar de Andamán. Mi madre preocupada.

¿Qué estás haciendo, hija?, me decía. Yo me ponía muy seria. Trabajando duro, mamá. Trabajando duro. Y riéndome por dentro. Muerta de risa. Mi risa como una cascada vieja y libre.

Yo le hablaba de arte. Él hablaba también. Luego te hablaré de sus negocios, dentro de un rato. Él había leído muchos libros. Le encantaban los libros de aventuras. Y le encantaba Asia. Y a mí. Lo gracioso es que a mí me tocó Asia porque tú lo decidiste. Porque un día le digo: ¿y Hawái?, ¿no podríamos ir? Y él: no. Asia es tuya. América es de Victoria. Tampoco es que nos vayamos a encontrar, dije yo. Él me miró. Pero te contaba de los libros de aventuras y Asia. Salgari, por ejemplo. Y Arséniev, Ōgai Mori, Mishima. Y Thubron. Pero, sobre todo, Kipling. Acuérdate de lo que me habló la primera noche de sus viajes persiguiendo a Kipling por la India. Decía que había estado en todos los sitios de la India en los que pasaban las historias de Kipling. Pero que le faltaba un sitio muy importante al que ir, solo que no podía por la situación política. También me hizo prometerle que yo iría algún año con él. Y seguíamos. Yo le decía: ¿y tu familia? Y él decía que los niños ya eran mayores y que estaban mejor sin él. ¿No los echas de menos? Echo de menos cuando eran pequeños, sí. Ya te he dicho que a veces pasaban quince días o un mes sin que nos viéramos. Te preguntarás qué hacía yo entonces. Pues viajar. Pepón me llevaba al aeropuerto y me recogía a la vuelta. Empecé a hacérmelo todo. Seúl, Yakarta, Tokio, Singapur. En cada sitio al que iba cambiaba monedas y me aseguraba de quedarme siempre una moneda o un billete de cada país. Y más lugares. Hong Kong, por supuesto, porque lo veía entre la bruma desde mi ventana. También trabajaba, claro. En ese mismo 91 fui a una subasta de un Hockney y me lo llevé por una cantidad que no te voy a contar porque me da vergüenza. También le conseguí un Basquiat. Luego, otra vez, de pronto aparecía y se aferraba a mis pechos. Demos una vuelta, decía después. Y vamos. Fuimos a bucear a Fiyi y a Bora Bora y para Navidad nos fuimos cada uno a su casa. Sin embargo, para fin de año, estábamos en Queenstown, en Nueva Zelanda.

¿Te acuerdas de que habíais ido toda la familia a Suiza, a esquiar en Zermatt, y que él te dijo que tenía un viaje urgente a Tokio?

Pues no, querida, estábamos colgados de los teleféricos del Bob’s Peak.

Así fue, a grandes rasgos, mi primer año con él. Entonces, te hago una pregunta, Victoria querida. ¿Te da la impresión, una vez escuchado, de que yo fui allí buscando algo? Espero que no. Porque, te lo digo desde ya, no. Digamos que me lo encontré como quien dice de rebote (piensa que si Pierre no se hubiese quedado en Shanghái nada de esto hubiera pasado). Y lo principal, querida. Él me gustaba. Me gustaba mucho. Me había gustado desde el momento en que le puse la vista encima y dijo aquella frase del cacheo y del Pepón. Me hacía reír. A veces me enfadaba (luego verás), pero la verdad es que me reí con él como no me he reído con nadie. Porque éramos, en el fondo, la misma clase de persona (solo que separados por una inmensa cantidad de pasta, claro). Y, ahora, pregúntamelo. Pregúntame si yo lo quería. Respuesta: sí. ¿Que si lo quería a la forma tradicional, absoluta, monogámica, exclusiva? No. Lo quería de otra forma. De la misma forma que él a mí. Por supuesto tú dirás que no sabes cuál es esa forma. Y yo te diré que he pensado mucho en ello a lo largo de los años. Y creo que la forma en que nosotros nos queríamos tiene que ver precisamente con eso que te he dicho antes de ser el mismo tipo de persona. ¿Que a qué me refiero? Me refiero a querer a alguien, pero dejando siempre, siempre, un trocito pequeño de uno escondido y a salvo. De querer, pero imponiendo una suerte de alambre de espino entre esa otra persona y esa diminuta parte de ti que es tu esencia. En plan: no, esto no podrás tocarlo. Entonces resultó que él, para mí, era así. Y que yo, para él, también lo era. Y que pienses, también, que aquello no tenía el más mínimo sentido, porque ¿cómo se van a querer dos personas para las cuales las reglas del juego eran tan diferentes? Porque este no era el juego del igual contra el igual. No. Era el juego del superleón contra el minirratón. (Tú dirás, lo mismo, que sí se puede, y a lo mejor se puede, pero, por favor, no digas que se puede en base a tu historia personal, porque a los hechos me remito.) Entonces, ¿quererse? Sí. De esa manera. Con esas especificaciones. Y que aclaremos otra cosa. Nunca se habló de amor entre nosotros. Nadie dijo la tontería del «te quiero». Porque acuérdate de la cantinela que él siempre me cantaba. Esa de «tú eres mi amiga y a ti nunca te miento». Lo que quería decir «si empezamos a decirnos te quiero empezaremos a mentirnos». ¿Sabes qué pasó? Que descubrí que yo lo prefería así. Y luego está la otra tontería. Esa de la exclusividad y tú solo te acuestas conmigo y yo solo me acuesto contigo. Esa de en mi estación solo tu tren y en mi puerto solo amarra tu barca.

Permíteme que me ría, querida. Que me muera de las carcajadas.

4

(Porque aquí, entre tú y yo y fuera de función, a estos tipos con pasta les pasa a todos lo mismo. Que si parpadeas dos veces ya están quitándose los pantalones y camino de la orgía. Y tu maridito, pues uno más. Igual de loco pervertido, de insaciable y de enfermo. Entonces, ¿exclusividad? Un cuerno. O un millón, según la perspectiva. Y que yo, durante los dos primeros años que lo conocí, no tengo pruebas fehacientes de que se fuera con otras. Pero ya te digo que sí. Se le notaba hasta en la forma de andar. Yo lo miraba y me reía. ¿A cuántas? Y acuérdate que dijiste que no me ibas a mentir, le decía. Él se reía. No lo sé, decía. Y lo peor es que era verdad. No necesitas esconderte, le decía yo. Y eso hizo. Le costó un poco, pero lo hizo. No sé qué fue mejor, la verdad. Porque, querida, a lo grande. Que fueron los llamados «años de las rubias corriendo en bolas por la playa». Porque eso es lo que pasaba. Que a lo mejor estábamos en Khao Phing Kan o en Sri Panwa y me despertaba y ya estaba oyendo los gritos de las rusas por la playa. O te ibas a pasear y lo mismo. Levantaba una piedra del suelo y había otras cuatro. Y cinco o seis más subiendo en tetas por el castillo hinchable y dos más en las colchonetas de la piscina y otro par tendidas en la terraza y abriendo un ojo al verme pasar y preguntándose esta quién coño es. Como se diga en ruso. Y niñas bien monas, eh. De esas rubias de ojos azules y con esos cuerpos de modelos. Doscientos cincuenta kilos de chavalas que no sumaban entre todas ni dos gramos de grasa. Al atardecer fiesta de almejas en el jacuzzi en plan tu maridito no dando abasto. Vas a coger algo, le decía yo. Él se reía y soltaba una de sus frases. Y ni pienses que a mí me vas a mezclar con esas, decía yo. Pues estás invitada cuando quieras. Y no, ¿para qué? Solo quiero que seas feliz. Tú lo que quieres es otra cosa. Entonces, mañanas de esas a montones. Aparte, el otro asunto. El de los muchachos misteriosos que, siempre cuando él no estaba, se me acercaban en las fiestas. En plan: Tania en una inauguración y al rato había un muchacho que no te lo acababas en un mes que empezaba a ponerme ojitos y miraditas. Y piensa que yo siempre fui bastante pava. Así que al principio me lo creía. Solo que luego ya no. Un día se lo dije. ¿Estos los mandas tú? Él se rio. Que puedo buscarme las cosas yo solita, ¿eh? Él volvió a reírse. Entonces, ¿dejo de mandártelos? Yo lo pensé. No, le dije.)

(Yo solo quiero que seas feliz, me decía. Tú eres mi amiga.)

(Luego está lo de las polaroids, lo de la colección de polaroids, que tú de esto sí sabes un poco. La parte que te toca. Así que estoy un día tirada en la cama y oigo el chasquido de la maquinita

al encenderse y lo veo allí, con cara de lobo. No, le digo. Sí. No. Al final fue que no, pero los días pasan y él era muy seguido. Otra vez en una cama y los dos en esos momentos tan tontos de contarse secretos. Te toca, Tania. Entonces cuentas un secreto de esos pequeños, uno que queda fuera de esas murallas que has construido para que él no pueda asomar la nariz. Luego él me mira. Si te cuento mi secreto, entonces me dejarás para siempre, dice. Pues si es como dices, lo más probable es que sí, le dije yo. Él se quedó pensando un minuto. Luego decidió jugársela. Así que se va y vuelve a los cinco minutos con una maleta y pone la contraseña y me mira y se va. Yo abro, claro. ¿Qué hay dentro? Álbumes de fotos. ¿Fotos de qué? Pues justo de eso, querida. Mujeres y mujeres y mujeres en cueros. Polaroids tomadas por él a lo largo de los años. Ahí la presentadora de televisión presentándolo todo mientras está subida encima de una mesa y ahí tú en tu momento de gloria sobre aquel sofá azul cobalto de Las Vegas. Y todo. Inabarcable. Cada foto con su fecha rigurosamente puesta y el nombre de la muchacha o muchachas. Por supuesto no tengo los álbumes aquí delante ahora mismo, pero para que te hagas una idea podía ser la cara pecosa y rubia de Vera y luego el frontal de Vera y luego la trasera de Vera. Y luego podía ser Vera, con Sasha, Alina y Nastya sonriendo en el jacuzzi. Y luego podían ser Inga, Lara, Lida, Yulia, Oksana, Klara, Svetlana, Krashna, Janica, Danka y Barbora en la proa del yate. Y luego otras tantas por estribor y otras por babor. Lilya corriendo por la playa o jugando con Beatrise al softball. Y otras cuantas en las motos acuáticas. Lo mismo Lida que Nadezhda. Cada una con su fecha y predominando el concepto acuático y los nombres eslavos y los ojos claros y los pelos rubios. Todas con los cuerpos de modelo y cero grasa. Todas como pequeñas gemelas de tetas puntiagudas. Zinas, Beatrices, Ilonas, Irenas. A montones. Y cambios de raza, de pronto. Entonces, tal vez, Ahong o Malai mirando desde detrás de una mosquitera, los yuyos al fondo. O Akiko o Sayuri en el momento del *wakamezake*. O Kazumi y Sakura en el del Nyotaimori. O un montón de japonesas en el estanque, entre los lotos. Ahora con el culito en pompa, ahora con las caritas juntas. Y chinas. Maylines, Lianes, Kumikos, Jias. Y vietnamitas. Mais, Chis, Suongs. Y también, me suena, una partida de brasileñas. Irasemas, Wendas, Flavias, Marissas. Pocas muchachas negras en comparación. Y muy pocas latinas.)

(Que yo se lo decía, ¿y las latinas? Y él: me pierdo lo mejor, lo sé.)

(Aquella noche de la maletita y las fotos estuve varias horas mirando aquello inabarcable. ¿Cuántas había? No lo sé. Miles. Varios miles. Y piensa que estábamos en el 93 por aquel entonces. Y él tenía razón en una cosa. En que, si después de aquello no dejabas a un hombre, ya no lo ibas a dejar nunca. Así que yo miraba, pero no porque me interesase, a ver si me entiendes. Sino para ver qué significaba aquello. No para ver qué significaba para él, sino qué significaba en realidad. Primero, claro, te escandalizas, te asqueas. Pero luego, muy despacio, empiezas a oír otra música. La música de la burla y la música de la soledad. La burla al mundo y a lo que podría considerarse obsceno o perverso. La burla, de alguna manera, al propio hombre que estaba

haciendo todas aquellas fotos. ¿O no podía ser aquello un monumento?, ¿el monumento de la soledad absoluta? Así que seguí mirando y traté de ver el mundo desde su perspectiva. El hombre todopoderoso. Sentado cada noche, después de la orgía, mirando obsesivamente las fotos y arrugando los ojos y tratando de recordar cada nombre. ¿Esta era Nadezhda o Svetlana? No, Svetlana es la del lunar debajo del pezón. Cómico, ¿sí? Y recordar cada nombre, ¿para qué? ¿Simplemente para apuntarlo? ¿Y luego qué? ¿Acaso posees a alguien o eres dueño de nadie solo porque su nombre esté escrito en rotulador sobre una cartulina? ¿O era simple hastío hasta precisamente de eso? ¿O era la forma en la que él mismo le buscaba un sentido a aquello? ¿La forma de llevar el reto al siguiente nivel? La imagen de él apuntando nombres después de cada fiesta empezó a imponerse sobre todas las demás. ¿Era eso lo que él quería que yo viera? Aparte, otra sensación. La de que, enfrentada a aquello, era cierto lo que él decía de que todo era insignificante y de que mis pensamientos no eran tan importantes como yo pensaba. Aún estaba así cuando lo noté entrar, sentarse, mirarme. Yo lo miré a él. Él esperaba. ¿Y bien? ¿Qué opinas? Opino que es una porquería. Ya, ¿y no crees que tendría algún sentido artístico? ¿Que podríamos hacer una exposición o algo? Yo lo miré. Se estaba burlando, claro. Pero había algo ahí. Algo de un terrible patetismo, de una espantosa soledad. Y no me fui. Más aún, la siguiente vez que me propuso participar en el experimento le dije que sí. Quiero mosquitera y aquel fondo, dije. Y él allí, dando vueltas y dándome vueltas. Sé tú misma. Sé tú misma.)

(Después de la sesión hicimos un poco de wakamezake, si me entiendes.)

(Y tres cosas más al respecto de las polaroids. Cuatro cosas. Una, que durante la noche en que me dejó allí con la maleta tuve un momento, sobre las dos de la mañana, en el que pensé arrimarle un misto a todo aquello y hacer una bonita hoguera. Dos, eso mismo fue lo que él me dijo que había hecho con las fotos en el último mensaje que me dejó, en el propio mayo de 2015. Me dijo que las había quemado y que durante horas y como consecuencia de aquello su casita del cine había estado oliendo a jazmines. Él lo dijo y yo pensé que todos los hombres, al fin, son igual de tontos. Tres, que una noche, allá por el 2012, se quedó quieto de pronto y dijo: «En realidad nunca las miro». Y yo creo que eso es lo que pasaba y que era a eso a lo que se refería. Y cuatro, la que me lio una vez en Manila. Fue una noche en el 2004. Los dos andábamos bastante borrachos y él empezó a hacer el tonto con la cámara. Sé tú misma. Yo muerta de risa de la borrachera hasta que lo veo que está en el balcón y que se ríe como un loco. ¿Qué haces? Y estaba tirando a la piscina que había abajo todas las fotos que acababa de hacerme. Acuérdate de que eres mortal, gritaba. Mi coño revoloteando por las tumbonas, enredándose en las sombrillas, metiéndose en otros balcones. Yo vistiéndome y él riéndose más y sujetándome. No podrás cogerlas todas, me decía. Y, si bajas, todos sabrán que esa panocha es la tuya. Yo lo pensé. Lo pensé y no salí de la habitación en los tres días que nos quedaban. Ni le dirigí la palabra tampoco.)

5

He tardado en darme cuenta (he tardado y que esa sería la cuestión, la de cómo de despistada o de ansiosa estoy. Que me imagino que habrán sido los nervios, o lo mismo el hecho de que el primer rato estaba sentada en el ángulo en que no era. Puesta así en el Moroso y de espaldas a la cuestión. O lo mismo por la propia presencia de Carlos y de Carlota). (Les he puesto nombres, sí. Es que él tenía justo esa cara inconcreta de los que se llaman Carlos. Y, una vez puesto el nombre de él, pues poco costaba ya.) Ahí los dos. Carlos con su polo, oliendo a lavanda. Carlota oliendo a pachulí con el suyo. Pero me centro. El primer rato no lo he visto porque no estaba en el ángulo correcto. Luego he vuelto del baño, pero tenía la mirada perdida. Ha sido ahora, al levantar la mirada. Zas. Ese estremecimiento frío. Como si estuviera soñando. Pero no. El momento de asimilar cosas. Porque en la pared que hay frente a las ventanas hay tres fotografías de un metro cuadrado cada una (lo que ha pasado es que antes de llegar yo, alguien ha descolgado lo que hubiera puesto ahí y ha puesto estas tres fotos, porque no creo que esas tres foticos estén ahí para todos los huéspedes). Y qué. Pues la primera es una toma del Tontódromo hecha como a ras de tierra con el fotógrafo puesto entre el Moderno y el Gran Vía y en dirección hacia la redonda. Y qué se ve. Pues personas indistintas (porque la foto está hecha con el foco puesto en uno de los maceteros de forma que lo que hay más allá quede desenfocado). Solo que entre esas personas hay dos siluetas fácilmente reconocibles. Al menos para mí, dado que son mi padre y mi madre que van cogidos del brazo en dirección al fotógrafo. Pasamos entonces a la segunda foto. Que es una toma aérea, hecha probablemente con un dron. Y qué se ve. Pues una casa muy bonita, con sus árboles y sus dos palmeritas junto a la entrada y su camino de piedra gris y su piscina en forma de ele y los módulos de Vendom que yo me empeñé en poner. Vamos, que falto yo saludando desde el tejado. Hola, dron. Sí, mi casa. Y la tercera. Foto hecha desde dentro de la facultad de Derecho de Murcia. Como desde la puerta de la secretaría. Y qué se ve. Pues se ve la puerta que hay al otro lado del patio, por donde se entra a la biblioteca. ¿Y de quién es esa sudadera roja que tanto destaca en la tarde y que se ve tan levemente difuminada? Pues sí. De Roberto dos, el que decía que no sé quién estaba bien follable.

Y sí. Sutiles Carlos y Carlota. Muy finos.

Por qué te quedaste. Por qué te quedaste. Tú me lo preguntas y tu pregunta vuela a lo largo de La Mancha, desde tu casa en El Valle (o estás, querida, en Calarreona, tal vez). Pues no lo sé. O no

por una sola cosa. ¿Siempre sabes los motivos racionales de tus decisiones, Victoria querida? Se me ocurren varios posibles motivos. Tal vez fuera porque aquello de mostrarme el álbum con las fotos implicaba que él había bajado una barrera de alambre de espinos y me había dejado ver un pedazo de esos que no se debían ver. Y que aquello me hacía un poco responsable de él. O tal vez fue porque me dio lástima la soledad aterradora que desprendía todo aquel tinglado. O tal vez fue porque lo había contemplado en su imperfección. O tal vez fue porque él, al enseñarme todo aquello, lo que quería precisamente era que yo me fuera y yo soy muy así para mis cosas (esta sensación de «te reto a que te vayas» volverá a aparecer en el transcurso de la noche. Y ya verás que una vez sí lo dejé y que no me sirvió de nada. En cualquier caso, querida Victoria, tienes que pensar que esto acaba de empezar, que estoy nada más que aclarándome la garganta). O no sé. Lo mismo fue aquello de si él me enseña este pedazo y yo me voy, ¿entonces qué? Todo muy maternal, en el fondo. Seguro que tú lo entiendes bien. Pero no le demos más vueltas a eso y déjame seguir. No me fui y acabando el 93 pasamos al siguiente nivel. Fue una cosa sutil al inicio. Pequeños detalles que se le escapaban, conversaciones que yo oía cuando me despertaba en la madrugada y él estaba al teléfono. Esas cosas. Y la cuestión del dinero. Porque estaba la suite en el Angsana, que no te cuento lo que valía al mes. Y estaba el avión. Y los restaurantes y los yates y los cuadros que yo le decía de comprar. Porque ahora un Johns y luego un Basquiat o dos. Y ahora pues una arañica de Bourgeois o cuarto y mitad de O'Keeffe. Como si no hubiera un mañana. Yo mirándolo. Porque ¿dónde estaba todo aquello? Porque yo había supervisado los permisos y el embalaje, pero, después, chau. Así que un día (muchas de nuestras conversaciones tenían lugar en el NSX, mientras íbamos atravesando puentes camino de Hong Kong) lo miré muy fijo. ¿En serio que lo de las tragaperricas y los casinicos da para todo esto? Él me miró y yo vi que se preparaba para mentirme. O que lo estaba pensando. Así que levanté la ceja y él se rio. Si te lo cuento a lo mejor tienes problemas en el futuro, me dijo. ¿Problemas de qué clase?, dije yo. De jueces y eso, dijo él. Yo lo pensé. Si los tengo, ¿vendrán a defenderme tus abogados? Él se rio. Sí. Pues dale.

¿Para qué sirve un casino?, dijo él.

¿Para que los tontos del mundo se dejen la pasta?, dije yo.

Él me miró.

Superficialmente, sí, dijo.

Entonces empezó a hablar. Como si llevara mucho tiempo deseando contarle a alguien todo aquello. Explicarse de la misma manera que yo estoy tratando de explicarme ahora ante ti. (Soltarse la corbata y el primer botón de la camisa, ya sabes. Aflojarse el cinturón un poco y echarse hacia atrás en el sofá y apretar fuerte el gintonic y hacer sonar un poco los hielos. Esas cosas.) Empezó a hablar y yo trataré de contarlo, ahora, con sus propias palabras. Así que imagina que yo me visto de él. Que estáis los dos en tu casa en El Valle y que es el 93, a finales.

¿Lista? Pues despegamos. Todo es fachada, fue lo primero que dijo. Todo en el mundo es una apariencia de algo. Tú misma lo eres, me dijo. Y yo. Entonces, cuando Meyer Lansky y Bugsy Siegel van a Las Vegas a estudiar opciones de negocios, ¿qué abren?, ¿una churrería? No, empiezan a montar el Flamingo. Y en la reunión de 1946 en el hotel Nacional de La Habana, esa en la que estuvieron Lucky Luciano y Frank Sinatra, ¿qué se decidió hacer? ¿Y para qué se monta el Flamingo y todo lo demás? ¿Para que el americano medio vaya a ver unos espectáculos y se deje doscientos dólares en la ruleta? Bueno, decía Jorge, esa es la fachada, querida. La superficie. La sensación de legalidad o de normalidad que requieren los buenos negocios. La mascarada. Porque, piensa un poco. Te voy a poner un ejemplo sencillo, de EGB. Imagina que vamos cinco amigos y yo a un casino. Cada uno llevamos un millón de pesetas (era el 93 y eran pesetas, Victoria, pesetas) y las cambiamos por fichas. Después nos sentamos los seis a una mesa de póquer y la ocupamos entera. Pasamos la noche y el dinero cambia de manos y regresa y vuelve a irse. Lo normal. Y pasa que, al final de la noche, yo he perdido mi millón. Y otros cuatro de mis amigos también. Y pasa que el sexto se ha quedado su millón y los otros cinco. ¿Qué hace entonces? Pues saluda y va y cambia las fichas por dinero. ¿Qué ha pasado? Que él es más rico, sí. Pero imagina que los seis millones que entraron en el casino eran negros. ¿Qué ha pasado entonces? Pues que, ahora, al salir, son blancos. E imagina. Yo entro en el casino con mi millón de pesetas, que es negro como el sobaco de Tarzán. Y lo cambio por fichas. Y me voy a ver cantar a Tony Bennett. Me tomo una copa, me relajo. Luego agarro mis fichas y, sin ni siquiera sentarme a una mesa, voy a que me las cambien por dinero. ¿Qué ha pasado? Lo mismo. Que mi millón era negro. Y ahora es blanco.

Pero esto acaba de empezar, eso me dijo.

Porque, sigo haciendo de tu maridito, querida Victoria, todo lo que te he contado implica que hay gente que está usando los casinos para blanquear dinero. Que los están usando pero que los dueños del casino no lo saben. Bien, pasemos a un estadio dos. Imagina que los dueños del casino están dispuestos a colaborar. Es decir, pasad y blanquead, que nosotros miramos para otro sitio. Pero dejadnos una propinilla o una comisión, si veis que tal. Mejor para todos, ¿no? Pero pasemos a un estadio tres. Ahora imagínate que los dueños del dinero que se quiere blanquear y los dueños del casino son exactamente los mismos. Entonces, ¿qué sucede? Que A, por ejemplo, necesita blanquear unos millones. Cien, pongamos. Y va al casino B. Y se juega los cien millones y pierde ochenta. ¿Qué ha pasado? Que los veinte que ha conservado ya son blancos. Pero los ochenta que ha perdido también. Porque son ganancias legítimas del casino. Y te recuerdo que A y B forman parte de la misma organización. De hecho, A ni siquiera tendría que ir a jugar. Le bastaría con decirle a B que declarase esas pérdidas y esas ganancias. Y entonces va B y les da a los botoncitos de la caja y hace los apuntes contables y ya está. Él hablaba, yo lo miraba. ¿Y toda esa gente que tiene todo ese dinero que blanquear a qué se dedica? Él ladeó la

cabeza y me miró. Glups. ¿Ahora es cuando me tienes que matar?, le dije. Sí, pero lo dejaré para mañana, ahora no me viene bien manchar la alfombra. ¿Y tú qué haces dentro de todo este tinglado?, pregunté yo. Hago exactamente eso, querida, dijo él. Limpiar. Como Hércules en los establos de Augías. A cambio de una comisión, claro. Luego siguió hablando. Lo de los Casinos era lo esencial, sí. Pero no era todo tan sencillo. Porque el dinero, decía, deja rastro y hay que borrarlo. Entonces, decía, había muchas más cosas que hacer. Y hablaba y hablaba. De depósitos, de camellos que transportaban dinero en efectivo a cambio de comisiones, de cómo establecer redes bancarias paralelas, o empresas pantalla, compra y venta de urbanizaciones, mansiones, castillos, coches. O de contenedores de barco llenos de dinero cruzando los océanos. O creación de cadenas de restaurantes o de karaokes. Empresas ficticias. Y que todo, decía, se pondrá mucho mejor a partir de ahora. ¿Mejor?, dije yo. Sí, ¿tú has oído hablar de internet? Sí, claro. Pues un día, dentro de no mucho, todo se podrá hacer a través de ahí. Todo.

Entonces podremos montar casinos en la red. Y podremos hacer la mayor parte de lo que hacemos nada más que dándole a unos pocos botones.

Él lo dijo. Yo no me lo creí. Y eso demuestra muchas cosas, querida.

Entonces, todos los cuadros que hemos comprado, ¿dónde están?, le dije yo. ¿Metidos en algún almacén? Dime que por lo menos hay alguien que los ve. Él no supo qué decirme. ¿Tú no te has quedado ninguno? Alguno sí se había quedado. (Alguno lo debes tener tú aún en alguna de tus casas, querida, mira a ver si algún Barceló.) Mis jefes en Barcelona, ¿lo sabían? No. Después, a trompicones, fue surgiendo el resto de la historia. Un trozo esa noche, un pedazo unas noches después. Todo aliñado con detalles que yo recogía aquí y allá. Y te hablo, Victoria querida, de la historia de verdad, de la que no sale en los anuarios de la Cámara de Comercio. Una parte te la sabes seguro. (Esa del pobre padre que no quería estudiar y que terminó trabajando de casualidad en el taller del vecino que se dedicaba a arreglar futbolines y billares. Él aprendiendo y quedándose con el negocio cuando el otro se jubila. Y teniendo la visión de pasarse a las máquinas de discos y los pinballs. Y después las máquinas de tabaco y si las máquinas de premio. Las Silverstone, ¿te acuerdas? No, claro. No se llevaban en Ucrania. Pero que te habrás oído la historia mil veces. Lo de poner máquinas en los bares por Murcia, Alicante, Valencia, Castellón. Cien máquinas puestas al día. Y pasta. Pasta de tal manera que cuando nace Jorge ya puede ir a un colegio bueno y a la universidad. Un pijillo de los setenta al que le compran, cuando cumple los dieciocho, un Toyota Celica nuevecito. Lo normal, vamos. Luego Jorge en la carrera y en el 77 el padre muriéndose y quedándose solos Jorge y la hermana. Jorge haciéndose cargo y esa nueva visión del negocio. La época de los viajes. Las Vegas. Y luego, Asia. Macao, que era donde estaban todos los casinos. Jorge tomando notas. Y ya sabes. Ya sabes solo que hasta ahí te puedo leer. Porque, querida, a partir del momento en que tu marido pisa Las Vegas, la historia se ramifica. Y hay una parte que sí, pero hay otra que no. Te lo pregunté antes y te lo

vuelvo a preguntar ahora. ¿Tú sabes quién es Lawrence Hua? ¿Y sabes quién es Nemesio Valencia? ¿No?)

(Pues ellos dos, junto a tu marido, configuran el maldito Triángulo de las Bermudas en el que reposa toda la vida que has llevado.)

Lo gracioso es que tu marido se podía pasar horas hablando de lo gran hombre que era su padre y de lo mucho que lo admiraba. Como los había sacado de la nada, las horas que trabajaba al día en lo de las máquinas y que luego se tenía que poner en el negocio familiar a echar una mano. Y las cosas que el padre le decía. «Cree en ti mismo.» «Nadie puede decirte que algo no puede hacerse.» Esos eslóganes. Y Jorge, claro, sacando de cada cosa lo que le daba la gana e ignorando el resto. Enfebrecía con aquello. Le brillaban los ojos como si fuera a desvirgar a una cabaretera. Luego empezaba con lo de las líneas. Con lo de cruzarlas o no, que esa era otra de las cosas con las que estaba siempre. Otro de sus recursos. Porque él siempre decía que su padre se había muerto demasiado pronto. Que entonces él se había quedado solo y había sido demasiado joven. Y que si él hubiera podido estar más años con el padre en la empresa, entonces tal vez todo hubiera sido distinto. Porque él no habría hecho aquel viaje a Las Vegas en el 78 y se habría casado con una tal Mónica, que era su novia de la universidad, y por aquí no habríamos aparecido ni tú ni yo. Él hablaba y yo lo dejaba hacer y no le decía que él, con todo lo que había admirado a su padre, había resultado ser justo lo contrario. Tampoco le preguntaba qué, exactamente, pensaría su padre de todo aquello que me estaba contando. De alguna forma se engañaba, ¿entiendes? Se creaba una falsa realidad en la que se justificaba. Pero estaba con el asunto de las líneas. Otra de sus frasecitas tenía que ver con ellas. «Puedes dar muchas vueltas delante de la línea, pero luego, en realidad, no es más que un pequeño salto.» Algo así. Y otra cosa que decía. Que una vez que uno empezaba a cruzarlas se acostumbraba. Y que entonces uno pasaba tantas líneas que, en realidad, ni las sentía y entonces un día se miraba y no comprendía el proceso.

Eso lo decía a veces. Y creo que esas eran las veces en que más hondo miraba dentro de sí. Entonces se daba cuenta de que yo lo miraba, y me sonreía.

Acuérdate de que eres mortal, me decía. La otra frasecita.

6

Es temprano todavía, la una. La una y no se ve al sueño venir. Así que paseo por la habitación. Del sofá a la ventana, de la ventana al sofá. Me siento y juego, clac, clac, clac, con la Arco de Castiglioni de aluminio extruido. Encendida, apagada. Encendida, apagada. A ti, querida Victoria, ¿te cantaba nanas para que durmieras? A mí sí. Pero sigo paseando. Me acerco al ventanal, lo abro y entra el frío de la sierra. Abajo, donde queda la capilla y la cruz, hay una persona que va cruzando los carriles. Viste de negro y va empujando un carrito. Ahora se detiene y grita. No se entiende bien. ¿Qué? «Solo ahora. Solo ahora.» Eso parece decir. Otra cosa son las preguntas que vienen detrás de la frasecita. ¿Qué significará?, eso lo primero. Y lo segundo, ¿qué puede hacer que una persona esté a la una de la mañana en el centro de una ciudad inmensa gritando «solo ahora»? ¿De dónde viene esa persona y quién es? Y qué ha visto. Otra vez grita. Otra vez me asomo, pero esta vez es solo un momento y luego cierro el ventanal porque solo me faltaba, encima, mañana estar enferma. Así que regreso a la mesa, donde están el búcaro y la cesta con las pitayas y despacio, muy despacio, mientras camino arriba y abajo, lo voy descascarando todo. Le arranco los pellejos a las pitayas con mis propios dedos y dejo que el zumo me moje los calcetines de Bottega Veneta. Clic, el zumo corriendo por mi antebrazo, haciendo gota acumulada en el borde de mi codo. Plas. Sobre la alfombra de lana tejida de Patricia Urquiola. Los pedazos de piel caídos por los rincones y mis manos hambrientas yéndose a las orquídeas y a los nardos y lo mismo. Todo en un tirar y sacar. Los tallos fuera del búcaro y luego, despacio, redecorando. Un pétalo aquí, otro allá. El hombre sigue gritando, su voz es un rayo amarillo que cruza la noche. Solo ahora. Solo ahora. (Eso, Victoria, y que tu maridito me cantaba nanas para dormir. Te morirías si supieras lo que me cantaba.) Agarro otra orquídea y amontono sus restos junto a la puerta del baño. Me digo que me gusta cómo queda ahí y me pregunto qué pasará luego, si lo recogeré todo antes de que Carlos y Carlota entren. Porque no recogerlo sería un síntoma de que he sufrido durante la noche, así que imagino que sí. Porque yo he sufrido lo mismo, pero ellos no tienen por qué saber. (Y él me cantaba. ¿Sabes qué, Victoria? ¿Te acuerdas de Alf? Pues eso.)

(Échame un vistazo y dime lo que ves, ¿solo otra cara bonita? ¿Solo un payaso de fuera de la ciudad que vino a pasar el rato y parece un poco fuera de lugar?)

(Y yo me reía, me reía.)

Solo ahora. Solo ahora. El tipo sigue. Ahora ha salido de la plaza y se ha perdido por la zona arbolada, rumbo a Quintana. Pero sigo. Estábamos con las líneas. ¿Te dijo alguna vez lo que pensaba de los economistas? ¿Aquello de «los economistas acabarán con el mundo»? El crecimiento infinito no existe, decía. Solo que eso tú no se lo puedes decir a un economista. ¿Por qué?, decía yo. Porque se lo toma como un reto, decía él. Pero, piensa, Victoria querida. Jorge con veinticuatro años y el padre recién muerto. Su carrera recién sacada. La empresa ahí. Y el reto. Porque la empresa funcionaba. Pero lo que él decía. Que uno podía acomodarse en la tabla y dejarse llevar por las olas. O no. Lo del crecimiento infinito. Él hablaba. Yo lo miraba. (Pregunta mía en aquel momento: ¿tú entonces estabas pensando en blanquear dinero? Respuesta de él: no. De hecho, aquello ni siquiera fue idea suya.) Pero te cuento. Es el 78 y empieza la primavera y el año va más o menos bien. Pero a él le suenan grillos en la cabeza. Así que deja a un tal Mariano (al que no tengo el gusto pero que parece que era el gerente cuando su padre) al cargo y se va a Las Vegas. Para entonces su relación con Mónica, la novia de la universidad, está dando sus últimos coletazos. En Las Vegas se pasa un mes entero vagando del Stardust al Flamingo y pasando por debajo de la zapatilla dorada del Golden Nugget. Paseaba y miraba a los americanos que daban vueltas como zombis entre las mesas y las tragaperras y le daba vueltas a lo que te he dicho antes del crecimiento (le daba vueltas y se descorazonaba y se decía que era demasiado joven para todo aquello. Que yo creo que ahí fue donde más echó de menos a su padre y que, si el viaje lo hubieran hecho los dos juntos, todo habría sido distinto). Así que se desesperaba y, de madrugada, se metía en una de las cafeterías del Flamingo a beber whisky y a pensar. Y ¿sabes qué pasó? Pues que justo ahí estaba el destino. Y lo estaba porque, claro, ¿en qué otro sitio podía estar más que ahí? Y se lo topó, literalmente, de frente.

De pronto un tipo, uno al que ya ha visto varias noches en la cafetería, le hace una seña.

Un tipo serio, chaparro, que parece estar ante un dilema.

El señor Nemesio Valencia acaba de entrar en escena.

El señor Nemesio Valencia le habla a Jorge. Están cada uno en un butacón de cuero. Separados como por dos metros. ¿Y qué le dice Nemesio al españolito? Le dice: ¿sabes por qué Bugsy Siegel le puso Flamingo a este casino? Respuesta: no. Pues porque su novia, una tal Virginia Hill, tenía las piernas muy largas y le recordaba justo a eso. La conversación se desarrolla en español porque Nemesio es mexicano, de Michoacán. Jorge se ríe y el otro también y se sientan juntos. Nemesio, según Jorge, parecía un campesino de la sierra (luego puede que te hable de una foto en la que lo vi). Y Jorge, un españolito de los setenta, no quiero ni pensar lo que debía de parecer. Así que se sientan juntos y hablan y conectan. A la mañana siguiente están otra vez juntos. Surgen las confidencias. A qué ha ido Jorge hasta allí y a qué ha ido Nemesio. La historia va empezando. Porque Nemesio ha ido a Las Vegas porque tiene un pequeño problema consistente en que su abuelo había tenido, allá en el rancho grande, pero en la sierra, una

plantación de aguacates. Y que luego sus tíos, en las parcelas así más escabrosas, habían empezado a sembrar amapola y marihuana. Pero no para traficar, no. Lo que hacían era que se la vendían a los cárteles y se embolsaban la pasta y se olvidaban del tema. Y bien, hasta ahí. Solo que ahora Nemesio estaba viendo curvas en la carretera. Porque cada generación, decía Jorge que decía el otro, va un paso más adelante que la anterior (el crecimiento infinito, querida, ¿viste?, y la cosa de las líneas). Y que eso pasaba con la suya, decía Nemesio. Que los veía que se iban a lanzar. Y que, a él, a Nemesio, le parecía bien. Nada que objetar. Que, si hay demanda, pues tiene que haber oferta. Solo que Nemesio decía que él no quería para sí esa vida. Que él quería algo más tranquilo. Ganar la misma pasta que los otros, pero no vivir con tanto agobio. Y lejos de las armas, a poder ser. Porque meterse en aquello, al final, eran armas. ¿Y qué buscas aquí?, le dijo Jorge. Pues ver cómo puedo ganar el mismo dinero, pero sin lo otro.

Ya, dijo Jorge.

Ya, dijo Nemesio.

Y lo que te dije antes, querida, que Bugsy Siegel no abrió una churrería. No.

La historia arranca. Jorge cambia su billete para quedarse un poco más y durante quince días hacen equipo para rebuscar y pensar (Jorge nunca me dijo qué, exactamente, quería decir eso, pero me los imagino a los dos con un lápiz en la oreja y un cuaderno y las camisas sudadas y sin afeitar y dando lugar a que todos los seguratas de Las Vegas los tengan en sus listas). Luego vuelve a Murcia, con el teléfono del otro, y lo primero que hace es cortar con la tal Mónica (¿por qué Jorge nunca me habló de esta?, ¿a ti sí?). Y lo segundo, no dormir. Siempre decía que no durmió durante tres meses. Pero no porque estuviera diseñando los futuros planes de la empresa para salir en el anuario de la Cámara de Comercio, no. Porque estaba pensando en lo otro. Pensando a lo grande, por una vez. O empezando a pensar a lo grande. Dijo que lo primero fue echar las cuentas. Las cuentas de lo que Nemesio le había dicho que se podía producir en las tierras de la familia. A tanto la amapola y a tanto la marihuana, y que si había que sembrar otra cosa, pues se sembraba, si me entiendes. Dice que hizo esas cuentas y que luego hizo algunas más. Lo que es abrir el horizonte y empezar a dar vueltas por delante de las líneas. Porque, claro, estaba la familia de Nemesio, pero eso era una gota de agua en la acequia. Una gota, además, de las pequeñas. Así que cuentas, decía, cuentas, cuentas. (Me lo imagino esos días dando vueltas por su casa en La Alberca y lentamente convirtiéndose en un monstruo. Que si un cuerno esta noche, que si una garra esta mañana. Y luego, un día, mirándose al espejo y no reconociéndose. O tal vez reconociéndose, pero sin ser capaz de asimilar de un vistazo todos los cambios que se han producido en él. Y entonces, esa mañana, riéndose como un loco. Como en las películas. Riéndose y después buscando el papelito que tendría en el fondo de alguna agenda y descolgando el teléfono y discando un montón de números y luego el momento de pausa ese que se producía siempre en las llamadas internacionales, ¿te acuerdas? Y luego, una voz. ¿Qué onda?

Y ese momento de pensarlo por última vez antes de cruzar la línea. Y entonces su voz. ¿El señor Nemesio Valencia, por favor?) «Lo tengo, vente.» Y el otro se viene. ¿Sabes dónde tuvo lugar la reunión? Pues en el extinto hotel Victoria, querida, planta de arriba. Piensa que eran los setenta. Piensa eso y que Nemesio estuvo aquí en total una semana. (Y prefiero no imaginármelos a los dos en plan Rincón de Pepe y caldero en La Tana y mira, todo esto es La Manga y eso el Mar Menor y ahora unos pastelicos de carne y después al Tontódromo a por unas marineras. Y, para las siestas del verano, lo mejor una buena zurra.)

(Y que es mi tierra y que sí, pero, imagínate, Victoria. Y más tú, con tu alma rusa, o eslava, o lo que sea.)

Pero seguimos con las líneas, para bingo ya. Lo piensan y lo vuelven a pensar (¿estaba abierto ya el Topacio en aquella época? Lo tengo que mirar). Y deciden que sí. Que hay que probarlo, lo menos. Así que, cling, línea cruzada. ¿Y cuál es el siguiente paso? Pues que Nemesio se vuelve a México y los dos a pensarlo. Durante un mes no saben el uno del otro, pero en septiembre Jorge recibe una llamada de que se vaya para Michoacán. Nemesio lo recoge en el aeropuerto y al día siguiente pasa por ellos una furgoneta negra y les vendan los ojos y los meten por la sierra. Allí se bajan en una casa oscura y los tienen media hora en una habitación. Después en la habitación entra un hombre (Jorge nunca me dijo quién era ese hombre y creo que él mismo no lo sabía. Para Nemesio era algo así como un tío político de una cuñada. Algo lejano) y se sienta. A ese hombre es al que le cuentan la historia. A mí me la contó en modo esquema, pero te la resumo. Que para toda la cosa del blanqueo lo primero que hay que hacer es tener perspectiva. Y visión de negocio. Y paciencia. Y, en general, invertir y ver las cosas a medio plazo, porque lo importante, decía tu maridito, era montar la estructura. Como cuando, para pescar, primero te compras la barca y la caña y el cebo y luego le dices a tu esposa que te vas con los amigos. Es como si tú te gastas, me decía, dos millones de pesetas (me lo explicó en pesetas, claro) en comprar un restaurante y ponerlo en condiciones. Te has gastado dos, pero no va nadie. Solo que hay truco, porque tú tienes diez millones de dinero manchado. Y también la maquinita que dice cuánta gente ha entrado a desayunar, cuánta a comer y cuánta a cenar. ¿Qué haces? Pues todas las noches antes de hacer la caja te sientas un rato. Y dices: en la mesa seis hubo tanta gente y se gastaron tanto. Y en la ocho hubo veinte personas y se tomaron esto y esto y esto. Y venga a pedir champán, los cabrones. Y qué pasa entonces, decía él. Que todas las noches te vas limpiando un poquito de dinero y que al final te has gastado dos, sí, pero has limpiado los otros ocho. ¿Y de qué va lo vuestro?, les dijo el otro. Va de eso, de armar una organización para eso. Pero no de armar una organización para la familia de Nemesio, no. De armar una organización «blanca» que funcionara autónomamente de todas las otras y que pudiera blanquearle a cualquiera. De montar veinte, treinta, cuarenta casinos alrededor del mundo y darle servicio a todo el que quiera. Eso, le dijeron al otro, sería bueno para todos.

El otro se quedó callado mucho tiempo, me dijo Jorge.

El otro se calló al principio, pero luego empezó a hablar. Dijo que algo como eso ya lo había pensado él. También que había alguna organización ya haciendo cosas parecidas con todo lo del opio que los almirantes americanos habían sacado de Vietnam. Solo que eso, les dijo, iba a caer en un par de años. También dijo que lo veía muy difícil. Sobre todo porque ellos, con todos los respetos, eran dos pringados, o poco más. Y que lo más normal era que antes de un par de años los dos estuvieran muertos y enterrados en algún desierto. Pero que, por él, adelante. Luego les dio una serie de consejos. Lo primero, que necesitaban un socio, alguien que diera la cara delante de las organizaciones, alguien que tuviera ya un nombre. Y mucha pasta. Lo segundo, que empezaran desde muy abajo. Sobre todo los primeros años. Para evitar entrar en el radar de las organizaciones importantes y, sobre todo, de los servicios secretos. Que se olvidaran, de momento, de América. Nada de americanos ni de colombianos ni de mexicanos. Porque, les dijo, era lo de Asia y Australia lo que iba a caer en un par de años y que era ahí, entonces, donde aquello podía tener alguna posibilidad (pregunta mía de cuando me lo contó: ¿qué es eso que iba a caer? Jorge se encogió de hombros. El Nugan Hand Bank, me dijo. Y míralo, querida. Mira, sobre todo, quiénes eran sus directivos en las sedes americanas). El otro seguía diciéndoles. Que si aquello funcionaba, si llegaba el momento en que pudieran emerger, entonces ya irían los americanos a buscarlos. O a matarlos. Y no seáis un banco, les dijo. Nunca. También les dijo quién, en Asia, podía ser su socio. También les dio la forma de llegar hasta él. Porque ellos no debían llegar al asiático de parte del mexicano así directamente. No. Había que hacerlo a través de un salvoconducto. Y es justo entonces cuando todo se convierte en algo así como una novela de aventuras. Porque ¿sabes qué les dio como salvoconducto? Pues parece ser que rebuscó en un cajón y les tendió algo. ¿Qué? Pues ni más ni menos que un pedazo de pergamino bastante viejo en el que figuraba una mancha negra y redonda. Tal cual *La isla del tesoro*. Les dijo que eso era lo que tenían que entregarle a Lawrence. Porque ese otro era Lawrence Hua, sí.

Vuestro plan, en cualquier caso, tiene un problema muy importante, les dijo el tipo. También les dijo que ya les diría Lawrence cuál era exactamente.

7

¿Podría agarrar la puerta e irme? ¿Sería capaz de cruzar el pasillo, entrar en el ascensor, bajar al parking, arrancar el coche y salir calle Princesa arriba? ¿Qué pasaría entonces? ¿Qué pasaría si yo fuera en serio y enfilara dirección sur y llegara hasta mi casa (llegaría sobre las seis de la mañana, más o menos) y me acostase unas cuantas horas (sí, querido Roberto uno, al final aquello no se hizo, déjame dormir un rato) y luego me levantara y tratara de hacer un sábado normal? Volver a convocar a la gente para la barbacoa y eso. ¿Qué pasaría? Porque sí, ahí están las fotos de Roberto dos en la universidad y las de mis padres y la de mi casa, pero ¿se atreverían? ¿Es tan importante lo que yo tenga que decirles como para eso? Lo pienso. Lo hago y de pronto veo que estoy levantada y cruzando el pasillo. Hasta llego a tocar el picaporte como si fuera a abrir la puerta. Casi podría decirse que me he quemado. Aparte, la paranoia. Porque ¿cómo sé que no hay nadie vigilando en el pasillo? Así que me vuelvo para dentro y busco valor en el minibar. (¿Te puedes creer, Victoria, que había una botellita de Macallan?) Echo un poco en el vaso, doy el primer trago, tomo aire y vigilo. ¿Qué vigilo? Todo y nada. La vida. El entorno. Así pasan cinco minutos. Entonces me voy otra vez hasta la puerta y esta vez sí que la abro. Nadie en el pasillo. Solo la moqueta azul y los maceteros. Los espejos y los cuadros imitación de Torii Kotondo. Y entonces, qué. Nada. Solo mirar. Tomar aire. Otra vez regreso al interior. Vuelvo a ponerme un poco de Macallan. Sienta bien. Sienta bien y sigo pensando. ¿Qué harían? ¿De verdad se presentarían en casa o irían a por mí o a por Roberto dos? (Acuérdate, Tania querida, de la noche de Hengqin y de cómo solían gastárselas.) Así que sigo pensando. Me digo que, en el fondo, todo es cuestión de simplicidad y de perspectiva. Que nada de esto va conmigo. Que solo son unas preguntas. Ellos preguntan y yo contesto y fuera. Porque, en el fondo, en el fondo, todo eso que han puesto en la pared es un «no des lugar a la posibilidad de que». Y sí que es verdad que ahora lo estoy pasando mal, pero que son unas horas de mal trago. Pero en otras difíciles me he visto. Que ya tengo mis espolones. Y que peor sería lo otro. Lo de que yo me fuera. Porque, entonces, ya todo sería miedo. Esperar y miedo.

Así que me quedo sentadita en el Moroso mientras dejo caer pétalos de nardo sobre la Patricia Urquiola y doy sorbitos de Macallan y me hago a la idea de que luego, dentro de unas horas, habrá que vomitar.

Pero sigo, Victoria querida. Lawrence era su hombre, eso les dijo el mexicano. También les dijo

que se olvidaran de Las Vegas y de los americanos y que se fueran a Asia. Así que a organizarse, me dijo Jorge. Otra vez un montón de meses en los que tu maridito tuvo dos trabajos, como su padre. El trabajo de día, con las tragaperras. Y el trabajo de noche, montando planes de negocio. Y luego, cling, siguiente línea. Macao. Para fin de año están los dos hospedados en el Casino Hotel Lisboa. Y sabiendo de la existencia de una fiesta a la que iba a ir Lawrence. ¿Y cómo entraron a esa fiesta? Pues todo es capitalismo, querida. Buscando el mercado negro y pagando. Pagaron diez mil dólares de 1978 por las invitaciones. Diez mil dólares de 1978 cada uno. Invertir, lo llamaba Jorge. Ahí fueron los dos. Y piensa que, por entonces, Lawrence, que tuvo doce esposas y más de treinta hijos, ya era alguien muy importante. Él fue de los que en 1961 logró hacerse con la concesión de las licencias de juego de la ciudad, cuando los portugueses decidieron que aquello fuera privado. Así que ya era inmensamente rico (y qué te voy a contar yo de las bocas insaciables de los ricos, acuérdate del crecimiento infinito del que hablábamos antes, porque piensa que, si hubiera uno que consiguiera tener todo el dinero del mundo, se pasaría las noches sin dormir para ver cómo conseguía imprimir más para luego esconderlo y tener que encontrarlo). Pero la fiesta, querida. Los dos muy puestos, que habría que verlos, y para allá y mirando a Lawrence de lejos. Y luego lanzándose, claro. Según parece tu maridito irrumpió en mitad del círculo que rodeaba al tipo y se presentó e inclinó la cabeza y tendió la mano (imagínatelo, ahí, en plan: señor Hua, lo admiro tanto, ¿podría usted firmarme en mi libreta de exploradora?). Solo que en la mano que tendía, claro, llevaba el papelito con la mancha negra. Claro que, según contaba, el tal Hua estuvo a punto de no responderle al saludo. Y que parece ser que hubo un momento en que Jorge pensó que los escoltas de Hua lo iban a placar y le iban a abrir la cabeza contra la alfombra allí mismo. Pero fue que no. Porque en esas, contaba Jorge, los ojos de los dos coinciden un momento y el otro capta el mensaje secreto y acepta la mano de Jorge y otra vez se miran. ¿Y luego? Luego nada. Siguieron un rato por allí y luego se fueron al hotel y se emborracharon y se fueron a un salón de masajes.

Estuvieron una semana. No en el salón, que me entiendas, Victoria. Una semana esperando.

Una semana hasta que sonó el teléfono y los convocaron al despacho de Hua. Allí los tuvieron un par de horas esperando fuera. Y cuando entran Lawrence los mira y lo primero que les dice es que si saben cuál es el castigo por usar ese salvoconducto sin tener derecho. (En plan: espero que esto sea de verdad y que no sea que os habéis enterado por casualidad de que con esto podéis hablar conmigo.) (Eso y que los castigos de Lawrence eran bastante, digamos, «originales».) Y ellos que no, que iba en serio. Y quién os dio esto, dijo Lawrence. No lo podemos decir, dijeron ellos. Y dice Jorge que Lawrence lo miró en plan: «no sé si sabes el hambre que tienen mis tiburones esta mañana». Lo miró así pero luego le dijo que tenía media hora. Y no fue media. Fueron lo menos cuatro. La mejor exposición de su vida, según me dijo tu maridito. Y que se había metido, un par de horas antes, sus primeras y casi únicas rayas de coca. Cuatro horas, ya te

digo. Los negocios que habría que comprar y los que habría que levantar. Y empezar desde allí, desde Macao, e ir abriendo poco a poco y conforme la organización prosperara. Y utilizar como elemento definitorio los casinos. Empezar con los que ya se tenía y después hacer por comprar los que se pudiera y empezar a edificar otros. Todo puesto al céntimo, decía Jorge. Superdetallado, porque él para eso era un crack, decía. Tantos años de inversión y aquí el momento en que todo gira y empiezan las ganancias. Y luego la curva subiendo. Lawrence los escuchaba y Jorge decía que cada minuto que pasaba de la media hora era un gol que había metido. Luego acabó y ¿qué les dijo el otro? Pues les dijo que ya los llamaría. Así que para el hotel y a pasar miedo. Porque, claro, piénsalo, estaban en las manos del otro. Porque ¿qué le impedía al tal Lawrence mandar un par de chicos para que se los limpiara y encima quedarse con las ideas? «Alguien lo hará, antes o después», me dijo Jorge que le había dicho como última frase a Lawrence. Que se lo había dicho y que el otro lo había mirado fijo. Pero fuera, fuera. Y ahí los dos, Nemesio y Jorge, nerviosos en los salones de masajes y encogiendo el culo si petardeaba una moto en la orilla del río. Pero luego los llamaron, claro. Y fue bien, claro.

Al parecer sonó el teléfono de la suite y Jorge, por la forma de sonar, lo supo. Y se lo dijo a Nemesio. Es que sí.

El otro, claro, lo debió mirar pensando que se había casado con un loco.

Fue que sí, pero hubo mucho que negociar. Lo primero que quién adelantaba todo aquel dinero. Pues usted, claro, dijeron ellos. Ah, pues entonces hay que ver cómo se reparte la leche cuando la vaca empiece a dar. Así que acordaron (acordaron es un término demasiado amable para la impresión que yo saqué de la conversación, así que digamos «acordaron», si te parece) que cincuenta por ciento para Lawrence y que ellos podían hacer lo que quisieran con la otra mitad. Aparte de un problema que subyacía y que era lo que el mexicano les había dicho. La cuestión de las funciones de policía. Porque vosotros, les dijo Lawrence, tenéis que entender este mundo. Porque vosotros queréis estar en este mundo sin mancharos las manos. Y eso no es posible. Porque, veréis, todo esto se organizará sobre la base de que alguien nos va a entregar un dinero. ¿Y qué pasa? Pues que ese dinero, desde ese momento, es responsabilidad nuestra. Y el dinero llama a la codicia. A la codicia de los rivales, pero también a la codicia de los trabajadores. Porque ¿cómo sabes que al que trabaja para ti no le vienen bien cien mil dólares, así de pronto? Y lo que no podemos es decirles a las empresas para las que trabajemos que ellos tienen que ocuparse de eso. No. Tenemos que ocuparnos nosotros. Porque, lo digo otra vez, ese dinero, desde el momento en que nos hagamos cargo de él, es nuestra responsabilidad. Lawrence les dijo que se lo pensaran y los dejó a solas en el despacho durante media hora. Así de fino el pavo. Allí Jorge mirando a Nemesio y Nemesio mirando a Jorge. Yo ya lo suponía, parece ser que dijo Nemesio. Pero no te lo dije, por si te aculabas. Pensaba que tú no querías sangre, dijo Jorge. Ya, dijo Nemesio. Pero para eso es para lo que estamos ahorita aquí. Para ver si sí o si no. Y a ver

quién se baja ahora y que, desde luego, ya te ha cambiado la vida para siempre. Y los dos mirándose y al final, claro, cling, siguiente línea. (Siguiente línea y tu maridito emerge del despacho de Lawrence convertido en un monstruo perfectamente definido. Con sus escamas, sus cuernos, sus múltiples ojos. Con su ausencia de alma. El monstruo sale de la alcantarilla y olfatea los cubos de basura de la ciudad. Está nublado y cae del cielo una lluvia ácida.

Al otro lado del río se ven las torres de Hong Kong.)

(Al respecto de los castigos tan originales de Lawrence he de hacer referencia a uno que se traducía, al parecer, como «piraña progresiva». Jorge, en nuestra segunda época, me contó que había visto una de esas «representaciones» en el año 98, en Camboya. Era algo como esto. En una piscina se coloca a un hombre. Luego se vierte agua en la piscina hasta que el agua le cubre más o menos por las rodillas o un poco más arriba. Después se arroja una piraña al agua. Una sola. ¿Y qué pasa? Pues poca cosa, de momento. Porque el hombre no sabe lo que ha pasado y porque una piraña sola contra un hombre, pues parece ser que no se atreve. Así que pasan diez minutos y se arroja, plas, una segunda piraña. Y pasados otros diez minutos una tercera. Según contaba Jorge, que estaba en el borde de la piscina tomando gintonics con Lawrence y la compañía, ahí fue cuando el tipo, un ruso bien grandote que al parecer había intentado robar no sé qué, empezó a darse cuenta del juego. Primero se apartó, pero luego intentó, al parecer, perseguir a las pirañas para agarrarlas con la mano y echarlas de la piscina. Difícil. Bramaba, al parecer. Luego cinco pirañas, seis, siete. Todo esto, querida, mientras Lawrence y tu marido y otros cuantos más miraban y apostaban. Y te puedes imaginar el resultado, claro. Jorge dijo que fue a partir de la piraña número diez cuando aquello se puso bizarro. Y que el tipo aguantó en pie, más o menos, hasta la piraña veintiuno. Él me lo contaba y yo tenía una ceja levantada. En Asia no hay pirañas, le dije. Él me miró como si no entendiera lo que le decía y luego se encogió de hombros. Pues eran pirañas, dijo. Jorge también me dijo que existían muchas variantes de aquel «juego». Que se podía poner algo para que el tipo se sujetara, por ejemplo. O se le podía hacer un corte para que sangrara. También me dijo que había gente que se dedicaba profesionalmente a aquello. Él lo dijo, pero no entendí, de esto último, qué es lo que quiso decir.)

(Y otra anotación antes de seguir, querida. La foto. La foto que encontré una tarde, ya en nuestra segunda fase y por 2003, encima de la mesa de Jorge. Piensa, querida, que Lawrence siempre fue un personaje público y que de él siempre fue fácil encontrar imágenes en internet. Pero en cambio Nemesio era un auténtico misterio. Lo era y, de hecho, esa fue la única vez que vi su cara. Pero la foto. Jorge me dijo que había sido tomada en Camboya precisamente en el 98 y era de entorno rural, con selva atrás y una cabaña en mitad de un claro color violeta. Con una mesa y cinco hombres en torno a ella. El centro lo ocupaba Lawrence, con su sombrero y su lunar.

Gordo y asiático. A su derecha, en el extremo, estaba Jorge. Jorge en sus mejores días, cuando ya se había afinado y parecía mismamente un *gentleman* recién escapado de un partido de polo. Ya sabes a qué me refiero. A la izquierda de Lawrence estaba Nemesio. Nemesio era más bien chaparro. Muy moreno de piel y con ese típico bigote mexicano. Se le notaba que también se había afinado. Luego, aparte, había otros dos hombres. Uno estaba de pie y se apoyaba en el hombro de Nemesio. Un hombre alto, muy delgado. Luego estaba el quinto, el que estaba entre Lawrence y Jorge. Y te voy a contar una cosa, querida. Porque allí estaba Nemesio, sí, y los demás. Pero los ojos se iban inmediatamente a ese quinto. Era un hombre corpulento de ojos claros que llevaba una camisa blanca y sonreía a cámara. Sonreía y su sonrisa era un chorro de luz, como si todos sus dientes fueran de oro. Pero no era eso. Era que había algo en él. Algo excesivamente pausado. Como si se moviera en una dimensión aparte de la de los demás. Como si él estuviera bañado en aceite y el mundo le resbalase por los costados. O como si estuviera recortado en la foto. No en la foto. En el mundo, ¿entiendes? Entonces, lo mirabas y te estremecías. Porque, al mirarlo, entendías que, ante aquella persona, tú no eras ni siquiera un pedazo de carne y que a su lado todas las líneas habían desaparecido y solo un milímetro te separaba del espanto. Yo le pregunté a Jorge quiénes eran esos y él me dijo que eran «tiradores». Luego me señaló al de los ojos claros. Ese es Ginesito, me dijo, nuestro paisano. Yo lo miré un minuto más, lo que tardó tu marido en quitarme la foto, y me dio la impresión de que me daba cuenta de una cosa. La impresión de que, por primera vez y de verdad, había visto un monstruo.)

8

Llega entonces el momento de desconexión. O de reconexión. Porque lo comprendo, de pronto. Que lo voy a hacer. Así que dejo de pensar y le doy un trago largo al Macallan y aprieto bien fuerte los pulmones. Y me lanzo y lo hago (o más bien es que veo que lo hago, que soy como una esfera extracorpórea que va flotando por el pasillo y que mira hacia donde yo misma estoy). Así que con el Birkin bien agarrado y para adelante. Por descansar de pensar, por saber que tengo, al menos, esta oportunidad (porque no es lo mismo, Victoria querida, que yo esté en la habitación contándote a ti y poniendo los paréntesis donde a mí me da la gana, que lo otro. Lo otro de la representación, de las preguntas incómodas, imprevistas, de los rostros de desagrado o de «esas no son nuestras noticias», eso que me atenaza). Así que a descansar. El pasillo silencioso, el ascensor mostrándome esa cara de pasmada que llevo. Esa de: a quién acabas de matar, Tania querida. En la recepción una chica con su uniforme. Yo mirando hacia abajo y vigilando con el rabillo del ojo. El bolso apretado como si me acabara de bajar del bus en un supermercado de la droga. Y la calle, de pronto, y yo que me he bajado sin el camel de Max Mara. El viento ondula, las ramas de los árboles se agitan. (Un taxi baja, un perro ladra.) Yo vigilo. Nada por aquí, nada por allá. Y la obsesión. ¿O hay alguien escondido dentro de ese coche? Demasiadas películas de espías. Y encogida. Como si la maestra fuera a salir justo entonces. «No se puede salir del colegio durante el recreo, niña. A tus padres vas.» Mis padres, ja. Justo eso. Camino, entonces. Serrano Jover en dirección a Alberto Aguilera. Hasta la esquina, me digo. Y me sorprendo de mis pasos y valoro la consistencia del hilo de acero de mis tacones contra la acera y el *staccato* que producen al rebotar contra la pared del hotel. Llego a la esquina. Llego y nada, como la vida (nada, pero sé que en el Birkin llevo el teléfono y llevo las llaves del coche. El coche, la huida. El teléfono, la opción de pedir ayuda. ¿Ayuda a quién? ¿A ti, Victoria? ¿A Jorge? ¿A mi madre? Ja. ¿O llamar a casa para oír la voz de Roberto uno? Pero eso no sería ayuda ni consuelo y lo sabes). Nada, entonces, y me quedo ahí un minuto, azotada. Y pasa otro taxi y luego un camión de basura y el conductor me mira desde lo alto.

Y se pregunta: ¿qué hace la pija esa en mitad de la calle con el frío que hace? Va a pillar algo.

Pero situémonos otra vez. Y piensa en la época. Ten perspectiva, Victoria querida. Piensa en las cosas que estaba haciendo tu maridito y piensa que nosotras aún no hemos entrado en escena. Piensa que, si algo de todo aquello no hubiera pasado, tal vez entonces todo habría sido

diferente. Y que probablemente eso hubiera implicado que yo no estaría aquí ni tú estarías ahí ni él estaría donde esté. Pero sigo. Pregunta que yo le hice cuando me contó todo esto (pregunta mía que tiene que ver contigo, querida): y si vuestro negocio inicialmente iba por Asia y por Australia, ¿qué hacías en Las Vegas en el 82? Y él y su risa, ya sabes. Estábamos cazando a un chino, precisamente, dijo. Solo que justo también te cazó a ti, Victoria. Y lo que te decía de situarnos. Para el momento en que te conoce ya han pasado unos años desde la reunión con Lawrence. ¿Y cómo ha ido todo? Pues muy bien. Progresando adecuadamente (esto me lo contó con detalle, pero, sinceramente, a estas alturas de la historia estoy como para acordarme de los detalles, que si organizaron lo de la policía, o lo iban organizando conforme avanzaban, que si empezaron a construir casinos, sobre todo en Macao, esas cosas). Y, a partir de ahí, el despegue. «Organizaciones» que se les iban adosando. Que, para el 83, ya trabajaban para grupos australianos y vietnamitas. Y luego, pues también algunos tailandeses, otros birmanos. Y para el 85 ya operando con sus propios casinos y aquello subiendo y él llamando a todo aquello la «fase de expansión», que duró más o menos hasta el 90. Y más, entonces. Grupos japoneses, camboyanos, coreanos. Y chinos. Eso y que tengas en cuenta que en el 91 cayó la Unión Soviética, lo que, siempre según tu marido, fue muy bueno para el negocio. Entonces, piénsalo, querida. Los noventa. Tú en tu casa de El Valle, con el pequeño Marcos y la pequeña Sandra. Y tu marido por ahí, de picos pardos. Fue por esa época en que estaba conmigo, me contó más tarde, cuando empezaron a generar miedo. ¿Miedo para qué?, dije yo. Él se rio. Porque el capitalismo es lo que es, me dijo. Con una mano garantizas la paz y la confianza. Y con la otra estableces el miedo. Yo lo miraba. Él se reía. Si tú eres bombero, ¿qué necesitas? ¿El mejor camión o muchos fuegos? ¿Vendes armas? Lo que necesitas es una guerra. ¿Fabricas vacunas? Lo que necesitas es un buen virus. ¿Quieres vender un cielo? Lo que necesitas es un buen infierno. Todo es así. La serpiente que se muerde la cola. Y o los tienes, o los fabricas. Entonces, el miedo. El miedo, me dijo, significaba poner bombas de información. Generar filtraciones que provocaran escándalos financieros. Un escándalo financiero, decía tu marido, quiere decir que gente muy importante ha perdido parte de su dinero y que otra gente muy importante sabe que esa primera gente lo ha perdido. Y eso genera ansiedad y todos se vuelven locos pensando cosas.

(Él lo dijo y yo me acordé de eso el año pasado, cuando a todas horas estaba por la tele lo de los papeles de Panamá. Me acuerdo de que lo veía todo salir y se me puso una sonrisa y me decía que ojalá hubiera podido mandarle un mensaje a Jorge.)

Pero volvamos a mi historia. A cuando yo era joven. Sitúate otra vez, querida. El 93. Tú estás en El Valle con los mocosos y yo acabo de cumplir veinticinco años. Enero y febrero los paso en Murcia, montando mi propia agencia. Que había ganado un montón de dinero los dos años antes y aquello, era obvio, no iba a durar para siempre. Así que se lo dije a Jorge: «¿Tú no tienes amigos por ahí a los que les interese el arte? Pues me los vas mandando. Pero nada de tus

negocios raros». También colaboraba con él, claro. En plan discreto, si me entiendes. En marzo me llamó. Vente. Y yo fui. Mayo y junio los pasamos en el yate dando vueltas por el Mediterráneo. Una semana estuvimos anclados en la isla de los Cíclopes, frente a Aci Trezza. Y otra al norte de Skíathos, en Grecia. Bajábamos en la lancha hasta la playa y paseábamos por los olivares y cenábamos entre las ruinas de los conventos bizantinos. También Positano. Y Capri. Córcega. Santorini. Jorge se encerraba en su despacho y vociferaba al teléfono durante horas. Yo leía o miraba al mar o trabajaba. Que también tenía mi teléfono vía satélite. Luego, de pronto, él se callaba y a los diez minutos ya lo tenía encima, su lengua restregándome los pezones. En esa época hicimos mucho el amor. Lo hicimos de una forma desesperada. Como si él estuviera aferrándose a alguna tabla de salvación y eso lo llevara yo debajo del bikini. Prométeme, me dijo un día, que si tienes un hijo no le darás el pecho. Yo lo miré y tiré un poco de la comisura derecha de mi boca. ¿Un hijo contigo, dices? Él se echó a reír y yo no se lo prometí. Junio lo pasé sola en Macao hasta que me aburrí y me volví a Murcia. En septiembre él me dijo que ya estaba preparado para hacer el viaje que le faltaba sobre las localizaciones de los relatos de Kipling y que si yo era una chica valiente.

¿Valiente de tirarme en paracaídas o valiente de meter la mano en la boca de los tigres?

Valiente de meter la cabeza en la boca de los tiburones, me dijo él.

Fuimos, vaya que sí. (¿Qué estabas haciendo tú en septiembre del 93, Victoria? ¿Quién te llevaba los niños al colegio y qué hacías el resto del día? ¿Fue por esa época cuando estabas tirándote a aquel profesor de tenis tan mono que tu marido te puso específicamente para eso? He visto fotos, querida. De verdad que muy mono el profesor.) ¿Qué hicimos nosotros? Pues el avión nos tomó en Macao y nos dejó en Tabriz, Irán. Ahí dormimos la primera noche. Por la mañana ya nos estaban esperando los Hummers con el Pepón, la escolta y los pertrechos. Así que carretera hacia el oeste, rumbo al lago Urmia (¿sabes ese que tiene las aguas rojas? Pues ese. Míralo, ya verás). Ahí varios días y luego hacia el norte, rumbo a Armenia y hasta las mismas laderas del monte Ararat, en cuya cima dicen que está el Arca de Noé. Después cruzamos Armenia y Azerbaiyán, hasta Bakú. Y un avión para cruzar el Caspio, claro. Y siguiendo, querida. Siempre en tierra, con los Hummers. El Turkmenistán y luego Uzbekistán, querida. La ruta de la seda. Samarcanda, Bujará, Jiva, el desierto de Kizil-Kum, las ruinas de Merv, el Amu Daria, el lago Son Kul, Balasagun, la carretera del Karakórum. Perdidos en los espacios infinitos, donde no cabía una mosca. Y siguiendo, siguiendo. El Pamir, el valle del Jizeu. Dormíamos en yurtas que montábamos al caer la tarde y hacíamos el amor lentamente a la luz de las velas, sobre las alfombras. Al amanecer bebíamos té y leche de yegua fermentada. Los hombres preparaban *khuushuur* sobre las brasas y el cielo era el más azul que jamás podrías llegar a ver. La vida estaba parada allí, parada en el cielo, en las montañas inmóviles, en los puentes de madera y cuerdas que alguien había tendido sobre los desfiladeros (¿sabes que tu maridito tiene un vértigo

espantoso? Pues sí. No se arrimaba a uno de los puentes ni atado, y yo columpiándome y muriéndome de la risa, por una vez). De vez en cuando pasaba un águila sobre nuestras cabezas y un día yo miré muy fijo a Jorge y le dije que cuál era el relato que Kipling había escrito sobre todo aquello. Él se rio y me dijo que aún no habíamos llegado. Porque, fíjate, querida, qué vuelta estábamos dando, qué arco estábamos describiendo.

Una mañana, de pronto, afloraron las armas. Los hombres empezaron a sacar peines de balas y metralletas. Yo miraba a Jorge y Jorge se reía.

Pues sí. Afganistán, querida, para rematar el viaje. Un paso de montaña, alto, y un control y nuestros hombres hablando con los otros hombres. Y pasen, pasen. Jorge, entonces, hablándome. Kafiristán, querida, me dijo. El país de los infieles. El país de los hijos de Alejandro y Semíramis. El Pasciai de Marco Polo. Él iba conduciendo uno de los Hummers, el que abría la marcha, y creo que nunca fue más feliz que durante esos días. Creo que esos días regresó al niño que fue una vez. Ese que se perdió en alguno de los recovecos. El niño que desapareció, lo mismo, cuando pasó lo de Teresa. (Pero, perdona, que de Teresa aún no hemos hablado. Eso será dentro de un rato.) Era feliz, hermoso. Todo el rato tenía ganas de jugar, de bajarse del coche, de acariciar las piedras, de mirar una montaña o un pueblo que crecía como barro en la pendiente. De acercarse (nunca asomarse) a otro barranco, de tomar fotos (nunca cruzar) de otro puente de madera. Recitaba a solas, con los ojos entornados. «Establece textualmente la ley una justa norma de vida que no resulta fácil de cumplir...» Y luego cantaba, como a solas: «El hijo del hombre se marcha a la guerra para ganar una corona de oro...». Y se reía. Como si estuviera borracho de *airag*. Subía, bajaba y luego, por la noche, se acomodaba en mis pechos y hablaba y hablaba. Gran parte de las cosas que te estoy contando afloraron durante aquel viaje, porque era como si a través de aquella atmósfera tan limpia las palabras surgieran de su garganta purificada de «pecados», como si aquello fuera una tregua con la ética. Él me apartaba la ropa para desnudarme y se acomodaba y me acariciaba mientras hablaba. A veces teníamos orgasmos estruendosos mientras los nombres que él recitaba flotaban por la yurta. Mhow, Marwar, Chortumna, Peachey Taliaferro Carnehan, Daniel Dravot, Kumharsen, Billy Fish, Bashkai. (Y sí, querida, esas fueron las noches en las que todo, tu vida y la mía, pudo cambiar. Porque fue justo ese momento, ya me entiendes, en el que enloquecido el uno y engañada la otra podríamos haber creído que. Y haber dado lugar a. A tu divorcio, por ejemplo. Y a mi boda, o lo que hubiera sido. Porque hubo un par de momentos en los que él me miró y a mí me temblaron las piernas y me vino justo ese miedo. Él me miraba y yo decía por dentro que sí pero también que no, no sé si me entiendes. Quiéreme, pero no jodas esto. Quiéreme, úsame, que yo sepa que me necesitas como yo te necesito, pero que sigamos siendo como las águilas que hemos visto sobre las montañas. Y todavía había otra voz más interior que decía que sí. Y luego otra más interior que la anterior que decía que no. Eso de la mirada pasó como dos o tres veces. Que lo ves que te mira y tiemblas y

dices: Ya viene. Pero él lo sabía lo mismo que yo. Y no queríamos mentirnos. Así que, finalmente, no se dijo y el momento pasó. Pasó y, en adelante y de alguna manera, ya todo empezó a ir cuesta abajo.)

Pero sí es cierto que nunca estuvimos más cerca de querernos (querernos de verdad, de esa forma que tú estás pensando) que esas noches, querida. Así te lo digo.

Así que decidimos no querernos y una mañana levantamos la yurta y seguimos con los Hummers un poco más hacia el oeste. Él seguía cantando por lo bajo: «A lo lejos ondea su estandarte rojo como la sangre. ¿Quién sigue sus pasos?». Cantó eso durante mucho rato, me acuerdo. Solo que después se calló y estuvo dos días sin hablar. Seguimos un poco más, ya te digo, hasta el valle del Panshir, pero el viaje se había terminado. La última noche en Afganistán, de vuelta a la frontera, Jorge enloqueció con el airag y empezó a caminar entre las yurtas y a gritarles a los fantasmas de la montaña mientras el Pepón y yo vigilábamos para que no se cayese por ninguna grieta. «Tú, Lungri, comedor de ranas, cazador de peces, mi camada murió abrasada por culpa de las llamas que tú trajiste», gritaba con voz de mujer. Y luego ponía voz de hombre, de un hombre furioso que en realidad era un tigre. «Tú, Raksha, demonia, ladrona de rabo pelado, ¿qué me importa a mí el destino de los perros apestosos que tuviste como hijos?» Y luego se reía, se reía, se reía.

Para entonces ya era noviembre y todo andaba como terminándose. Al menos en la primera fase.

9

El reloj, lucecitas verdes, marca las tres. Las tres y sin dormir. La noche se volvió loca un rato antes. Justo cuando andaba de vuelta para el hotel y pensando en el Macallan que me esperaba. La locura. Porque de pronto me doy cuenta de que no voy a ser capaz. Porque piso la alfombra del vestíbulo y me doy cuenta de que tengo que saberlo. Que lo normal es que no lo haga y que todo vaya por donde tiene que ir (porque yo soy una persona responsable y no daré lugar a), pero que necesito saberlo. Saber si podría. Si existe la posibilidad. Así que me meto en el ascensor, pero no le doy a subir. Le doy a bajar. Y salgo ya en el garaje, busco la luz y la prendo y soy consciente, otra vez, de que los garajes me dan pánico porque siempre he pensado que, si alguna vez tiene que ser, será ahí. Así que me apresuro y vigilo y se me llena la nariz con esa peste que tienen siempre todos los garajes. Al final, clic, clic, abro el coche y me meto. Entrar en el coche es sentirse en casa. Y aquí estoy. Aquí me he quedado. Con el reloj que marca las tres y con las manos temblando en el momento de dar el contacto (¿qué pienso?, ¿que me han puesto una bomba o qué? Demasiadas películas). El coche se enciende y yo, muy despacio, lo saco de la plaza y, más despacio todavía, enfilo la calle central del parking. Voy dando una vuelta (y vigilando, con un ojo donde tiene que estar y el otro pendiente de las sombras. Por si algo suspira o se mueve o se agita o susurra o va a interponerse o se viene encima) hasta que enfilo la rampa de salida. Enfilo y justo me digo que hasta ahí. Que solo era una prueba. Solo por saber. Así que paso de largo y vuelvo, obediente, al redil y vuelvo a aparcar y a apagar el motor. Tomo aire y me veo un momento en el espejo retrovisor. ¿Qué hay? Pues una mujer madura (ja, que tengo casi cincuenta ya, querida) con su pelo corto y sus gafitas de miope y su boca fruncida y ese aspecto (los ojos demasiado grandes, querida) de colegiala de manga (lo que le gustaba a tu marido, Victoria). Todavía ese aspecto y a mis años. Pero me quedo ahí y ahí espero. Y por qué. Pues porque estos son mis retrovisores y mi volante y mi cambio de marchas y las alfombrillas que yo elegí y no el Patricia Urquiola ni el Moroso de nadie. Y porque este es el cuero que yo decidí ponerle a mis asientos y no la loneta de Gastón y Daniela que eligió algún ejecutivo de alguna cadena hotelera.

Lo elegí yo y, por lo tanto, determina mis coordenadas. Mi posición en el mundo. Mi punto cero, cero, cero, cero.

Pero sigo, querida. De vuelta a casa después de aquello de las yurtas y al rincón de pensar.

Pensar, pensar, pensar. En si aquello que no nos dijimos había sido un punto de inflexión o si había sido un fantasma que entreví en un sueño. Entonces, poco a poco, dándote cuenta de que sí. Y la pregunta subyacente. Esa de ¿ahora qué? Y ¿tristeza? Pues sí, un poco. Pero también el hecho de que ya había cumplido los veintiséis y como que se abre el campo. Como que de pronto es un mirar hacia delante y hacia los lados y como que tuve la sensación de estar bajándome de la moto de agua. Y la sensación de que había, en algún sitio, una herida. O no una herida sino el momento previo a una herida. O el momento posterior, cuando la herida está sanándose y empieza a salir esa película fina de piel. Una herida que no sabes si ya ha sido o si va a ser. Y así estaba yo. Más o menos. Enero y febrero (vamos por el 94, querida, sitúate) los dediqué a trabajar en la agencia, a asentarla (lo que ya ves que supone algo). Eso y que todo, de alguna manera, se volvió monótono. O sea, que estaba justo para la sorpresa. Y ahí llegó, en forma de Roberto uno (que yo ya lo conocía y que llevaba su tiempo dando vueltas alrededor de mí y poniéndome ojitos y eso. Que llevaba su tiempo, pero yo estaba en otras cosas y no). La sorpresa en forma de: mmmm, es mono. Así que un día te ríes con él. Y otro día lo miras calculando cómo estará sin ropa. Esas cosas. Vamos, que un día lo dejas y bien, muy bien. ¿Será el amor? Pero lo echas un poco a patadas, lo pones un poco al lado. No, chico, esto no es una relación, ¿estás loco? Y luego la llamada de tu maridito, así por julio. Tengo un par de meses, me dice. Y quiero navegar por los ríos. Empezando por el de las Perlas. ¿Y qué hago? Pues voy. Voy, pero lo encuentro distinto. Distinto a él y distinto todo. Como si él también hubiese pasado a la siguiente pantalla. Salimos desde el propio Macao y fuimos subiendo. Tampoco es que tuviéramos, en ese viaje, demasiado sexo. Pero estábamos bien. Hablábamos mucho. Tanto que yo llegué a contarle lo de Roberto uno. Él me miró y me dijo que el amor era una idiotez y que, por favor, no hiciera ninguna tontería. Lo sé, dije yo (yo lo dije, pero los dos sabíamos que yo era demasiado joven como para no estar influida por Blancanieves y Cenicienta y que de alguna manera nos estábamos preparando para despedirnos). Decir que él estaba triste sería decir mucho. Estaba distinto, concentrado en otras cosas. Fue ya en el barco cuando empezó a manifestarse (como brotan los crótalos de sus camisas) la siguiente capa del monstruo. De pronto empezó a encerrarse por las noches en su camarote y a quedarse ahí hasta el alba. Despierto y delante de la pantalla del ordenador. Yo lo miraba. ¿Qué haces toda la noche? Trabajo, dijo él. Dijiste que nunca me ibas a mentir. Y no te miento, son cosas de trabajo.

Entonces, ¿por qué tienes esa cara? ¿Qué cara? La cara del niño al que han pillado robando las galletas.

Él no se rio.

Subimos por el río hasta la isla de las Perlas y ahí estuvimos atracados durante dos semanas. Después volvimos, pero solo para descansar un par de días y tomar un avión rumbo a Pekín. De ahí al mar Amarillo. Y de ahí al río Amarillo. Solo que él seguía ensimismado, como si hubiera

encontrado otro juguete. Yo esperaba. Una madrugada, ya casi amaneciendo, me lo encontré de sopetón entre las sábanas. Me había llegado por detrás y me abrazaba. Yo le pregunté y él me dijo que estaba entrando en una sima, conociéndose. ¿Qué te preocupa? Me preocupo yo mismo. Fue por esa época cuando me dijo que había empezado a ver la mancha en la pared. ¿Cómo una mancha?, le decía yo. Sí, es algo que está en la pared y que se mueve y que quiere deslizarse al suelo. No entiendo. Yo tampoco. ¿Cómo que se mueve?, decía yo. Sí, está en un lado, junto a una esquina, y, si lo miras, se está quieto y no pasa nada. Pero, si te distraes, cuando vuelves a mirar se ha desplazado y ya no está en la esquina. Yo lo miraba y él sonreía y trataba de no darle importancia. ¿Y qué forma tiene?, ¿siempre la misma o cambia?, decía yo. Siempre la misma. Luego me dijo si me acordaba de la Trinacria, el símbolo de Sicilia. Y yo que sí. Pues es algo así, me dijo, solo que no es la cara de una mujer ni las piernas tampoco son de mujer. Sino más bien como una cabeza de león a la que le hubieran salido cinco patas de cabra de la melena, me dijo. Luego quiso dormirse. Hizo verdaderos esfuerzos por dormirse. Pero no hubo manera. Creo que no durmió ni un minuto en tres días (y ya sabes lo que siempre pensó de las pastillas).

Pero se acercaba el final. ¿Te acuerdas, querida, lo que te dije al respecto de sus álbumes de fotos? ¿No te dije que él me los había enseñado para ponerme a prueba, para ver si me iba de su lado? Pues eso.

Porque ¿qué hacía tu maridito por las noches? ¿Preparada? Pues va. Una noche (ya habíamos dejado el yate y estábamos otra vez en Zhuhai) andábamos con el Honda por la zona del delta. Enesequeizando, ya sabes. A doscientos por hora por la autopista y subiendo. Entonces paramos de pronto. Porque a él le suena el teléfono y se sale y un rato me deja ahí tirada en el coche. Con los murciélagos peleándose con las pontianaks en lo alto de los cocoteros y el río oliendo a moho recalentado. Luego vuelve, pensativo, y me mira. ¿Quieres ver una cosa?, me dice. El qué. Ven y verás. Y zooooooom, de vuelta al Angsana y allí Pepón con el Bentley. Y vamos. Dejamos atrás Zhuhai y cruzamos de vuelta el camino que yo hice de ida la primera vez. El puente de la Amistad rumbo al puerto y más hacia el sur y dejando atrás Tai Van y hasta que volvemos a salir al río por el otro lado. (Eso y que no tengo claro cuál era la zona. Tal vez era Hengqin o tal vez Tashijiao. No importa.) Lo que importa es que el Bentley se paró al lado de una casa de estilo colonial y que ahí bajamos Jorge y yo. Él iba en silencio, ensimismado. A ratos me miraba. Nos paramos ante la puerta y un hombre salió a abrirnos. Yo no lo conocía en ese momento, pero le pregunté a Jorge muchos años después y él me dijo que era el señor Zeng. Era un hombrecillo insignificante, de un metro y cuarenta y cinco de alto y unos sesenta y cinco años. Gordito. Solo que luego te miraba y te dabas cuenta de que tú no eras más que un cuarto de libra de carne para él. Nos hizo pasar y él y Jorge hablaron un momento en chino. Luego Zeng abrió una puerta y más allá había unas escaleras de madera que llevaban a un sótano. Los dos hablaban en susurros y la escalera estaba muy poco iluminada. Aparte eso, empezaba a oler a linaza y a trementina. Y

a algo más. Algo que se te metía en la nariz y te picaba como si fuera pimienta negra. Tu maridito me miró. Fíjate, me dijo.

Había unos bultos diseminados por la habitación. Ocho o nueve. Bultos más bien cilíndricos, aunque achatados por los polos, y como de un metro de alto.

Fíjate, susurró tu marido.

Encendieron la luz. Una luz azulada. Zeng me miraba y esperaba. Yo tardé un poco en darme cuenta de qué era lo que veía. Porque estaban los bultos, querida. Y al apartarse la penumbra florecieron en todo su esplendor. Eran tinajas. Tinajas de barro. Y dentro de cada tinaja había un hombre cuya cabeza asomaba fuera del borde. Pero dirás tú que he dicho que los bultos, o sea las tinajas, tenían como un metro de alto. Y sí, querida. Así era. Mientras yo miraba y asimilaba, Jorge iba hablando. Aquellos hombres eran uzbekos y habían intentado robar una cantidad de dinero que la organización les había confiado para llevar al puerto de Ormara, en el mar de Arabia. No solo eso, me decía, sino que habían matado a varios de los escoltas del dinero (acuérdate, querida, de cómo Lawrence les había explicado a él y a Nemesio que era preciso que se ocuparan de las funciones de policía). Así que yo mirando, pero aún sin entenderlo. Pensaba, fíjate lo idiota que soy, que los hombres estaban allí encogidos, de alguna forma comprimidos. Porque un hombre completo no cabía en aquellas tinajas. Mientras tanto, Jorge hablaba. Había cámaras grabando todo aquello. Por todos lados. Una cámara arriba, otra al lado de una de las tinajas, otra al lado de la cara de uno de los hombres. ¿Por qué están grabando esas cámaras?, dije yo. Para que otros aprendan. ¿Cómo caben esos hombres en esas tinajas? Un hombre completo no cabe ahí. Lo he dicho por segunda vez, querida. «Completo» es la palabra. Y es que no estaban completos. Jorge me lo iba explicando. Cómo Zeng les había amputado los brazos y las piernas a cada uno de ellos. Los brazos a la altura de los hombros y las piernas a la altura de las ingles. Yo miraba a Jorge y miraba a Zeng. Yo los miraba y me iba echando hacia atrás. Quería irme. Y entonces pasó lo horrible de verdad, querida.

Hubo una especie de gemido, un sonido espantoso, el que habría producido un alma que no se encontrara.

Y entonces uno de los hombres abrió los ojos y me miró.

Jorge me hablaba. El procedimiento. Cómo había que alimentar a aquellos tipos con una sonda y cómo cada tres o cuatro días rompían las tinajas para eliminar los excrementos y prevenir infecciones. Después se traían tinajas nuevas y se las llenaba de aceite y se los volvía a meter. Yo me dije que era a aquello a lo que olía y que por eso las pieles de aquellos hombres eran tan blancas y tenían esa textura abotargada y fofa. Otro hombre, tal vez llamado por el grito inhumano del primero, abrió los ojos. Y luego otro. Yo salí corriendo de allí. De allí y de la casa.

Pasé al lado de Pepón y le grité algo. No recuerdo qué. El amanecer me encontró entre los árboles, tendida en el suelo y llorando. Ahí me fue a encontrar tu marido. ¿Cuánto tiempo llevan ahí esos hombres?, le dije. Él se sentó a mi lado, en la tierra húmeda. Veinte días, dijo. No es justo. ¿No lo es? No, le grité. Él no se inmutó demasiado. Estaba ya demasiado lejos. Yo me senté. Lo intenté, al menos. No dejé que me ayudara. ¿Eso es lo que mirabas por las noches? Sí, tal vez a estos o tal vez a otros. ¿Por qué? Ya te lo he dicho antes, para que otros aprendan. ¿Por qué me lo has enseñado a mí? Te lo he enseñado porque tú no hacías más que preguntar, porque veo tus ojos detrás de tus gafitas, por eso. Entonces se me ocurrió pensar en otra cosa. La cosa de que, si yo sabía que lo nuestro había girado hacia la posibilidad de estar dando sus últimos coletazos, entonces él lo sabía con más motivo. Y había una posibilidad. Una remota, terrible. Lo encaré. Lo hice, pero me temblaban las piernas. ¿Es una advertencia?, le dije. ¿Es un «esto puede pasarte a ti si no te portas bien»? Y acuérdate, querida, que él no podía mentirme. Me miró. Eso no puede pasarte a ti. Yo me reí en su cara. Ya, no puede pasarme «eso», pero sí otra cosa, ¿verdad? Él se encogió de hombros y yo no me atreví a hacerle que jurara que nunca me haría daño (en realidad, por supuesto, no era eso. Era lo otro, lo que te he dicho antes. Una prueba. Un «a ver si ahora te vas o no», un «vamos a ver cuál es tu límite, pequeña Tania». Y era justo ese).

Por supuesto esa noche me fui a mi apartamento en Zhuhai. Por supuesto a la mañana siguiente estaba arreglando mis papeles para volverme.

Y lo peor, querida, es que tenía unas ganas tremendas de hablar con mi madre.

10

Vadeo. El agua es verde y el bosque a mi alrededor es rojo. Me impulso con las piernas (con lo que yo creo que son mis piernas porque en realidad no sé si tengo piernas porque nunca he mirado) y el río termina por abrirse y lo que llevo arrastrando tras de mí vuelve a enredarse. Tiro con fuerza, pero no me giro porque no quiero ver. Volver a ver. Así que tanteo en el agua turbia hasta que encuentro un apoyo y me agarro a la rama que cruza y tiro con todas mis fuerzas. Tiro y el descosido de mi espalda, ese que está en carne viva, parece que va a estallar. Grito. Mi voz rompe el silencio del bosque y, un segundo más tarde, genera un silencio más pesado. Tiro y mi piel se desgarra un poco más, un desgarro como el de un parto, y entre el ramaje siento ojos que me vigilan. Luego aquello se suelta y caigo hacia delante y al volver a incorporarme tengo un atisbo de eso que llevo detrás. Del conjunto de eso. Veo la cola larga e interminable que brota de mi espalda y que tiene la textura y las espinas del esqueleto de un pez. Y veo lo que la sigue. Lo que está aferrado a ella como por una boca hecha de viejas costillas. Esa masa amorfa cubierta con algo semejante a una telaraña, con sus formas sobresaliendo, entreviéndose. Cabezas de ojos vacíos, manos, costillares. Todo inconfundiblemente humano. Pero es un momento. Porque aparto la mirada y vuelvo a tirar. Y pesa y algún ave cruza por entre los árboles y emite un lúgubre graznido y me digo que en ese graznido va una frontera. Así que de pronto ya no estoy allí, sino que estoy de vuelta en el coche y me doy cuenta de que tengo la boca seca y de que me he quedado, por fin, dormida. Las lucecitas verdes dicen que son algo más de las cinco y la visión (la visión que me persigue desde hace años, la visión que tengo obsesivamente y que es, casi, el único sueño que yo recuerdo que recuerde) se desvanece. Hasta la próxima, Tania. Hasta la próxima y un coche que cruza frente al mío es lo que me ha despertado. Yo durmiendo y alguien cruzando, el sueño de mi vida. ¿Y adónde irás a estas horas?, le pregunto al conductor. ¿Y adónde voy yo? Así que salgo y cruzo y la sed me hace regresar a la habitación. La sed y que no hay otra opción que afrontar lo que sea. Así que bebo agua y miro al Macallan y me digo que no, que ya estuvo bien por la noche.

Luego miro a mi alrededor y veo el desastre que he armado. Así que me quito la blusa y el pantalón y hasta el sujetador y me pongo, en braguitas y calcetines, a arreglarlo todo. (¿Quién coño ha hecho esto con las pitayas y las orquídeas?)

Joder.

¿Y por qué precisamente estos? No lo sé. No tienen ningún significado especial, que yo recuerde. Cayeron ahí o yo los metí por algún rincón y ahí se quedaron. Son como amuletos. Aunque tampoco tengo yo claro lo de la suerte. Pero mira, querida Victoria. Esto son cien rupias indonesias. Fíjate en el amarillo. Y en la mujer. Es raro lo de la mujer en los billetes de aquella época. Esto son cien pesos filipinos y esto ochenta baths tailandeses. Y esto son patacas, la moneda de Macao. Se divide en avos. Y esto son veinte dólares de Hong Kong y esto son cincuenta afghanis. Y mira, esta es mi casa en Las Torres. La compré en el 95, con el dinero de tu maridito. Toda esa zona que ves más allá de la piscina era otro solar, pero lo compré también. Y me puse a plantar árboles. Y mira ahora. Moreras, buganvillas, plátanos. Y los cocoteros, claro. Esa es mi zona de la casa. Tengo puestas ahí varias hamacas, ¿entiendes? Y a veces me bajo ahí, así por las noches, y me meto en la zona del final, donde está más oscuro. Entonces me puedo creer durante un momento, sobre todo si ha habido una de esas tormentas que vienen a veces, que estoy otra vez allá. En Asia. Y es que aquello te embriaga, se apodera de ti. El alma de Asia. Los ojos de los asiáticos. El sudor en la piel de los asiáticos. Y todo huele a río y a cangrejos y a especias. Asia es como si todo el rato estuvieses pisando un charco. Tienes el pie mojado y te molesta al principio. Pero luego... Luego te das cuenta de que es agradable pisar ese barrillo del fondo. Que de alguna forma te conecta con algo primitivo de ti. Te gustaría, créeme. Y ahora, bueno. Ahora el mundo ya no está dividido entre las dos. ¿Crees que me hubiera gustado más América? No lo creo. Pero estoy divagando. Ganas de hablar con mi madre, te decía. Sí, pero se me pasaron pronto. En cuanto empezamos a planear la boda. Porque sí, volví para Murcia y asenté la galería y me metí en la cama con Roberto uno. Así varios meses y ya más formales. Y luego, en una cena en Madrid, me lo pide y yo lo miro. Lo miro como debe de mirar la pantera a la cabra. Con ese punto de ternura. Y luego se me escapó la sonrisa. Se me derramó.

Era tan dulce, el pobre.

Pero te lo hago corto, que no te aburras. Mi madre, supercontenta. Y mi padre, orgulloso. Orgulloso de que su hija volviera al redil de las niñas buenas y contento de que iba a poder sacar barriga, que es lo que quieren todos los padres murcianos. (Contentas también mis hermanas, las cansinas, con sus novios de pueblo y esos cutis que se les habían quedado y que ya podían pasarse algún rato por algún gimnasio y eliminar los gintonics.) Así que por todo lo alto y yo haciendo toda la ruta de los cutres. Hay que conocer a la otra familia, ya sabes. Y una cena de pedida, claro. Luego el vestido y la iglesia y no me gusta ese cura y mejor otro y los anillos y las flores. Después el restaurante y vamos a probar el menú y que si el DJ y que si la tarta y que si la barra libre. Lo normal, ya sabes. Bastantes años llevas por allí como para no saber. Un tanto por ciento de caspa y todo muy típico. Mi madre allí a mi lado, a pespunte. Hablándome, hablándome, hablándome. Y tocándome y sonriéndome (¿por qué sonreía tanto?, ¿es que se

pensaba que yo, de pronto, era suya otra vez?). Yo como los perrillos esos que ponían en los coches, ¿los viste alguna vez? Esos que, cuando el coche se movía, balanceaban la cabeza arriba y abajo. Así que nada. Boda. Doscientos cincuenta invitados y a pajera abierta y yo vigilando por los rincones porque no me creía que tu marido no fuera a estar medio escondido en una esquina. En plan sonriéndose y eso. Solo que, oh, decepción en la perspectiva, no estaba. O yo no lo vi (o lo mismo lo estaba grabando, marca de la casa, con alguna de sus camaritas). Luego el viaje de novios, que Roberto quería ir a las Maldivas porque aquello era superexótico y yo mirándolo. En fin, que todo aquello se llevó su tiempo, pero pasó rápido. Y después a seguir con la vida de una. O a reiniciar la vida. La agencia iba bien. Llegaban clientes. Me llamaban de Madrid, de Barcelona. Algunos, estoy segura, me los mandaba Jorge. Y también estoy segura de que algunas compras que hice en aquella época las hice para él a través de persona interpuesta. ¿Que por qué lo hacía él? Pues no lo sé. Imagino que, de alguna manera, seguía cuidándome. O controlándome.

Y a veces, ya te digo, llegaba alguien y yo levantaba una ceja en plan: ¿y este de dónde sale? Pero a ver qué iba a hacer. ¿Preguntarle si venía de parte de la «organización» del señor Illescas? No.

Y piensa que aquello era bueno para el negocio. Hacía que todo fuera muy bien.

Y te cuento un poco más de lo mío. Para que entiendas bien las cosas. De pronto se han acabado los años de NSX y de yates y de motos de agua y he vuelto al redil y me he casado (no solo eso, he retomado el contacto con mis antiguas amigas del instituto y de la universidad, y todas me miran como si me hubiera tirado a todos los limones salvajes del Caribe). Aparte me he convertido en acompañante de mi madre y de mis hermanitas. Y, por si eso fuera poco, quiero a mi marido y él me quiere y los negocios van bien y Asia está tan lejos como Asia. Entonces, querida, ¿qué es lo siguiente? Tú lo has dicho. Quedarse embarazada. Y ahí. Roberto dos naciendo a principios del 98. Naciendo y yo sin noticias de tu marido, que no me lo creía. (Y que fue justo en el 98, te acordarás, que la Cámara de Comercio de Murcia le dio el premio al Empresario del Año. Lo vi en *La Verdad* y me moría de la risa imaginándome su cara y su sonrisa. Gulliver mirando a los enanos. Y, aparte, claro, lo que eso implicaba. Porque el premio tenía una gala. A la que debía asistir el homenajeado. Y yo, glups. La cena era un viernes, me acuerdo. Y me acuerdo también de que yo toda esa semana no podía ni estarme quieta. Porque, claro, yo era consciente de que él, alguna vez, tenía que venir por Murcia, aunque no fuera más que a saludar a sus pobres hijos. Pero aquello, si lo piensas, no eran más que probabilidades. En plan: «tal vez esté por aquí», pero sin estar segura. Pero, claro, todo lo de la gala implicaba certezas. El «seguro que anda por aquí, estamos compartiendo mantel como quien dice». ¿Y qué pasaba? Pues que si yo bajaba a la ciudad me pasaba el rato mirando detrás de mí en los escaparates. Y si entraba en una tienda o en un restaurante no respiraba hasta que estaba segura

de que él no estaba por allí. Y, aparte, dos cosas que pasaron. Una, que el martes de aquella semana me crucé por Teniente Flomesta con un Thunderbolt negro del 64 con las lunas tintadas y casi se me sale el corazón del pecho. ¿Por qué? Porque no recuerdo haber visto nunca uno como ese en la ciudad y porque ese era el coche en el que el Pepón llevaba a tu marido por Murcia, si te acuerdas. Y el jueves por la tarde, por la Gran Vía, a la altura del Banco de España, me pasó a cinco metros un Dodge Viper del 92 de color rojo. Me pasó y yo iba del brazo de Roberto uno empujando el carrito de Roberto dos. Y mi madre con una amiga tres metros por delante.)

¿Si era él? No lo sé. Tampoco había tantos Viper rojos por Murcia. Así que probablemente sí. ¿Si me vio? Tampoco lo sé.

¿Qué habría pensado?, ¿cómo habría sido su sonrisa en el caso? Eso sí lo sé.

Pero no pasó nada. Recogió su premio y nada. Chau. Cero noticias. Desapareció del mapa y la vida se fue acomodando. Se fue acabando el milenio. (Acuérdate del final de los noventa, que si *Titanic* y los Backstreet Boys, que si *Barbie Girl* y la Britney, que si *Matrix* y *Truman* y *El sexto sentido*. Y aquello de que los ordenadores iban a dejar de funcionar y todos los saldos bancarios se iban a quedar a cero. Y Aznar en el gobierno, querida. Telita.) Y luego, pues tampoco pasó nada, ni nos quedamos sin dinero ni yo sabía nada de tu marido. Que miraba así hacia las montañas que se ven a lo lejos desde mi terraza y me decía: «Demasiado fácil, Tania. Demasiado fácil cómo te has librado. Y si te has librado tan fácil es que no lo conocías bien». Y lo que me pasaba, sobre todo, era que no me creía esto último. Porque otra cosa no, pero ¿conocerlo? Solo que luego pasó que sí, que lo conocía muy bien. Pero te voy contando. El tiempo pasando. Un año, luego otro. Roberto dos yendo a la guardería y sus papás considerando la posibilidad de darle un hermano. (La parejita, ya sabes. Igual que tú.) Entra el año 2000 y todo va bien. Entra 2001 y también. Escaloncito a escaloncito. Los años pasando y casi que me doy cuenta de que lo estoy olvidando y que asumo cosas. Diciendo: «ah, pues esta es mi vida, entonces. No está tan mal». Y entonces, pum. En toda la cara. Te sitúo. Año 2001, ¿sí? Uno de esos días soleados de febrero que parece que todo huele a moreras. Viernes por la mañana en modo despejado. Un par de reuniones, pero ya más pensando en lo otro (las terrazas del mediodía murciano y eso). Mañana normal, entonces. De levantarse, maquillarse, dejas a Roberto dos en la guardería, conducir hasta la oficina, saludar a Gema. Luego entro en mi despacho y me quito los zapatos antes de sentarme a la mesa. El correo. Acuérdate de que por aquel entonces aún nos mandábamos cosas. Y, entre las cosas que nos mandábamos, estaban los CD, ¿te acuerdas? Así que llegaban a la oficina. Exposiciones, catálogos. Todos con su cosa. Este venía en un sobre aparte. Un sobre muy elegante a mi atención. Así que lo pongo en el reproductor en plan qué es esto. Y toma. Porque el CD contenía una grabación en vídeo hecha con cámara oculta. Y qué

había, pues la habitación de un hotel. Y quiénes entraban. Pues una chica así mulata muy mona y otra persona. Y quién era la otra persona. Pues mi marido. Roberto uno.

Y qué hacían esas dos personas. Pues te lo puedes imaginar, Victoria, querida. Lo mismo que tu marido les había hecho a aquellas cinco mil.

Había dos CD entre el correo. Mi maridito con la chica mulata y mi maridito, en lo que era la habitación de otro hotel, con una chica rubia, muy mona también. Los dos (los tres) besándose como si se acabara el mundo y Roberto uno no dando muy bien en el vídeo (¿de verdad mi marido tenía esa barriga?, ¿y esas piernas tan finas?, ¿y por qué ponía esa cara cuando la mulatilla le hacía los honores a su John Thomas? Y, de paso, ¿la rubia de qué iba poniéndose el pelo así y así?, ¿y de dónde era esa ropa interior?, ¿de verdad era un conjunto de Simone Pérèle?). Así que allí, contemplando, pero ¿qué crees que oía mientras asimilaba?, ¿crees que oía mi mundo cayéndose en pedazos y al viento entrando en mi corazón? No, querida, lo que oía era la risita de tu maridito. Su risita y su manera de achinar los ojos. Cerré la puerta del despacho (ya la había cerrado, claro, pero ahora la cerré del todo) y me puse a buscar la contraseña que él me había dado en el 92. Después busqué el teléfono del Angsana Phoenix y marqué. Quería dejar un mensaje para Mr. Jorge Illescas, le dije a la amable recepcionista. Luego di la contraseña y dije dónde me podían encontrar y me eché hacia atrás en el sillón ergonómico y me dediqué a hacer trizas un catálogo de Eduardo Naranjo mientras pensaba que, si en Murcia eran las diez, entonces en Macao eran las cuatro de la tarde. Solo que a saber dónde estaba Jorgito. Quince minutos después, cuando aún no había llegado a destrozar ni la mitad del catálogo, sonó mi teléfono móvil y era él. Lo primero que oí fue justo eso, su risa. Acuérdate que eres mortal. Y yo muy tranquila. ¿Quiénes eran las chicas? Porque no habrá sido casualidad, le dije. Contratadas exprofeso, dijo él. ¿Contratadas en modo mi marido se va de putas? No, en modo compañera de oficina y encuentro casual en congreso. Y ¿qué quieres? Quiero que me reconozcas una cosa. ¿Qué? Que el amor es una mierda. Se lo tuve que reconocer, claro. ¿Y qué hago ahora?, ¿me divorcio?, le dije. ¿Para qué?, dijo él. No sé, tú me has mandado los CD. No sé, dijo él, ¿divorciarse no sería una tontería? Porque ¿qué cambia las cosas eso? Y no es lo importante. ¿Y qué es lo importante? Lo importante es que sepas lo que significan las cosas. Lo insignificante que es todo. Te advierto que he tenido un hijo y que ahora tengo tetas de vieja, así que no te voy a gustar. Bueno, dijo él, lo decidiré cuando nos veamos.

Así que, oh, Roberto uno, querido, me ha surgido una cosa superimportante y tengo que irme a Vietnam. Volveré en una semana.

Y otra vez subida en la moto acuática.

11

Camino arriba y abajo. De la puerta al ventanal. Quito la mesa de sitio para poder caminar mejor. Mi cabeza como un molinillo de café triturando pensamientos. Porque es necesario prever, anticiparse. Ser capaz, en la medida de lo posible, de la estrategia con la que me vendrán Carlos y Carlota. Qué les interesa y qué no. Y qué les voy a contar yo. Si les voy a contar la verdad u otra cosa. (En realidad es si les voy a contar «toda» la verdad.) Y no creo que se la vaya a contar toda. O no quiero. O no quisiera. Así que camino. Hago mi sendero en la alfombra y me paro cada poco para reajustar el *jogger* de Celine sobre la cama o para quitarle la arruguita al Fendi de viscosa o para estirar las botas. Camino, camino. Porque eso también tengo que decidirlo. Mi imagen. O ¿de qué hemos estado hablando todos estos años? Entonces, ¿dónde me voy a poner? (o dónde van a dejar que me ponga). Porque si me van a grabar querrán que esté cerca de la mesa. Aunque yo preferiría, la verdad, en el tresillo. Solo que en el tresillo no va a quedar bien el elástico, así que mejor con el conjunto de Prada. Y sigo caminando por la alfombra y miro la hora y calculo. En un salto estoy en cueros y en la ducha. La ducha me calma, pero empieza a no haber tiempo. Así que saco el hielo del congelador y lo echo en el lavabo y tomo aire. La cara, crac, crac, como cristal. Luego me obligo a sentarme y a todo lo demás. El tónico y despacio. Si fuera en el tresillo estaría mejor con el Prada. Pero, por la luz de la habitación, si es en la mesa, sería mejor el Fendi. O podría yo pasar de todo y volver a ponerme el Celine y la cazadora de cuero. Eso podría ser. Ni tan inaccesible ni tan mami del pobre Carlos. Pero pensar, pensar. ¿Qué saben ellos y qué no saben? Y, ya puestos, ¿qué sé yo? Tampoco tanto. Pero no es cuestión de engañarse. Porque sé cosas. Cosas, sobre todo, del final. Y será por ahí por donde vendrán. ¿Hizo algo que...?, ¿dijo algo que...? Y es ahí donde queda mi parte de margen. Porque ¿a quién le debo yo lealtad?, ¿a ellos o a Jorge? Porque no son lo mismo. Claro que ¿qué fidelidad se le debe a un fantasma? Porque eso es Jorge ahora. O un fantasma o una memoria. Ni más ni menos. Entonces, todo eso habrá que decidirlo. Y los segundos, tic tac, que no se paran. En un zas pongo el Etam al lado del Fendi y saco los aderezos. Los colores, los colores. Todo son los colores. De regreso al baño abro la ampolla de serum y sigo controlando el reloj y me digo que estoy equivocando las preguntas y que por eso no encuentro las respuestas. Porque la realidad es que Jorge me lo dijo hace muchos años.

Lo importante, querida, es saber quién vas a ser cuando llegue la función, me dijo. Lo importante es qué papel vas a representar. Y transformarte. Porque, si te transformas, no podrán llegar a ti.

Ya habrás oído ese refrán que dice que nunca segundas partes fueron buenas, ¿sí? Pues yo no puedo decir que esta segunda parte fuera peor que la primera. Fue, simplemente, distinta. Más centrada. Más madura. Piensa que yo ya era una señora de treinta y tres. Y madre de un hijo. Y que él ya andaba por los cuarenta y ocho. O sea que sí, pero de otra forma. Digamos que él, para mí, era como esa botella de brandy bueno que alguien se dejó guardada en el fondo de la bodega y que de pronto vuelves a encontrar. Así que eso. Un trago cada cierto tiempo. Uno de esos así, lentos. ¿Y luego? Pues volver a guardarla en el mismo sitio y esconderla bien para que nadie pueda encontrarla. Porque piensa que yo, claro, tenía mis responsabilidades y no podía estar como antes seis meses seguidos donde a él le diera la gana. Pero resultó que él tampoco quería eso. Así que digamos que yo iba y venía a donde él estuviera. El centro del mundo seguía siendo Macao, pero podía ser la casa en Moidart (luego te hablaré de eso) o la casa frente al mar de Andamán. Entonces, yo iba como asesora, muy bien pagada, y me quedaba con él lo mismo una semana o diez días (y ten en cuenta que ya no había que estarse con mierdas de fingidos cariños ni nada de eso). ¿Cada cuánto pasaba eso? Pues lo mismo que una semana cada cuatro meses. O así. Más o menos. ¿Que si hacíamos el amor? Sí. A veces. Pero no recuerdo nada especialmente memorable ni obsesivo de aquella época. Aquello, simplemente, no era lo importante (en realidad no lo fue nunca, en realidad no lo fue nunca con ninguno). Así que sí. Algo. Pero él lo hacía como si anduviera caminando por una finca que fuera de su propiedad (sí) y que le fuera especialmente placentera. Y yo lo hacía porque había un complemento de cariño. De tierra arada, si me entiendes. Aunque, a fuer de ser sincera, he de decir que mi sentimiento preponderante era la curiosidad. Curiosidad hacia el ser que me abrazaba y curiosidad hacia mí misma. Como si allí, entre aquellas sábanas, se encontrara la ventana desde la que podría verme a mí misma de una forma neutra u objetiva. Tania sin filtros. Algunas cosas no cambiaron, eso sí. Lo de Enesequeizar, por ejemplo. Si estábamos en Moidart, agarrábamos un Bugatti Veyron y nos tirábamos por aquellas carreteras infames y llegábamos, entre la bruma, hasta las inmediaciones de Perth o de Edimburgo. Si estábamos en Macao, entonces era el NSX (o el MC12, o el Aston Martin One, setenta y siete unidades fabricadas) y llegábamos hasta el propio Hong Kong (y después nos sentábamos en la playa y comíamos cangrejos). Por supuesto hablábamos, hablábamos, hablábamos. ¿Sigues teniendo tu colección de almejas?, le decía yo. Sí, ¿quieres verla? Mejor luego, ¿por cuántas vas ya? Nunca las he contado. ¿Y sigues mirando por tus camaritas cómo desuellan personas? No, ya pasé esa fase. ¿Y en qué fase estás ahora? En la de soy el emperador del mundo.

¿Ves alguna vez a tus hijos? Mis hijos me odian. ¿Les faltan motivos? No, de hecho, me gusta que me odien. Así puedo odiarlos yo también.

La cuestión era que todos sus planes se habían cumplido en los años que yo había faltado. Se habían cumplido incluso con exceso de sus expectativas. Los americanos empezaron a llamarlo en el 97, me dijo. Y con los gringos llegaron los mexicanos, los peruanos, los bolivianos. Los colombianos. Él se había convertido en la gran lavadora universal y yo en una especie de asesora/amiga/folladora ocasional/paseadora en coche por las noches. Incluso fui varios veranos con Roberto dos a la casa del mar de Andamán. Prométeme que no voy a estar ahí con el crío y que voy a dar la vuelta en la playa y van a salir seis rubias en cueros, le decía yo. Él se reía. Ya no estoy en esas cosas. Y era verdad que se había vuelto más sofisticado. Ya no quería modelos de veinte años, no. Ahora quería hembras más hechas, más sutiles. Salones, decía. Lo de los salones fue lo que puso de moda la inglesa esa que salió en los papeles. Organizaba saraos para los muy ricos y los llenaba de mujeres de bandera. Putas de ultralujo que debían saber anudar un rabo de cereza con la lengua por lo que Jorge me contó que costaban. Y era que ahora, decía, le gustaba estar tranquilo. Estar tranquilo, para ti, ¿qué es?, ¿de cuatro en cuatro?, le decía yo. Él se reía y yo le decía que él, en el fondo, no era más que un John Thomas que ganaba dinero. Luego estaba la otra adquisición, claro. Me dijo que tú nunca estuviste. «La casa de las brumas», en Escocia, cerca de donde ya están las Hébridas. Veinticinco habitaciones y eso. Y el sótano para acumular coches. Pero acumularlos ya en serio. Y él paseando entre ellos con su botella de whisky. Paseaba y abría uno y se sentaba un rato y pensaba en qué sé yo (alguna Kazumi o alguna Marina con la que se encontrara, casualmente, en un jacuzzi veinte años atrás). Y hablaba. Empezó a hablar mucho. Su primer coche, me dijo, fue un Toyota Celica del 70. Se lo compró su padre, claro. Pero él, me dijo, lo que quería era un Pontiac Firebird. Y se lo compró con su propio dinero algunos años más tarde. Allí lo tenía. Y luego, conforme las cosas fueron saliendo, lo que te he dicho. Acumular. Caminaba entre los coches como el que camina entre fantasmas. Un Aston Martin Vantage del 72, un De Tomaso Pantera, un Lotus Esprit, un F40 del que decía que solo se produjeron mil y pico unidades, un Porsche 959 del que se produjeron menos unidades aún. Y más. McLarens, Lamborghinis, Maseratis.

Y hablaba, ya te digo. Sin parar. Como si yo fuera el cura que lo estuviera confesando. Y salían las historias. Agárrate, querida.

El sótano aquel era muy adecuado para las leyendas de fantasmas. Así a media luz y con todos aquellos bultos inmensos cubiertos por sus lonas. Tétrico. Pero las historias, querida. Y vamos, sobre todo, con la de Teresa. ¿Te acuerdas de que te lo dije antes? Pues ahora toca. (¿Cómo era la vida en Ucrania en los sesenta, querida? Te imagino en tu aldeíta, de niña, con tu delantal y todo verde en verano y la nieve en invierno, yendo a tu escuela mientras el jefe del partido en el pueblo te miraba desde la ventana y pensaba en purgarte los bajos. En España debió de ser pesada, polvorienta, quemadora, agobiante, llena de sombras de curas.) Y ahí estaba nuestro Jorgito. Con trece, con catorce, con quince años. La familia yéndose a un pueblo de la costa a

pasar los veranos y, allí, una muchacha del pueblo que iba a ayudar a la madre. Una muchacha de algo menos de veinte y, al parecer, dura de carnes y más bien tetona. Y allí el zagal de quince años, que luego ya viste lo que resultó ser. ¿Sabes lo de la estopa y la yesca? Es otro refrán español. Así que el zagal sintiéndose atraído y, me imagino, matándose a pajas. Y luego sintiéndose lobo y empezando a merodear. Porque aquello era un pueblo y la España de los sesenta y no existía el concepto del acoso y que lo mismo, si ibas al cura, el cura te decía que te dejases porque los hombres necesitan desfogarse y tal. Y lo mismo se te desfogaba el cura, de paso. Así que el zagal arrimándose a cada rato y empezando a envalentonarse conforme ella le echaba miraditas y se reía. Luego él, al parecer, empezando a meterle mano en cuanto los padres se descuidaban. Entonces los forcejeos y los jadeos. Jorge me hablaba de todo eso y yo lo miraba y él miraba al suelo del coche y daba tragos despacito. ¿Que si lo hicieron? Parece ser que sí. Unas cuantas veces. Que un día ella estaba en la parte de atrás de la casa, tendiendo ropa o algo de eso, y él la estaba esperando y tuvieron uno de esos momentitos. Ella, según Jorge, se reía todo el rato. Y parece ser que esa vez ella le dijo algo así como: «venga, nene». Así que se subió la falda y ahí mismo. Pregunta mía para que veas lo tonta que soy: ¿y el preservativo? Jorge me miró. Era la España de los sesenta y yo tenía quince años, dijo. ¿Entonces? Marcha atrás. Así que eso. Al parecer unas cuantas veces y mientras podía ser que la santa madre se asomara por la ventana y los pillara. Todo muy granulado y muy en blanco y negro. Jorge hablaba y yo lo miraba.

Era distinta, decía Jorge. Olía distinto. A vinagre. Un sudor avinagrado. Un poco como la propia tierra. Eso decía él. Yo lo miraba y veía que todo aquello había tenido un significado para él.

No lo dije, claro.

Pero no pienses, querida, que la historia termina ahí. Lo que se terminó fue el verano y de vuelta para Murcia y chau, Teresa, lo mismo el año que viene te contratamos otra vez. Pero los hechos. Que consisten en que un día, ya por octubre o noviembre, él regresa a casa desde el colegio y allí está Teresa, en el salón de la casa y hablando con la madre de Jorgito. Entonces hay lágrimas y gritos y a Jorge lo pasan directamente a la habitación y luego llega el padre y hay más gritos. Jorge atento con la oreja. Esa tarde y otras tardes. ¿Qué pasaba? Pues imagina, querida. Lo que suele pasar cuando un hombre y una mujer se dedican a restregarse sin que haya barreras por en medio. Y tu maridito ahí, como paralítico. Que fueron días muy confusos. Imagínate. La madre llorando y el padre dando portazos y él en la habitación esperando que alguien fuera a decirle algo. Echarle la bronca o algo. Pero nada. Ahí pasó una semana de indecisión hasta que se armó de valor y se fue a hablar con su padre. ¿Hablar de qué?, le dije yo. Pues de lo que yo había hecho, me dijo él. Era mi responsabilidad, dijo. Y sigo. Al parecer tocó en la puerta del despacho y entró y le dijo al padre que quería que hablaran de Teresa. Me dijo que el padre lo miró muy

serio y suspiró. Y aquí es donde la vida se separa de las películas, ya sabes. Porque ¿tuvieron una conversación en la que Jorge explicó cómo se sentía y los dos debatieron largamente y se expresaron altos argumentos previos a la reconciliación definitiva y el perdón y vamos los dos juntos a afrontar batallas? No me hagas reír, querida. Parece ser que lo que pasó fue que el padre lo miró de arriba abajo, como si acabara de encontrarse una cucaracha entre las huellas del zapato, y le dijo, literalmente: «Encima no vengas a joder. Tira pa tu habitación, coño». Y ahí se acabó la cosa. Salvo por la oreja de Jorge, que estaba atenta por los rincones para pillar un poco de aquí y un poco de allá y que supo, no me preguntes cómo, de un viajecito de Teresa a Londres y de que luego le dieron una pastita para que se estuviera tranquila en el pueblo. ¿Cuánto le dieron?, pregunté yo. Veinticinco mil pesetas. ¿Y volvisteis por el pueblo? Nunca. Vendimos la casa.

¿Y nunca la volviste a ver? No. Y tu padre, entonces, te compró un Celica como premio por haber preñado a la criada. Jorge sonrió.

Pero la noche no había terminado. Porque quedaba una cuestión más. La cuestión de la mitificación. Porque, piénsalo querida, él era muy joven por aquel entonces. Y era evidente, viéndolo hablar, que tenía todo aquello idealizado. La mierda de las primeras veces, ya sabes. Y ahí era donde estaba la siguiente cuestión. El destino de cada cual y las cosas que la vida ha pensado para cada uno. Yo lo miraba. ¿Y por qué me cuentas ahora esto?, le decía. ¿Por qué no me lo contaste hace diez años, por ejemplo? Y ahí sigue la historia. Porque en uno de sus viajes de negocios, la vida lo había vuelto a llevar cerca de aquel pueblo de la infancia. Y entonces le había entrado como basurilla en el corazón (nostalgia mezclada con un poso de vergüenza, lo mismo). Así que se había inclinado hacia delante en el Thunderbolt y le había dado un toque, así, al Pepón en el hombro. «Pepón, paséame por ahí y por el otro lado.» Y así es como Jorgito vuelve a entrar en el pueblo de su infancia y como llega hasta donde había estado su casa (ahora había unos bloques de apartamentos, al parecer). Luego siguieron hasta donde había estado la panadería de los padres de Teresa. Solo que la panadería ya no estaba y había un restaurante. Y aparca, Pepón, que voy a entrar. Así que para dentro y detrás del mostrador un tipo con bigote. Y ya sabes que Jorge es un encantador de serpientes. Así que media hora después el tipo del bigote (que resultó ser un hermano de Teresa) ya está sentado en la mesa con él. La historia lentamente saliendo. Que resultó ser que sí, que la panadería había pasado a restaurante justo a finales de los sesenta (¿veinticinco mil pesetas de la época daban para tanto?). Aparte Teresa, claro. Que Jorge era un viejo amigo de ella, de la infancia. Así que ella. Que se había casado con un tal Remigio, viajante de comercio en el sector de las telas. Luego se había puesto a parir. Uno, dos, tres, cuatro y cinco partos en diez años, al parecer. Y, después de parir, pues a coger peso. Un poco con cada parto y llegando a pesar, según le dijo el otro, más de ciento veinte kilos por el año 80. Luego la agarró la diabetes, decía el del bigote. O sea que, a partir de ahí, mal. Parece ser que se

quedó ciega de un ojo y luego del otro. Y que luego empezaron las amputaciones. Que si ahora te quitamos un pie y luego, al otro año, otro. Ahora un poco más para arriba y otro poco más. Parece ser que, al final, estaba amputada hasta las mismas ingles. ¿Y luego? Luego se murió. Yo miraba a Jorge y Jorge era un fantasma. ¿Cuándo se murió? En el 94.

¿No fue en el 94 cuando me llevaste a ver aquella casa con aquel sótano y aquellas personas metidas en tinajas?, dije yo. Sí, dijo él.

Solo que no captó la referencia porque estaba preocupado por otra cosa que luego te contaré. Después, otra vez, nos callamos. Hasta donde estábamos no llegaba el viento.

12

Lo siguiente es abrir la ventana y tomar aire. Aire mientras el cielo empieza a cambiar. Ese primer resquicio de claridad. Esa claridad que no es luz todavía y que dice que, aunque el amanecer está aún lejano, es inevitable. Lo que podríamos llamar insinuaciones de tejados. Me vuelvo al espejo y me pongo con las cremas. La hidratante huele a hojas de mandarina y a limón y eso me hace pensar en Carlota y en su aroma a pachulí y vuelvo a mirar la hora. Sí, ya estará levantada, por fuerza. ¿Y en qué andará? Porque ella es joven, pero, por como tiene la piel, necesitará un buen rato. ¿Será de las de La Roche o de las de Nezeni? O lo mismo es de las que está en su casa ahora mismo mezclando yogur con avena y ralladura de naranja. ¿Y antes?, ¿qué habrá hecho? ¿Qué eres, Carlota? ¿Eres de las que hacen yoga y estiramientos o de las que salen a correr una hora todas las mañanas o de las que tienen bicicleta en casa y se marcan cada amanecer una hora de spinning? Me lo anoto para fijarme luego. Sobre todo en las pantorrillas y en los tobillos. Porque ahí estará. ¿Y el tal Carlos y su tenue aroma a lavanda? A ese lo tengo más calado. Este es de abdominales. De esos que se marcan quinientas sin respirar. Y gimnasio, mucho gimnasio, pero pocas pesas. Un obseso de la línea marcada. Follable, que diría Roberto dos, sí. Pero muy presumido. Es indudable que no son pareja, pero ¿los mandarán de viaje juntos?, ¿serán equipo permanente para interrogar a pobres tipas que hace tiempo tuvieron que ver con pobres tipos pertenecientes a la organización? U otras cosas que hagan. Y si los mandan juntos, ¿entonces qué? Los dos solitos en el hotel una noche y otra. No sabría qué decirte. No tienen pinta. Al menos, Carlota no. Él, bueno, él es un hombre, así que, aunque no sea más que por el orgullo, estará dispuesto a meterla en una trituradora. Eso y que no puedo irme por las ramas. Hay que seguir pensando, valorando. Todo lo que me enseñó Jorge. Aquello de «debajo de quién o de qué te vas a disfrazar tú». Pero que no puedes disfrazarte de lo que tú quieras, decía él. No. Tienes que adoptar el disfraz que más te convenga y tendrás que decidir la conveniencia según sea la persona a la que te vas a enfrentar, decía. Y acuérdate de lo que el Padrino le decía a Santino. Nunca, hablando de negocios con extraños, digas lo que verdaderamente estás pensando. Así que al rincón de pensar, Tania. Pensar quiénes son ellos. Quién voy a ser yo.

Huele a hojas de mandarina y a limón. Se dibujan las líneas de los primeros edificios. Tomo aire. Conforme se acerca el fin.

Jorge me contó la historia de Teresa allá por 2003, cuando estábamos en aquella fase de yo como asistente/amiga/madre/amante ocasional. Eso duró aún un par de años más. ¿Que si mi marido sospechaba algo? Tal vez. Pero nunca se habló del tema ni preguntó al respecto del «tito Jorge» del que le hablaba Roberto dos. Él no preguntó como yo nunca saqué a colación lo de la mulata ni lo de la rubia (ni quise saber si había más o cómo funcionaba el tema). ¿Que si seguíamos siendo una pareja? Por supuesto. Porque tu maridito tenía razón al menos en eso. Y era que nada de todo aquello tenía que ver con el amor. Nada de todo aquello ni nada en general. Pero sigo. Un par de años seguimos así. Voy, estoy un par de semanas, vuelvo. Solo que pasa que de repente hay un *break*. Pasan dos meses, tres, cuatro, y no sé de él. ¿Y qué hago? Pues nada. Porque estas cosas eran así. Si acaso, cerca ya de fin de año, hay un levantamiento de ceja y cierta preocupación (te preocupas por él, por si estará bien, esas cosas). Pero luego la ceja se baja del flequillo y a seguir con la vida. Porque bastantes cosas quedan por hacer. (Fue por esa época cuando empecé a tener el otro sueño que se me repite a cada poco. Otro sueño obsesivo. En el sueño es de noche y Jorge va conduciendo un coche. Un coche, pero no como los coches en los que él suele ir. No, un coche pequeño, insignificante. Va por una carretera oscura, rodeada de árboles y palos de la luz. Él conduce y detrás de él va otro coche con las luces apagadas. El otro coche gira cada vez que Jorge gira y yo sé, en el sueño, que Jorge no sabe que el otro le va detrás. Luego el coche se va acercando y acercando y entonces, más o menos, me suelo despertar. Alguna vez pensé en llamarlo para contárselo, pero ¿quién llama a otra persona para contarle algo así?) Así que cosas que hacer. Por esa época amplié la agencia y Roberto uno y yo empezamos a viajar. Europa más que nada y yo mirándolo con ternura cada vez. Los años amontonándose. Que de pronto te ves cerca de los cuarenta y llega esa sensación general de decaimiento, ya sabes. Esas ganas de que nadie te vea. (Fue por esa época, querida, cuando tú y yo coincidimos en el Hispano. Yo estaba al fondo, con Roberto uno y otra pareja, comiéndome una ensalada y de pronto noto como una vibración en el ambiente y levanto la vista por instinto y te veo allí. Con tu Christian Dior y hablando con un hombre de camisa azul. Roberto uno dándome en la espalda como si me hubiera atragantado con un pistacho.)

(¿Qué te pasa?, ¿estás bien?, me decía. Y sí, decía yo, ¿por qué?)

¿Que tú no me viste? Bueno, querida, lo que tú digas. Pero sí que me viste, que por eso fue por lo que yo sentí ese zumbido. Me viste tú a mí antes que yo a ti. Claro que no nos íbamos a poner ahí a darnos besos en las mejillas y qué bien te sienta eso que llevas. (¿Y qué tendrá ese pedazo de tierra arrugada y a ratos tan casposa para que nosotras, que al cabo podríamos haber terminado donde nos hubiera dado la gana, sigamos allí, las dos frente a frente como quien dice? ¿Y no tienes, a veces, la sensación de que es demasiado poco espacio para las dos? Yo sí. Sobre todo cuando abro las ventanas de mi casa y me llegan, atravesando la llanura, tus rugidos de odio. Entonces tengo la sensación de que si nos encontráramos frente a frente sería como cuando dos

supervillanos coinciden en la avenida de una ciudad y terminan arrasándola. Nuestros rayos mortales, ya sabes, cruzando la Gran Vía. Yo lanzándote contra el ayuntamiento. Tú arrancando la sardina del fondo del río y estrellándola contra el Puente Viejo. Las dos rodando por la cuesta rumbo a Floridablanca, estampándonos contra la iglesia, desoterrando el tren. Eso y que no quiero ni pensar en todo lo que sabrás de mí. ¿Tú también me pusiste detectives, querida? Me la juego a que sí.) Pero me pierdo en tu odio. En el veneno que alumbra la atmósfera. Mejor sigo. Los años yéndose y yo cumpliendo los cuarenta y diciéndome se acabó. Entonces, ya sabes, proceso de encogimiento y de empezar a mirar con otros ojos a mi *trainer* de veinticinco y a obsesionarme con mi barriga. Ya sabes. Jorge olvidado en un rincón. Olvidado hasta que una noche estoy en casa, tranquila, y suena el teléfono y son los cuatro jinetes del apocalipsis entrando. ¿Cómo me llamas aquí?, le digo. Estoy en casa con mi marido y mi hijo. Para cuando él se ríe de aquella manera ya me he metido en la habitación y he cerrado la puerta. Era enero y era 2012 ya. Lo que quiere decir que yo tenía cuarenta y cinco y él en torno a sesenta. Los dos hablando. Yo sentada en el suelo de la habitación. ¿Y si hacemos un viaje?, decía él. ¿Un viaje? Sí, uno como homenaje. ¿Homenaje a qué? A nosotros. Eso es triste, dije yo. La soledad es lo triste, dijo él. Así que anduvimos negociando un buen rato y al final decidimos que cogeríamos el yate y que volveríamos a Skíathos, a pasear entre los olivos.

Estoy en Murcia, me dijo él. He vuelto y me he instalado aquí, ¿no lo sabías? Yo no lo sabía. Y pensé que tres supervillanos ya eran demasiados.

Yo le dije que, como máximo, podía dedicarle una semana. Él dijo que perfecto y luego nos arrellanamos a esperar que se asentara la primavera. Los días morosos, tranquilos. (Los dos pensábamos que iba a ser nuestro último viaje, solo que nos quedaba uno después.) Fuimos. Acércate en el coche a Alicante y ahí te recogemos, me dijo. Solo que no me recogió Pepón, sino otro tipo más blancuzco y mucho más flaco. Un tal Salva, creo. Luego al Thunderbolt y para Valencia y luego vuelo a Atenas y de ahí el yate remontando entre las Cícladas y dejando atrás Skiros. En la cara norte de nuestra isla volvimos a atracar y en los atardeceres volvimos a bajar con nuestros vinos y nuestros quesos a sentarnos a la vera de los olivos. ¿Por qué te volviste a Murcia?, le decía yo. Porque estamos en un siglo nuevo, decía él. Ahora todo se hace desde casa. Yo levanté una ceja y él se rio. Ya me da igual estar en cualquier lado, dijo. Yo quise saber qué quería decir. Que ya no funciono. No eres tan mayor. Él se reía. Se reía, pero era cierto que aquella pulsión, aquella ansia del gavilán, había desaparecido de su mirada. Ya no irradiaba aquello, si me entiendes. (Eso y que en los dos días que llevábamos juntos no había hecho ni el más mínimo amago.) Si ya no te gusto, me lo puedes decir con claridad y dejarte de historias, le dije. No es eso, dijo él. Es lo otro. Pues hay pastillas, dije yo. Él negó y dijo que ni con esas. Luego dijo que, en realidad, no le importaba y que era mejor así. Porque al final toda su vida él había sido un esclavo de aquello. Yo lo miré y le dije que ya se lo había dicho y él me dijo que

en realidad siempre lo había sabido. Esa conversación, en cualquier caso, tampoco fue tan larga. Me hizo un informe general de cómo iban los negocios y yo le hice otro sobre cómo iba yo. Luego me preguntó por Roberto uno y por Roberto dos. Me dijo que quería ayudar a Roberto dos en los estudios. Yo le dije que no, gracias, y él lo entendió, creo. Luego me habló de otras cosas. (Su despedida del sexo, por ejemplo, que tuvo lugar el 31 de diciembre 2010, en el hotel desde el cual se transmitían las campanadas de año nuevo en Macao y con la tipa, una actriz china preciosa, que daba las campanadas. Según me contó estuvo con ella hasta las once, momento en que la soltó para que la pobre se fuera al maquillaje, y luego el resto de la noche una vez que hubieron despedido el directo.) ¿Y qué has hecho con tu albumcito? Lo tengo en casa.

Pero estaba preocupado. Y poco a poco fueron saliendo las cosas.

No dormía, decía.

No duermo, decía, no duermo. Y luego me preguntaba si yo me acordaba de aquel cangrejo que él veía en la pared. Aquel que era una cabeza y cinco patas. Y yo, sí. Pues sigo viéndolo, decía. Se desplaza. Incluso, un día, me dijo, lo había visto moviéndose por el suelo. Al parecer estaba en la suite del Angsana, en Macao, y se había quedado dormido en uno de los sillones. A los pies tenía la cubitera y el champán. Estaba solo. Un largo día de trabajo, dijo. Y se durmió. Lo despertó algo, un roce. Entonces lo vio durante un segundo. Era exactamente eso que él veía en la pared, solo que ahora tenía tres dimensiones y color. El color era blanquecino tirando a verdoso y los pelos que le salían de la cabeza eran blancos y arrastraban por el suelo y estaban llenos de porquería. Luego aquello se movió. Al parecer echó a correr moviéndose en la forma en que se mueven los cangrejos y alejándose de él a lo largo de la habitación. Se movió, dijo Jorge, con esa velocidad antinatural con la que se mueven las cucarachas. Corrió por la habitación y al final se metió en un rincón que quedaba en sombra. ¿Y qué hiciste?, le dije yo. Me quedé quieto hasta el amanecer, sin moverme y sin dejar de mirar hacia esa zona. Me dijo que, de vez en cuando, sentía como aquello se movía o hacía algo semejante a un suspiro. Luego, al amanecer, la luz dio sobre aquella zona y ahí no había nada. Yo lo miraba y pensaba lo mismo que estás pensando tú, Victoria. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que él lo creía. Firmemente. Era del tamaño aproximado de la cubitera, decía. A lo mejor se coló una araña, decía yo. Él sonreía y negaba con la cabeza. Yo le pregunté si había sido por eso por lo que se había vuelto de Asia y él me dijo que no.

¿Y qué crees que significa?, le dije. Significa que somos mortales, Tania. Que no puede olvidárseme, dijo.

Me contó más cosas. Que había empezado a delegar. Que solo quería estar tranquilo. Que tenía nuevos socios, algunos españoles y muy conocidos. Que unos meses antes, en una de las carreras

que organizaban por los parkings de España, había muerto un muchacho conduciendo uno de sus deportivos. Un muchacho que era, además, hijo de uno de sus empleados. Me contó que aquello le asustaba y le preocupaba. Una noche intentamos hacer el amor. Habíamos bebido los dos y estábamos en la zona privada del yate. Yo lo miré y le cité a Hölderlin. ¿Recuerdas las horas de nuestra paz imperturbable?, ¿las horas que a solas pasamos en mutua compañía? Se lo cité porque esa era una de nuestras frases de iniciación. Entonces me saqué, zas, una teta, y zas, la otra. Él se rio y un rato estuvo haciendo aquello que tantos miles de veces había hecho antes. Pero tenía él razón, querida, porque de cintura para abajo no existía. ¿Tu esposa sabe esto? No. Así que pasamos la noche el uno al lado del otro, conformes con nuestro calor. Y entonces llegó, al amanecer, la frase clave. Él estaba triste y la soltó. Si un día desaparezco será cosa del hijo de Lawrence, dijo. Yo lo miré y luego le pregunté que por qué decía eso. Él se encogió de hombros. Así será, dijo. Y no habló más del tema. (No habló más del tema y mira en qué posición me deja eso ahora. Porque él no dijo si me matan o si tengo un accidente. No. Dijo «si un día desaparezco», ¿entiendes? Él lo dijo y yo no me acordé de contarle aquel sueño que yo había tenido sobre un coche que lo seguía por mitad de la huerta.)

¿Te ha gustado tu vida?, me dijo una tarde cuando estábamos otra vez entre los olivos. Pienso vivir unos cuantos años aún, pero sí, mucho, dije yo. ¿Y a ti? Él miró al mar y abrió mucho las narices. Y se puso a llorar.

13

Me convierto en algo semejante a una peonza sin control que da vueltas a lo largo de la habitación. Lo tiraría todo por la ventana. Pero mejor calmarse. Otra vez me voy a la ropa que espera sobre la cama. Y vueltas. Vueltas. Qué hay que contar y qué no. Quién seré. Cuál será mi personaje. Tomo aire, miro el reloj, me voy a la ventana. Ya un poco más de luz. Normal. Porque no puede ser que ahora vaya todo hacia atrás, solo porque a mí me venga bien. Solo que cómo me voy a concentrar con eso que tengo en el estómago. Pero no. Todavía no es la hora de. Mejor desayunar antes. ¿Qué pediré? Me concentro, entonces, en mi personaje. Quién será el personaje para determinar qué va a contar y qué no. ¿Jorge? No. Yo no lo vi más. Yo no supe más de él. Los otros, preguntando. ¿Volvieron de ese viaje a Grecia y después qué? Ya nada, nos mandamos algunos mensajes. ¿Y cuándo fue el último? No sabría deciros bien (porque les voy a hablar de tú, ellos me van a hablar de usted, pero yo les voy a hablar de tú). ¿Fueron durante 2015? Creo que no. Y esos mensajes, ¿los tiene? No. Lo borré todo. Porque eso es lo que voy a hacer ahora. Borrarlo todo. ¿Y qué va a pasar si alguien me pregunta por la última vez que nos vimos, esa en Madrid? Lo primero es por qué nadie me va a preguntar por eso. Porque eso nadie lo sabe. Y si saben eso, entonces sabrán muchas más cosas. Como los mensajes. Así que sigo pensando. Mientras me voy poniendo la hidratante y me voy mirando en el espejo y me voy preguntando quién voy a ser y qué facetas mías voy a hacer desaparecer. Porque tal vez debería ser yo esa ilustre atontada que era cuando era joven. No evolucionar. Ser esa que no se entera bien. Hacerme un poco el personaje que se hacía Marilyn. Abrir los ojos así. «¿En serio pasó eso?» Y hacer un puchero. Así que ensayo. Solo que ya no tengo dieciocho y el gesto se me clava en la frente y mis ojos ya no son capaces de hacerlo bien. Así que vuelvo a probar mientras me digo que da igual. Y sí, o no. Pero algo me dice que es el camino. ¿Y lo que él dijo sobre el hijo de Lawrence? Porque ¿qué sé yo de los entresijos de la organización de Jorge?, ¿y cómo sé yo que no es precisamente el hijo de Lawrence quien manda a estos? Así que directa al teléfono a revisar los mensajes. Mientras los miro me vuelve a sonar aquella voz un poco asinatrada en el momento de cantarme una nana. La última nana de Jorgito.

> Échame un vistazo y dime lo que ves, ¿solo otra cara bonita? Y dices que te preguntas qué demonios estoy haciendo aquí. Solo vine para decirte, nena, que tal vez sea un desconocido proveniente de la zona tenebrosa. Pero tú, querida, eres la que está fuera de este mundo...

Pero se acaba ya todo, Victoria querida. Últimos coletazos. Déjame que me concentre, porque lo que queda es importante. Decisivo. ¿Qué vio él aquel día entre los olivares y frente al mar? No

sabría decirte, pero el hecho era que los fantasmas se acercaban a toda prisa. El resto de la semana fue normal, silencioso. De alguna forma habíamos llegado al fondo de un pozo en el que se habían acabado las palabras. Pero a él le gustaba estar cerca de mí y a mí me gustaba estar cerca de él. De alguna forma éramos un mutuo homenaje a nuestras vidas. Un resumen. Luego ya nada. Fui convenientemente devuelta a Alicante y de regreso a Murcia. Los días amontonándose sin mucho sentido. Los dos estábamos en la misma ciudad, pero no nos veíamos. Por supuesto teníamos nuestros respectivos números. Así que nos mandábamos mensajes. Nada importante, no creas. Un chiste que a alguno nos hubiera hecho gracia. Una noticia interesante. Dos amigos. Mensaje, o foto. Y, a cambio, sonrisa. Que parecía que la vida ya iba a ser eso, porque pasaron casi dos años hasta el siguiente capítulo. (Siguiente capítulo y ahora verás la situación en la que me pone esto. Porque Jorge me insistió en que esto debía ser un secreto absoluto. Y que nadie, nadie, nadie, debía saberlo.) Pero te lo voy a contar, para verbalizarlo y ya que, en el fondo, no estás aquí. Y para que me entiendas. Piénsalo, entonces. Es un jueves y estoy en el despacho y me suena el teléfono y es él. Ha pasado tiempo desde la anterior llamada, así que levanto la ceja. Pero él está de buen humor, relajado. Me dice que está en Madrid, esperando. ¿Esperando qué? Una operación. ¿Una operación de qué? Él se ríe. La liberación definitiva, me dice. ¿La liberación de qué? De toda la esclavitud, querida, me dice. Ni yo lo entendía ni él quería contármelo. Quería otra cosa, solo que yo tardé en darme cuenta. Otra vez levanté la ceja, la tenía que ver él desde donde estaba, porque iba ya por encima de la catedral. ¿Quién está contigo?, dije. Nadie, dijo. ¿En qué clínica estás? Él se rio. En ninguna. Tuvimos ahí un rato de tira y afloja, pero él quería lo que quería y yo a ver qué iba a hacer. Así que al final me da la dirección. Un sitio por Hortaleza y yo me organizo rápido y el día es parecido al de ayer. A mediodía todo bien puesto y a primera hora de la tarde estoy en ruta.

Y llego, claro. Una de esas calles estrechitas con sus balconcitos y sus persianas venecianas. Toco y ¿a qué no sabes quién me abre la puerta?

¿Te acuerdas de Zeng?

Pues era Zeng, sí. Aquel que medía un metro y cuarenta y cinco y que era el responsable de todo lo que había visto en aquel sótano de Macao. Claro que habían pasado veinte años (y piensa que él ya tenía en torno a sesenta o así cuando yo lo conocí), así que imagínate. Y más allá, tu marido. Sonriéndome. Ya me estás contando. Y él, despacio. De lo más rocambolesco. Que si yo sabía lo que era el nervio pudendo y el nervio pélvico. Pues no. Él, suavecito, me va explicando. Sus funciones. La responsabilidad de ambos nervios en mis orgasmos y en las erecciones de él. Aparte toda otra serie de pequeños nervios que están en torno a la próstata de los hombres. ¿Y qué?, decía yo. Pues eso, la liberación, decía él. Del sexo. Para siempre. La generación de la absoluta imposibilidad. Zas, zas, zas y zas. (Porque él decía que, a veces, aquello todavía se le «alzaba». Que, por supuesto, era algo de lo más inconsistente y de lo más momentáneo y de lo más inviable para la función que se suponía. Pero que sí, que le pasaba. Y entonces se atenazaba. Y quería liberarse de aquello ya, definitivamente. Pasar de pantalla, decía.) ¿Y quién te lo va a

hacer?, señalé a Zeng, que esperaba, ¿ese? Tu maridito se echó a reír. Lo ha hecho cientos de veces, dijo. Es el mejor. Yo miré a uno y luego miré a otro y me negué a pensar a quiénes les habría hecho aquello aquel viejo insignificante. Me parece una idiotez, dije. Él se encogió de hombros. ¿Y si cenamos?, dijo. ¿Y si fingimos que nada tiene importancia?, dijo. Yo lo miré. La mujer que estaba allí con Zeng (y que era también la enfermera) había preparado *galinha à africana* y Jorge se puso a rememorar. Los viejos tiempos, ya sabes. Que si el día que nos conocimos y mi carita de manga japonés (de estudiante pava de instituto de manga japonés). Hasta las gafitas llevabas, decía él. Y aquel vestido tan feo. Llegada la madrugada se puso más serio. Me dijo que había una cosa que lo obsesionaba últimamente, una en la que no había reparado hasta que me había contado la vieja historia con Teresa, la criada. (Sitúate, Victoria, en la escena con el padre. Jorge entrando en el despacho del padre y diciéndole de hablar de Teresa.) Y Jorge, ahora, revolviéndose. Porque, decía, le dije de hablar de Teresa y él puso una cara muy rara. Él la puso, pero a mí me ardía el cuerpo y no pensaba con claridad, decía Jorge. Solo que luego, decía, empezó a asomarle con más claridad la cara que había puesto su padre. Porque, decía, no había sido la típica cara de «mira el tonto este, que preña a la criada y encima quiere explicarse, lo mismo que hasta la quiere, pobre zagal». No. ¿Sabes qué decía que había? Había miedo. De pronto un pánico terrible que llegó atravesando la habitación hasta el hijo que temblaba. ¿Miedo a qué?, le dije yo. Él me miró y sonrió un poco. Luego me dijo que aquel miedo había que conectarlo con otras cosas que pasaron. Cosas como que nadie compareció jamás en su habitación a decirle nada. Como que ni una mirada de reproche de la madre. Ni un grito. Nada. Él hablaba y yo lo miraba.

Él se la tiraba también, ¿entiendes?

¿Quién?

Mi padre, coño. Por eso puso esa cara cuando yo entré.

No vengas a decirme que te sientes orgulloso de cómo la trataste, le dije yo. No, dijo él, claro que no, pero eran otros tiempos. Eso no es excusa. Lo sé, decía él. Luego decía que todo estaba relacionado. Lo de Teresa lo mismo que lo de las rusas corriendo por la playa que lo de las polaroids. Él lo dijo y a mí se me ocurrió una cosa. Lo miré. A esa no le hiciste fotico, le dije. Él me miró y se echó a reír. ¿Te cuento la verdad? Espero que sí, dije. La verdad es que, a esa, ni siquiera se lo vi, dijo él. Pero no fue por eso lo de las polaroids, no te pases de psicoanalista. Luego nos acomodamos en una cama y nos dormimos y yo tuve mi sueño recurrente en que voy por el pantano arrastrando esa bolsa llena de huesos. Esa vez yo caminaba hacia algo que me esperaba, pero algo me despertó. Busqué por instinto a Jorge. Estaba despierto y sentado en la cama y tenía un sudor frío y la vista clavada en un rincón de la habitación bajo la ventana. ¿Qué pasa? Está ahí, dijo él. Yo miré. Ahí no hay nada. Sí hay. Así que di la luz y él tembló. Gritó. ¿Lo ves, lo ves? Pero yo no vi nada. Al final lo acosté y le sequé el sudor y le hablé y le hice la

cuchara hasta que se durmió. Así nos encontró la mujer que hacía de enfermera a la mañana siguiente. Apretaditos y tranquilos. ¿Estás seguro?, le dije. Claro, dijo él. Tampoco hay tanto que perder. Y lo que compro es calma, dijo. Así que me fui a dar una vuelta y volví a las dos horas y ya estaba consumado. Se le estaba pasando la anestesia. Me miró. Tienes una familia y unas responsabilidades, me dijo. Sí, dije yo. Pero, cuando llegues a Murcia, me escribes, le dije. Él me miró y me dijo que ok. (Me dijo que ok pero no lo hizo. Me dijo que ok y la puerta se cerró detrás de él en aquel piso y esa fue la última vez que lo vi.) En el parking me senté en el coche y estuve media hora llorando. Luego me limpié las gafas, arranqué y me fui y ya te digo que no me mandó ningún mensaje cuando regresó ni supe de él durante el siguiente año. Como mucho lo vi en la prensa un par de veces. En una reunión del círculo de empresarios y otra vez que andaba entregando un premio.

Un premio a la energía limpia o qué sé yo. Algo que me hizo reír bastante, viniendo de donde veníamos.

Entramos así en la última fase. La fase que podríamos llamar «del mayormente silencio solo roto por alguna ocasional explosión». La vida siguiendo, querida Victoria. Te lo resumo. Yo tranquila, en casa. Y, muy de vez en cuando, mandándole un mensaje a Jorge. Yo se lo mandaba, pero él no me contestaba. Se lo mandaba y las dos rayitas azules tardaban (piensa que ya estamos hablando del final de 2014, querida, que ya existía eso) semanas en aparecer. Así que yo en mi vida y llegamos al año clave, 2015. (Imagínate, con Roberto dos ya con novia y pendiente de entrar en la universidad, así nos trata el tiempo.) Los meses pasando. Enero, febrero, marzo, tranquilos. Hasta que llega el 22 de abril. Porque ese día me levanto y tengo un mensaje de Jorge. ¿Lo quieres ver? Mira, 22 de abril, las dos y siete minutos de la madrugada. ¿Estás ahí?, dice el mensaje. 22 de abril, querida. O sea, más o menos un mes antes de su desaparición. Y aquí mi respuesta, a las siete y doce. Dormía, ¿estás bien? Mandado y visto, ¿ves? Pero sin respuesta. Luego, veinte días después, otro mensaje. Un audio esta vez. Mandado a las tres y dieciséis de la madrugada del 13 de mayo (o sea, quince días antes de la desaparición). ¿Lo oyes? No queda muy claro lo que dice al principio. Pero eso es porque no te sabes la clave. ¿Qué dice? Dice: estoy enesequeizando. Enesequeizando, querida. Entonces es cuando se pone a cantar la canción de Alf. *Échame un vistazo y dime lo que ves*. Nuestra nana. Y luego, ¿lo has oído? El viento no deja que se oiga bien. Es cuando cuenta que ha sido esa noche justo cuando ha quemado las polaroids y dice eso de que la habitación ha estado oliendo a jazmines (los hombres, querida Victoria, son, al final, todos igual de tontos, da lo mismo lo que hayan estudiado o la pasta que hayan amasado, tontos todos). Yo le contesté, claro. Aquí está mi respuesta, a las siete y dieciocho de la mañana del 13 de mayo. Te liberaste, papito, le dije. Y luego otro mensaje: ¿es que te trajiste el Honda? Eso le dije y él tardó unos días en verlo. Tardó en verlo, pero no se

dignó a contestarme y luego pasaron los días y ya sabes lo que pasó. Mejor dicho, NO sabes lo que pasó.

Entonces, piénsalo, querida. Por un lado, lo del cangrejo de las cinco patas. Y lo que dijo al respecto de «si desaparecía» y el hijo de Lawrence. Y, por otro lado, él enesequeizando por la huerta (tal y como pasaba en mi sueño) y él quemando los álbumes con las polaroids (y cómo suena eso a despedida, que las fue a quemar catorce días antes de desaparecer). Y, luego, la desaparición en sí. El misterio de todos los misterios. A veces le doy vueltas, Victoria querida. Le doy vueltas y me cuesta creer que sea verdad que tú no sepas nada. Sin embargo otras veces me digo que no queda más remedio que ese. Porque, si tú supieras... pero no, no voy a apostar.

Y ahora, querida Victoria, permíteme que borre todos los mensajes de Jorge. ¿Quieres presenciarlo? Asómate, ¿ves? Clic y clic.

14

Así que te llamas Charlotte, ¿eh?, dirán ellos. Sí, dirá Charlotte. Y no sé quién es esa tal Tania de la que me hablas. Charlotte, me llamo y aquí estamos los tres. Carlos, Carlota y Charlotte. Y no, no sé de qué me hablas de 2015, dirá Charlotte. Yo no tuve contacto con él. Estuve en 2014, sí. Ahí donde dices. Pero no. Sigo pensando. Pensando, por ejemplo, qué me pondría yo, Tania, para la «entrevista». Pensándolo para, justo, no ponerme eso. Y mi personaje. Porque Charlotte no necesita vomitar antes de una reunión. No, ella es de esa otra manera. Más, ¿cómo te diría? Más irresponsable. Ella no sabe ver las consecuencias y es más feliz así. Tampoco desayuna cruasanes ni zumos. No. Ella huevos revueltos y tortitas y café. Mucho café. Porque le gusta esa sensación abajo. Así que voy ensayando, entrando en el papel, haciendo mi fase de transición. Los Robertos, sí. Pero Roberto uno es tan dulce. Luego sonrisa. Me vuelvo al espejo y subo la ceja y me acerco un poco más las gafas y me digo que a lo mejor sin las gafas me lo crees más. Sí. Solo que tendré que fruncir más el ceño. Y pega con el personaje. ¿Y sus gafas, señora?, dirán. (Me van a llamar señora, unas cuantas veces, y tengo que procurar no serlo. Acordarme de Marilyn.) Me he puesto las lentillas para la ocasión, nene. Les voy a decir nene y nena. O lo mismo sería pasarme. La verdad es que sin las gafas y con el pañuelo ya no tengo esa pinta de colegiala nipona. A lo mejor el problema es el pelo. Sí. Eso estaría bien. Solo que sin pasarse. Un poco de fijador, lo mismo. Un poco. ¿Y ahora qué, Charlotte? Tania me va a matar cuando lo vea. ¿Tania qué? Tania Enriquez. Ah, esa. Se bajó al coche, pero no ha vuelto a subir. Me ha dicho que os atienda yo. ¿Os lo montáis entre vosotros? No sé, Carlota, creo que tú podrías aspirar a algo mejor. Que este chico es de los que se pasan el acto mirándose al espejo, me la juego. El acto. Y, Carlota, en confianza entre tú y yo, que me han dicho que el marido de la tal Tania, el tal Roberto uno, se lo monta bastante bien en el acto. Ve y, cuando pases por Murcia, dale un tiento. Y que ya no tiene treinta años, pero que sí. Te lo recomiendo.

Y aquí estamos. Los tres. Carlos, Carlota y Charlotte. ¿Preparados?

Las gacelas, mayo de 2022

Con sus pequeños rencores, con su bilis
con su rabia de enanos afeitados y miopes.

«Gulliver»
JOAQUÍN SABINA

1

Día 1

La mañana empezó tranquila. Con el Chino Mendoza siguiendo sus rutinas. Se pinchó y luego se sentó en la silla de plástico mientras miraba con recelo hacia los árboles. *Casal* no se le subía a las rodillas, lo que motivó que el Chino tuviera que ir a protestarle a María del Rosario. Después María del Rosario se montó en la Vespa Primavera de 125 para irse a trabajar y el Chino se quedó en la silla, con los ojos fijos en la zona de sombra que quedaba entre la tapia y las palmeras.

El Chino miraba y esperaba.

Qué decir del Chino en estos siete años que han pasado. Es indudable que el tiempo lo ha tratado mal. Por ejemplo, está mucho más flaco y más pálido. Y tiene el bigote cantinflero encanecido y la cicatriz de la mejilla más honda y casi clavada en la comisura de la boca. Aparte, la sensación de espanto que transmite.

Los ojos del Chino siguieron en la zona de sombra cercana a la tapia durante mucho rato. Hasta que sintió que llegaba el Mondeo color gris mica del Currito. Entonces el Chino le abrió la verja y el Currito aparcó dentro de la parcela. Después los dos se montaron en el A4 Avant negro del Chino y salieron en dirección a Valencia. La mayor parte del viaje la hicieron en silencio. Cada uno en sus pensamientos. El Chino se entretenía en imaginar de qué podía ir aquello y el Currito quién sabía. Porque el Currito era así. De esos inexplicables y silenciosos. Y más con toda aquella serie de catástrofes que le habían pasado. Mala vida le había quedado. Aparte de ser tan chico y tan flaco y por más largo que dijeran que tenía el cacharro. Porque no, se decía el Chino, la felicidad no son las grandes cosas. Sino las pequeñas. Pero cada cual sus problemas y sus cosas para reflexionar. Que él también tenía.

Tardaron como dos horas en llegar. Luego se orientaron hasta el puerto. Entraron por la garita y llamaron por teléfono. Ahora va una lancha, les dijeron. Y el Chino pensó que a ver si todavía se iban a bañar. El Currito habló de pronto.

—¿Lo vamos a ver, entonces? ¿En persona?

—No, Currito, vamos a ver a Spiderman.

Se sentaron en el coche y el Currito fue a por unas Coca-Colas. El Chino aprovechó para tomarse una barrita energética de las que siempre llevaba. Como una hora después les dijeron que la lancha ya estaba. El yate, inmenso, tenía las letras negras y los botes salvavidas de color

naranja. Después subieron las escaleras y en la popa los recibió un tipo alto y flaco con pinta de ser un oficinista que esa mañana, por casualidad, se hubiera metido un palo bien recto por donde mismo.

—Esperen un momento los señores —les dijo—. Don Piazentino los atiende enseguida.

Luego supieron que el tipo se llamaba Ambrosio y que era algo así como el secretario de don Piazentino. El Chino pensó que, señores, sus muertos.

Y luego salió don Piazentino en persona.

—Chino, qué honor volverte a ver —dijo.

Se les acercó y abrió las manos como para un abrazo. El Chino volvió a pensar lo mismo.

Que, honor, sus muertos.

Pero se sentaron, claro, en la popa. Y el tema, por supuesto, era el que era. Primero hubo floreo y luego resúmenes y grandes interlocuciones. Muchas palabras amables y referencias a la amistad y al honor. El Chino atento por si los puñales. Luego, la cuestión. La misteriosa e inexplicable desaparición de don Jorge Illescas hacía unos siete años. Aquello de que una noche salió de casa y, puf, nunca más se supo. Y las teorías que se habían establecido al respecto.

Don Piazentino, que era más regordete en persona que en televisión, hablaba y el yate se mecía en la bahía. A lo lejos se veía el puerto deportivo y la ciudad sembrada de palmeras. Al Chino, poco a poco, se le iban nublando las palabras que el otro decía.

Porque, si uno miraba al Currito, era fácil saber que se sentía como una mosca atrapada en un plato de sopa con todos los focos apuntándole y mientras todos se preguntaban qué estaba haciendo ahí. Pero si uno miraba al Chino ya era más difícil.

Porque el Chino parecía concentrado, pero era otra cosa.

Era el dolor.

El dolor, que ahora le bajaba por la clavícula y se le incrustaba en las vértebras y que era mismamente como si su abuela hubiera agarrado una de sus agujas de hacer ganchillo, la hubiera puesto al rojo vivo y anduviera entretenida en hurgarle por el interior de los huesos con ella.

Espera, nene, un poquito más. Y deja que dé la vuelta por aquí. Que me gusta más por el cartílago articular y hacia el glenoideo, ¿ves?

El Chino tomó aire y se dijo que lo mismo era por eso por lo que don Piazentino había hecho aquella pausa. Porque lo mismo aquel dolor había salido de él de alguna forma y se había manifestado en el exterior. Y tal vez fuera así. Porque los otros tres, el Currito, el secretario y don Piazentino, lo miraban. El Chino se aferró a su estuche de cuero, ese que siempre llevaba.

—Con permiso, quisiera ir al baño —dijo.

—Claro, Chino, claro. Ambrosio, muéstrale.

Y ahí fueron, los dos. El Chino tuvo aún humor para mirar atrás, al pobre Currito, chupado e insignificante, con los huesos que se le podían contar y con su camisa del Alcampo, que se

quedaba solo con el gran jefe.

Sonrió para sí. Pero la aguja de la abuela le dio entonces otro tirón y tuvo que apretar los dientes y sisear. El tal Ambrosio lo miró un momento y le hizo un gesto de que sí, que lo comprendía. El Chino se cagó en la calavera de sus muertos.

El Chino se miró en el espejo del baño y se dijo que claro que aquello se había manifestado en el exterior. Si parecía que estaba sudando leche helada. Porque era como si sus ojos se los acabaran de arrancar a un cadáver. Aparte la textura de la piel.

Se miró y luego, despacio, como se hacían las cosas, puso su estuche junto al lavabo y, siseando ante la siguiente acometida, lo abrió. Dentro la jeringa, la aguja, la solución que ya le había mezclado la María del Rosario aquella mañana. Después el sentarse en el inodoro mientras trasteaba con la goma. La aguja goteando líquido ambarino.

La paz.

La paz en inclinación de cuarenta y cinco grados y como cristales de algodón corriendo por sus venas. Como caballos al galope tirando de minúsculas ambulancias. Entonces aquella nube llegando y disolviendo el dolor. El dolor como un líquido poroso, como un gemir de cañerías. El dolor en retirada, yendo a esconderse a lugares ocultos desde los cuales trazaría planes para los siguientes días.

—Joder —dijo.

Luego se aflojó la goma y se quedó sentado en el inodoro, la tapa bajada, los ojos fijos en sus propios ojos en el espejo y sabiendo que aún no podía levantarse. Y al mismo tiempo perforando los rincones. Cada sombra. Las pupilas dando vueltas en torno a la habitación mientras escrutaban. Y el temblor de la mandíbula.

El Chino esperó treinta segundos más. Después se levantó de golpe y empezó a meter las cosas en el estuche.

Por supuesto todas las opciones habían sido consideradas. Muchas veces. Todas tenían sus contras. Por ejemplo, la detención de don Jorge. Fácilmente descartable. Porque una persona no podía estar detenida durante siete años por la policía sin que se supiera de él. Y lo mismo pasaba con las demás opciones una vez que se aplicaba el sentido común.

El Chino asentía. Había desenvuelto otra barrita energética y la masticaba lentamente, el papel dorado crujiéndole entre los dedos. Don Piazentino hablaba con voz monótona. Desgranaba como si aquello no fuera más que un discurso de rutina en un consejo de administración. Lo mismo pasaba con las otras opciones. Cada una sus inconvenientes.

Alguien lo mató e hizo desaparecer el cuerpo. Bien, sin duda habría gente a la que no le hubieran faltado motivos. Pero también tenía sus problemas. El principal, que no había pistas.

Que no se había visto el quien por ningún lado. Y que tampoco estaba clara la utilidad de matar así porque sí a don Jorge. Don Piazentino se echó hacia delante en el sillón.

—Claro que está la posibilidad del secuestro. Que alguien se lo llevara para sacarle información, claves, números de cuenta. Y que después lo matara. Puede ser. No se descarta. Pero eso también tiene un problema. Y es que uno no se lleva a Jorge para sacar cuatro cuartos. No, se lo lleva para sacar un buen filete. Pero, claro, nosotros, durante todos estos años, hemos estado vigilando. Por si en algún momento viéramos el detalle. El detalle del pedazo de tarta que de pronto faltara y que nos permitiera decir: «mira esto, fue por esto por lo que se llevaron a Jorge y es esto lo que Jorge terminó por decirles». Solo que, por más atentos que hemos estado, no hemos visto nada. Todos los pedazos de tarta están en su sitio. Razonablemente.

Aparte la opción del accidente, y los mismos inconvenientes que las demás. Porque ¿qué accidente provoca que no se encuentre ni rastro del cuerpo durante todo ese tiempo? Y más teniendo en cuenta cómo se produjo la desaparición del gran hombre y lo que pasó luego con el coche. No.

Así que ahí estaban. El Chino y el Currito frente a don Piazentino, que era algo así como un igual de don Jorge. Igual de importante. O quizá un poco menos nada más. El capo hablaba y no paraba, y el Chino se preguntaba qué representaba todo aquello. Porque era algo que también había que considerar.

Así estuvieron hasta que don Piazentino se echó atrás y puso las manos sobre las rodillas.

—Claro que hay otra opción. Tú la sabes, Chino. La opción de que todo aquello fuera hábilmente orquestado por Jorge para borrarse. Para desaparecer. Tampoco lo descartamos, pero nos extraña. Nos extraña, sobre todo, la ausencia de pistas. Porque uno puede esconderse un tiempo, pero no tanto tiempo ni tan bien.

Don Piazentino tomó aire, sonrió.

—Y ahora, Chino, pregúntamelo.

El Chino hizo una pelota con el papel dorado, carraspeó.

—Con el debido permiso, don Piazentino. ¿Yo qué pinto en esto?

—Pintas, Chino, que hay otra opción más, ¿sabes cuál?

—No.

Don Piazentino sonrió. Y ahí vamos, pensó el Chino.

—La opción de que no pasara nada de lo anterior. La opción de que pasara otra cosa. Una en la que nadie ha pensado en todo este tiempo. Porque, piénsalo, Chino. No sabemos nada. Esa es la verdad. Y lo principal, lo que pasó, ¿dónde pasó? Pasó allí, en tu tierra. ¿Y quién va a entenderla mejor que tú? Entonces, Chino, ahí entras tú. Aparte que sepas que no estás solo, Chino. Que me entiendas bien. No es que ahora todo recaiga sobre tus hombros. No. Hay más gente trabajando en esto. Un millón de ojos por todas partes. Por Asia, por Escocia. Por todas partes y considerando todas las posibilidades. Pero, yo me decía, «la clave está en lo que pasó

aquella noche». Porque la realidad, Chino, es que seguimos sin saber qué pasó en aquel parking. Y, Chino, ¿quién mejor que tú?

El Chino apretó un poco más la pelota de papel entre los dedos, volvió a carraspear.

—Con el debido respeto, don Piazentino.

—Dime, habla con confianza.

—Yo estoy retirado. Estoy enfermo.

—Lo sé, Chino, pero ¿sabes qué pasa? Que aunque esto no sean más que negocios, a veces se le coge cariño a la gente. Cariño yo a Jorge. Cariño tú a Jorge y Jorge a ti. Porque vosotros erais amigos. Y él y yo también. Que tuvimos alguna diferencia, sí. Pero amigos. De los pocos que se hacen en esto. Y ¿sabes qué pasa? Que a veces me siento mal. Porque me doy cuenta de que, tal vez, no cuidé bien de mi amigo. Porque lo desatendí. Y me dije: ¿quién más puede sentirse así? ¿Quién es uno listo de verdad que, además, pueda aportar ese extra de voluntad que trae consigo el cariño? Y me dije: el Chino Mendoza. Ese es tu hombre.

Don Piazentino hablaba con pasión e, incluso, durante un momento, se echó hacia delante y extendió la mano como si fuera a rozar la rodilla del Chino.

—Y tú sabes lo que decía Jorge siempre. Que debíamos cuidarnos los unos a los otros. Y sé cómo suena el término «familia». —Sonrió—. Pero yo quiero cuidar de Jorge. Y quiero cuidar de ti, Chino. Porque ¿no están tus hijos por ahí estudiando? ¿No están en los Estados Unidos haciendo sus carreras? ¿Y no estás preocupado por ellos? ¿No te obsesiona lo poco que te queda y lo que quieres dejarles? ¿No te preocupa cómo va a quedar tu esposa cuando no estés?

—Sí.

—Entonces, Chino, ¿no vas a cuidar de mí para que yo cuide de ti?

—Ya.

—La cuestión es lo que pasó aquella noche, Chino. Los hechos que tuvieron lugar en aquel parking. Esa es tu misión. Y dispones de todos los medios. La organización es tuya, ¿comprendes? Entonces, si alguien te pone alguna pega, tú les dices que descuelguen el teléfono y hablen con quien tengan que hablar. Y, si aun así alguien te pone alguna pega, entonces llamas a Ambrosio directamente. Y, Chino, que me entiendas una cosa. Esto no es para que te pongas a hacerlo dentro de una semana o después de las vacaciones. No, Chino, esto lo quiero hecho ya, rápido. Quiero que te pongas mañana, ¿me entiendes? Deja cualquier otra cosa.

Las palabras de don Piazentino resonaban en la cabeza del Chino mientras volvían a bajar a la lancha y mientras esta atravesaba el brazo de mar. Estaban ahí mientras el Chino metía los dedos en el agua y cuando entraron en el coche. Durante más de una hora ni el Chino ni el Currito dijeron una sola palabra. Un poco antes de Fuente la Higuera había un nudo de carreteras y una estación Galp. El Chino la señaló con el dedo.

—Para ahí —dijo.

—¿Otra vez?

—Sí.

El Currito salió del coche y se fue rumbo al restaurante. El Chino se acomodó en el asiento del copiloto y volvió a sacar el estuche y la jeringuilla. Después sus botas crujieron en la grava del parking. El Currito lo esperaba sentado a una mesa.

—¿Bien?

—Bien mis muertos.

—Si quieres te consigo otra cosa. Midazolam, Dexametasona...

—No, esto va bien.

El Chino pidió un café y puso los codos sobre la mesa. El Currito tomó aire.

—Solo de verlo se me han puesto los huevos..., quiero decir, una cosa es verlo por la tele. Pero así en persona...

—Haberle pedido un autógrafo, Currito.

Luego volvieron al coche. El Currito vigilaba al Chino. El Chino miraba por la ventanilla y se notaba que iba maldiciendo por dentro en arameo. Luego surgió ya la ciudad a lo lejos, con la catedral como un asta de lanza que sobresaliera de un corazón blanco. El Currito la dejó a la izquierda y se fue orientando por los carriles de la huerta. Ahí limoneros, ahí un palmeral. Higueras y pájaros. Luego el Currito paró ante la verja y el Chino abrió la puerta y llamó a los perros. *Tino* llegó corriendo y le lamió las manos, pero *Casal* se mantuvo a distancia. El Currito aparcó el A4 al lado de su Mondeo. Entre la mimosa y la encina ronroneaban las tórtolas.

—¿María del Rosario está? —dijo el Currito.

—No.

—¿Quieres que me quede?

—No. Es por la tarde. Prefiero estar solo un rato. Pensar.

El Currito se quedó callado un momento. El Chino lo miró.

—Estás pensando qué pasa contigo.

—Sí.

—Pues es fácil. ¿Tú formas parte de la organización o no?

—Sí.

—Pues eso, Currito. ¿No lo has oído? La organización es mía. Así que aquí mañana, temprano. Que a mí, cuando me vienen los dolores, se me va la cabeza y no puedo conducir.

El Currito no dijo nada. El Chino se rio por dentro y sacudió la mano en forma de despedida. El Currito se pasó a su coche y salió marcha atrás. El Chino cerró la verja y le dio el tiempo justo de llegar a la silla antes del siguiente hincazo del molde de su abuela.

Se dejó caer. Apretó los dientes.

—Joder.

2

Todavía el día 1

Cuando, cerca de las nueve, llegó María del Rosario, aún estaba ahí. Medio dormido en la silla, medio mirando a los pájaros y medio sudando aquella leche agria y helada. Era la hora dulzona de las daturas y los pinzones y el agua caía mansa de la tinaja. Después se iba por el canal domesticado que cruzaba el parterre. A la sombra se estaba bien y olía a limón y a clavo.

María del Rosario acercó otra silla y se sentó junto a su marido. El Chino se agitó súbitamente y gruñó.

—¿Qué haces? —dijo ella.

—Vigilo fantasmas —dijo él.

Ella se quedó callada. El Chino le señaló a los perros.

—Están raros.

Ella siguió la indicación de la mano y lo miró.

—Eso son cosas tuyas.

—No, mira.

Así que se levantó y durante unos minutos trató de acercarse a los perros, pero no hubo forma. *Tino,* todavía, se le acercaba a la mano. Pero costaba trabajo. Porque primero había muchos amagos y muchos gañidos. Aparte se notaba que lo hacía más por el instinto de obediencia ancestral al amo que por verdadero deseo. *Casal* directamente huía y se escondía entre las matas. Desde ahí acechaba con ojos brillantes mientras se orinaba encima. El Chino miró a su mujer y volvió a sentarse. María del Rosario era una mujer más bien baja, muy morena. De ojos muy oscuros y antigua raza gitana. Muslos poderosos y grandes pechos. Andaba un poco ladeada hacia la izquierda. Cosa de un mal parto. El Jesús.

—El Jesús llamó hoy —dijo de pronto—. Desde..., ¿cómo era?

—Milwaukee.

—Eso.

—¿Y qué tal?

—Bien. Tranquilo. Quería saber cómo estabas. Le dije que igual.

—Bien. ¿Y el Aarón?

Ella se encogió levemente de hombros.

—Ya sabes cómo es.

El Chino no dijo nada. Bien que lo sabía. Hubo un silencio. El Chino notó que ella estaba preocupada y valoró y decidió que no era nada de los críos, que era otra cosa. Así que se calló. Porque bien sabía que era mejor que ella saliera por su camino a que él le anduviera preguntando. Esas cosas de las mujeres, se dijo. Sobre todo de la mujer de uno.

—No me gusta que estés así solo tanto rato —dijo ella.

—Ya.

—Y no me gusta encontrarte así solo, sentado en la silla. Me da miedo.

Él no dijo nada. Parecía esperar.

Todo había empezado con un «estoy cansado». Estoy cansado y no tendría por qué estarlo. O un no tengo tanta hambre como solía tener. Y poco a poco aquella sensación. Extendiéndose. Como si tuviera los huesos llenos de líquido. O de un metal líquido. El Chino sintiendo cómo aquello se movía dentro de él. Un poquito cada vez y cada día un poco más fuerte. Luego fue obvio que se dejaba comida en el plato. Cantidades importantes. Él. Más tarde vino lo de no respirar bien. Lo de estar por la noche en la cama y de pronto despertarse buscando aire y como si algo le estuviera apretando los caminos que llevaban hasta sus pulmones. Pues será asma, o algo. Alguna alergia. Poco remedio había, en cualquier caso. Así que con una mano en la pistola y la otra en el inhalador.

La calavera de los muertos del inhalador.

Pero sí. Todas las noches un par de tiritos. Porque si no se ahogaba. María del Rosario le rogaba que fuera al médico. Él le decía que si ella se pensaba que él tenía tiempo para médicos. Porque no venía bien. En la coyuntura. Que estaba todo en modo avispero. Porque don Jorge Illescas, el gran hombre, había desaparecido y nadie sabía cómo había sido. El gran misterio universal. Así que todo el mundo del Chino, todo el universo tan específicamente diseñado por el gran hombre para que todos estuvieran tranquilos, había saltado por los aires.

Luchas por el poder no había habido, eso no. O, si las había habido, eso había pasado tan arriba en la pirámide que los de abajo no habían notado ni la brisa. Pero sí que había pasado que algunos se hubieran puesto farrucos y se hubieran probado. Por ver si las costuras estaban bien cosidas.

El Chino aguantando. En su puesto.

Haciendo de sastre que vigila las costuras y con el inhalador bien agarrado. A ratos ahogándose y a ratos tosiendo. Y con la sensación de líquido en los huesos y, también, a veces, un poco de dolor. Más por la zona de la clavícula, pero también lo mismo más abajo. Atrás.

—Ve al médico.

—No tengo tiempo, nena.

Luego todo había estallado.

Fue como dos años atrás, cuando todavía había alguno que se creía lo bastante guapo como para. Unos cordobeses. Que luego se supo que, en realidad, se estaban dando un autovuelco. Primero les vendieron el hachís a unos franceses y luego, cuando los franceses estaban transportando, los atracaron. Negocio perfecto. Porque además la culpa era de los franceses por no saber vigilar bien. Y ellos contentos. Con el hachís y la pasta. Negocio redondo y qué listos somos. Solo que no.

Así que el Chino y el Currito se vieron una semana encerrados en un garaje por la zona de Guadalmansa. Con las piquetas y los martillos y los cuatro cordobeses y hasta que saliera todo y todo quedara claro.

Entonces el dolor, de golpe. Manifestándose.

Como si un indio le hubiera tirado con una flecha y le hubiera acertado justo en el hombro. Como en las películas. El martillo cayéndosele y rebotando por el suelo y el cordobés en cuestión más asustado todavía de lo que ya estaba. El Chino bañado en sudor helado, caído de rodillas. El Currito se le acercó con los ojos cristalinos.

—¿Qué haces?, ¿qué te pasa?

Tirado en el suelo, contra la pared, lo tuvo que poner. Ahí pasó la tarde y la noche. Los serbios lo tuvieron que sacar a rastras al día siguiente. Los cordobeses, con la que tenían, lo miraban con lástima.

Luego los médicos, porque ya no había más remedio. Y el fantasma. El aperreo.

Que si ahora una radiografía y ahora una analítica en plan triunfante. Y para mañana dejamos una buena resonancia y ya te diremos qué día te hacemos otra en el cerebro, por descartar cosas.

Un no sé qué de positrones y al Chino que le entraba la poca risa que le iba quedando en el cuerpo.

—Positrones, nena, si mi abuela levantara la cabeza. Mi abuela, que se murió agarrada a la mecedora en la puerta de su casa.

María del Rosario iba llorando por los rincones. El Chino la miraba y le dolían más las lágrimas de ella que lo otro.

—No llores, coño. Que nosotros no somos así. Que nosotros siempre lo hemos dicho, que, si tenemos que morirnos, pues nos morimos.

Solo que, claro, para aquello había que valer. Y ahora se veía.

Aparte los médicos, tan competentes y tan simpáticos. Con aquella cara de no te digo trigo por no decirte Rodrigo. Y todo como si aquello fuera una partida de cartas y subiendo el nivel de cada apuesta.

—Pongo una biopsia.

—Veo tu biopsia y subo a broncoscopia.

—Veo lo tuyo y subo a punción.

Los ojos del Chino asistiendo a todo aquello.

—Estadio cuatro —le dijeron.

O sea, no ya el cáncer, sino las metástasis. La parca asomando la jeta temblorosa. Polvo al polvo y esas cosas.

Allí el médico jefe, con sus gafitas, a un lado de la mesa. El médico, o la presencia del médico, o la voz del médico. Y al otro lado del ring, la María del Rosario y el propio Chino.

—No hay que perder la esperanza —decía el médico.

Porque hoy en día había medios muy avanzados y la ciencia descubría un milagro cada día. Entonces todo podía ser. Sobre todo si tenía una actitud positiva y luchaba por seguir. Y lo decía así, «por seguir». Lo decía, pero en sus ojos había otra cosa, una más de moscas poniendo huevos en el interior de un pedazo de carne y luego un hervor de gusanos furiosos. Pero sí, luchar. Sobre todo por María del Rosario, para que quitase esa cara. Solo que un día, en mitad de estar en uno de aquellos tubos de acero llenos de luces y zumbidos, se dio cuenta de que no. Así que empezó a quitarse correas y a abrirse camino. Los médicos espantados, claro. María del Rosario mirándolo con aquellos ojos de «entonces es verdad que me dejas sola, cabrón».

Así que nada. María del Rosario con los ojos llenos de abismos y el Chino apretando los dientes y pinchándose. Aparte de que no se lo creía mucho.

¿Morirse?, decía, veremos.

Solo que, como quince días antes del día 1, pasó otra cosa.

El Chino en casa. En la cocina. Sentado a la mesa y con un café bien negro. Todo tranquilo, rutinario. Hasta que de pronto los perros empezaron a ladrar como si se los estuviera llevando el infierno. Él asomándose a ver. Y entonces, en el momento de él asomarse, cuatro cosas.

Primero algo así como un clic en el cielo.

Después un momento de silencio. Como si algo hubiera accionado el mando a distancia del mundo. Las chicharras, los pájaros. Los perros apretados contra la verja y goteando cristales por la punta de la pinga. Un par de segundos, tal vez.

Entonces una especie de chillido. Como el que hubiese emitido un cuervo metálico. O un lejano columpio oxidado. Repitiéndose una vez, luego otra, luego otra.

Después, varios saltamontes grandes revoloteando entre las higueras. Saltamontes, pensó el Chino, verdaderamente muy grandes. Desproporcionados.

Después alguien más. Algo más. Tal vez durante dos parpadeos.

Justo donde los saltamontes y donde la sombra era más profunda.

Una niña.

Una niña de unos cuatro años que irradiaba una soledad desesperada. Como desde el fondo del mar. Llevaba un sobretodo azul con flores blancas como el que hubiera llevado una niña de

cincuenta años atrás. Los rizos morenos sobresaliendo por entre el pañuelo tan blanco.

Los dos se miraron un momento. Luego ella abrió la boca como para gritar.

Y entonces ya no estuvo.

El Chino bañado en sudor. Aquel sudor agrio y blanquinoso.

—Cántame algo, Chino. Que ya nunca cantas.

Ya eran las once. Les correspondía el turno a los grillos y a las madreselvas. La temperatura había bajado y el agua rumoreaba. Después de cenar ella le había traído una rebeca para que se la echara por encima y no esperaban a nadie. Las flores amarillas de la mimosa se adosaban a los huecos que dejaban sus pies y se mezclaban con la grava del camino de entrada. Ella tembló. Él la miró y quiso comérsela. Quiso comérsela allí mismo y quiso volver a conocerla para volver a vivir todos los segundos que había pasado a su lado.

Todos esos segundos, se dijo el Chino. Uno por uno y despacio. Porque eso es lo que eres, al final. La suerte que tuviste.

—¿Qué te canto?

—No sé. Lo que te salga.

El Chino lo pensó un momento. Luego entonó. Su voz tembló un momento, como si contuviera un corazón.

Porque morir es natural.
Yo no le temo a la muerte,
porque morir es natural.
Le temo más a la vida,
porque no sé dónde voy a llegar
con esta cabecica mía.

Él lo cantó y la miró. Ella sacudió la cabeza.

—No tiene gracia —dijo.

Él levantó un dedo. Reclamó atención.

Nunca debería jugar.
El que no sabe perder
nunca debería jugar.
Cualquiera sabe ganar,
pero el hombre donde se ve
es cuando pierde y se va.

Ella lo miraba. Él sonrió, triste.

—No me sale de otra manera —dijo.

Todavía estuvieron un rato ahí. Oliéndose los sudores del día. Él conservaba algo del aroma del mar de la mañana, o así lo dijo ella. Ella olía más a la col y a la patata. Sin embargo, todo era devorado por la lluvia atronadora de los galanes de noche. Seguían cogidos de la mano, sin hacer nada. Luego ella le preguntó que cuánto le preparaba para la mañana siguiente y él le dijo que una botella completa. Ella se levantó y se fue, las zapatillas pisando el chinarro del camino. Pasado un rato, coincidiendo con un momento en que todos los grillos se callaron de pronto, él se levantó y fue a por la manguera. Luego se sentó otra vez en la silla de plástico a regar las plantas. Los perros, medio escondidos, lo vigilaban.

—Cabrones —dijo él.

Pero no los culpaba. A ratos canturreaba para sí.

Canturreaba algo que nadie podía comprender y, a la vez, tenía el oído atento. Por si oía el clic. Por si aquello hacía por manifestarse.

—Te espero, cabrón —le dijo a la noche.

Luego los grillos siguieron cantando. El Chino tomaba aire cada poco. Como si aquello fuera muy valioso. Como si él fuera muy consciente de lo valioso que era todo aquello.

3

Día 2

El Currito llegó temprano y se encontró al Chino en el jardín con el sombrero sobre las rodillas. Lo interrogó con la mirada y el Chino le señaló a los perros, que estaban medio escondidos entre las matas. Hicieron silencioso tiempo hasta que fue la hora y entonces salieron en el A4 del Chino. Bordearon la ciudad por la parte sur y se arrimaron a las primeras estribaciones de la sierra. A la entrada del carril había un coche hábilmente estacionado a un lado y dentro dos muchachos gitanos, todo collar, chándal y pistola puesta en la gomilla.

Dos muchachos igual a cuatro ojos inexpresivos.

—¿Qué queréis?

—Venimos a ver al Pepón.

—¿Tú eres el Chino Mendoza?

—Soy yo. —El Chino se quitó el sombrero.

Los dejaron pasar. Los árboles eran una sopa de colores y nubes que levemente flotaban. Las flores, entrando a millones por las ventanillas bajadas del coche, golpeaban en la cabeza y aturdían. El Currito aparcó y los dos se quedaron un momento callados.

—¿Cuántos años tendrá ya el Pepón? —dijo el Currito.

—No sé. Andará por los setenta y bastantes ya. ¿Importa eso? —dijo el Chino.

—No.

Bajaron. El Pepón era una leyenda, pues no en vano había sido aquello intermedio entre chófer y guardaespaldas de don Jorge durante casi treinta años. Antes de tocar a la puerta esta se abrió silenciosamente y otros dos ojos morenos se los quedaron mirando. Un muchacho fino, tranquilo, sin un miligramo de grasa en el cuerpo. Otra vez un collar y dos ojos sin expresión.

El muchacho calmado no dijo nada. Solo señaló. Más adelante había un pasillo lleno de geranios y al fondo un patio con manises azules. Ahí, sentado en una silla de madera, inmensamente oscuro y con el sombrero puesto, estaba el Pepón Carpio. El bastón le bajaba desde las manos llenas de manchas hasta los zapatos relucientes. Sus ojos resbalaron por encima del Currito y se fueron directos a los ojos del Chino. Abrió los brazos.

—Cada vez que te veo, Chino, siento al Bengui dando vueltas por la casa.

—Al Bengui lo llevo yo sobre los hombros, Pepón —dijo el Chino.

Luego el Chino se quitó el sombrero y los dos se abrazaron y se besaron en las mejillas. El

Pepón les señaló un par de sillas.

—Chino, dime, ¿qué tengo que hacer ya para morirme tranquilo?

—No sé, Pepón. Pero hoy no toca.

El Chino habló un buen rato. El Pepón ya sabía de la misa la media y escuchaba aquí o asentía allá. Cuando el Chino terminó, hubo un buen rato de silencio. El Pepón suspiró.

—¿Por qué tú, Chino?

—Yo también me lo pregunto.

—Lo que entiendo es que no te dieron opción.

—Ni una miaja —dijo el Chino.

El Pepón volvió a suspirar.

—Un día, después de que el gran hombre hubiera desaparecido, vinieron y me dijeron: «Compra ese parking, Pepón». Y yo fui y lo compré.

—Me dijeron eso, sí.

—Y tú quieres ir allí.

—Quiero ir allí y quiero la visita guiada.

El Pepón asintió. Reflexionó unos instantes.

—¿Y qué quieres ver exactamente?

—Todo. La zona. También las grabaciones.

—Pero todo eso ya se vio en su día, Chino. Le dieron vueltas y vueltas a eso. Los coches que entraban, los coches que salían. Lo miraron y lo volvieron a mirar, pero no sacaron nada en claro.

—Lo sé, Pepón.

El Pepón asintió, volvió a estar unos momentos callado.

—Pero seguro que quieres algo más.

—Sí, quiero hablar con Salva.

El Chino lo dijo y la mano del Pepón se hizo piedra sobre la empuñadura del bastón.

—Chino, ese limón ya se exprimió, ¿crees que no hablaron con él?

—Imagino que sí.

—Pues hablaron. Y «hablaron». Le hicieron mucho daño, Chino.

—Créeme que lo siento, Pepón. Pero lo que es, es. Y no hay más.

El Pepón alzó los ojos y miró al Chino. El Chino se encogió de hombros.

—Pepón, ¿tú crees que a mí me interesa esto? ¿No crees tú que preferiría estar tranquilo en mi casa? Pero es que no puedo, Pepón.

El Pepón asintió.

—Me amenazas lo mismo que te amenazaron.

—No tengo más remedio que suplicar tu ayuda.

—Chino, ¿dónde ha sido lo más lejos que has estado nunca de tu casa?

—No lo sé, Pepón. ¿Importa eso?

—Tú dímelo.

El Chino se rascó la cabeza.

—No lo sé. Yo soy hombre de aquí.

El Pepón cerró los ojos.

—Yo he conducido por las carreteras de montaña de Afganistán. Y era capaz de moverme de Porta do Cerco a Luis Camões con los ojos cerrados, ¿entiendes? Con un dedo en el volante, así. El camino de Zhuhai a Hong Kong, subiendo por el río, cruzando los nueve puentes, ¿cuántas veces lo habré hecho?, ¿mil? —El Pepón estaba pensativo. Abrió los ojos de pronto—. Ahora dicen que hay un puente que va directo desde Macao a Hong Kong. Dicen que lo hay, Chino, pero si hablan de él por la tele yo cambio de canal. Porque no quiero verlo. No he querido verlo y no lo veré.

—¿Por qué me cuentas esto, Pepón?

—Porque el mundo es muy grande y está lleno de rincones, sobre todo para aquel que sabe que los rincones existen.

—Y me estás diciendo que don Jorge sabía de esos rincones.

—Sí, Chino, eso te digo.

—¿Entonces?

—Entonces, Chino, todo es una farsa. Un montaje. Chino, ¿de verdad crees que te han contado la verdad de lo que pasa?

—No.

—¿Entonces? —El Pepón sonrió.

—Entonces, no me importa, Pepón. Me pone un poco nervioso, pero no me importa.

—Yo voy a hacer lo mío y luego me iré a mi casa.

El Pepón lo miró con cuidado. Tomó aire.

—¿Sabes qué pasa cuando dos personas se pasan miles de horas juntos? Pasa que, al final, se conocen. Que son como de la familia, aunque cada uno haya bajado por una chimenea distinta. Y eso nos pasaba a don Jorge y a mí. Nos cuidábamos, nos protegíamos. Más aún. Nos acostumbramos a estar juntos, ¿entiendes?

—Entiendo.

—Luego, cuando él dejó Asia y se instaló aquí, pues pasó igual. Venía a mi casa y se sentaba ahí fuera. Porque cada uno necesitaba hablar con el otro. Porque el otro se había convertido, de alguna forma, en el fiel de la balanza del uno. Y solo frente a frente terminábamos por saber cada cual quien era.

—Entiendo —volvió a decir el Chino. El Pepón lo miró muy fijo.

—¿Quieres saber dónde está don Jorge? Yo te diré dónde buscarlo. Se llama Asia. Se llama el río de las Perlas.

—Ya, Pepón, ¿y si no?

—Y si no, ¿qué?

—Si no es que se fue.

El Pepón había hecho un gesto y el muchacho tranquilo lo había ayudado a levantarse. Ahora iban los cuatro por el pasillo. El Pepón arrastraba los pies. Se detuvo a la puerta y tomó al Chino por el brazo.

—Me dijeron: «va a ir el Chino Mendoza a verte». Me lo dijeron y yo vi al Bengui removiéndose. Porque me dije: va a ser por lo de la desaparición de don Jorge. Entonces me puse a pensar. ¿Y sabes qué pasa? Que el Bengui, de tanto darme vueltas, me está mareando, ¿sabes por qué?

—No.

—Porque, Chino, si don Jorge se fue voluntariamente, ¿querrá que alguien lo encuentre o no?

—Imagino que no.

—Y entonces, Chino, si yo hago por ayudarte a encontrarlo, ¿le estoy haciendo un favor a él o no?

—No, pero no has contestado a mi pregunta.

El Pepón tomó aire. Se apoyó con más fuerza en el muchacho calmado.

—¿Te acuerdas del Espinosa?

—Me acuerdo.

—Pues eso. —Los ojos del Pepón y los del Chino coincidieron un momento. El Pepón pareció soñar. Luego se encogió de hombros—. Eso es lo que le haría al que le hubiera hecho algo a don Jorge. Pero no soñemos, Chino. La verdad es que don Jorge se fue. Y no hay más. Y cuando veas toda la cuestión del parking, tú también estarás convencido.

—Ojalá que sí, Pepón.

Luego los dos hombres se besaron en las mejillas.

—¿Vas a ir a ver a doña Victoria? —dijo el Pepón.

—Sí.

Se despidieron. Mientras el Chino y el Currito iban hacia el coche les llegaron las últimas palabras del Pepón. Algo que el Pepón dijo al viento o a los árboles. El coche dejó atrás el poblado y tomó hacia la ciudad, bordeándola por el sur esta vez. Luego agarraron por la autovía en dirección a Lorca. El Chino iba comiéndose una de sus barritas y el Currito iba dándole vueltas a la cabeza. No habló hasta que ya habían pasado Totana.

—¿Qué fue lo que el Pepón dijo al final, cuando ya nos íbamos?

El Chino se rio.

—*Ler bengorrós tue liqueren* —dijo.

—¿Y eso qué significa?

—¿Literalmente?

—O como sea.

—Literalmente: «que los demonios te lleven».

—Lo que no sé es por qué estás aquí, Chino. Lo que no sé es por qué tengo que hablar contigo.

Doña Victoria, la esposa del gran hombre, debía de andar cerca de los sesenta. Conservaba cosas. Seguía siendo alta y rubia. Delgada y de labios perfectos. También perfectos los ojos, las manos, las uñas y el cabello. Aparte el vestido, verde claro a juego con los ojos, y las sandalias del color del cobre. Y todo lo demás. El jardín inmenso, sombreado por cientos de palmeras. O la piscina con vistas al mar. Por supuesto no había estado nada contenta con la visita del Chino. Este se había limitado a sentarse en la terraza, bajo la sombrilla, y a dejar el sombrero al lado de la jarra de té helado. Después había abierto una de sus barritas energéticas y había esperado a que el temporal amainara. Se notaba que ella tenía ganas de hincarle las uñas pintadas de Russian Red en la mismísima cara. Como si él tuviera la culpa.

—Doña Victoria, esto es fácil. Yo le pregunto cuatro cosas. Usted me las dice. Yo me voy. Sencillo.

—He tenido que engañar a mi hija, ¿entiendes? Para hacer que se fuera. Para que no apareciera por aquí y te encontrara removiendo la mierda. Y, Chino, ¿tú te crees que todo esto no me lo han preguntado ya mil veces?

—Doña Victoria...

—Doña Victoria, y una polla. Estuvieron en mi casa, Chino. Con esos modos tan suaves. Y esa amenaza tan sutil. Me amenazaron, Chino. A mí. No dijeron nada en concreto, pero estaba claro.

El Chino se removió incómodo en la butaca. Abajo del todo, casi a sus pies, estaba el mar. El mar se agitaba y rumoreaba, lo que al Chino le parecía altamente sospechoso. Era evidente que el Currito, puesto en un rincón, volvía a sentirse como la mosca en la sopa.

La mujer apretó los puños. El Chino carraspeó.

—Doña Victoria, con permiso. Seguro que usted tiene por ahí un teléfono al que llamar para cuando pasan cosas como esta. Entonces, vaya y llame si quiere. Y vea qué le dicen. Si quiere, le digo la contraseña.

Doña Victoria había encendido un cigarro. Ahora miró al Chino.

—Encima no me jodas, Chino.

Luego, como entre escupitajos y cigarros apagados de cualquier manera en el cenicero, entre entradas y salidas de la chica de servicio, fue surgiendo la historia.

—Jorge era un capullo, un cerdo. ¿Qué quieres saber?, ¿si éramos pareja? Vete a la mierda, Chino. Si pusiéramos en fila todas las zorras que se tumbó el cabrón ese desde que nos casamos

ocupan la autovía desde aquí hasta Alcantarilla. Sin tocarnos desde el ochenta y pico, ¿entiendes? Él sus negocios y yo los míos.

—No me interesa eso, doña Victoria —decía el Chino, manso—. Y, sinceramente, hubiera preferido en la otra casa.

—No me jodas, Chino. Ya te lo he dicho antes.

Pero ella se había preparado la lección y tenía, sobre la mesa del comedor, unas enormes fotos aéreas de la otra casa. Todo a enorme resolución. Los jardines, la piscina, la casa grande, la casa pequeña, los garajes con la colección de coches, el pabellón del cine, la verja, la entrada principal, la entrada trasera. Los hizo pasar y se sirvió algo de una botella de cristal tallado. Después tomó mucho aire y empezó. Señalaba y hablaba con la voz de quien ha recitado una lección un montón de veces.

—Ese día él regresó sobre las siete de la tarde. Había pasado el día entero fuera. Eso era lo normal. Una reunión en Alicante. No me preguntes con quién. Eso lo sabrán mejor ellos. Así que había comido allí. En esa época estaba muy tranquilo. No viajaba y la impresión era que tampoco se estaba tirando a nadie. La impresión entonces, claro. La verdad es que se había puesto viejo y que lo único que le gustaba era meterse en los coches a beber whisky o irse al pabellón del cine, aquí. Esto se lo hizo construir en 2012 o así. Ahí tenía su colección de películas y ahí se pasaba las noches. En plan prohibida la entrada a nadie. Entraban a limpiar y con las mismas salían. Punto. Ese día llegó a las siete y se duchó. Estuvo un rato por ahí arriba y luego bajó a cenar. ¿Quieres saber lo que cenó?

—No creo que sea importante.

—Lo tengo apuntado aquí, ¿eh?

—No hace falta.

—Bueno. Luego te llevas el papel, que no quiero que digan que no colaboro. Sobre las ocho y algo se fue para el pabellón. Si se iba era porque iba a dormir allí. Entonces, él se iba y ya no lo veía más hasta el desayuno, si acaso. Sobre las ocho y diez o así lo veo que cruza por aquí. Ni adiós dijo. Bajó por aquí y se encerró. Te tengo apuntadas también las películas que vio. Dos. Luego te llevas el papel también. Y ya no lo vi más. Bajó cruzando y hasta ahí sé.

—¿Qué pasó con la alarma?

—Mira, la casita del cine, ¿ves? Y este sendero que lleva a la puerta de aquí. Una para los jardineros y eso. Todo con su alarma y todo con sus cámaras. Entonces, chas, por arte de magia esta alarma se apaga a la una y diez. Y la cámara de aquí, esta que controla toda esta zona, también.

—¿Él tenía un mando?

—Sí. Él las apagó. Para irse. Luego se supo que lo había hecho otras muchas noches.

—Ya, ¿qué supone que pasó?

Doña Victoria pasó los ojos verdes del Chino al Currito y al Chino le dio la impresión de que le iban a fallar las piernas. Pero era brava. Una no podía llegar donde ella había llegado sin ser

brava.

—¿Qué supongo? No tengo que suponer nada, Chino. Se sabe que Salva, el chófer, estaba esperándolo aquí, entre estos árboles. Y que, como esta cámara estaba apagada, nadie lo vio salir por la puerta ni caminar estos cien metros. Así que se montó en el coche con Salva y se largó. Luego, como a las nueve de la mañana, me empieza a sonar el teléfono. Y empieza el jaleo y las preguntas.

Los pinos eran un jaleo de petirrojos y chicharras. El mar lo miraba todo desde abajo y era como una lupa sin sentimientos. El Chino se acercó más a la foto extendida sobre la mesa. Dio una vuelta y luego otra.

—Él quitó la alarma. ¿Qué pasó después?

Doña Victoria se echó a reír. Al Chino le dio la impresión de que flotaban hebras de locura en aquella risa.

—Se volvió a encender, misteriosamente, a la una y veintiún minutos. Chas.

—¿Qué pienso yo de esto?, ¿lo quieres saber? Pues he pensado mil cosas, Chino. Mil cosas. —Doña Victoria daba vueltas nerviosas por la habitación—. Lo primero que les dije cuando se presentaron fue que fueran a ver a la tal Tania, la tratante de arte. Les dije: id y ponerla panza arriba en la mesa y abrirle las piernas, y ahí en medio estará Jorge. Pero luego se ve que no lo tenía, porque la muchacha, que ya es bien vieja, sigue teniendo su galería de mierda en la Gran Vía. Así que pensé otra cosa. ¿Que si alguien le podría tener ganas a Jorge? Bueno, imagino que sí. Que soy idiota, pero no tan idiota como él pensaba que yo era. Así que un tiempo estuve pensando que estaba muerto. Que lo que había pasado fue que alguien sabía de sus andanzas nocturnas y secretas y ahí lo esperaron y se lo llevaron para lo que fuera. Venganza o sacarle algo, yo qué sé. Y luego, pues barril de ácido o lo que se suela hacer en esas ocasiones...

El Chino tenía el papel de la barrita energética en la mano y jugueteaba con él. Esperó diez, quince segundos. Carraspeó.

—Ha dicho que durante un tiempo pensó eso.

—Sí.

—Pero ahora ya no lo piensa.

—No.

—¿Y qué piensa?

Doña Victoria miró al Chino un momento. Se había quedado en un lugar indeterminado entre la mesa y el ventanal. Otra vez se echó a reír y otra vez pensó el Chino lo de las hebras. Hebras plateadas que ascendían, ondulaban, se enredaban. Por instinto, buscó los ojos del Currito.

—Chino, esto te queda grande. Eres demasiado ingenuo para este juego. Las cosas no tienen patas, Chino. Entonces, lo primero que hay que aprender aquí es que nada es casual. Y lo segundo es que hay un momento para pensar y muchos momentos para no pensar. Entonces, cuando toca no pensar, pues no se piensa. Y lo mismo con las preguntas.

El Chino se removió en la silla. Apretó un poco la bolita de papel crujiente. Los ojos de loca

de la mujer se calmaron un momento. Sonrió.

—¿Por qué no lo pienso, Chino? Si quieres saberlo, pregúntales a tus amigos. A los mismos que te han mandado hasta aquí.

Iban bajando ya. Primero había una escalinata y luego un sendero bordeado de palmeras. La verja zumbó. Doña Victoria, que era de alta como el Chino, iba pensativa.

—¿En serio lo vas a buscar?

El Chino se encogió de hombros.

—No es que lo vaya a buscar. Voy a tratar de aclarar lo que pasó aquella noche.

Ella lo pensó un momento.

—Chino, esto te viene grande. Avisado estás. Y no te fíes de nadie.

Luego cerró.

De camino a la ciudad tuvieron que sacar el coche por una vía de servicio para que el Chino volviera a pincharse. Se quedaron ahí un rato, a la sombra de una casa y con los asientos del A4 echados hacia atrás. El Chino en sus pensamientos y haciéndose aire con el sombrero. El Currito removiéndose inquieto. El Chino terminó por fulminarlo con la mirada.

—¿Qué llevas en la hormigonera? —le dijo.

El Currito tomó aire.

—No me acuerdo del Espinosa.

—¿Quién?

—El que dijo el Pepón antes.

—Ah. Es que ese no lo hiciste tú.

—Ya.

El Chino siguió mirando al Currito.

—¿Y qué le hicisteis? —dijo el Currito.

El Chino apartó la mirada y se encogió de hombros.

—Un secadero, Currito. Un secadero.

El Currito se estremeció. El Chino lo notó.

4

Día 3

El día 3 el Chino amaneció sentado en la silla de plástico y con cantar de gallos. Con daturas abriéndose, mirlos y jilgueros. Los pavos reales de la granja del otro lado del río le otorgaban a la mañana una nota asiática. Podría ser Bengala, o así lo decían las palmeras y la luna que recortaban. María del Rosario asomó con la primera luz, adormilada todavía. Se sentó al lado del Chino mientras aún estaba quitándose el pelo de la cara.

—¿Qué pasa, que ahora duermes fuera o qué?

—Me ahogaba, nena.

—¿Has dormido por lo menos?

—He tenido una visión. O algo parecido.

Ella había salido descalza. Ahora levantó las pantorrillas y estiró los pies. El Chino se fijó en la curva de su empeine.

—¿Qué pasaba?

El Chino tomó aire. Se concentró.

—Era como una caverna. Una especie de cueva.

—Y ¿tú estabas allí?

—Sí.

—¿Y qué pasaba?

—Era más bien un túnel. O una galería. Como esas de las minas en las que trabajaba mi padre. Yo había bajado...

—¿Y qué?

—Que, en realidad, no había bajado. O no recuerdo haberlo hecho. Estaba allí y, si miraba hacia el techo, veía las estrellas. Un pedazo de cielo. Luego avancé un poco hacia dentro de la galería. Entonces noté que algo se movía allí dentro. Algo se movía, pero no me asuste. Estaba tranquilo.

—¿Qué era?

—Era la niña.

—¿La misma niña?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Ella me tendió algo que llevaba en la mano. No sé el qué. No llegué a verlo. Porque, entonces, de pronto, la niña ya no estaba o yo no la miraba. Hubo algo así como un parpadeo. Como si hubieran encendido un neón en el techo que solo hubiera dado una vez.

—Y viste algo.

—Sí. Había un montón de cosas apiladas allí dentro. No exactamente apiladas..., clasificadas, puestas en orden.

—¿Cosas?

—Eran algo parecido a sacos. Sacos muy grandes, como sacos de dormir. Solo que no eran sacos porque eran... naturales.

—No te entiendo, Chino.

—Sí, eran de algo vivo.

—¿Un saco vivo? ¿Como un estómago?

—No, eran más bien vegetales.

—¿Como las vainas de los guisantes?

—Sí. O las de las bajocas.

—¿Y qué más?

—Entonces volvió a estar la niña allí, señalándome aquello. Porque ahora había un poco de luz y se podía ver un poco. Así que miro lo que me señala. La galería no terminaba nunca y había millones de aquellas vainas. Entonces ella me habló. Me dijo: «hazme una pregunta».

—¿Y tú preguntaste?

—Sí. Yo dije: «por lo menos, ¿sueñan?».

—¿Y qué?

—Y nada. Ahí se acabó lo que fuera.

María del Rosario estuvo pensativa un minuto. Empezaron, furiosos, a ladrar los perros. No solo *Tino* y *Casal,* sino todos los perros de los alrededores. El Chino tembló.

—¿Y por qué preguntaste eso? —dijo ella.

El Chino se encogió de hombros.

Luego se hicieron las siete y María del Rosario se montó en la Vespa y se fue. El Chino aprovechó para pincharse y se tomó un par de barritas energéticas. Todavía tenía el papel crujiendo en las manos cuando llegó el Currito y se repitió la rutina de abrir la verja, cambiar de coche y volver a salir. Ahora hacia El Valle, donde los esperaba ya el Mercedes CLS del Pepón. Con él había otras dos personas. Una, el muchacho calmado. La otra, Salva. Salva era el que había sustituido al Pepón como chófer del gran hombre. Era alto, el más alto de todos. Pero también era el que tenía aquel color como de haber desayunado mercurio. Aparte el permanente rictus de algo que podía ser dolor o amargura en las arrugas de la cara.

Subieron en los dos coches hasta la casa del gran hombre y fueron bordeándola hasta que se

pusieron en la parte de atrás, donde estaba la puerta que había dicho doña Victoria. Salva les fue indicando. El grupo de árboles donde se ponía él y el sendero por donde bajaba don Jorge. El Chino lo miraba todo con atención.

—¿Cómo se organizaba esto, Salva?

—Dependía.

—¿De qué?

—Verás, todos los días yo lo bajaba a Murcia o lo llevaba a donde fuera. Luego volvíamos a casa. Entonces podían pasar dos cosas. Una, que llegando a casa él hubiera decidido ya que ese era el plan. Entonces me lo decía y acordábamos.

—¿Y si no?

—Entonces yo lo dejaba y, a lo mejor, a las diez o las diez y media él me llamaba.

—¿Te llamaba desde su móvil?

—Sí. Siempre era una conversación muy corta. Solo: «Salva, ya sabes». Y yo: «claro». Y él: «gracias».

—Pero siempre eran llamadas, ¿nunca un mensaje?

—No.

El Chino daba vueltas en torno a la puerta como si estuviera midiendo la zona con sus pasos. Asintió.

—¿Y qué pasó esa noche?

—Él ya lo tenía claro. Así que quedamos donde los árboles. Siempre era a la misma hora. A la una yo tenía que estar ahí. Así que me fui a casa, cené, me acosté un rato y volví. Llegué como a la una menos diez y me quedé esperando. Luego llegó él por el camino.

—Llegaste a la una menos diez, pero no en el coche «oficial» de don Jorge.

—No. En el mío personal. Él quería que fuera en mi coche.

—Ya, ¿por qué quedabais ahí?

—No lo sé.

—Pero te imaginas algo.

—Imagino que él no quería que supiesen que salía. Pero él nunca me dijo nada.

—Y tampoco te dijo nada de las alarmas.

—No. No sé de eso, Chino, te lo juro.

—¿Y luego?

—Pues hicimos el camino.

—¿Siempre el mismo?

—Siempre.

El camino consistía en bajar del monte y bordear la ciudad por la parte sur. Luego girar hacia el este y seguir bordeando hasta la parte de atrás de La Flota. Ahí tomar una rotonda. Después ya poco. Porque no se entraba más que cuatro calles en la ciudad antes de encontrar el parking. Este

estaba como en mitad de la nada. Bajaron y el Chino y el Pepón se hicieron aire con los sombreros. Luego todos se reunieron a la sombra y el Chino se encaró con Salva.

—¿Dónde aparcabas tú?

— Justo en esa esquina. Debajo del árbol ese. Donde la escuela infantil.

—¿Y entonces?

—Entonces él se bajaba y daba la vuelta por ahí. Yo arrancaba y me iba.

—¿No mirabas lo que hacía?

—Alguna vez mire, sí.

—¿Qué hacía?

—Caminar por ahí. Pegado a la pared. En dirección al parking.

—¿Tú lo veías entrar?

—Sí. Por lo menos las veces que yo miré, sí. Iba como ocultándose en los árboles, ¿entiendes? Pero luego cruzaba y entraba.

—¿Y después?

—Después yo salía. Torcía por ahí y ya lo perdía de vista.

—Vale, ¿te ibas y qué?

—Nada. Yo me iba. Y después tenía que volver a recogerlo a las siete. En el mismo sitio.

—¿Y qué pasaba entonces?

—Nada. Yo llegaba y él estaba metido por ahí, por esa zona, pegado a la pared. Entonces se montaba y yo lo devolvía a casa.

—¿Estaba ahí en esa misma pared?, ¿siempre?

El Chino lo dijo y Salva se quedó un momento pensando.

—Sí.

El Chino dio la vuelta sobre sí mismo, como calculando ángulos o emboscadas, y miró hacia el edificio del parking.

—Salva, mírame, ¿cada cuánto pasaba esto?

—No había un ritmo fijo, Chino. Pero dos o tres veces al mes. O así.

—Y él nunca te contó qué hacía esas noches.

—No, Chino. Te lo juro.

—Cuando él volvía, ¿cómo volvía?

—No te entiendo, Chino.

—Joder, Salva, la calavera de tus muertos. ¿Volvía alegre, enfadado, sonriente, tirándose peos?

—No lo sé, Chino. Igual. O por lo menos yo lo veía igual.

El Chino se fue andando por la acera hasta casi la puerta del parking. Ahí se quedó parado, mirando a ratos hacia la esquina donde estaba la cámara de seguridad y a ratos hacia la plaza. Luego regresó hacia donde estaba Salva.

—Él se iba caminando por ahí a la una y media más o menos. Y no volvía a aparecer hasta las

siete. ¿Tú qué hacías entretanto?

—Normalmente me iba a casa a dormir.

—Eso es que a veces no lo hacías.

—Sí, alguna vez no lo hice.

—¿Y esa noche?

—Esa noche, sí.

—Y las noches que te quedaste, ¿qué hacías?

—Me iba un poco más para allá, aparcaba y me quedaba en el coche. Normalmente me dormía.

—Y esas noches nunca notaste nada raro.

—No.

—Mira lo que me hicieron, Chino. Mira lo que me hicieron.

Eso había sido lo primero que Salva había dicho aquella mañana. Al decirlo había mostrado las manos y se había abierto la camisa para que el Chino y el Currito pudieran ver.

—Cuatro días me tuvieron en un contenedor, amarrado a una silla de dentista, Chino. ¿Hay derecho a eso? Dime si hay derecho.

—No sé si hay derecho, Salva. Pero, dime, ¿tú andabas por ahí con el gran hombre haciendo cosas fuera del guion?

Salva había negado. Había sonreído por lo bajo.

—Es fácil decir eso, Chino. Pero quisiera ver qué habrías hecho tú en mi puesto. Qué habrías hecho si él hubiera llegado a ti y te hubiera pedido un favor como el que él me pidió a mí.

—Le habría dicho que no —dijo el Chino, pero ni él mismo se lo creía.

Salva se rio con fuerza.

—Ya, Chino, ya. Entonces, llega el gran hombre y te mira a los ojos. Te dice: «Chino, necesito que me ayudes en esto y en lo otro. Confío en ti». ¿Tú tienes los huevos de decirle que no? No te lo crees ni en mil años. Porque tú lo sabes, Chino. Sabes cómo son estas personas. Son especiales. Estas personas brillan. Son algo así como el sol. Tu vida es mejor a su lado, porque, al final, tú les debes tanto que..., al final, los quieres. Y no hay más remedio.

El Chino se cambió de mano el sombrero y se lo quedó mirando un momento. Al final se encogió de hombros.

—No es esa la cosa, Salva. Y lo sabes.

—No, no la sé. Dímela tú.

El Chino suspiró.

—La cosa, Salva, es que tú sabías lo que hacías.

—Pero eso no les da derecho a lo que me hicieron.

—Salva, si yo te dejo mi coche y me lo devuelves con mil bollos, ¿me tengo que creer que no

has estado haciendo carreras? Aquí, al final, hay que estar seguros. Y tú estabas haciendo carreras.

—Carreras sus muertos, Chino.

—No, Salva, los muertos de todos.

—Dame tu teoría, Salva. Y no me jodas. ¿De qué iba esto? Porque lo pensaste entonces y lo has pensado todos estos años.

Salva miró al Chino y luego al Pepón.

—No lo sé, Chino.

—No me jodas.

Salva lo pensó todavía un momento.

—Yo creo que...

—Salva...

—Yo creo que se venía aquí a estar solo —dijo Salva.

El Chino lo fulminó con la mirada.

—La calavera de mis muertos, Salva. ¿Solo a qué?

—No sé, Chino. Tú me has preguntado cuál era mi teoría. Pues eso es lo que yo pienso.

—Solo mis muertos, Salva. ¿Es que él no tenía su casa allí en el monte y diez millones de metros para estar paseando entre los árboles?

—No sé, Chino. Tú me has preguntado. Y tienes razón en que lo he pensado. Lo pensé y lo he pensado después. ¿A qué viene aquí este hombre? Y me decía: a que lo dejen tranquilo. Tampoco pretendía entender.

El Chino dio unos pasos arriba y unos pasos abajo. Volvió a encararse a Salva.

—¿Algo más?

—Bueno...

—Bueno qué.

—A veces, cuando volvía, olía distinto.

—¿Olía a qué, Salva?, ¿a perfume?, ¿a haberse estado revolcando en el pozo ciego de la casa de su abuela?, ¿a qué?

Salva tragó saliva. El Chino se preparó. Ahora viene la buena.

—Olía a limón, Chino.

—¿A limón? ¿A limón salvaje del Caribe? ¿Qué me estás contando?

—Chino, tú preguntas. Yo respondo.

El Chino tomó mucho aire. Se volvió hacia el parking.

—Y, claro, nunca te dijo que tuviera planes de irse o algo de eso.

—No. Él no hablaba conmigo de esas cosas.

—¿Y te dio la impresión de que, alguna vez, tuviera miedo?

Salva se echó a reír. Se rio con tanta fuerza que se espantaron unos grajos que andaban picoteando entre las matas del solar.

—No lo entiendes, Chino. ¿Miedo, dices? Miedo a todas horas. De todos. Todo el rato mirando a sus espaldas, todo el rato con el ojo del cogote activado.

El Chino y el Pepón se miraron.

5

Todavía el día 3

—Lo que tienes que entender, Chino, es que, aunque ahí fuera ponga parking, en realidad esto era un puticlub.

—Pues tendré que entenderte, Pepón. Pero no te entiendo.

—Sí, Chino. Aquí es donde todo se desvanece y se va a tomar por culo.

El Pepón había sacado las llaves del parking y luego habían entrado los cinco hasta la cabina de seguridad. Luego había habido que esperar mientras el Pepón activaba las cámaras.

—Hay varias cámaras, ¿ves? Esta cubre la entrada y está la salida. Estas dos todo el primer piso. Queda esta otra, que es la del acceso peatonal.

—¿El primer piso?, ¿y los otros?

El Pepón miró muy serio al Chino.

—Chino, ¿qué acabo de decirte sobre un puticlub donde todo se desvanece?

—No te entiendo.

—Pues que solo hay cámaras en el primer piso. Porque las de los otros son falsas. De esas que se ponen para que la gente piense que está todo controlado.

El Chino lo pensó un momento y no dijo nada. El Pepón tocaba botones, se iban encendiendo pantallas. Parpadeaban y luego se quedaban fijas.

—Lo que quiero que entiendas, Chino, es que aquí se hizo un trabajo muy profesional. Piensa, por ejemplo, que está prohibido que una cámara de garaje grabe la calle. Pero nos lo curramos. Porque había otras cámaras que no eran de aquí pero que captaban la calle. Entonces agarramos a un par de chavales muy listos y los pusimos a piratear esas cámaras.

—¿Cámaras de dónde?

—No lo sé ahora mismo, Chino. Pero lo tengo apuntado y lo puedo mirar. Una cámara de una tienda, otra de un restaurante. No me acuerdo. ¿Es importante?

—Todo es importante, Pepón.

El Pepón suspiró.

—Bueno, luego lo miro y te lo digo.

—El gran hombre desapareció el 27 de mayo de 2015. Pero te voy a poner, primero, la grabación

de otro día —dijo el Pepón.

El Chino dejó de hacerse aire con el sombrero.

—¿Por qué?

—Porque la rutina se repetía, Chino. Como te ha dicho Salva. Y es mejor que entiendas cómo era una noche normal.

El Chino no dijo nada. El Pepón siguió trasteando.

—Esta es la grabación del 13 de mayo. Dos semanas antes. Fíjate. Es la una y veintinueve y por ahí aparece don Jorge. Fíjate en la cámara externa. ¿Ves cómo esa zona de la calle queda en penumbra? Por ahí, rumbo a la puerta de peatones. Se le ve ahí, un momento, ¿ves? Y ahí en la cámara de la entrada. Ahí está el coche de Salva, dando la vuelta, se le ve en esta cámara.

El Chino miraba y asentía. El Pepón se movía como un director de orquesta.

—Bien, ya ha entrado. Sube a la tercera planta. Por supuesto, no hay cámaras. Voy pasando hacia delante. Fíjate en la cámara de salida.

El Chino miró. Pasados unos momentos enfiló la salida un Fabia de color rojo. El coche se detuvo un momento y después salió una mano por la ventanilla. Después la barrera subió.

—Y ahora, mira aquí. A esta otra cámara que cubre esta calle lateral. ¿Ves? Ha girado a la izquierda y ahora a la derecha. Y se va.

El Chino se inclinó hacia delante.

—Pásalo otra vez.

—Puedo pasarlo mil veces, Chino. Hay lo que hay.

—No se ve que sea don Jorge. ¿Cómo sabes que es él?

—Porque nadie más entra en el garaje y solo sale este coche. Porque esto pasa muchas noches y siempre es igual. Y porque, por supuesto, rastreamos el Skoda. ¿Sabes a nombre de quién estaba?

—No.

—Pues estaba a nombre de una sociedad que a su vez remitía a uno de nuestros testaferros en Macao. Y hay más.

—Pero sigue mirando, Chino. Voy a pasar para adelante.

El Pepón manipuló y las escenas fueron pasando. El Skoda rojo se había marchado y la noche era tranquila. Entró un coche y salió otro. Después nada hasta las seis y cuarenta y siete, momento en que el Skoda rojo volvió a aparecer por donde había desaparecido y volvió a entrar en el parking. El Chino pudo ver como don Jorge salía por la puerta de peatones y como cinco minutos después ya estaba en la esquina de la plaza esperando al coche de Salva. Poco después el coche llegó, arrancó y se fue. El Pepón se echó hacia atrás.

—Eso es una noche normal, Chino. Hay varias de esas, como Salva dijo.

—¿Me vas a poner la noche en que desaparece?

—Fíjate.

El Pepón volvió a trastear. El Chino iba contando los minutos. A la una y treinta y cuatro aparecía el coche de Salva. A la una y treinta y nueve, don Jorge entraba por la puerta de peatones. Luego nada hasta las dos y diez, momento en que apareció el Skoda y de nuevo hubo una mano que insertaba una tarjeta. La barrera se levantó y el coche volvió a hacer lo mismo. Primero hacia la derecha, luego hacia la izquierda. El Chino fue a decir algo, pero el Pepón pidió silencio y siguió pasando hacia delante. Hasta que se hicieron las seis y media. Las siete menos cuarto. Hasta que volvió a aparecer el coche de Salva en la esquina. El Pepón siguió y siguió. A las siete y media se pudo ver a Salva asomándose por la plaza. Recorriéndola. Luego volviendo al coche. Luego las ocho, las nueve, las diez. El Pepón se echó hacia atrás. Lo paró todo.

—No volvió. Así de claro.

El Chino miró al Pepón. El Pepón se encogió de hombros.

—La sociedad a cuyo nombre estaba el coche había alquilado la tercera planta completa. Así que suponemos que nadie subía ahí más que el Skoda rojo.

—Cuéntame otra vez lo que pasó con el coche —dijo el Chino.

—El coche fue encontrado tres meses después de esto. En San Sebastián. Lo llevaban unos chavales que, al parecer, lo encontraron abierto y con las llaves puestas en un descampado en Madrid. Se fueron a dar una vuelta, claro.

El Chino estaba pensativo. Había desenvuelto otra de sus barritas energéticas y la estaba rumiando lentamente. Los demás esperaban.

—Las horas son distintas. Las de salida del Skoda.

—Sí. El 27 de mayo tarda media hora en salir.

—¿Y las otras noches?

—Mucho menos. Diez minutos de promedio.

El Chino miró al Pepón y el Pepón se encogió de hombros.

—No hay grabaciones, ya te lo dije.

El Chino acabó de comerse la barrita y empezó a juguetear con el papel de estaño.

—Has dicho que hackeasteis cámaras de fuera.

—Sí, Chino. Las que pudimos. Que bastante bien estuvo. Tú piensa que tampoco queríamos hacer tanto ruido. Pero fíjate en la zona. Piensa en lo que es. El coche sale para ahí, que no hay cámaras, y en un minuto está en la avenida. Y entonces, qué. Pues carriles y carriles. Y ahí se pierde, Chino.

—Ya —dijo el Chino—. Pero había otra cosa, ¿no?

—Sí, lo que pasa el 22 de abril a las cuatro y media.

— ¿Y qué es?

—Bueno, esto nos lo dijo nuestra gente de la policía, que también estuvo rastreando. Ellos nos contaron una cosa. Y es que, el 22 de abril, se ve al Skoda rojo cuatro veces por las cámaras de la rotonda que hay en la avenida.

—¿Cuatro veces?

—Sí. Primero a eso de las dos, que es cuando ha salido. Luego se lo ve regresar a las cuatro y veinte o así. Entonces pasan diez minutos y vuelve a salir de la ciudad y a perderse. Después regresa un poco antes de las siete. Como siempre.

—A ver si lo entiendo, Pepón, ¿vuelve al sitio, pero no entra en el parking?

El Pepón se encogió de hombros.

—En las cámaras del parking no aparece. Ni en las que pirateamos.

El Chino pensaba a toda velocidad.

—Pero eso no pasó la noche de la desaparición.

—No, ni tampoco la noche del 13 de mayo.

—¿Y las noches anteriores al 22 de abril?

El Pepón negó.

—No había grabaciones ya cuando lo miraron. Las habían borrado. Hay que borrarlas por ley.

El Chino seguía pensando.

—Es como si estuviera haciendo un circuito —dijo. Después se volvió hacia Salva—. Cuéntame el resto de la historia, Salva.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Copón, Salva. Se te ve ahí en las imágenes de la cámara como no te llega la camisa al pescuezo. ¿Qué pasó?

—Pues ya lo ves, Chino. Se hicieron las siete y el gran hombre no aparecía. Luego las siete y diez.

—¿Qué hiciste?, ¿lo llamaste?

—Sí. Pero no contestaba. Daba señal, pero no contestaba.

—El teléfono estaba en casa del gran hombre —apuntó el Pepón—. Ni siquiera lo llevaba encima.

El Chino miró al Pepón y luego a Salva.

—Empecé a llamar a todo el mundo —lloriqueaba Salva—. A doña Victoria. A todos los teléfonos que tenía...

Lo siguiente que hizo el Chino fue mandar a Salva a casa. Luego subieron a la tercera planta. Arriba no había más que pilares y cemento. Manchas de aceite y olor a grasa incrustada. Por las ventanas se veía el descampado de abajo, por un lado, y la plaza, por otro. Más allá la avenida y la ciudad. El Chino se detuvo un momento al entrar y vigiló las sombras. El Pepón iba arrastrando los pies y rezongando.

—Lo que no sé es cómo a alguien se le ocurrió invertir en hacer un parking aquí. Ruina total. Yo lo compré porque me dijeron. El tipo pensó que yo estaba loco. Así que comprado. Comprado, dos meses de paripé y cerrado.

El Pepón hablaba y el Chino iba arriba y abajo. El Currito y el muchacho tranquilo estaban atrás.

—Aquí no hay nada que ver, Chino. Esto es agua muerta —dijo el Pepón.

—Que ahora eres también poeta, Pepón. Es bueno saberlo.

—No sé, Chino, si tienes visión de conjunto...

—Claro que tengo visión de conjunto, Pepón. Pero ¿qué me han dicho que haga? Me han dicho: ve y revuelve el parking de los cojones hasta que te sepas el DNI de cada rata y de cada cucaracha.

—Ya.

—Y que no digo que no tengas tú razón, Pepón. Ojalá que sí.

El Pepón buscó un muro bajo para sentarse y se apoyó en el bastón. El Chino estuvo midiendo pasos hasta que dijo de bajar. Salieron por la entrada de peatones y llegaron hasta la zona de pared por la que había caminado don Jorge. Ahí el Chino se volvió a parar y miró atrás. Pasados unos minutos llegó el muchacho calmado cargando al Pepón, que resoplaba.

—Entonces aquí no entra nadie. Esto está cerrado —dijo el Chino.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque voy a organizar una corrida de todos aquí, Pepón. ¿Para qué crees?

—No hay nada ahí, Chino.

—Lo que tú digas, Pepón. A lo mejor lo que pasa es otra cosa.

—¿Qué cosa, Chino?

—A lo mejor lo que pasa es que fue tu gente la que miró las cámaras y la que investigó todo esto. Y a lo mejor lo que pasa es que hicisteis una chapuza.

El Chino lo dijo y el Pepón puso una mano sobre la muñeca del muchacho calmado, como si lo refrenara.

—No ofendas, Chino. Encima, no ofendas.

—Ya se verá si ofendo o si no, Pepón. De momento, ya sabes. Me das las llaves y me explicas cómo funciona la mierda esa de la cámara, ¿entendido?

—Lo que tú digas, Chino.

—Tú ibas detrás de mi prima, la Dolores —decía María del Rosario.

—No —se rio el Chino.

—Sí —se rio más ella. El Chino entornó los ojos—. Ella misma lo decía. «Ese tan feo del sombrero.»

El Chino negó con la cabeza. Pasó al contraataque.

—Y tú estabas loca por aquel tan flaco, ¿cómo se llamaba?

—Julián. Y no estaba loca por él.

—Ya.

—Y me pareciste muy feo, Chino, la verdad. Con esos ojos.

—Me acuerdo, sí.

—¿Te acuerdas lo que te dije?

—No.

—Mentiroso.

El Chino se echó a reír. Una risa suave, de solo dos golpes. Una risa mansa. Como mansa era la conversación. ¿Y cuántas veces, se dijo el Chino para sí, la habían tenido antes de aquella? ¿Cien, doscientas? Porque aquella era una de esas conversaciones bailadas a las que se volvía cada cierto tiempo. Para afirmar alianzas, reforzar cariños. ¿Y cuántas veces más podremos tenerla?, pensó de pronto. Aquello le hizo cambiar el gesto y mirar a su alrededor, hacia las sombras. Después empujó al miedo helado que le había cubierto de pronto y buscó por donde seguir.

—Sí me acuerdo —dijo.

—¿Qué te dije?

—Me dijiste: «¿a ti qué te pasa?, ¿es que te deslumbra la luna?».

Ahora fue ella la que se rio, suavemente. Se acercaban las once y estaban los dos sentados en el jardín, escuchando el jaleo de las chicharras y meciéndose en la brisa de las palmeras.

—Luego empecé a encontrarte por las esquinas. Y yo decía: ¿este qué quiere?

—Las malas lenguas...

—No, no fue eso —negaba ella—. Me hablaban de ti. Me decían: «ten cuidado con ese». Pero no era eso.

—¿Qué era? Dímelo.

—Era que yo sabía que contigo iba a ser eso que no se puede controlar. Eso de tener siempre el fuego en la garganta. Como cuando bebes un licor muy fuerte, ¿entiendes? Y tenía que decidir.

—¿Tú crees que la vida que has vivido es la tuya?

—No te entiendo, Chino.

—No sé. Llevo unos días con una sensación muy rara.

—¿En qué sentido?

—No lo sé. Todo es raro. Todo está lleno de sensaciones confusas. ¿Sabes cuando la gente te está hablando y todo parece concordar con lo que la gente te está diciendo, pero tú estás oyendo todo el rato una nota discordante que no sabes de dónde viene?

—Sí.

—Pues eso me pasa. Hay algo aquí que no está pegando.

—¿Me lo vas a contar?

—¿Y para qué quieres que te lo cuente?, ¿no estás más tranquila así?

—Pues cuéntamelo sin contármelo, Chino.

Él se abismó un rato en sus pensamientos. Las chicharras hicieron una pausa súbita y *Tino* y *Casal* empezaron a ladrar como si hubieran visto al Chairas. El Chino los miró apenas, pero

María del Rosario se fue a ver. Él oyó cómo les gritaba. Cómo los perros aullaban y se escondían. Después ella volvió a sentarse.

—Todo el mundo me manda mensajes, nena. Todo el mundo me canta su canción. Pero ninguna canción es de verdad. Me dicen cosas, me dicen pasó esto, pasó lo otro. Pero todo son mentiras. Como en la canción.

Ella sonrió.

—Ya nunca cantas, Chino.

La sonrisa de él fue triste. Después ella alargó una mano y él la tomó. Los dos unidos sobre el suelo de cemento, de silla de plástico a silla de plástico.

—¿Te arrepientes? —dijo él.

Ella apartó la vista de las sombras y lo miró.

—¿De qué?

—De no haberte ido con el flaco aquel, ¿cómo se llamaba?

—Julián —se rio ella.

—Tenías que haberte ido. Hubieses estado más tranquila.

—Y tú con mi prima la Dolores.

Aquello también formaba parte del ritual. Aquello hacía que sus sangres se acompasaran, que sus cerebros encontraran la sincronización exacta. Entonces sus pieles reían al ritmo en que se les erizaban los pelillos de los brazos y los dos sabían, o al menos el Chino lo sabía y estaba seguro de que ella lo sabía también, que habían alcanzado el hogar. Luego él apretó los dientes. Ella lo miró.

—¿Te traigo eso?

Él negó.

—Voy a quedarme un rato con esto.

—Bueno, pero no te agotes.

Él volvió a apretar los dientes. Siseó hacia dentro, entornó los ojos. Apretó la mano de María del Rosario. Tan fuerte que le dolió. Luego ella lo dejó solo. Porque era mejor. Porque él no quería que ella lo viera sufriendo. El puyazo, entretanto, se fue armando. Primero por la zona de la clavícula y luego subiéndole por la garganta para incrustársele en la mandíbula y hasta que pensó que los dientes le iban a saltar de la boca. Luego el dolor empezó a bajarle por el brazo y tuvo que levantarse de la silla y empezar a caminar. Desde la tinaja hasta donde crecía la mimosa y de regreso. Una vez y luego otra vez. Así hasta que sintió que la cabeza se le iba y que estaba cerca de perder pie.

Pero entonces ella estaba ya a su lado y lo sujetó. Lo devolvió a la silla y empezó a trastear con la goma y la jeringuilla. El Chino, mientras esperaba, la miraba. Los ojos de los dos se cruzaron.

—¿Qué me miras?

—Nada, nena.

6

De los días 4 a 19

—Lo vamos a ver todo, Currito. Todo. Del derecho y del revés. A cámara rápida y a cámara lenta. Y luego la moviola y la repetición de las mejores jugadas. Así que ve poniendo la música del Estudio Estadio.

Cada día era la misma rutina. El Chino se levantaba temprano y regaba las plantas. Después se pinchaba y vigilaba las zonas de sombra mientras intentaba que los perros se le acercaran. Estos estaban cada día más nerviosos. Y no solo ellos, también los de las casas vecinas. Las noches eran coros de ladridos y de gritos de personas enfadadas con sus mascotas. De improvisadas reuniones en los patios a la luz de la luna.

—¿Y esto por qué es? —se decían unos a otros.

Los vecinos enfadados y el Chino asistiendo a los corros y asintiendo. Como si aquello le preocupara igual que a los otros. Solo que después se iba con el rabo entre las piernas. María del Rosario lo miraba.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Luego cantaban los gallos y los perros terminaban por calmarse. A las siete y media, puntual, llegaba el Currito, aparcaba el Mondeo y se iban los dos en el A4 del Chino. Rumbo al parking, a pasar el día entero.

—¿Y cuál es nuestra misión, Currito?

—Saber qué pasó aquí.

—No, Currito.

—¿No?

—Nuestra misión, Currito, es jugar todos los partidos. No desechar ninguna posibilidad. Tener la mente abierta. Por ejemplo, ¿qué es lo más probable? ¿Cuál es caballo ganador?

—No sé.

—Currito, espabila. El caballo favorito en las apuestas es el número siete, de nombre «Don Jorge se fue con viento fresco y estará en Asia bebiendo mai tais». Pero nosotros no podemos apostar solo a ese caballo. No, tenemos que apostar también a todos los demás. Al número tres, por ejemplo, que se llama: «A don Jorge le tendieron una trampa sus enemigos». O al veinticinco, que se llama: «A don Jorge lo que le pasó es que ahí arriba lo estaban esperando los

marcianos y ahora está en Marte metido en una jaula mientras le meten agitadores por el culo». ¿Me entiendes?

—Te entiendo.

—Pues dale, Currito.

Se pusieron en serio. Cada uno en un monitor. Decidieron empezar por el día de la desaparición de don Jorge. El 27 de mayo.

—Me lo vas apuntando todo aquí, Currito. Todo, todo, todo. Qué coches entran, qué coches salen. Y a qué hora hacen cada cosa. Quién los lleva y quién los saca. Y qué coches duermen ahí. Y quién entra por cada una de las puertas. Si entra por la de peatones lo mismo que si entran por la de coches.

El Currito lo miraba y se rascaba la cabeza. El Chino suspiraba.

—Y que me da igual que la gente del Pepón ya lo hiciera antes, Currito. Porque los que lo hicieron antes, ¿saben lo que pasó?

—No.

—Pues entonces es que lo hicieron mal, Currito.

Así las horas. Cada poco el Chino miraba en los rincones o tenía que salir a pincharse o desenvolvía una barrita energética. O el Currito se iba a la máquina a por una Coca-Cola.

—Y lo que dijo el Pepón. Menuda ruina.

Lo era. En total, el día de la desaparición de don Jorge habían entrado en el parking un total de treinta y dos coches. Rápidamente los controlaron a todos. Entradas y salidas. Aparte la noche. Porque entre las doce de la noche y las ocho de la mañana el único coche que se había movido había sido el de don Jorge. El Chino se echó para atrás en la silla y suspiró.

—A las once se va el Peugeot. Y ya nada. Pero pongámonos paranoicos, Currito, ¿cómo sabemos que en alguno de esos coches no ha entrado una persona escondida que luego se ha colado hasta el tercer piso?

—¿Y cuándo sale esa persona?

El Chino se rascó la cabeza.

—En el coche de don Jorge.

El Currito lo miró como si aquello fuera totalmente absurdo. El Chino suspiró.

—¿No te dije que íbamos a jugar todos los partidos, Currito?

Luego el Chino le dijo al Currito que empezara a hacer lo mismo con los días anteriores a la desaparición de don Jorge y que él iba a dedicarse a las personas que entraban a pie en el parking. El segundo día, sobre las seis de la tarde, levantó mucho las cejas.

—Tengo tres personas, Currito, de las que no puedo estar seguro de que salieran del parking. Fíjate.

El Chino iba trasteando con los mandos. El Currito acercó la silla.

—Primer candidato. Mujer con vestido de flores que entra a la una y doce del mediodía. ¿La ves? Entra por la puerta de peatones, pero ¿ves? Ni vuelve a salir por la puerta de peatones ni por la de coches. Tampoco sale ningún coche hasta la una y veintisiete, ¿sí? Y el coche que sale, el Ibiza, lo hemos visto entrar a las nueve y doce. Y hemos visto al tipo saliendo después de aparcar a las nueve y dieciocho. Y luego regresando a por el coche a la una y catorce. ¿Entonces?

—No lo sé. A lo mejor va atrás, en el coche.

—Ya, no se distingue bien. A su favor, que los dos entran casi al mismo tiempo. Lo que puede ser algo. Y el hecho de que son muchas horas hasta el momento en que sale don Jorge.

—Sí.

—Bien, siguiente candidato. Chaval de vaqueros que entra por la puerta de coches hablando con el móvil a las ocho y cuarenta de la tarde, ¿lo ves? Ahí va. No lo hemos visto entrar antes. Y no sale ningún coche hasta las diez y dos. Pero, fíjate aquí, junto a la puerta de peatones, ¿lo ves?, ¿qué es eso?

—Puede ser alguien saliendo.

—Sí, puede ser. Y fíjate en la hora. Las ocho y cuarenta y siete. Lo que puede ser más o menos el tiempo que se tarde en ir de una puerta a la otra.

—Sí.

—A su favor, que todavía faltan horas para que llegue don Jorge. En su contra, que no estamos seguros de que sea él y que ya falta menos.

El Currito asentía. El Chino detenía las imágenes donde se veía a los candidatos y les tomaba fotos con el móvil. Sonrió.

—Y queda mi favorita, claro. Mujer que entra a las nueve y doce de la noche por la puerta de peatones y desaparece. Fíjate. Ahí va. La capta la cámara de la entrada, pero también la cámara del exterior. Fíjate en la forma de andar, Currito.

—¿Qué le pasa?

—¿No es rara?

—No lo sé.

—Y fíjate en otra cosa. Cuando entra. ¿Lo ves?

—¿El qué?

—No le vemos la cara, Currito. ¿Y por qué no se la vemos? Porque lleva gorra y la visera le tapa la cara. ¿Y por qué lleva una gorra si es de noche?

—Hay un ángulo ahí que la cámara de salida de coches no coge —dijo el Currito.

Habían bajado a la entrada y estaban probando. El Currito tenía razón. El Chino estaba pensativo.

—Si salió por ese rincón y se metió por ahí...

—No. Si hubiera ido por ahí, la cámara la hubiese pillado.

—Entonces por aquí, por el borde.

—No, la coge ahí.

Los dos se rascaron la cabeza.

—Y piensa, Currito. Ella entra a las nueve y doce de la noche. Luego no hay nada en las cámaras hasta casi las once, que sale el Tucson. En el que, si va, va atrás y escondida. Y no hemos visto nada que indique que pueda tener relación con el conductor.

—Ya, es raro.

El Chino se echó a reír.

—¿Raro, Currito? Es como si mi prima la tuerta le diera con un palo de golf a una sandía y se la metiera por el culo a un elefante a cincuenta metros de distancia.

Volvieron arriba. El Currito se centró en las otras madrugadas en las que don Jorge había acudido al parking. Descubrieron, de paso, que en las cámaras había grabaciones de mucho más allá de lo que establecía la ley. Porque las grabaciones tenían que haberse borrado al mes. Sin embargo allí había hasta el inicio del año. El Chino se obsesionó con las entradas y salidas de don Jorge. La salida del 27 de mayo, pero también otras. Hacía avanzar la imagen y la detenía y volvía atrás. Entonces sacaba su móvil y le hacía una foto a la pantalla y ampliaba.

—¿Es la misma mano? —dijo otro día.

El Currito se acercó a ver. Se rascó la cabeza.

—Fíjate, Currito. Esta es la mano de don Jorge en el momento de meter la tarjeta el día 27 de mayo. Y esta es la mano de don Jorge en el momento de meter la tarjeta el día 13 de mayo.

—No sé, Chino. Creo que te estás emparanoiando.

El Chino volvió a mirar. Volvió a pasar. Volvió a tomar una foto de la pantalla.

—Bueno, tú sigue yendo hacia atrás. Y apúntalo todo.

Pasaban así los días enteros. Entrada ya la noche volvían a salir. Después el Currito guiaba hasta la casa del Chino y, a veces, si María del Rosario no estaba, el Chino le decía que se quedara un rato. Entonces los dos se sentaban entre los árboles a oír a los pinzones y a tomar una cerveza. La cabeza del Chino daba vueltas y vueltas.

—El partido lo va ganando el «se fue solo y porque quiso». Lo va ganando de goleada. Pero fíjate, Currito, lo que te digo. Si es ese otro uno por ciento que queda, entonces es alguien de dentro.

—¿De dentro de dónde?

—De la organización, Currito. Alguien que conocía al gran hombre.

—No te entiendo, Chino.

—Sí, Currito, piénsalo. Si don Jorge se fue él solo y tuvo un accidente, ¿dónde está él? ¿Y por qué aparece el coche como aparece en Madrid? No, eso es punto para el «se fue» o para el «queremos que penséis que se fue». Entonces, si no fue un accidente, fue porque alguien sabía sus rutinas nocturnas. Y si alguien lo sabía, lo normal es que se trate de alguien que esté muy

cerca, ¿entiendes? Lo que habría que buscar es quién sabía que don Jorge pasaba esas noches fuera y lo que pasa es que no parece que nadie lo supiera. Pero yo sí sé dónde está la respuesta.

—¿Y dónde está?

—Está en saber qué carajos hacía don Jorge aquellas noches.

El Currito lo pensó un poco.

—A lo mejor tenía una mujer...

El Chino lo pensó también. Luego negó.

—¿Una mujer? No. ¿O no oíste a doña Victoria? Él era un crápula que había tenido miles de amantes. ¿Y para qué se iba a esconder si ella lo sabía? No, Currito, esto es otra cosa. Porque si don Jorge va a echar un polvo, no se va a su casa a las ocho de la noche y luego se escapa por la puerta de atrás. No, dice que tiene una reunión y se mete en el Siete Coronas a que le suban seis colombianas y dos brasileñas. Así que no. Y si tuviera una amante, pues lo mismo. Que ya viste cómo era la vida de los dos, ¿o no te quedó claro? Así que ya te digo que el partido lo va ganando el «se fue porque quiso» noventa y nueve a uno. Pero si fue ese uno, entonces fue alguien de dentro.

—A lo mejor deberíamos preguntarle otra vez a Salva.

El Chino negó.

—¿Tú le viste las manos?

—Sí.

—Pues entonces Salva no sabe nada.

Aparte de eso había otras cosas que iban pasando en la vida del Chino. Por ejemplo, que una noche *Tino* y *Casal* dejaron de ladrar de pronto y corrieron a esconderse en la zona más oscura del jardín, ahí donde se mezclaban las raíces de las mimosas con los viejos trastos. Ahí empezaron a lloriquear y a echar una orina agria y rojiza por las pingas. Y daban tanta lástima y era tan imposible sacarlos de ahí que al final María del Rosario tuvo que llamar a su sobrino el Jonathan para que viniera en su coche a por ellos y se los llevara. Los perros, todo hay que decirlo, se negaron a salir hasta que el Chino se metió entre las palmeras hermanas, al otro extremo de la propiedad. Luego el Chino y María del Rosario se sentaron en las sillas de plástico y se preguntaron qué quería decir, exactamente, todo aquello. Solo que el Chino lo sabía y disimulaba.

Luego pasó otra cosa. Esto tuvo lugar el día 14.

Era por la tarde y el Chino había estado en el cubículo de las cámaras de seguridad nueve horas seguidas. Pasando adelante y atrás, obsesionado con la mano que salía del Skoda. La del 27 de mayo y la del 13. Luego volviendo a la mujer de la gorra que entraba en el parking en la noche del 27. Miraba y estaba tan abstraído que ni siquiera se había dado cuenta de que el dolor

se le estaba hincando, poderoso, a todo lo largo de la espina dorsal. Se dio tan poca cuenta que, de hecho, fue el Currito quien le dijo:

—¿Estás bien, Chino?

Ahí fue donde el Chino despertó y se dio cuenta. Del puyazo. Del sudor como gotas de leche salada.

—Copón —dijo.

Se movió a zapatazos. Por la escalera para arriba y abrazado al estuche. En la tercera planta terminó por sentarse en el mismo muro bajo en que lo había hecho el Pepón días atrás. Después fue el descorrer de cremalleras y el armar jeringuillas. El Chino sudando y de pronto un golpe en el cielo. Un golpe como un martillazo o como una campana lejana. El Chino abriendo los ojos del susto y entonces todo lo demás. Mientras tiraba con desesperación de la goma. Mientras le temblaban las manos. El chirrido como de un balancín a lo lejos, aunque luego él se dijera que no era un balancín sino alguna otra cosa.

Luego el revolotear de alas de saltamontes, aunque luego él se dijera que no eran saltamontes sino algo más grande, verdoso. Tal vez langostas.

La niña, entonces.

Tan quieta. Tan pequeña. Tan difusa. Tan sola. Tan lejana. La niña como surgida de debajo del mar. Intocable. Inalcanzable. Separada del Chino por una barrera invisible pero perfecta.

Y el silencio.

Mientras la niña abría la boca y pronunciaba silenciosas palabras. La niña vestida como cincuenta años atrás, moviendo los labios.

El Chino apretó los dientes y las gotas ambarinas acudieron al rescate. Tuvo un desmayo y se dejó ir hasta el suelo. Entonces sintió otro martillazo entre las nubes y luego ya el ruido del tráfico y un perro que ladraba furioso.

Que aullaba de miedo.

Pasó aún una tercera cosa destacable durante aquellos días. Una que sumió al Chino en profundas reflexiones. Era el día 16, por la mañana, y el Chino estaba en su puesto. De pronto le sonó el teléfono con un número que él no conocía. Un número de esos interminables de centralita. El Chino primero miró al teléfono como sospechando y estuvo tentado de no contestar. Pero luego lo hizo. Le respondió una voz femenina, educada, profesional.

—¿El señor Mendoza? Espere, no se retire. Le paso.

Señor Mendoza, tus muertos, pensó el Chino. ¿Y que me pasas con quién?

Un minuto lo tuvieron ahí con la música puesta. Luego le habló una voz levemente gangosa. Una voz de hombre. Al Chino le llevó dos segundos y se le heló la columna vertebral de arriba

abajo.

—Chino, ¿cómo vas?

Chino cómo vas y era don Piazentino en persona.

—Bien —dijo el Chino, o pensó que había dicho el Chino, que no era capaz de escucharse a través del estruendo de sus propios pensamientos—. Trabajando en aquello que usted me encargó.

—Bien, Chino, bien. —El otro hizo una pausa—. Es que, verás, estaba aquí reunido y me he acordado de pronto de aquello. Y me he dicho: voy a preguntarle al Chino si hay algún avance. Entonces, ¿vas progresando?

El Chino tomó aire. Luego explicó lo que había hecho los últimos días. Una versión bastante resumida de coches que entraban y que salían. De personas que hacían lo mismo. Al otro lado don Piazentino respiraba con calma. Luego el Chino terminó de explicarse. Entonces hubo un silencio.

—Entiendo, Chino, que entonces no has avanzado tanto.

—No, don Piazentino. Estamos casi donde estábamos. Es difícil.

—Bueno, bueno. Tú no te desanimes, Chino. Y sigue con ello. Estás haciendo un gran trabajo. Cualquier cosa que surja, cualquier mínimo problema que tengas, se lo dices a Ambrosio, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo el Chino.

Lo dijo, pero luego estuvo seguro de que el otro le había colgado antes de que él pudiera decirlo.

Así que el Chino se sumió en hondas reflexiones. Porque de pronto le había llegado un zumbido a los oídos. Uno que no podía apartarse. Lo sentía veinticuatro por siete por trescientos sesenta y cinco.

Entonces, el día 19, ya por la tarde y cuando estaba pensando en qué sentido tenía todo aquello y como por casualidad, lo vio. En la esquina que quedaba al frente de donde Salva dejaba al gran hombre, un coche blanco parado. El Chino, de pronto, muy quieto.

—Copón.

7

Día 20 y el transcurso al 22

—La ley establece que en los parkings las grabaciones de las cámaras se conservan durante un mes. Y que después se destruyen. Sin embargo aquí no se hizo, de modo que encontramos todas las grabaciones correspondientes al año 2015. Algo parecido sucedió en las cámaras que se hizo examinar. Había grabaciones que cubrían casi todo el año. Al menos en la del concesionario de automóviles, aquí.

El Chino tenía detrás de sí una pizarra blanca en la que había dibujado un plano de la zona. Ahora marcó el lugar con un rotulador y se giró hacia el ordenador que había sobre la mesa.

—La cámara del concesionario —el Chino volvió a señalar— cubre toda esta zona. Desde aquí hasta aquí. Y fue aquí donde vimos el coche. Un Honda Accord blanco de 2008.

Estaban todos reunidos en la casa del Pepón. A un lado de la mesa el propio Chino y el propio Pepón. En segundo plano el muchacho calmado y el Currito. Sobre la mesa estaba el ordenador y en la pantalla, con el fondo de un despacho azulado, estaba el tal Ambrosio, el secretario o lo que fuera de don Piazentino. El tal Ambrosio levantó el bolígrafo con el que tomaba notas en una agenda.

—Pero me está hablando de noches muy anteriores a la desaparición de don Jorge, ¿no es cierto? —dijo.

—Sí. Verá, hubo un momento en el que no avanzábamos. Y entonces decidimos ir echando hacia atrás. Por si había algo que se nos había pasado.

—Bien.

El Chino miró al Pepón. El Pepón se encogió de hombros.

—Fuimos mirando hacia atrás y al poco encontramos una pauta. La pauta de los martes por la noche. Las madrugadas de los miércoles, más bien. —El Chino tomó un papel de encima de la mesa—. En total, durante 2015, don Jorge sale del parking en su Skoda diez veces. Resumiendo, dos veces en enero. Dos veces en febrero. Tres en marzo. Una en abril y dos en mayo.

El Chino volvió a hacer una pausa. Miró a la pantalla. El tal Ambrosio apuntaba. Entonces levantó la mirada, animándolo a seguir. El Chino se volvió hacia la pizarra y tomó el rotulador.

—Diez veces en total. Pero en seis de las veces sucede lo mismo, que es lo que capta la cámara del concesionario desde aquí. De repente, por esta calle, llega el Honda Accord blanco.

Llega y lo hace siempre a la misma hora, más o menos. Sobre las cuatro y media. El Honda entra así y se para en esta esquina. Ahí se queda como unos cinco minutos y entonces sigue, por aquí.

El Chino volvió a pararse. El tal Ambrosio volvió a tomar notas y volvió a mirar al Chino.

—¿Y entonces qué sucede? —preguntó.

—No lo sabemos. El coche arranca y avanza por esta calle. Luego la cámara deja de captarlo.

—Aparte está la cuestión de lo que sucedió el 22 de abril, de madrugada, y que fue captado por una de las cámaras de la policía. Una cámara situada aquí, en esta rotonda.

El Chino hablaba. El tal Ambrosio hizo un gesto de que parara.

—Perdóneme, señor Mendoza, pero ¿es cierto que las grabaciones de esa cámara no las ha visto usted?

El Chino miró al Pepón. Tomó aire.

—Es cierto. Fueron nuestros contactos dentro de la policía los que nos lo contaron.

El otro asintió, volvió a hacer una marca en su libreta. Justo como si acabaran de perder un punto. El Chino volvió a mirar al Pepón.

—De acuerdo, señor Mendoza, prosiga. ¿Qué aparece en esa supuesta cámara?

El Chino suspiró.

—En esa supuesta cámara aparece, supuestamente, el Skoda rojo cuatro veces en total. La primera es un poco antes de las dos. En ese momento el Skoda acaba de salir y ha dado la vuelta así y cruza. Pero luego se lo ve regresar proveniente de aquí, de la zona de los carriles, a las cuatro y veinte o así. Cruza en dirección al parking y desaparece. Pero vuelve a ser captado a las cuatro y treinta y tres minutos. Momento en el que vuelve a irse en dirección a los carriles. Luego se lo ve regresando otra vez ya cerca de las siete de la mañana.

El Chino hizo una pausa. El tal Ambrosio anotaba.

—Entonces, si se fija, hay un momento la noche del 22 de abril en que el Honda Accord blanco está aquí a las cuatro y veintiocho y el Skoda rojo está más o menos aquí a las cuatro y treinta, ¿lo ve? Los dos en el mismo sitio y a la misma hora. Como a veinte metros de distancia. O menos.

El otro miraba desde la pantalla.

—Lo veo.

—Pero, permítame una cosa, señor Mendoza.

—Dígame, supuestamente.

—El Honda Accord no aparece en las grabaciones del 27 de mayo, si lo he entendido bien.

—No, no aparece.

—Y el Skoda rojo tampoco aparece por la zona a las cuatro y media en la noche del 27 de mayo.

—No, no aparece.

—Y usted no está en disposición de decir que eso que sucede del Skoda volviendo a las cuatro y media haya pasado ninguna otra noche.

El Chino volvió a mirar al Pepón. El Pepón se encogió, mínimamente, de hombros.

—¿Es esto un juicio o qué es? —dijo el Chino.

—No, no es un juicio. Es una evaluación de su trabajo. Usted dijo que tenía algo que aportar y eso es lo que estamos viendo. —El otro hizo una pausa, como si aquello no tuviera la menor importancia, y revisó sus papeles—. Ha dicho usted, señor Mendoza, que no había otras grabaciones de la zona de la rotonda en las que se pudiera ver al Skoda.

—Lo he dicho antes, sí. Al parecer ya habían sido borradas.

El otro tomó aire.

—¿Puede volver a decirme las noches en que aparece el Honda Accord en las grabaciones?

El Chino volvió a tomar el papel.

—El Honda aparece las noches del 7 y el 28 de enero. La del 14 de febrero. La del 4 y el 25 de marzo. Y la del 22 de abril.

—Ya veo —dijo el tal Ambrosio.

Lo dijo e hizo una pausa larga. Después puso las manos, cruzadas, sobre la mesa.

El Chino empezó a sentir un zumbido.

—Sinceramente, señor Mendoza, dudo mucho que esto tenga la menor relevancia.

—¿Cómo?

—Lo que le he dicho.

El Chino volvió a mirar al Pepón. Volvió a mirar el Pepón y el siguiente rato fue bastante confuso. El Chino, más tarde, recordaría, más que nada, fragmentos sueltos.

—¿Y no está por ahí tu jefe, pimpollo? —dijo el Chino.

—¿Cómo dice, señor Mendoza? —dijo el otro, imperturbable.

—Señor Mendoza, tus huevos. ¿No oyes lo que te he dicho? ¿O qué es esto?, ¿un consejo de administración? ¿Tú sabes que tu jefe me llamó a mí personalmente el otro día para interesarse por el asunto? Entonces, ¿por qué no llamas a alguien que entienda de esto, comemierda?

Entonces el otro lo hizo. Se rio. En la misma cara del Chino. Ahí empezó la confusión de verdad. El Chino le gritaba al tal Ambrosio. El Pepón Carpio, medio levantado de su silla, medio sujetado por el muchacho calmado, trataba de tranquilizar al Chino. El Currito, convertido en un mueble, se comprimía contra la pared. Y todo mientras el otro, con su camisita perfecta y tan bien peinado, miraba a cámara con sonrisa irónica.

—Chino, cálmate, por tus muertos.

—Hijo de puta, hijo de puta.

—No te ciegues, Chino —decía el Pepón.

—No te ciegues tú.

—Chino, Chino, que no es personal.

—¿Personal? ¿Quién fue el que estaba hablando el otro día del Espinosa?

—Lo sé, Chino. Pero no es eso.

—¿Y qué es?

—Chino, que sí, que yo le haría un secadero al que fuera. Pero lo haría después de que mis jefes me autorizaran. Porque todo está compartimentado y porque esto es una organización. Que donde come tigre no come gacela. Entonces, yo soy un mandado. Lo mismo que tú, además...

—¿Qué?

—Chino, ¿es que estabas tú preocupado por don Jorge todos estos años? No, no lo estabas. Él había desaparecido y tú estabas en tu casa con tus cosas. Entonces, ¿a qué viene ahora tanta historia?

Habían pasado unas cuantas horas y había cerrado la noche. Los cuatro hombres se habían acomodado bajo el melocotonero del jardín. Allí donde tantas veces se había sentado el Pepón con don Jorge. El Chino, el Currito y el Pepón bebían whisky. El muchacho calmado no bebía nada, solo miraba. Se estaba fresco allí y de la cocina de la casa llegaban los olores de la cena que preparaban las mujeres. El Pepón se abanicaba con el sombrero. El Chino tenía el suyo sobre las rodillas y hacía crujir entre los dedos los restos del envoltorio de una barrita energética. El Pepón miraba al Chino.

—¿En serio te llamó don Piazentino?

—Sí.

—¿En persona?

—Sí.

—Y no me lo pensabas decir.

El Chino lo miró un momento.

—Tú lo has dicho, Pepón, todo está compartimentado. Cada uno, su cosa.

El Pepón asintió y el Chino se percató de que estaba haciendo sus cuentas. Lo mismo que estaba él. Porque seguía aquel zumbido y de pronto le daba la impresión de que el zumbido ya venía de antes. Notó que el Pepón lo miraba e hizo por disimular.

—¿Y es forma esta de hacer las cosas? ¿Qué dijo el cabrón? ¿Qué iba a presentar un informe? ¿Un informe, Pepón?

—Lo sé, Chino. No son formas.

Luego el Chino pidió permiso para ir al baño a pincharse. El muchacho calmado lo acompañó por el pasillo. El Chino, ya solo, tuvo la sensación de que la atmósfera al otro lado de la ventana vibraba y que había un fogonazo de color. Luego se pinchó y al salir se quedó mirando a un punto del pasillo. Un punto en la sombra, pegado a la pared. El Chino apresuró el paso y, en el momento de salir al jardín, notó que los ojos del muchacho calmado se quedaban un momento a su espalda.

El Pepón levantó el teléfono.

—Llegó un mensaje —dijo.

El Chino se sentó y abrió los brazos. Ya mátame.

—Te leo: «La investigación no nos parece concluyente y, en cualquier caso, ya no es necesaria. Se agradece al señor Mendoza su colaboración».

El Chino se quedó callado un rato largo. Entre los árboles cantaba un petirrojo y el Pepón seguía haciéndose aire con el sombrero.

—Hay que aceptar las cosas, Chino —dijo el Pepón.

—No me jodas.

—Bueno.

—¿Sabes para qué me llamó don Piazentino el otro día?

—No me lo has contado. O sea que no.

—Me llamó para ver cómo iba el asunto. Por si había alguna novedad, ¿entiendes? ¿Y sabes cuándo fue eso?

—No.

—Hace cuatro días. Hace cuatro días: hola, ¿cómo vas? Y ahora: ya no haces falta. Pero hay otra cosa, Pepón.

—¿Qué cosa?

—Verás, hará como tres semanas, cuando nos encargaron esto, el Currito y yo fuimos a Valencia a hablar con don Piazentino. Él nos lo explicó todo. ¿Sabes qué me dijo? Me dijo: Chino, esto no es para dentro de una semana. No, esto es para ahora. Para ya. O sea, deja cualquier cosa que estés haciendo y ponte.

El Pepón levantó la vista y luego asintió.

—Lo que tienes que entender, Chino, es que nada de eso importa. Importa lo que importa. Y es que somos soldados, Chino. Nada más.

El Chino no dijo nada. El Pepón lo miró con preocupación. Luego le hizo un gesto al muchacho. Quería levantarse.

—Chino, no hagas tonterías, por favor —dijo.

Luego el muchacho lo fue llevando hacia la casa y el Currito y el Chino quedaron solos en el jardín. Solos en el jardín con las chicharras y el petirrojo.

—Chino, Chino.

—¿Qué pasa?

—Estás gritando.

El Chino se llevó la mano a la cara y se palpó el sudor. Todo olía a aquello. La habitación impregnada de limones pasados.

—Perdona, perdona.

María del Rosario suspiró con fuerza.

—Chino, ¿cómo me pides perdón a mí si el que estaba gritando eres tú?

El Chino no dijo nada. Un momento estuvo ahí aún, tendido y panza arriba. Sintiendo como el aire movía las palmas al otro lado de la ventana. Se levantó de un tirón y se metió debajo del caño helado de la manguera. Al poco salió María del Rosario, ya desvelada y con los ojos llenos de misterio, con una toalla y una manta. El Chino temblaba en la silla de plástico.

—Quítate esa ropa, Chino. Te vas a helar.

El Chino se cambió torpemente. Se echó la manta por encima. Volvió a sentarse. Ella se había sentado ya. Lo miraba.

—¿Qué pasaba?, ¿te acuerdas?

El Chino estuvo pensándolo un momento.

—¿Te acuerdas de aquello que vi?

—¿Aquello del túnel y las bajocas?

—Y la niña, sí.

—Sí.

—Pues otra vez estaba ahí. Solo que ahora había más luz y podía ver mejor. Yo estaba quieto, ¿entiendes? Allí parado. Entonces llegó ella.

—¿La misma niña?

—Sí. Primero se oyó el balancín. Y entonces llegó y me miró. Otra vez me dijo que le hiciera una pregunta. Yo le pregunté qué había dentro de aquellas vainas.

—¿Y qué te dijo ella?

—Me dijo: shhhh, están durmiendo.

María del Rosario se quedó pensativa un momento. Lo miró.

—No me gusta esta visión, Chino.

—Lo sé. A mí tampoco.

—Pero pasaba otra cosa. Porque de pronto la niña no estaba y yo caminaba por el túnel hacia abajo. Al poco encontré agua.

—¿Agua?

—Sí, como si aquello fuera un río. Solo que no cubría más que por los tobillos.

—Ya.

—Entonces algo empezó a venir de frente a mí.

—¿Era por eso por lo que gritabas?

—Sí.

El Chino se calló. María del Rosario lo miraba a trozos.

—¿Qué era?

—Era una mujer. Una mujer alta, muy flaca. Blanquísima. Como si nunca le hubiera dado el sol. Solo que no era una mujer, porque tenía una cola que le salía de la espalda.

—¿Una cola?

—Sí, como la de una serpiente. Pero había algo más. Algo que la mujer venía arrastrando.

Algo inmenso, que ocupaba toda la boca del túnel. Entonces, la mujer iba tirando de aquello y aquello se enganchaba en las piedras y ella tiraba...

María del Rosario se estremeció.

—¿Qué arrastraba?

El Chino la miró.

Eso fue la misma noche en que lo habían despedido. Dos noches después el Chino estaba otra vez en el jardín, sentado en la silla de plástico, con el teléfono en la mano y mirando las capturas que había hecho de las cámaras del parking. Allí lo encontró de madrugada María del Rosario. Otra vez sudando frío.

—Te duele.

—Sí.

—¿Te traigo las cosas?

—Todavía no. Luego.

Ella se sentó. En el cielo de la noche, por entre las palmas, se veían las luces de un par de planetas. En tiempos pasados habían jugado a contarse qué planetas eran. Ahora no tenía tanta importancia.

—Cuéntamelo ya, Chino.

—¿El qué?

—Por qué al cocido se le echan garbanzos, Chino. ¿De qué hablamos?

El Chino se rio, aunque sonó más como una tos. Ella acercó un poco más su silla a la de él.

—Es que me jode. Me jode que me mientan y que jueguen conmigo.

Ella no dijo nada. Solo sonrió.

—Y me jode que tenía la pista buena. Me pasa que no me conformo.

—Claro.

—¿Y esta forma de llevar las cosas? ¿Es que esto puede llevarse como si fuera una oficina? No, esto es una cosa de tripas, ¿entiendes? Don Jorge no era así. Don Jorge nunca me hubiera mandado a un secretario. Don Jorge nunca hubiera dejado que le mandaran un informe.

María del Rosario se quedó un rato pensando. Una rana del mismo color que la noche saltó del canal al pedazo de cemento y los miró. Luego siguió avanzando, dejando un rastro baboso detrás de ella.

—¿Tú qué crees que pasó? —dijo ella.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero no es lo que ellos dicen. Me late dentro de la cabeza. Y hay otra cosa.

—¿Qué?

—Pasó lo que pasó. Pero hay algo que está pasando ahora. Algo que se está moviendo por detrás.

—Ya.

Ella dejó pasar un minuto. Una brisa que llegaba desde el río regaba las hojas de las palmas y las hacía mecerse.

—Entonces, hazlo —dijo ella.

—¿Que haga el qué?

—Lo que ya has decidido, Chino.

El Chino sonrió y ella sonrió y los dos se tomaron de la mano y se quedaron mucho tiempo sin hacer nada más que estar al fresco y mirar, de vez en cuando, para los planetas que brillaban en el cielo. Luego él le hizo otra vez el juego de que, como era mayo, entonces Mercurio y Venus no se iban a ver hasta al amanecer. Pero que aquello al oeste era Marte. Y aquellas dos cosas al otro lado eran, respectivamente, Júpiter y Saturno. Luego él siseó de dolor y apretó los dientes. Ella le trajo las cosas para que se pinchara. Luego fue llegando el amanecer y surgieron Mercurio y Venus. Él le dijo que le acercara el teléfono.

—¿A quién vas a llamar a estas horas?

—Primero al Currito. Luego al Reyes.

Él lo dijo y a ella se le levantó la comisura de los labios.

—¿Le vas a pedir algo al Reyes?

Él hizo como que se sorprendía.

8

Día 23

La conversación con el Currito, a la mañana siguiente, se caracterizó por los densos silencios. El Chino hablaba y el Currito callaba. Callaba tanto y de tal manera que un par de veces el Chino tuvo que levantarse el teléfono de la oreja y mirarlo por si el otro había cortado la comunicación.

—Currito, ¿estás ahí?

—Sí.

—Pues dale.

—Chino, con el mayor de los respetos, no lo sé. ¿No nos han dicho que no sigamos con esto?

—Sí, nos lo han dicho. Pero ahora me ha llamado otro grupo de personas. Y me han dicho que sí sigamos.

—¿Qué grupo de personas, Chino?

—Mis muertos, Currito.

Hubo otro silencio. El Chino estaba sentado en el jardín. Había amanecido y daban vueltas los gorriones por la huerta. Desde lo alto llegó el chillido de amenaza de un cernícalo y el Chino levantó la vista.

—Currito, ¿tú entiendes que no estoy para conducir o no lo entiendes?

—Sí.

—Entonces, no puedo yo solo.

—Chino...

—Currito, tú aquí eres un mandado. Si nos dicen, diremos que yo te obligué. Que te puse una pistola en la cabeza o una bomba nuclear en la boca del culo. Pero dale.

—Copón, Chino.

—Currito, dale. Te espero.

Después hubo que llamar al Reyes. Reyes, cómo estás y cuánto tiempo y, aparte, necesito esto y lo necesito deprisa. El Chino hablaba por teléfono y se imaginaba sin problema la cara que estaba poniendo el Reyes al otro lado y se moría de la risa. Modo enema, Reyes. El otro rezongó un rato, pero no había más remedio que el remedio que había, así que como dos horas después ya

estaban aparcando delante de su oficina. El Reyes y el Chino se abrazaron y se besaron en las mejillas. Luego el Reyes los hizo pasar al despacho y se sentó.

—Chino, ¿de qué va esto?

—De nada, Reyes. Es una cosa de unos amigos míos. Un accidente que tuvieron con el coche en cuestión.

—Ya.

—Entonces, ellos me llamaron y yo me dije: ¿quién es el que puede decirme el dueño de ese coche con solo levantar el teléfono? Pues el Reyes.

El Reyes miró al Chino y luego al Currito. Estaba bien claro que no se creía nada de lo que le contaban. La habitación era baja, atestada, opresiva, llena hasta arriba de carpetas. El Reyes terminó por suspirar.

—Chino, si me entero de que me estás metiendo en algún lío, te capo.

—¿Lío?, ¿qué lío? ¿No te lo acabo de decir?

Luego el Reyes, que a fin de cuentas era alguien importante en la familia de los Carpio, pidió la matrícula del coche en cuestión y salió del despacho. Volvió a los diez minutos con un papel en la mano.

—Ese Honda Accord que me dices pertenece a esta persona. No ha habido cambio de titularidad desde que se adquirió. Y Chino...

—¿Qué?

—Como me metas en un lío...

El Chino se echó a reír y agarró el papel. Ya en el Audi el Chino tamborileó en el salpicadero.

—Aurora Gálvez Jurado —leyó.

Lo leyó y se quedó un momento pensativo. Como si dudara entre considerar algo o rechazarlo. Lo aplazó. También había una dirección y un número de teléfono. El Chino chasqueó los dedos y marcó, pero el número estaba apagado. Miró al Currito y le enseñó la dirección.

—¿Sabes por dónde queda esto?

No fue fácil llegar. Había caminos y curvas, ramales de la huerta que terminaban por no conducir a ninguna parte. El Chino lo vio primero y le hizo una seña al Currito de que se acercase.

Había una verja de hierro negro y más allá una casa baja. Antes una pista de bolos huertanos comida por las cañas. Y entre las cañas, con las ruedas desinfladas y los cristales rotos, estaba el Honda Accord blanco.

—Currito, los Jurado, los que sobrevivieron a aquello, se fueron todos, ¿sí?

—Eso creo.

El Chino lo pensó un momento. Luego bajó y confirmó con la matrícula que se trataba del mismo coche. Fueron dando la vuelta. Llegando a la puerta sintieron el gañido de varios perros. Había dos. Uno grande y negro que retrocedía y se alejaba, y otro pequeño y tostado que ladraba

enfurecido. Cuando el Chino se acercó salieron huyendo hacia la parte de atrás y ahí se refugiaron entre unos plásticos. Aparte había una parra y un buen montón de macetas. El Chino llamó hasta que la cortina de la puerta se movió y surgió la cabeza pelada de una mujer muy mayor que vestía una bata negra y unas zapatillas de felpa. Una mujer de piel muy blanca, para nada gitana. El Chino la miró pensativo.

—¿Por quién preguntáis? —dijo ella.

—Por la Aurora, ¿no es esta su casa?

La mujer vaciló un momento. Luego abrió la puerta un poco más y les hizo señas de que se acercaran. Bajo la parra el olor de las macetas se intensificaba. El Chino tomó aire.

—¿De qué conocéis a la Aurora?

El Chino miró al Currito y luego a la mujer. De cerca era aún más pequeña y más anciana de lo que les había parecido. El Chino le calculó sus buenos más de ochenta.

—Bueno, yo trabajaba con ella tiempo atrás. Hará como unos cinco años... —dijo.

La mujer sonrió.

—¿Dónde?, ¿en lo de la limpieza?

—Sí.

—Bueno, pues ya sabrás lo que pasó.

El Chino lo tomó con calma.

—Sí, claro.

—¿Y qué queréis?

—Queremos verla.

La mujer los miró un momento y al Chino le dio la impresión de que estaban representando una especie de comedia.

—¿Verla?

—Tú no la conoces de nada, dime la verdad.

—Es verdad, no la conozco.

—¿Y qué quieres de ella?

—Quiero preguntarle una cosa.

La mujer sonrió.

—¿Preguntarle? Ella no está para contestar nada.

El Chino vaciló un momento.

—Es una cosa importante.

—¿Importante para quién?

—Es sobre una persona que estamos buscando.

—¿Y qué tiene ella que ver?

—¿La verdad? No lo sabemos. A lo mejor, nada.

La mujer se quedó callada. Miraba hacia las macetas como si se preguntara si debía regarlas ahora o dentro de un rato. Fue entonces cuando el Chino, por sorpresa, sintió el primer hincazo

de la mañana. Una cosa dura, seca, tronante en el muslo, que hizo que le fallaran las rodillas y que empezara a sudar aquella leche. La mujer levantó la vista en el acto.

—¿Y a ti qué te pasa?

El Chino sudaba gotas blancas. El Currito había ido a sujetarlo.

—Necesito sentarme un momento.

La mujer los miró como desconfiando, pero después franqueó el paso.

—Ven, siéntate.

Así que entraron en la casa, el Currito sujetando al Chino, y el Chino se fue con su estuche hasta el cuarto de baño a hacer su rutina de gomas y jeringuillas. Luego salió. Los ojos de la mujer eran dos botones negros.

—Te está comiendo, lo veo.

El Chino se sentó. Se hacía aire con el sombrero y se secaba el sudor con el pañuelo. La mujer lo miraba con atención. Se levantó de golpe.

—¿Quieres verla? Pues ven.

Más allá de la cocina había un pasillo, denso de flores. Y más allá un olor arcilloso. Las habitaciones, en penumbra, eran frescas, verdosas. Al final había una puerta cerrada. La mujer se detuvo y volvió a mirar al Chino.

—Hace años que nadie viene a verla —dijo—. Nadie del trabajo, por supuesto. Ni de ninguna parte. Miento, vino una chica hará un par de años. Esa sí era del trabajo. Buena chica. Estaba dispuesta a venir más veces, a ayudarme. Le dije que ni en sueños. Que bastante hermosa era ella como para andar arruinándose la vida.

Luego abrió la puerta. El Chino y el Currito tomaron aire.

Era una habitación sencilla. Solo cuatro paredes y una ventana. Una cama en el centro. Y en mitad de la cama, sujeta con correas, una mujer larga con cuatro guedejas de pelo blanco colgándole de la cabeza. Aquello y el olor. A cerrado y a sudor. Y el leve toque del orín y los excrementos.

—Ahí la tienes —le dijo la mujer al Chino. Su voz sonó terriblemente cansada—. No la tengo siempre así. Solo cuando le dan los ataques. Entonces no hay más remedio.

El Chino dio un paso al frente, hasta ponerse a dos pasos de la cama. La mujer estaba inmóvil y parecía dormir.

—Es esquizofrénica, ¿sabéis? Era así ya desde chica. Y así hemos estado siempre. Con la medicación y los ingresos. Ni pudo terminar los estudios, la pobre. Nada más que la básica. Así que a limpiar. Y ahí sí que aguantó tiempo. Se portaron bien con ella. Al menos los primeros años. Pero luego llegó aquella tipa. La tenía entre ceja y ceja. Y mi Aurora..., no es verdad que ella estuviera con las drogas en aquella época. No. Eso fue después de que la echaran. Y, bueno, la echaron. Y es normal que la echaran, con lo que le hizo a aquella mujer en la cabeza...

El Chino oía a la mujer y tenía los ojos puestos en la mujer de la cama. De pronto fue a volverse porque la historia que le contaban le estaba sonando. Fue a volverse, pero no terminó de

hacerlo porque justo entonces la mujer de la cama abrió los ojos y lo miró.

Primero un absoluto cansancio. Después un absoluto vacío. Como si aquellos ojos no fueran capaces de identificarlo como persona. Entonces, un chispazo. Un súbito cambio de expresión. El Chino siguió la dirección de su mirada, que ahora se había fijado en un punto tras él. Se giró, pero no vio nada de particular.

Y de pronto Aurora se echó a reír. Una risa escandalosa. Después hizo algo más. Empezó a hacer un sonido extraño, como si fuera la bocina de un puerto o la sirena de una fábrica. Cuanto más lo hacía, más se reía.

—No se lo tengáis en cuenta. A veces le pasa. La pobre asocia cosas. Pero ¿qué maldad va a tener ella?

Habían vuelto los tres al salón de la casa. Aún les llegaban los bocinazos locos que provenían de la habitación. El Chino se acordó de la música que le había sonado justo antes de que Aurora despertase.

—Le mordió, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Le mordió a su encargada. En la cabeza. Por eso la despidieron.

La mujer asintió.

—Sí, sí. Pero no estaba en las drogas todavía, no estaba. Eso fue después de salir del manicomio. La recogí de una chabola por El Esparragal, ¿sabes? Estaba ahí, tirada en la mierda y con un montón de hombres pululando. Medio muerta. Suerte que ya estaba vieja y no se podía quedar preñada.

Salieron rápido. El Chino llevaba el teléfono en la oreja.

—Reyes, necesito una cosa.

—No, Chino, no necesitas «una» cosa. Necesitas «otra» cosa. Y ya te lo dije esta mañana.

El Chino tomó aire. Cantaban los azulejos entre las higueras.

—Reyes, escucha, ahora mismo, ¿estás de pie o sentado?

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—Estoy sentado, Chino —suspiró el Reyes.

—Y, si estás sentado, es porque tienes culo, ¿no? Y, si tienes culo, ¿por qué es?

—Voy a colgar, Chino.

—No, no vas a colgar. ¿Sabes por qué? Porque me la debes. Y gorda. Porque si tú, Reyes, tienes culo, es porque yo te lo salvé, pero bien, en la guerra de 2011 contra los Jurado.

—Guerra que tú provocaste, Chino.

El Chino se echó a reír.

—Guerra en la que yo me limité a obedecer órdenes, Reyes.

El Reyes les dijo que tenía que irse temprano y que, entonces, tenían media hora para llegar. De camino el Chino le fue contando al Currito todo lo del mordisco. La cuestión de por qué le sonaba la historia que le había contado la mujer. Y le sonaba porque todo aquello había pasado en una de las torres que había junto al tanatorio. ¿Y de quién eran propiedad aquellas torres? De la organización, sí. ¿Y quién llevaba los papeles de aquellas torres? El Reyes, sí. Aparte de otra cosa que había, que tenía al Chino pensativo.

—¿Quién tenía un despacho allí?

—¿Quién?

—Don Jorge, Currito. Don Jorge.

El Currito voló con el coche y antes de la media hora estaban otra vez en el despacho del Reyes. La mirada de este era como mínimo glacial.

—Estamos hablando de 2015, Reyes. Y de la tipa que me dijiste antes. La tal Aurora.

—¿Qué pasa con ella? —dijo el Reyes.

—Pues que trabajaba para nosotros. Más o menos. Y los papeles los llevabas tú. Entonces, lo que quiero es sencillo, Reyes. Sus turnos de trabajo. Si tenía turnos de tarde, de noche o de amanecida. Y con quién trabajaba. Esas cosas.

El Reyes miró al Chino como si este acabara de bajar de una nave espacial y llevase jamones colgados de las orejas. Luego miró al Currito, más que nada por si este estaba entendiendo también las palabras del Chino.

—Chino, no sé de qué va esto. Pero no. No, porque aquí hay mucho más jaleo del que tú dices. Que sé de qué me estás hablando. Y no quiero tener que ver. No, si no viene alguien de arriba y me da una orden concreta.

El Chino puso los ojos en blanco. Se echó hacia atrás en el asiento.

—A ver, Reyes, sitúate. Es cerca de Motril y es diciembre de 2011. Los Jurado han cruzado un coche en la carretera que va de La Gorgoracha a Lobres y empiezan a sonar los tiros, ¿te acuerdas? Escopetas, incluso alguna Uzi, ¿sí? Bien, pues cuéntale tú al Currito cómo sigue la historia...

El Chino se repantigó un poco más en el asiento. El Reyes echaba fuego por los ojos.

—Chino...

—No, Reyes, no me jodas. Y dale. Dale a ver si se me olvida de una vez todo lo que pasó en aquella carretera.

El Reyes se levantó de golpe y salió de la habitación. El Chino se levantó también y aprovechó para mirar por la ventana. Barría con la mirada de un rincón a otro de la calle. Luego volvió el Reyes y dejó unos papeles sobre la mesa.

—Si me dicen algo alguna vez, diré que tú entraste y me los robaste. De hecho, ahora cuando te vayas, voy a romper la puerta y a poner una denuncia —dijo el Reyes.

El Chino se echó a reír.

Luego fueron los tres hasta la puerta. El Reyes miró al Chino un momento.

—De verdad, no te entiendo, Chino. Como estás, ¿no deberías estar en tu casa tranquilo, con tu esposa y tus hijos? Es decir, ¿tanto te importa, Chino?

El Chino tomó aire.

—Ya, Reyes, ¿qué puedo decirte? La vida es complicada.

El coche estaba aparcado en una esquina, casi bloqueando un paso de cebra. Tintineaban los semáforos y se agrandaban las sombras. El Chino pasaba papeles y a ratos miraba hacia las esquinas. Otra vez sentía aquel rechinar discordante, aquel ruido de fondo. Como si, en la orquesta, al violinista le hubieran dado la trompeta y al trompeta le hubieran dado la caña y la botella de Anís del Mono. Un par de veces levantó la mirada y la posó en el Currito y una de las veces pareció que estaba a punto de decir algo.

—Eran tres —dijo al fin—. Las tres trabajaban siempre juntas. Como si fueran una cuadrilla. La tal Aurora Gálvez Jurado y una tal Carmen Godoy. Y otra. Rocío Martínez. Y, mira, Currito, ¿ves? Trabajaron juntas todas las noches de mayo y la mayoría de las noches del año. Y ¿hora de salida? Las tres y media de la madrugada, ¿ves?

El Chino hablaba, el Currito estaba muy callado y miraba al frente. El Chino notó justo el primer dolor de la tarde y buscó a su alrededor. Le pareció que, a lo lejos, bajo la marquesina de la tienda de deportes, empezaban a aletear algunas libélulas gigantescas.

—Vámonos —dijo.

Así que se fueron y volvieron a hacer la rutina de aparcar el A4 y de que el Currito se fuera con su Mondeo. Pasada media hora, cuando el Chino ya estaba pinchado y tranquilo, llegó María del Rosario con la moto. El Chino estaba donde siempre. Se miraron.

—¿Quieres cenar?

Ella arregló un par de bocadillos de lomo con tomate y unas judías verdes con patatas que ya tenía en el frigo. Se sentaron fuera con una cerveza. El Chino picoteaba más que comía. Él estaba pensativo y ella estaba callada. Luego él preguntó por los hijos, que estaban bien, y por los perros, que estaban también bien. Ella se desperezó y dijo que se iba para dentro, a ver un rato la tele. Él dijo que se quedaba fuera un rato.

Así que se quedó. Solo que el rato se hizo largo. Porque había mucho que pensar. Lo de Aurora y las otras en el coche a las cuatro de la mañana y coincidiendo en el espacio tiempo con el Skoda rojo. Aparte, el hecho de que trabajaran las tres en la misma torre en que el gran hombre tenía un despacho. Y el hecho de que la cabrona de Aurora se apellidara Jurado, encima. Aquello, se decía, podía encajar de alguna manera. Solo que había notas discordantes que seguían chirriando. Porque ahí había, tal vez, un camino. Pero no era desde luego la solución. Y había algo más. Algo que se le escapaba.

Pero no llegaba.

Luego pasó otra cosa. Porque las chicharras ensordecían y el Chino estaba muy cansado de todo el día. Y pasó que, poco a poco, se dejó llevar. Pasó que, en el sueño, otra vez se encontró en el interior del pozo y ante la niña y que, durante un segundo, estuvo seguro de qué era verdaderamente aquel sonido como de balancín. Solo que luego lo perdió. La niña, con su sobretodo de hacía cincuenta años, lo miraba y esperaba a que él le hiciera la pregunta.

—¿Quién eres? —preguntó el Chino.

Esa vez supo que había hecho la pregunta que ella esperaba y supo, también, que aquella era la cuestión y temió el momento en que él pudiera contestarla.

Entonces algo chascó cerca de él. De pronto se encontró despierto y estuvo seguro de que había alguien en el jardín. Tampoco dio tiempo a más. Porque un instante después alguien se abalanzó sobre él y lo derribó al suelo. El Chino vio el brillo de una hoja a la luz de la luna.

Cayeron y el otro le puso las rodillas sobre los brazos del Chino. Luego le acercó la hoja del cuchillo a la garganta. Se miraron unos segundos.

El otro era más bien de talla corta, ágil y flaco. Llevaba un pasamontañas negro que no dejaba ver más que los ojos oscuros. Algo brilló en aquellos ojos y luego la mano apretó más fuerte contra la garganta del Chino.

Olió a sangre. El Chino apretó los dientes.

—Mátame, hijoputa —dijo.

Solo que el otro, de golpe, se levantó y se lanzó a la huida. El Chino rompió a toser. Gritaba en la noche.

—Maaaryyyy. Maaaryyyy.

Gemía sonidos inarticulados que eran como pedazos de su propia garganta que se arrancara. Gemía y se revolcaba por el suelo de la pura rabia. Se revolcaba y en los revolcones, inadvertidamente, se iba acercando a donde estaba su coche. Ya venía la esposa por el patio. Solo que entonces el Chino, muy repentinamente, se quedó muy quieto.

Así lo encontró María del Rosario. Tirado en el suelo y mirando muy fijo hacia el coche aparcado en mitad del camino. Pasó un minuto largo hasta que él levantó la vista.

—¿Qué haces, Chino?

Él lo volvió a pensar.

—Nena, tienes que conseguirme una cosa.

Luego él le explicó lo que tenía que conseguir. Ella hizo un par de preguntas.

9

Día 24

—Mira, por aquí entró, ¿lo ves? ¿Ves esa huella? El muy hijoputa.

Era la hora de todas las mañanas y el Chino se movía por el carril e iba señalando. El Currito lo seguía y miraba con atención. Luego el Chino se paró junto a la alambrada y se dio la vuelta, como contemplando la casa. Avanzó unos metros por la tierra arcillosa y llegó hasta unas huellas de neumáticos. Volvió a darse la vuelta y a calcular distancias.

—Si hubiera dejado un coche aquí, ¿se habría oído desde la casa?

El Currito se volvió también. Se encogió de hombros. El Chino se agachó y tomó una pella de color violeta y la desgranó entre los dedos.

—Porque la cosa es que yo no oí el sonido de ningún motor. Ni de motor llegando ni de motor marchándose.

El Currito asintió y los dos avanzaron un poco más hasta llegar a la bifurcación. La carretera se abría en cañaverales, tapias y huertos umbríos. Regresaron a la casa. Se sentaron.

—Pero no te hizo nada.

El Chino se señaló el cuello, giró la cabeza. Había un corte allí. Un corte largo, feo, superficial.

—No, Currito. Solo era una advertencia. Para meterme miedo.

—Ya.

El Chino suspiró.

—La cuestión es que, cuando estábamos luchando, hubo un momento en que estuve seguro de quién era.

El Currito lo miró. El Chino tomó aire.

—¿Sabes quién creí que era?

—No.

—La tal Aurora. La loca. Porque era igual de flaca. Y la talla era parecida.

—Pero luego pensaste que no era esa.

—No, luego ya no lo tuve claro. Ven, que te enseñe una cosa.

El Chino llevó al Currito a través del jardín. Mientras andaban le iba explicando. Dónde había sido la lucha y por dónde se había movido él. Así terminaron por llegar al coche del Chino.

—Agáchate, Currito.

El Currito se agachó como le dijo el Chino.

—¿Lo ves?

El Currito asintió.

—¿Qué mierda es eso?

—Un emisor de señales, Currito. Algo así como un GPS. Alguien ha estado detrás de nosotros todo el tiempo.

—La cuestión es que luego lo pensaremos, Currito. Dentro de unas cuantas investigaciones. Así que vamos. Pero nos vamos en tu coche, Currito. Hasta que yo me aclare un poco.

Así que salieron. El Chino llevaba sobre el regazo los papeles que le había dado el Reyes la noche antes. Le marcó primero a la tal Carmen Godoy. Marcó y puso gesto de fastidio.

—Apagado.

Luego le marcó a la otra. A la tal Rocío Martínez. Puso mucha atención.

—Este, por lo menos, suena. Pero nadie contesta.

Se acercaban a la ciudad. La catedral se imponía entre las palmeras y les llegó, al cruzar bajo la autovía, el primer tufo de gasolina y polvo. El Chino rompió a toser. El Currito lo miró.

—Vamos para este sitio. Por San Pío. A ver qué tal.

«Este sitio» era la casa de la tal Rocío Martínez. El Currito se acomodó al río y cruzó por el puente dirección sur. Luego a través del Barrio del Carmen. La ciudad bullía y el Chino iba pensativo, mirando el papel. Lo miró más conforme se iban acercando al sitio y más cuando cruzaron las vías del tren. Al final las casas se achataron y se hicieron blancas. Llegaron a una plaza en la que había un bar en una esquina y un grupo de toboganes para los niños. El Chino se hizo aire con el papel.

—Copón.

—¿Qué?

El Chino le dijo al Currito que esperara un momento y rebuscó en sus contactos. Después marcó.

—¿Vlad?

—¿Chino?, ¿eres tú? —La voz del otro lado era cantarina y eslava.

—Sí, ¿qué te pensabas? ¿Que me había muerto?

—Ah, Chino, Chino. Al galope, Chino.

—Sí, joder, con mi caballo y siguiéndolo.

Estuvieron así, en modo qué tiempos aquellos como un minuto o dos. El tal Vlad dijo que iría a visitar al Chino a su casa uno de estos días y el Chino no se lo creyó, pero no lo dijo. Luego fueron al grano.

—Vlad, aquello de hará unos siete años. Aquello del Chato y el otro chaval que le dieron un palo al Joaquín, ¿te acuerdas?

—Sí, claro. Les hicimos un búlgaro.

—Ya. Pero, aquello, ¿cómo acabó? ¿Se recuperó todo y los dos castigados y nos olvidamos

del tema?

—Quedó todo limpio, Chino. Limpio, limpio.

—Y los chicos iban por su cuenta, ¿cierto?

Hubo un silencio al otro lado.

—Sí. Fue un cuelgue que les dio. Se pasaron de listos. Es todo.

—Ya.

Los dos hombres hablaron un poco más. Luego el Chino colgó. Se quedó mirando muy fijamente para una de las casas. Miró al Currito.

—¿Tú llevas arma?

—No.

Ni siquiera tuvieron que tocar. Porque lo vieron antes. Junto a la puerta del bloque y sentado en una silla al fresco de la mañana, con la cara convertida en un espanto en el que se retorcían cráteres y deformidades superpuestas de piel, estaba el Mono. Estaba haciendo nada, según le pareció al Chino. Y sonreía. Lo mismo que a la mañana. El Chino buscó a su alrededor pero no notó nada de especial en ningún rincón.

—Mono, buenas —dijo el Chino cuando ya estaban como a un metro.

El Mono se estremeció visiblemente. Quizá el sonido de su voz lo había devuelto a alguna pesadilla. Una de olor a pimienta y lagunas que doblaban fanales.

—¿Quién eres?

—Soy el Chino Mendoza, ¿te acuerdas de mí?

La impresión fue que el Mono se acordaba bastante. Porque lo primero que hizo fue asustarse y querer levantarse de la silla y huir. El Chino lo fue tranquilizando. Que no, que todo aquello estaba pagado. Que era otra cosa.

—Aquella chica que vivía contigo aquí, ¿cómo se llamaba, Mono?

—Rocío.

—Ya. Y Mono, ¿la has visto últimamente? ¿Sabes algo de ella?

El Mono vaciló. Luego se encogió de hombros.

—Sí.

—¿Y qué sabes, Mono?

—Es mi esposa.

El Chino y el Currito se miraron y el Chino pensó en las vueltas que podía dar la vida.

—Mono, ¿y dónde está? Necesitamos hablar con ella. Para nada malo. Pero hablar.

—Ella está trabajando.

—Ya, ¿y cuándo vuelve?

—Luego, como a las tres.

El Chino se fijó en algo que el Mono tenía en las manos. Era una especie de figurita de

colores. Algo de plástico. Muy pequeño.

—Mono, ¿es que tienes hijos?

—Sí. Dos.

El Chino miró a un lado y a otro. Tomó aire.

—Mono, escucha. Hay dos opciones. Y te dejo elegir. Una, tú me dices dónde trabaja tu esposa y nosotros vamos a donde ella está y hablamos con ella. Dos, nosotros nos vamos tranquilamente y volvemos a las tres y hablamos con ella. Pero, Mono, si eliges esta segunda es porque tú me garantizas que ella va a estar aquí a las tres. O sea, que no va a ser que tú te pongas a armar ningún jaleo, ¿está claro? Porque, Mono, tú lo has dicho, tienes hijos. Los tienes y ya nos conoces.

El Mono pareció pensar algo un momento. Tembló.

—Está claro —dijo.

En el coche el Chino se armó rápido lo de las gomas y la jeringuilla. Luego cerró con fuerza los ojos. Dejó pasar un minuto. Miró al Currito.

—Chino, lo mismo deberías descansar —dijo el Currito.

—Voy a descansar ya pronto, Currito. Y mucho tiempo.

Luego el Chino tomó los papeles y los fue revisando. Volvió a marcarle a la tal Carmen Godoy, pero daba apagado. Se apoyó un momento en el cristal de la ventanilla.

—No entiendo esto. ¿Esta tipa, la tal Carmen, trabajaba en la capital y vivía en Pulpí? ¿Y qué hacía?, ¿se iba todas las noches allá a las cuatro de la mañana?

El Currito lo pensó un momento.

—Lo mismo es una segunda residencia.

—Ya, Currito —dijo el Chino. Luego lo miró—. Dale, arranca.

Fueron en silencio por la autovía. Cada uno en sus cosas. El Chino pensativo. Fueron dejando atrás Alhama, Totana. Pasado Lorca el Currito levantó una ceja.

—¿Por dónde hay que desviarse?, ¿lo sabes?

El Chino fue mirando en el GPS del teléfono. Salieron de la autovía pasado Puerto Lumbreras y avanzaron por una carretera fantasmal que cruzaba una tierra que era apedreada por el cielo. En los márgenes dormitaban pueblos de casas bajas que se organizaban en torno a una calle y a una estación de tren. Luego un cartel dijo que ya llegaba Pulpí y el Chino puso la dirección que constaba en los papeles de la tal Carmen. Al poco subían por un camino y llegaban a una casa más bien marrón y más bien cuadrada que estaba en mitad de ninguna parte.

—Es eso —dijo el Chino.

El Currito aparcó junto a la verja de hormigón y los dos bajaron. Eran las diez y el sol ya picaba. El Chino se asomó por la puerta. Una buena cantidad de malas hierbas se agitaban al viento. Aparte, desperdicios y ventanas tapiadas. El Chino miró un momento hacia el torreón de

la casa y suspiró. Sacó el teléfono y volvió a marcar el número de la tal Carmen. Nada. El Currito se había parado junto a la tapia.

—Aquí no vive nadie, Chino —dijo.

—Ah, copón, que tienes ojos.

El Chino se había orientado de forma que miraba hacia el mar. Volvió a consultar el mapa. Y luego el reloj.

—De aquí a donde vive doña Victoria no hay tanto —dijo.

El Currito levantó las cejas. Como si aquello fuera una tortura. El Chino se echó a reír.

Por el camino pararon para repostar, comer un sándwich y beber una Coca-Cola. Luego tocaron en casa de doña Victoria. Les abrió una criada silenciosa. Otra vez los pasaron para dentro y los colocaron junto a la piscina. El mar espejeaba azul y el perro de aguas huyó de la presencia del Chino y se puso a lloriquear en lo más oscuro de la pineda. El Chino se moría de risa por dentro. Media hora después se abrió el ventanal y surgió doña Victoria enfundada en un vestido verde y oliendo a perfume.

Verde era el vestido y verdes y fulminantes eran los ojos.

—Chino, qué alegría verte.

Qué alegría, pero les preguntó si querían una cerveza o un vermú y los llevo hasta la terraza de arriba. El Chino fue desgranando la historia. Que si alguien lo había atacado la noche antes, que si había encontrado lo que había encontrado. La doña bebía de su vino blanco y lo miraba con cansancio.

—¿Todavía estás con eso?

—Sí.

—No te entiendo, Chino, la verdad.

—Lo sé. Me lo dicen mucho últimamente.

—Y qué quieres.

—Pues que me he dado cuenta de que tenía dos preguntas que hacerle.

Ella suspiró con fuerza y él entendió que le daba vía libre. Así que dejó el sombrero sobre la mesa y carraspeó.

—Verá, doña Victoria, es que anoche pasó lo que pasó. Y ahora estoy con la duda. Porque no sé bien qué pasa. Y lo que no sé es si esto, lo de que me atacaran y lo del GPS, son dos equipos distintos o si es uno solo. Si es un «te estamos vigilando y para que reacciones» o si es un «deja esto».

—Y tú has venido a ver si yo tengo algo que ver.

El Chino lo pensó un momento.

—Son cosas que me pregunto de pronto. Me pregunto: ¿sabe algo doña Victoria que yo no sepa? ¿Puede tener ella algún interés en que yo deje la investigación? ¿O en que la siga?

Ella tomó aire.

—Interesante, Chino. Pero, dime, si yo tuviera ese interés, ¿crees que te lo diría así por las

buenas?

—Tal vez no con la boca. Pero hay muchas maneras de decir las cosas.

Ella lo miró un momento. Se echó atrás en la butaca.

—Bien, te lo diré con la boca. No soy ninguno de esos equipos a los que te refieres. ¿Lo he hecho bien?

El Chino se encogió de hombros.

—Con el debido respeto, eso lo pensaré más adelante.

—Has dicho que tenías dos preguntas.

—Sí. Pero me acabo de dar cuenta de que en realidad son tres.

Ella esperó. Con calma. El Chino se echó hacia delante.

—Entonces, segunda. Con el debido respeto, ¿usted cree que don Jorge estaba liándose con alguien en aquel momento?

Ella lo fulminó un momento.

—¿Me preguntas qué creo?

—Sí. Usted me dijo que sabía de la vida de don Jorge.

Ella dio un trago. Lo miró.

—No estaba con nadie. Se iba por las noches, pero no iba a eso. Eso..., no sé. Creo que había dejado de interesarle. La tercera.

El Chino carraspeó un momento.

—Verá, es que, cuando vine a verla, pasó algo raro.

—«¿Algo?», qué interesante.

—Sí, usted me dijo que durante un tiempo había pensado que a don Jorge lo habían hecho desaparecer. Pero me dijo que luego había dejado de pensarlo.

—¿Y qué?

—Pues que me dio la impresión de que usted dejó de pensarlo por algo en concreto. Por algo que pasó.

Doña Victoria dio un largo trago de la copa de vino. Sus ojos fulminaron al mundo.

—Chino, ¿no te dije que, a veces, era mejor no preguntar las cosas que no había que preguntar?

—Sí. Pero verá lo que pasa, doña Victoria. Pasa que estoy enfermo y me mareo rápido. ¿Y sabe qué pasa? Pues que estoy un poco harto. Porque nadie me habla con franqueza y todo el mundo me cuenta nada más que la mitad que le conviene de la verdad. Entonces llegan unos y me dicen: date prisa con esto. Y luego me dicen: ya no hace falta. Y luego hay alguien que me ataca mientras hay otro que me pone cosas en el coche. Entonces me viene esa sensación, ¿entiende? De que a uno le están cambiando la música todo el rato. O que uno es una barca en mitad del mar. Y, de pronto, también, me acuerdo de otra cosa. Don Jorge. Y me digo: si primero querían que lo buscara, ¿por qué ya luego no? Y entonces me da la sensación de que don Jorge

no es más que la excusa para ponerme canciones. Canciones que yo no oigo. Y que a nadie, en el fondo, le importa un carajo don Jorge.

El Chino hizo una pausa. Miró a doña Victoria.

—Y otra cosa, doña Victoria. Porque convendrá conmigo en que el hecho de que me hayan atacado puede querer decir cosas al respecto de la situación de don Jorge.

Ella sonrió.

—Y tú has pensado que, de todos, podría ser yo quien estuviera interesada en Jorge. Oh, Chino, es muy dulce que pienses eso, Chino. Muy dulce, de verdad.

El Chino volvió a dejarse caer en el respaldo de la silla. Situación de empate, se dijo. Ella lo pensó un momento. Miró al Chino y se levantó de golpe. Siguió un rato confuso. Con doña Victoria desaparecida dentro de la casa y el Chino y el Currito allí sentados. El perro de aguas vigilaba y la criada silenciosa les dejó una jarra con té y otra con agua. Después volvió doña Victoria. Se había cambiado de vestido. Se sentó y sacó un cigarro.

—Chino, ¿tú pagas tus deudas?

—Claro.

Entonces doña Victoria empezó a hablar. El asunto del guepardo, dijo. Y que si él, el Chino, había conocido a Araceli. Y no. Pues Araceli había sido una criada que ella había tenido muchos años. Más de treinta. Y qué pasaba. Pues que un día, en la otra casa, la del Valle, Araceli le había llegado diciendo que faltaba una estatua en el despacho de don Jorge. Una figurita pequeña, negra. Así como de un guepardo en el momento de saltar. Una que, al parecer, valía una miseria y que estaba encima de la chimenea. Entonces el mosqueo. Que ella había pensado, al principio, en no darle importancia. Pero que luego, por otra cosa que había pasado unos días antes, sí. Entonces habían levantado la casa entera, pero la estatua no había aparecido. Ni entonces ni nunca. El Chino la miraba.

—¿Y qué pasa con eso?

—Pasa lo que te dije la otra vez, Chino. Que las cosas no tienen patas. Y que aquí nada es casual. Así que si te desaparece una figura, eso es por algo.

El Chino se echó atrás en la silla. Dejó la bolita de papel sobre uno de los platos. Doña Victoria tomó aire.

—Y, entonces, ¿qué pasa? Que me acuerdo de esa otra cosa que pasó un par de días antes de darnos cuenta de la desaparición de la jodida estatua. Lo que pasó fue que yo estaba en mi casa, tan tranquila y llega Araceli y me dice: ha venido tal a verla. Así, sin avisar. Como tú. Y yo, que soy muy amable, pues me compongo y salgo. Y le hago la cortesía. Como te la estoy haciendo a ti. Un rato en el jardín y sonrisas. Esas cosas. Porque era una persona que yo conocía. Alguien de confianza. Alguien que tú conoces, Chino.

—Ya.

—Y esa persona, Chino, estuvo conmigo todo el rato. Solo que no venía solo. ¿Sabes quién lo acompañaba?

Ella se calló. El Chino lo pensó un momento.

—Un muchacho flaco y moreno —dijo.

Ella aplaudió.

—Sí, Chino. Justo eso.

—Y, fíjate, Chino. El muchacho llegó y se sentó y no dijo ni una palabra. Pero, en un momento dado, le hizo una seña al Pepón y entonces el Pepón me dijo que el muchacho necesitaba ir al baño. Yo, en ese momento, no lo vi raro. Un poco raro, pero sin mosquearme. Así que Araceli lo acompaña. Y ¿qué pasó, Chino? Pues que sí. Que, al parecer, el muchacho se las apañó para perderse, durante unos minutos, por la casa. Él solo, si me entiendes.

El Chino pensaba a toda velocidad. Levantó la mirada y la cruzó con la de ella.

—¿Para qué podría querer el Pepón esa figura?

—No lo sé, Chino. Pero te garantizo que no fue que el muchacho pasó por allí y se la llevó de casualidad.

El Chino volvió a pensar.

—Y ese guepardo ¿tenía algo de particular?

—Era una figura de mierda, Chino. Valía mil euros lo mismo.

El Chino se levantó de golpe de la butaca y durante un minuto estuvo tratando de llegar a algo. Todo mientras daba vueltas por la terraza. De pronto se quedó quieto.

—¿Cuándo fue todo eso?, ¿se acuerda? —dijo.

Ella lo pensó.

—Ahí por 2018. A principios. ¿Importa eso?

El Chino volvió a sentarse.

—No lo sé.

Ella dejó el cigarro sobre uno de los platos. Lo descabezó con un gesto violento. Lo trituró.

—Tu deuda, Chino. La que acabas de contraer.

—Dígame.

—¿Te acuerdas, Chino, de cuando viniste la otra vez? ¿Te acuerdas de que les dije dónde tenían que buscar a Jorge? ¿Te acuerdas de que te dije que buscaran dentro de la ropa interior de alguien?

El Chino la miró.

—La tratante de arte.

—Justo.

El Chino lo pensó un momento. Ella sonrió como si fuera una bruja profesional.

—Y te lo pongo fácil, Chino. Porque, por supuesto, sé dónde está la oficina de la muchacha en cuestión. Y sé cuál es su coche. Y sé cuál es su garaje. Y a qué hora entra por la mañana.

El Chino asentía.

—¿Y cuál es el precio?

La voz de ella siseó de rabia.

—El precio, Chino, es que le des un susto que no pueda olvidar nunca. —Sonrió—. Además...
—Qué.
—Que puede venirte bien en tu investigación o lo que sea.
El Chino levantó una ceja. Ella volvió a sonreír.
—Porque fue ella, Chino, quien le regaló a Jorge la mierda de estatua del guepardo.

10

Todavía el día 24

El Chino sintió algo parecido a un mareo y se apoyó en el capó del coche. Después sacó del estuche una barrita energética y la mordisqueó mirando al mar. Consultó el reloj y miró al Currito.

—Espera un rato, ¿quieres? —dijo.

Luego metió los zapatos en la arena y se fue playa abajo, hasta que encontró un sitio donde sentarse. El Currito lo miraba desde la puerta del Mondeo. Ese fue el siguiente rato. Un gitano con un sombrero de paja puesto y el bigote muy blanco. Un gitano enfermo y que parecía mucho más mayor de lo que en realidad era, sentado ante el mar y mirándolo de una forma obsesiva mientras apretaba entre los dedos el envoltorio de una barrita energética.

¿Y esto?, se decía el Chino. ¿Y esto?

Estuvo así un buen rato. Mirando sobre todo al mar y volviendo a veces la cabeza hacia las casas a su espalda. Algún rato pasó alguien y se lo quedó mirando. El mar se iba y volvía. Las gaviotas lo miraban de lejos. Fue ahí donde empezó a sentirlo. Una impresión vaga de que había un pozo oscuro en el mundo. Uno por el cual, de pronto, se iban colando todas las cosas en modo atronador. Un rumor que multiplicaba al del mar y que hacía cesar el grifo de las chicharras. Las aves volaron de pronto del cielo y el Chino se vio solo en la playa y miró a lo alto y buscó. Entonces el zumbido subió de intensidad hasta casi hacerle implosionar los oídos y cesó de pronto. Entonces el Chino supo adónde tenía que mirar y se volvió lentamente.

Más allá, como a su derecha, había unas casas bajas y unas adelfas plantadas. Y allí estaba, por primera vez no como si fuera un parpadeo sino algo casi sólido. Siendo algo que oscilaba entre un cristal esmerilado y un cuerpo verdaderamente formado. Cartón mojado, eso le pareció. Una suerte de maniquí hecho de eso. Cortísima de talla y con el sobretodo puesto por encima y el pañuelo en la cabeza y la cara como de manzana quemada por el sol. Y la soledad espantosa, intocable. La soledad del fondo del mar. La niña volvió a abrir la boca y tendió algo y el Chino supo esta vez lo que era y tembló y sintió que sudaba y supo que le llegaba el nombre y que esta vez sabía seguro qué era aquel chirrido. Sintió eso y, después, tres, cuatro latidos de su corazón. Los sintió dentro del pecho, pero le dio la impresión de que se iban hacia ese pozo. Entonces el silencio se hizo más espeso y de pronto volvió el mar y volvieron las chicharras y, después de un parpadeo, dejó de ver a aquello.

El Chino sacó el teléfono del bolsillo y le mandó un mensaje a María del Rosario.

«Nena, estoy raro.»

Luego lo pensó bien.

«Nena, tengo miedo.»

De pronto empezó a entonar en mitad de la playa vacía.

Jincarse de roiyas que ya viene Dios.
Ba'resibirlo la mare de mi arma, der mío corasón.

Entonces se levantó de golpe, se sacudió bien los pantalones y echó a andar para el coche.

«¿Qué te pasa?»

El mensaje de María del Rosario le llegó cuando ya habían superado Alcantarilla y volvía a verse la torre de la catedral dominándolo todo.

«Nada, un momento malo. Ya bien.»

«Bueno», dijo ella.

«¿Conseguiste eso que te dije?», preguntó él.

«Aquí lo tengo.»

Él le mandó una sonrisa y luego un corazón. De pronto rompió a cantar.

Que con la luz del cigarro yo vi el molino.
Se apagó el cigarro, perdí el camino.

El Chino cantó y miró al Currito, que conducía impávido y lo miró de pronto. El Chino rompió a reír.

—Canta, Currito, coño. Que te la sabes.

El Chino se reía y daba palmetazos en el salpicadero, pero luego, cuando se fueron acercando a San Pío, se fue callando. Un momento se quedaron los dos en el coche antes de entrar. El Currito parecía sumido en hondos pensamientos.

—El Mono, ¿lo viste? —dijo el Chino.

—Para no verlo —dijo el Currito.

Luego subieron. Tocaron la puerta.

—¿Estará?

—Seguro —dijo el Chino.

Estaba.

El momento en el que el Chino y Rocío volvieron a estar de frente fue el momento de las sorpresas. Porque a él le costó reconocerla a ella. Y viceversa. O eso dijeron sus ojos.

Porque desde luego ella estaba cambiada. Llevaba el pelo muy corto, de maquinilla, y un vestido de flores y un parche tapándole el ojo. El otro, verde, refulgía de determinación. Aparte llevaba un bebé de no muchos meses en los brazos. Y aparte la mancha oscura y con forma de lengua, que le bajaba desde el mentón hasta la clavícula. Una mancha hinchada, rojiza. Era indudable que había perdido mucho peso. No para estar de maniquí, pensó el Chino, pero sí para estar sana. Los ojos del Chino y el de ella se cruzaron un momento y él vio la fiereza de la pantera que va a agarrarse a su vida y se dijo que eso era bueno. Que si la gente tenía por lo que luchar, entonces todo era más sencillo. El Chino lo anotó pero al mismo tiempo lo puso triste.

Todo eso en un instante, pero también algo más. Algo que ella, durante un segundo, había visto a la espalda del Chino. El Chino se volvió y atrás estaban el Mono, con su cara convertida en aquello monstruoso, y el Currito.

—Mono, quédate con él un momento —dijo ella.

Luego hizo un gesto para que el Chino la dejara pasar y le entregó el bebé al Mono. Se quedaron los tres en la cocina. Ella se sentó a la mesa y tomó aire y puso una mano blanca sobre el mantel de hule. Otra vez aquella fuerza.

El Chino se sentó también, se quitó el sombrero y lo puso también sobre el hule. Se aclaró la garganta.

—¿Tú sabes quién es don Jorge Illescas?

—¿Quién?

—Jorge Illescas, un empresario. Desapareció hace unos años. Tenía un despacho en la misma torre en la que limpiabas.

Rocío lo miró muy fijo.

—No.

—¿No lo viste en las noticias?

—No lo sé. No lo recuerdo.

El Chino la miró con atención. Ella lo miró a él y después miró hacia el Currito, que estaba detrás, que no se había sentado.

—Bien, Rocío, quiero que te sitúes. Es el año 2015. Es enero, febrero. El mes que quieras. Tú has ido a trabajar con Aurora y con Carmen. Entonces trabajáis y termináis la jornada. Son las tres y pico de la mañana. ¿Qué pasa entonces?

—No entiendo.

—No tienes que entenderlo, Rocío, ¿qué pasaba?

Rocío lo pensó un momento. Se encogió de hombros.

—Salíamos y nos montábamos en el coche de Aurora. Y Aurora nos iba dejando en nuestras casas.

—¿A quién dejaba primero?

—Primero a mí y luego a Carmen.

—Escucha, cuando veníais, ¿por dónde pasabais? Quiero decir: ¿alguna vez pasasteis por la

zona de La Flota, ya casi por lo que es Zarandona?

Rocío lo miró estupefacta.

—No. Bajábamos por la autovía y entrábamos por Ronda Sur y me dejaban aquí.

—¿Todas las veces?

—Todas.

El Chino pensaba. Casi se le podía escuchar cómo pensaba. Miró a Rocío.

—Escucha, en realidad con quien necesitamos hablar es con tu amiga Carmen. Pero la estamos llamando y el teléfono nos da apagado. ¿Tú sabes dónde la podemos encontrar?

Y ahí fue donde el Chino empezó otra vez a sentir un zumbido. A sentir que una nota empezaba a discordar. Otra vez el de la caja de ritmos se ha pasado con los revueltos, se dijo. Todo en la mirada espantada de ella. La mirada de alguien que no comprende cómo puede ser que le estén preguntando eso.

—Carmen murió. Hace como unos seis años.

—¿Murió? —dijo el Chino.

Y otra vez ella con la mirada espantada. Aquella determinación, sí, pero ahora revestida de otra cosa. De miedo. Simple miedo. Más aún, desconcierto.

—Sí. Se puso enferma. Cáncer.

—Rocío, ¿te pasa algo?

Otra vez aquella mirada. Aquel bajar de ojos.

—No.

—Es que parece que sí.

Entonces los ojos levantados. De pronto, fieros. La pantera de un solo ojo verde. El Chino tomó aire.

—Escucha, ¿alguna vez te dijo Carmen que hiciera algo de particular por las noches después de salir de trabajar?

—No. No éramos tan amigas. Solo compañeras de trabajo.

—Ya. Y ¿por casualidad sabes dónde vivía? ¿Vivía en Pulpí o tenía una casa más cerca? ¿Te suena?

—No. No sé de eso. Ya te digo que no éramos tan amigas.

—¿Y de Aurora?

—Lo mismo. Hola y adiós. Pásame esto o lo otro.

—Siguiente pregunta. Y ya acabo. Esta Carmen ¿cómo era?

Otra vez aquellos ojos. Desconcertados. Un momento de mirar al Chino con aquel ojo verde. Y luego el ojo abajo. Quieto.

—No te entiendo.

—Sí, ¿era alta, baja, fea, guapa, tenía tres ojos?

Rocío volvió a levantar la cabeza. Y a bajarla. El Chino la sentía pensar. Ella terminó por encogerse de hombros.

—No sé, era normal. Un poco más baja que yo. Morena. Se notaba que había sido muy guapa.

—Pero ya no lo era.

—No. Ya no lo era. Estaba triste. Había cogido peso. Y ya no se cuidaba.

—¿Qué edad tenía?

—No lo sé.

—¿Veinte, treinta?

—No.

—¿Cuarenta?

—Por ahí. Pero más. Cuarenta y cinco lo menos. A lo mejor alguno más.

—Y no era guapa.

Rocío suspiró con fuerza.

—No. No lo era.

El regreso en el coche fue el Chino apretando los dientes con fuerza y sintiendo cómo el molde se iba retorciendo y readaptando. Primero en vertical y desde el hombro, luego girando para colarse entre las vísceras. Aquí te rozo el hígado, aquí me clavo hondo en el riñón. Y luego más. Para atravesarle las ingles e hincársele en los huevos. Y más abajo. Por el muslo, caliente, hacia la rodilla.

El Currito lo miraba.

—¿Quieres que pare, Chino?

—No, ya llegamos.

El Currito tuvo que bajarlo a rastras y María del Rosario tuvo que salir corriendo para ayudar a llevarlo.

—No, dentro no —decía el Chino.

Así que lo dejaron donde siempre, en la silla de plástico y mirando en dirección a los árboles. Ahí mismo fue donde María del Rosario le tuvo que pinchar dos veces. Y desde su asiento él despidió al Currito. Luego, como una hora después, él notó que el recuerdo del dolor se le pasaba y que volvía, de alguna manera, a ser él. María del Rosario lo miraba desde la otra silla.

—¿Qué es, un campeonato o qué? —dijo ella.

—Tú no lo entiendes, nena.

—O tú no lo entiendes, Chino.

—Ya, uno de los dos.

—Pues eso.

Después de cenar él estiró las piernas, echó la cabeza atrás y esperó que ella volviera de dejar los cacharros.

—No entiendo nada, nena.

—Chino, no me interesa, ¿entiendes tú eso?

Pero el Chino no hablaba con ella.

—Hay que seguir la noche, ¿entiendes? Las tres salen de trabajar y se montan en el coche de Aurora. Dan la vuelta a la ciudad y dejan a Rocío en San Pío. Y luego ¿qué? El coche aparece en el parking. Pero, mira, ¿ves? Mis capturas de pantalla del Honda, ¿ves? ¿Tú cuántas personas dices que van ahí?

—No sé, Chino. Yo creo que una sola. Pero no se ve bien. Esa sombra...

—Eso es lo que pasa. No se ve bien. Entonces, la tal Carmen, ¿va o no va? Porque está claro que no ha dado tiempo a dejar a Carmen en Pulpí, aunque yo estoy seguro de que ella no vivía allí, sino más cerca. Entonces, ¿la deja de camino o aún van las dos? A eso hay que añadir varias cosas.

Ella, al final, estaba prestando atención. Lo miró.

—Primera cosa, que ninguna de las dos da el perfil de quien pudiera tener un romance con don Jorge y que doña Victoria dice que no. Que no había de eso.

—Ya.

—Segundo, que Carmen, por esa época, probablemente ya estaba enferma. Y tercero, el estado mental de Aurora.

—¿Los Jurado son los de la guerra del once?

—Sí.

—¿Y esta no se apellida Jurado?

—Sí, pero la vi, ¿sabes?

—¿Y qué?

—Que no tenía ni rastro de ser gitana. Ni ella ni la madre.

—Ya, Chino, pero deberías mirarlo.

—Lo sé, nena. Lo voy a mirar.

—A lo mejor es eso y ya está. Los Jurado agarrando a don Jorge y cobrándose.

—No lo sé. Yo creo que el problema no es ese. Sino la visión de conjunto. Porque hay más cosas.

—¿Cosas cómo qué?

—Como lo de esa chica, la tal Rocío.

—¿Qué pasa con ella?

—Que estábamos hablando y todo iba más o menos normal. Hasta que, de pronto, ha empezado a mentirme. Bueno, no exactamente a mentir. Porque no era eso, en el fondo. Era otra cosa. Era como si estuviera buscando la respuesta adecuada, ¿entiendes? Era como si estuviera diciéndose: ¿cuál de las respuestas es la que tiene premio y cuál es la que tiene susto?

—Ya.

—Entonces, ¿todo esto tiene que ver o no? Y, además, piensa que don Jorge aparece en las

grabaciones diez veces, pero el Honda solo seis. Y no aparece la noche en cuestión. De hecho, esa noche hacía más de un mes que no aparecía el Honda. Entonces te dices que nada tiene sentido y que el tal Ambrosio tenía razón y que esta era una pista falsa. Pero, si nada tiene sentido y si es una pista falsa, entonces, ¿por qué el GPS y por qué el ataque? Y a ello súmale, aparte, lo del robo del guepardo. Y súmale que nadie me dijo nada de eso.

Ella lo miraba. El Chino se encogía de hombros.

—Entonces, nena, hay algo que está a punto de golpearme en la trompa. Está a punto, pero no soy capaz de verlo. Lo huelo un poco, pero nada más.

Ella lo pensó un rato. Suspiró.

—No sé, Chino. ¿Has investigado a la tal Aurora y a la tal Carmen?

—He investigado lo que he investigado.

—Ya.

—Además, para eso no puedo usar a nadie de dentro, ¿entiendes? Tengo que poner a alguien de fuera. —El Chino suspiró, cerró los ojos—. En cualquier caso...

—¿Qué?

—No sé. La sensación es que llegaremos antes por el otro camino.

—¿Cuál camino?

—El de ponerse a pescar, nena. El de ponerse a pescar.

Ella lo miró.

—¿Qué te pasó esta mañana, Chino?

—La vi. La volví a ver.

—¿A la niña?

—Sí, pero pasó otra cosa.

—¿Qué pasó?

—No sé lo que era. Pero solo podía ser una cosa.

—Ya.

Seguían allí. En las sillas de plástico. Había cruzado una rana por la zona de cemento y se alternaban los grillos con las chicharras.

—¿Quieres que les diga a los chicos que vengan?

Él lo pensó.

—No. Pero podrías organizar una cosa de esas de ventanitas en el ordenador.

—Claro.

Hablaban a ratos. Ella tendió una mano y él se la tomó. Le acariciaba la palma con la punta del índice.

—¿Crees que toda la gente a la que le hice cosas todos estos años se acordaron, en el momento final, de su madre?

—¿Por qué dices eso, Chino?

—Porque esta mañana, justo después de eso que te dije, me vino de pronto la frase de una

canción. Una canción y no sabía cuál. Solo que ahora empiezo a saberla y empiezan a venirme más frases. Es una canción que me cantaba mi madre de pequeño.

Ella lo pensó un momento.

—Imagino que sí, que cada uno pensaría en su madre.

Él asintió en la oscuridad, luego le dijo que si ella quería que le cantara un poco de aquello.

—Me casé contigo porque cantabas, ¿o qué te crees?

Él le sonrió a nadie.

En el hospitá me dijo mi maere con los brazoh al cuello:

Ahí te quean esos chorrelitos, que mires por ellos...

11

Día 25

—¿Vas a dormir ahí? —había dicho María del Rosario en el momento de irse a acostar.

—Sí.

Ella lo había mirado como si fuera a preguntarle, pero lo dejó estar. El Chino tuvo sueños confusos hasta que, sobre las cuatro, lo despertó el dolor. Dio un respingo y miró a un lado y a otro, pero el jardín estaba tranquilo. Ya no se volvió a dormir. La mañana lo encontró junto a la cómoda y con la llave en la mano. En el cajón del fondo estaba el estuche de cuero y dentro de este el Smith & Wesson 629 de cañón de cinco pulgadas. Era, pensó el Chino, un objeto hermoso. Con su cacha de madera y sus acabados en acero inoxidable. Aparte el tambor de seis disparos y acción doble.

El Chino, pues, sacó aquello bien temprano, lo puso sobre la mesa de la cocina y lo acarició levemente. María del Rosario pasó por detrás de él y se lo quedó mirando.

—¿Así estamos?

—Así estamos.

—Chino...

—No, vieja, que es solo para asustar.

Ella no dijo nada y el Chino fue jugando a meterle las balas y a hacer girar el tambor. Entonces se acordó de algo.

—Nena, ¿y las cosas que te dije que me consiguieras?

María del Rosario salió y volvió al poco. Dos smartphones de los sencillos. Entre los dos los abrieron y les pusieron las tarjetas. Luego les activaron la ubicación. El Chino quiso saber a nombre de quién estaban y ella le dijo que eso no iba a ser problema.

—¿Y qué vas a hacer con eso? —María del Rosario se refería a los teléfonos.

—Pescar siluros. ¿Tú sabes lo que es un siluro?

—Un pez.

—Un pez bien gordo, nena.

Un rato estuvo vigilando las sombras del jardín. Cambiando la dirección de la mirada con cada susurro de las hojas o cada crepitar de una rama o si se movía un pájaro. Cuando sintió que

llegaba el coche del Currito se acercó a la verja, abrió la puerta de personas y salió. El Currito lo miró desde detrás del volante.

—De momento vamos en el tuyo. Que no quiero mirones ahora.

El Currito asintió y dieron la vuelta. Entraron en la ciudad por Ronda Norte y rectos hacia la Gran Vía. Luego colocados en un rincón, junto a un paso de cebra, y controlando la hora. Todo fue como doña Victoria les había dicho. El coche que ella les dijo, a la hora que ella les dijo y acercándose a la puerta de garaje que ella les dijo. El Chino tuvo un atisbo de la mujer en cuestión antes de darle la señal al Currito. Y rápidos. Se colocaron detrás del otro coche mientras se abría la puerta automática y se colaron detrás. Lo siguieron hasta que se metió en su plaza. Entonces chirrido de ruedas y coche bloqueado. El Chino saltando y abriendo la puerta del copiloto y colándose con el revólver en la mano. La mujer gritando.

O dando un grito al principio. Un grito de angustia. El Chino apuntándole.

—Tranquila. Te estás tranquila, ¿me entiendes?

La otra, por los cincuenta, gafas redondas, pelo corto y teñido de rubio, zapatillas de deporte, vestido ajustado y buenas tetas, asintió con la cabeza. Tenía boca como de niña y los ojos un poco demasiado grandes. El conjunto era parecido, pensó el Chino, a una muchacha de las que salían en los tebeos japoneses.

—¿Eres Tania? ¿Tania Enriquez?

La otra miraba al cañón del revólver y, alternativamente, a los ojos tan oscuros del Chino. Se había apretado contra el último rincón del coche y estaba pálida, inmóvil. Asintió.

—Bien, escucha. Te voy a hacer unas preguntas. Una serie de preguntas sobre un conocido mutuo. Y, según me contestes, veremos. ¿Me entiendes?

Ella asintió, los ojos fijos donde los tenía.

—Te contaré de qué va esto. Esto va de una figurita. Una figurita pequeña. Negra. ¿Sabes de qué te hablo?

Ella negó. El Chino tomó aire.

—Sí, una figurita de un bicho. Un gato grande. Como un leopardo, pero no un leopardo. Un bicho que está preparado para saltar, ¿ahora?

Ella parpadeó varias veces. Pero ya había ahí un poco de luz.

—Un guepardo —dijo ella.

—Eso. Entonces, cuéntame la historia. Tú se lo regalaste a alguien, o eso me han dicho, ¿es verdad?

—Sí.

—Pues no tengo todo el día.

—Estábamos en Macao y él estaba preocupado. Había una cosa que quería guardar. Y no hacía más que darle vueltas a cómo guardarla. Entonces, un día dijo que quería hacer una carta robada.

—¿Una qué?

—Sí, como en el cuento de Poe.

—No sé qué es eso, pero sigue.

—Él decía que estaría bien hacerlo así. Que le parecía divertido. Entonces, una tarde, yo me escapé al mercado de Taipa. Y ahí lo encontré y se lo compré. Le gustó.

—¿Qué pasa con el guepardo?

—Que es de bronce pero que también es una caja de esas chinas. Tenía un compartimento...

El Chino apartó un momento el revólver. Luego se acordó de su promesa y lo volvió a acercar. La mujer se comprimió más contra la puerta y tembló con más fuerza.

—¿Qué era lo que quería esconder don Jorge?

—No lo sé.

El Chino acercó un poco más el arma. Los ojos de ella se abrieron mucho, lo siguieron.

—¿Seguro?

—Te juro que no lo sé.

—¿De qué tamaño era la figura?

Ella levantó las manos y consiguió controlar el temblor y lo indicó más o menos.

—¿Y el compartimento?

Ella volvió a moverse. Esta vez ahuecó la mano como para hacer constar que lo que fuera tenía que caber en la palma. El Chino le acercó un poco más el revólver.

—De momento vas bien. Veremos ahora. Siguiente pregunta. ¿Alguien, alguna vez, te interrogó sobre don Jorge?

Ella asintió.

—Bien, ¿y a esa gente que te interrogó les contaste la cuestión de la figurita?

Ella volvió a asentir. El Chino pensaba.

—Y todo eso fue, más o menos, por el final de 2017.

Ella temblaba, porque el cañón del revólver le acariciaba la mejilla. Volvió a asentir. Le cayó una lágrima y el Chino apartó el arma para que la lágrima no lo tocara. La miró muy fijamente y volvió a acordarse de su promesa a doña Victoria. Suspiró para sus adentros. Entonces le acarició la mejilla con el revólver y levantó el martillo. El arma hizo un crac crac que ponía los pelos de punta. Se puso muy serio.

—Presta atención, Tania. ¿Cómo se llama tu madre?

—¿Mi madre?

—Sí.

—Julia, Julia.

—Pues le das recuerdos.

El Chino se movió hacia atrás y salió del coche. Mientras se dirigía hacia donde estaba el Currito iba mirando a los rincones. Perforando las sombras. Acordándose de Julia.

—Ahora sí, vamos por mi coche.

Desanduvieron lo andado. El Mondeo adosado a la curva del Malecón y luego huerta adentro.

El Currito iba callado y el Chino iba haciéndose aire con el sombrero. Llegados a la casa del Chino aparcaron el Mondeo y el Chino dijo que se le había olvidado una cosa. Salió al poco con unos prismáticos. Después tomaron el A4 del Chino y volvieron a salir.

—¿Ruta? —dijo el Currito.

—Para el campo de los Monje, vamos.

El Currito miró un momento al Chino pero no dijo nada. Salió suave y volvieron a cruzar la ciudad, ahora para salir en la otra dirección. Poco a poco se fueron acercando a la sierra. La tierra se fue arrugando y cambiando de tono. Primero rojiza, rocosa. Luego amarillenta, pasada por la secadora. Luego ya casi blanca. Un paisaje lunar coronado por las Murallas de King Kong. El Chino tuvo que bajarse una vez para retirar una cadena que impedía la entrada a un camino y al poco ya estuvieron. Lo vieron desde lo alto.

Terrazas amarillas y matorrales quemados y, al fondo, un espacio desnudo y blanquecino, del tamaño de un campo de fútbol.

—Tierra de alacranes —dijo el Chino.

Bajaron con el coche hasta el borde mismo del campo y el Chino miró la hora.

—Nos quedamos un ratito aquí —dijo.

El Currito bajó del coche y se apoyó en el capó. El Chino se quitó el sombrero y miró hacia el campo blanco. Era como si soñara. Se echó a reír.

—Bajamos desde ahí. Por esa zona fue por donde entramos con el coche. Primero lento, y luego ya, zas. Ahí, más para el centro, estaba el BMW con el Jokin y con el Chus. Y por allá fue por donde bajó el Grand Cherokee. Qué noche aquella, Currito. Jacintito, el mexicano, tranquilo, repartiendo juego. Ta, ta, ta. Con la Ingram. Así. A un lado y al otro. Una de esas cosas que nunca se olvida.

El Chino se calló de pronto. Se hacía aire con el sombrero. Luego echó a andar campo adentro. Cada poco se agachaba hacia el suelo y rebuscaba. Estuvo ahí como cinco minutos y cuando regresó traía algo en la mano. Lo mostró.

—¿Sabes qué es esto?

—Una bala.

—Una bala de una Ingram. Una Mac-10. —El Chino se rascó la cabeza—. Lástima que ya quitaran los coches.

Volvieron a salir. Otra vez con calma y otra vez desandando lo andado. De regreso a la casa del Chino aparcaron el Audi, se montaron en el coche del Currito y volvieron a hacer la misma ruta. El Chino iba controlando la hora.

—Las once y media. Vamos bien —decía.

Llegaron de nuevo al campo de los Monje, pero esta vez no bajaron. Metieron el coche por un camino secundario y lo aparcaron a la sombra de una quebrada. Después el Chino tomó los

prismáticos y treparon hasta llegar a las terrazas de roca de la parte de atrás. Ahí se agazaparon a la sombra.

—¿Tú sabes cómo se pesca el siluro? —dijo el Chino mientras abría el estuche y empezaba a sacar agujas y jeringuillas.

—No.

—Se pesca con carpa viva. —El Chino tenía ya la goma preparada, se subía la manga de la camisa—. Y siempre mejor al atardecer, aunque puede ser antes de que salga el sol. Piensa, además, que el siluro siempre estará en las zonas en sombra. Y que hay que atraerlos. Para eso se rocía el agua con intestinos o con hígado de cerdo. Y hace falta, claro, una caña bien fuerte.

El Currito asentía. El Chino se pinchó y luego se puso aparte. El sol picaba. El Chino miraba a ratos hacia las montañas y a ratos hacia el campo. O sacaba el teléfono y miraba las capturas de pantalla que había hecho en el parking. La mano que salía del Skoda rojo lo obsesionaba especialmente. Como la mujer de la gorra y su manera de caminar. Un par de veces levantó la cabeza y miró hacia donde estaba el Currito y pareció que estaba a punto de decir algo. Pero después negaba y volvía al bucle interminable.

—La cuestión es cuáles son los partidos que estamos jugando. Porque el partido del guepardo y el GPS lo vamos a saber enseguida. Pero luego está el otro. Porque eso es otra cosa. Porque, en ese partido, la cuestión es el porqué. Y a lo mejor es el porqué lo que me está liando. Y si me está liando, entonces es porque no estamos haciendo las preguntas correctas. Aparte la calavera de mis muertos de mi suerte. Que una se me muere y la otra se me vuelve loca. Claro que, a lo mejor, eso no es nada. A lo mejor no tiene que ver y el tal Ambrosio tenía razón.

Luego se callaba. Luego seguía.

—Pero hay algo. Algo que está claro que no hemos visto. Pero dos partidos. El partido del que busca. Y el partido del que esconde.

El Chino hablaba, pero no hablaba con nadie. Más bien andaba farfullando. Farfullaba y se le ocurría algo. Entonces volvía a las capturas y levantaba la mirada y otra vez parecía que lo tenía y otra vez se le iba. El Currito estaba medio tendido detrás del volante del Audi. Se hizo la hora de comer y allí seguían. La sombra empezó a bajar por la ladera y en todo el rato solo vieron a un camión que pasaba a lo lejos. A eso de las seis el Chino le hizo por fin una seña al Currito.

—Ojo.

Y era que, por el camino por el que habían llegado ellos por la mañana, había aparecido un Mercedes negro y de alta gama. El Mercedes llegó al final del camino y pareció vacilar, como si sintiera los prismáticos con los que el Chino lo vigilaba. Luego siguió un poco más hasta llegar al mismo borde del campo y ahí se notó que ponía el freno de mano. El Chino murmuraba entre dientes.

—Vamos, silurito, confírmame quién eres. Enséñame tu bigotito.

Entonces pasó. Una de las puertas de atrás se abrió y surgió una figura que anduvo un momento alrededor del coche y avanzó un metro en el campo y miró a un lado y al otro. El

Chino sonreía.

Porque era, sí, inconfundible, el muchacho calmado, el que iba siempre con el Pepón. El Chino se reía.

—No vamos a casa todavía —dijo el Chino. El Chino que trasteaba con los mapas del teléfono.

—¿No?

—No. Vamos donde la loca del Honda. Que quiero ver una cosa.

El Currito miró un momento al Chino, pero no dijo nada. Oscurecía y la ciudad ya se veía a lo lejos. En el campo de los Monje no había sucedido nada de particular. Solo que el muchacho se había asomado y había avanzado unos cuantos metros. Después debieron darle una orden desde el Mercedes. Porque regresó deprisa y volvió a montar. Entonces el coche había dado la vuelta y se había ido. Ahora el Currito enfilaba por los carriles y el Chino le iba indicando con el GPS. Ante la verja el Currito dejó caer las manos del volante.

—Yo ahí no entro, Chino —dijo.

El Chino se lo quedó mirando un momento.

—Bueno.

Le dijo que lo esperara allí, que eran tres minutos. Antes de acercarse a la verja ya sintió el jaleo de los perros que gañían y se alejaban de él. A los pocos minutos apareció la vieja.

—Eres tú.

—Sí.

Había una mecedora entre los geranios. El Chino se sentó y sacó una de sus barritas energéticas. La vieja lo miraba.

—¿Y qué quieres?

—Hablar. Hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿Y de qué?

—Quiero saber cómo te llamas.

—¿Y para qué?

—Cosas mías.

La mujer lo pensó un momento. Otra vez pareció que trataba de decidir si regaba ahora las plantas o si las regaba luego.

—Yo me llamo Ángeles.

—Ángeles qué más.

—Jurado Gómez.

—¿Y tus padres cómo se llamaban?

—Francisco Jurado Buendía y María Gómez Pujante.

El Chino asentía como si estuviera apuntando aquellos nombres.

—¿Y tienes más hijos aparte de Aurora?

—Tenía otro, pero se murió.

—¿Se murió cuándo?

Ella hizo un silencio. Él la miró.

—De niño. Se llamaba Francisco también.

El Chino volvió a pensar. La miró de pronto. La miró y le clavó los ojos. Ella dio un paso atrás pero luego desanduvo el paso. Él se sonrió por dentro.

—Oye, ¿tú sabes quién soy yo?

—No.

El Chino lo dijo muy lentamente, para que, si había algo que ella tuviera que comprender, lo comprendiera bien clarito.

—Me apellido Mendoza. Me llaman el Chino. Soy el Chino Mendoza.

Ella no parpadeó siquiera.

—Pues encantada.

El Chino se levantó. Se acercó. La mujer retrocedió hasta la pared. Él era más alto y su voz fue un susurro amenazante.

—Yo maté al Lolo y al Chus y al Jokin y al Fran. Y a muchos más.

La mujer lo miró un instante. En sus ojos había desconcierto, pero no había ni rastro de nada más. Ni furia ni comprensión ni nada. El Chino soltó el aire de golpe.

—Oye, ¿tu hija ha estado aquí todo el tiempo desde la otra vez que vine?

—Sí, ¿adónde va a ir?

—¿Y no puede ser que se te escapara un rato la otra noche?

Ella lo miró y él notó algo distinto en sus ojos. Ella se encogió de hombros.

—Se está muriendo —dijo la mujer.

—¿Tu hija?

—Sí, ¿quieres verla? Es todo un espectáculo.

El Chino tomó aire y la acompañó. En la habitación olía igual y Aurora estaba inmóvil en la cama. Inmóvil, pero de una forma antinatural. Una sombra pesaba sobre todas las cosas. El Chino se acercó un poco más. Acercó el oído. La respiración de Aurora alternaba largos valles de silencio con estertores ruidosos semejantes a gárgaras. El Chino miró a su alrededor por si fuera que en algún lugar empezaran a flamear langostas. Algo le oprimió el pecho y tuvo la impresión de que, si por algún motivo se quedaba un minuto más en la habitación, entonces aquello que venía siguiéndolo irrumpiría a través de la pared y ya no tendría la consistencia del papel maché sino que sería piedra negra, dura y brillante como el basalto. La vieja estaba a su lado.

—¿Cómo crees que será? —dijo ella.

El Chino supo perfectamente a qué se refería.

—Será espantoso.

—Tal vez no. Tal vez sea dulce.

El Chino tenía en la mano el envoltorio de la barrita. Se lo metió en el bolsillo. La mujer

pensaba a solas.

—Me alegro de que se muera ella primero. Así no tengo que dejarla quién sabe dónde y quién sabe cómo. —Ella hizo una pausa—. Las tardes las paso aquí con ella, ¿sabes? La limpio un poco, le tomo la mano, se la acaricio. Le hablo. ¿Tú crees que ella lo nota?

El Chino tragó saliva.

—Seguro que sí —dijo.

Ella tenía los ojos negros como pozos.

—Bueno.

—Chino, ¿que tienes que hacer qué?

—Tiene que ser ahora, nena. Si no, se me escapa el siluro.

María del Rosario dejó lo que estaba haciendo y lo señaló con el cuchillo que tenía en la mano.

—Me cago en el siluro y en los muertos del siluro. ¿Tú sabes que hemos quedado con tus hijos a las once?

—Lo sé. Y voy a estar.

—Sí que vas a estar, sí. Porque, si no, no vas a tener ni esposa, ni hijos, ni casa, ni tumba, ¿me has oído?

—Alto y claro, nena. Alto y claro.

Ya habían regresado, ya se había ido el Currito para su casa, ya se había vuelto a pinchar el Chino. Había caído la noche y el Chino tenía entremetida la cuestión en las tripas. Así que dejó la cocina y se salió al jardín. Sacó su teléfono y marcó.

12

Todavía el día 25

—Quiero hablar una cosa contigo, Pepón —dijo.

—¿Qué cosa es tan importante que no puede esperar hasta mañana, Chino?

—Tiene que ver con un gato. Uno de esos grandes.

—¿Un gato?

—Sí. Pero es un gato especial. Uno negro y muy pequeño. Como de bronce.

Al otro lado hubo un silencio. El Chino sintió cómo la presa husmeaba el cebo. Esperó aún un poco.

—Un guepardo, creo —dijo.

Lo dijo el silencio prolongándose. El Chino sintiendo cómo la carpa prendida al anzuelo recibía los primeros hocicazos. Se imaginó al Pepón rascándose la cabeza.

—Dime, Chino, ¿dónde estás?

—Estoy en mi casa. Y no tengo chófer.

Otro silencio. Uno largo. La presa, un siluro viejo, de lo menos unos cien kilos, se preparaba para morder.

—¿Qué hago?, ¿voy y te recojo?

—Sí, estaría bien.

Y ahí. Juego. Set. Partido. Momento de dar sedal y esperar.

No tuvo que esperar tanto. Mientras se ponía la camisa y los zapatos le entró María del Rosario.

—¿Adónde vas? Hemos quedado con los chicos.

—Tranquila, es un momento.

Ella lo miró. Él se acercó y la besó en la mejilla. Después hizo el cambio de teléfonos. El suyo lo metió en el estuche de cuero, con las dosis y la jeringuilla y lo demás. Y se metió en el bolsillo uno de los nuevos que le había traído María del Rosario. Después se salió al patio a esperar. El Pepón estuvo ahí deprisa. Veinte minutos todo lo más. El Chino sintió el coche y se apresuró a ir a la puerta de la verja. El Pepón abrió la ventanilla de atrás y lo miró de arriba abajo.

—Chino, ¿vas armado?

—¿Ahora tenemos esas?

—No me has contestado, Chino.

—No.

La puerta del otro lado se abrió y de ella surgió el muchacho calmado. El Pepón le hizo un gesto con la cabeza. El Chino levantó las manos y se dejó hacer. El muchacho olía a alguna colonia agreste.

—Abre el estuche, Chino.

El Chino abrió el estuche y dejó que el otro colara allí su nariz. El muchacho sacó el teléfono del Chino.

—¿Llevas dos teléfonos, Chino? —dijo el Pepón.

—¿Cuántos llevas tú?

El Pepón lo miró.

—Vale, Chino. Pasa.

El muchacho calmado le devolvió todo y el Pepón abrió su puerta. El muchacho se sentó de copiloto y había otro gitano al volante. Durante los primeros minutos, mientras se alejaban de la casa, nadie habló. Después el coche agarró por una carretera nacional y el Pepón se volvió hacia el Chino.

—Cuéntame esa historia del guepardo —dijo el Pepón.

—No, Pepón, cuéntamela tú.

El Pepón andaba pensando y el Chino se hacía la idea de qué, exactamente, estaba pensando el otro. Las cuentas. Quién. Cuándo. El Pepón sonrió.

—Chino, este asunto no es tu asunto ni el mío. Es una cosa gorda, que nos viene muy grande a los dos.

El Chino sonrió.

—Y si nos va tan gorda, ¿entonces por qué me pusiste un puto GPS en el Audi, Pepón?

El Pepón miró al Chino y se echó a reír.

—Ah, para eso me has hecho ir hasta el campo esta mañana —dijo.

—Te lo cuento, Chino. Un día, allá por mayo 2015, va don Jorge y desaparece. Y se arma la que se arma y todos lo sentimos mucho y rebuscamos. Pero luego la cosa se calma y se restablecen las fuerzas. Cada cual en sus cosas. Entonces, como por enero de 2018, recibo un encargo.

—Eso ya lo sé, Pepón.

—Sé que lo sabes, Chino. Pero déjame seguir. Recibo un encargo y, como no me queda más remedio, lo cumplo. Ahora bien, hay una cosa que tienes que entender, y es que a mí me dicen: ve a casa de doña Victoria y llévate esto. Y yo me lo llevo. Pero no sé para qué me lo llevo ni qué mierda es. Y no lo sé porque nadie me lo ha contado y esto funciona así, ¿me entiendes?

—Te entiendo.

—Bien. Me lo llevo y lo entrego. ¿Y qué hago después? Me olvido. Porque eso es lo que hacen los niños buenos. Me olvido. Hasta que llegas tú y empiezas a remover la mierda. Entonces me acuerdo.

El Chino se quedó parado un momento y le pareció que se hacía una luz. Una luz pequeña. Luego miró al Pepón.

—Y te acuerdas porque la persona que te lo encargó a ti es la misma persona que me lo encargó a mí —dijo.

El Pepón levantó la mano.

—Yo no lo he dicho, Chino. Es tu deducción.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que llegas tú y yo me acuerdo. Y decido investigar un poco. Porque esto va para abajo pero también puede subir. Y yo tengo contactos porque estuve muchos años codo a codo con don Jorge y llevé en el coche a mucha gente, ¿entiendes? Así que pregunto, sutilmente. ¿Qué puede ser esto?, ¿qué puede dejar de ser?

—¿Y qué?

—Chino, ¿tú has oído hablar del dinero ese que solo funciona en internet?

—Sí, claro.

—Pues ese dinero, Chino, se guarda en uno de esos lápices electrónicos, ¿entiendes?

—Entiendo.

—Y esos lápices electrónicos pues caben en cualquier lado, ¿entiendes? Y esa es la cuestión, Chino. Lo que había dentro del jaguar ese o lo que fuera. Un lápiz de esos. Con un montón de dinero dentro. Mitad del gran hombre y mitad de otra persona, decían. O algo de eso. Pero esa no era la cuestión, sino otra cosa que pasaba. Y ahí es donde entras tú. ¿Sabes qué cosa?

—No.

—Pues pasa que esos lápices son muy putos, Chino. Porque esto no es pongo el lápiz en el ordenador y va todo como la seda. No, esos lápices tienen sus contraseñas. Y las contraseñas, pues también son muy putas. Porque uno no puede ir ahí probando todas las veces que quiera. No. Se puede probar un número de veces nada más. Y hay, además, algunos que tienen una fecha límite. ¿Y sabes qué sucede si se pasa la fecha o si uno falla las diez veces que pueda poner una contraseña?

—No, ¿qué pasa?

—Pasa que el dinero se destruye, Chino. Desaparece.

El Pepón hizo una pausa. Miró al Chino.

—Y a ver si adivinas quién tenía la contraseña del *pendrive* de los cojones.

—Don Jorge.

—Exacto, ¿vas hilando?

El Chino pensaba a toda velocidad. El Pepón lo miraba. Otra vez se echó a reír.

—Ah, Chino, y tú que te pensabas que don Piazentino andaba buscando de verdad a don Jorge. No, Chino. Esta gente no es así. Esta gente no sabría distinguir un amigo de una caja de pescado ni aunque le pusieran un rótulo.

—Entonces, tú dices que el dueño de la otra mitad es don Piazentino.

—No. Yo no digo nada. Ahora, a ti te encargó el trabajo quien te lo encargó. Y a mí, quien me lo encargó. Y esa es la otra parte de la cuestión, Chino, porque ¿tú sabes de cuánto dinero estamos hablando?

—No.

—Pues pon, así, un cuatro, y luego dos ceros y luego seis ceros más, Chino. Cuatrocientos millones de euros, ¿entiendes? Y piénsalo por el otro lado, Chino. Don Jorge con el pendrive y la contraseña. Y hablándome a mí de Asia. Y entonces fugándose. El sueño, Chino. Porque piensa todas las cosas que se pueden hacer con ese dinero. Una cara nueva. Mil identidades nuevas. Y luego, la vida tranquila, Chino. Descansar alejado del mundo con una mujer que lo entienda a uno. Lo que él quería. Solo que...

El Chino seguía pensando.

—Solo que el pendrive estaba en la estatua —dijo—. ¿O no?

El Pepón se encogió de hombros.

—Deduzco que sí, por lo que me cuentan. Pero piensa que yo, cuando me lo llevé de su casa, no sabía ni lo que era. Y fue solo después cuando empecé a averiguar y entonces sí surgieron preguntas. Suposiciones. Es indudable que alguien, de alguna manera, supo dónde podía estar el pendrive. Y puedo suponer que, dado que te encargaron que encontraras a don Jorge, el pendrive estaba en la estatua de las narices. Y puedo suponer que, lo mismo y dado que normalmente habría un límite de tiempo y de intentos, les urgía encontrar lo que fuera, lo que explicaría la llamada que te hizo don Piazentino. O lo mismo es eso que andan diciendo de que el dinero ese electrónico ahora de pronto empieza a valer menos. Pero eso son suposiciones y nada más.

—¿Fue por eso por lo que me dijeron que no siguiera? ¿Fue porque habían agotado las opciones?

—No lo sé, Chino. Puede ser por eso. O puede ser por todo lo contrario. Que, por casualidad, hubieran encontrado la contraseña. O a don Jorge.

El Chino asentía. Seguía pensando. Miró al Pepón.

—Hay dos cosas que no me cuadran en esta historia —dijo el Chino.

—¿Qué?

—Primera, ¿don Jorge tenía el pendrive y la contraseña?

El Pepón se encogió de hombros.

—Eso tampoco lo sé. A lo mejor había dos contraseñas. Una por cada dueño. Qué sé yo.

—Ya. Y la segunda, ¿por qué me cuentas todo esto, Pepón?

El Pepón miró al Chino. Luego se echó a reír otra vez. El Pepón se echó a reír y el Chino vigiló por si los ojos del muchacho calmado estaban en él. Y no. Entonces, suavemente y por segunda vez en un día, dejó caer el teléfono que tenía en las manos en el bolsillo de una puerta.

—Chino, por qué te pongo un GPS, piénsalo.

El Chino no dijo nada. El Pepón suspiró.

—Te pongo un GPS porque te conozco. Porque yo te conozco y ellos no. Porque ellos se

piensan que a ti se te dice que pares y paras. Y yo sé que no. Y lo veo claro. Y esa misma tarde, en mi casa, te lo pongo. Y piensa, Chino. Piensa en todo.

—¿En todo de qué?

—Piensa, Chino. Don Jorge ha desaparecido y nadie sabe. Pero llegas tú, de pronto, y se hace una luz. El Honda y todo aquello. Y ellos no lo ven. Pero yo sí, Chino. Lo veo. «El Chino tiene algo, algo nuevo, diferente. Un camino.» Y me siento a pensar. A pensar en el pendrive, ¿entiendes?

—Entiendo.

—Y me digo cosas. Me imagino cosas. Que tú tienes razón y ellos no. Que, de pronto, queda un intento. O un par de días de plazo. Es improbable, pero quién sabe.

El Pepón hablaba, sujetaba el bastón. El Chino estaba muy quieto.

—Y entonces me dije: si eso pasara y hubiera una posibilidad entre diez mil de que pasara un milagro, entonces...

—Entonces don Jorge valdría mucho dinero.

—Sí, Chino, mucho dinero.

—Ah, ahora lo entiendo.

El Chino lo dijo y su tono fue helado. Tan helado que el Pepón lo miró. Se sonrió.

—Me juzgas, Chino.

—Chino, dime una cosa, ¿a ti te ha gustado tu vida?

—Ah, ahora eres filósofo también.

—No, Chino, de verdad. Hablemos en serio. ¿Cuántos años nos conocemos? Lo menos cuarenta. ¿Y no podemos hablar en serio? Somos viejos ya, Chino. Y nos hemos ganado el derecho a hacernos estas preguntas. Los días son cortos ya, cómo decía la canción.

El Pepón lo miraba a ratos sí y a ratos no. El Chino estaba pendiente de sus ojos y de los ojos de todos. Y, mientras, movía lentamente las manos. Primero abrir la cremallera del estuche de cuero. Después sacar el teléfono. Después dejarlo sobre su regazo. Después cerrar el estuche. El Pepón seguía.

—Entonces, Chino, dime, ¿crees que la vida que has vivido ha sido la tuya o crees que más bien ha sido la vida de algún otro?

El Chino miró entonces al Pepón. ¿Y no había sido justo aquello lo que él le había preguntado un día, no hacía tanto, a María del Rosario? ¿Y por qué se lo había preguntado?

—Chino, dime, ¿cuándo decidiste vivir tu vida así y por qué? Yo ya no me acuerdo. ¿Te acuerdas tú?

—No.

—No. Y esa es la cuestión.

—¿Por qué es la cuestión?

—Porque pensábamos que éramos señores, Chino. Lo pensábamos, pero estábamos equivocados. Porque la realidad es que no éramos, que no somos, más que esclavos. Tan esclavos como todos los demás. Unos esclavos, además, que ni siquiera saben que lo son. Y es peor aún, Chino. ¿Tú sabes lo que es el síndrome de Estocolmo?

—¿Es eso de que los secuestrados se enamoran de los secuestradores?

—Sí, Chino. Eso.

—Mil veces, Chino, me senté en mi jardín con él. Debajo del melocotonero. Él llegaba con una botella y nos quedábamos ahí hasta las tantas. Hablando. Hablando como amigos. Cada uno sus cosas. Por turnos. Entendiéndonos. Y yo le debía tanto, Chino. De no haber sido por él, ¿estaría yo vivo? No. Pero hablábamos y hablábamos. Tanto que, a veces, él empezaba a hablar como se habla cuando está uno a solas consigo mismo y fluyen las verdaderas verdades. Esas que no tienen filtros. ¿Y qué pasaba? Pues pasaba que empezaba a surgir lo que de verdad pensaba de las cosas. Yo lo escuchaba y lo notaba, pero ¿sabes qué pasaba? Que yo tenía el síndrome ese y estaba enamorado del sol que me alumbraba. Y entonces me decía: es normal, todos somos así. ¿O quién podría decir que su pensamiento, ese que solo tiene a solas, no es el pensamiento de un monstruo? ¿Quién, enfrentado a las verdades, podría decir que no es amoral? Y así era, Chino. Así era él también. Solo que luego, conforme se acumulaban las horas de charla, empezó a pasar una cosa, ¿sabes qué cosa?

—No.

—Que me empecé a desenamorar. Que el sol empezó a no deslumbrarme tanto. Fue algo que pasó muy poco a poco. Primero, te negabas. El amor y la lealtad, esas cosas. Pero luego, de pronto, había un día en que ya no lo amabas y que era al revés. Que te dabas cuenta de que le sacarías el corazón por las tripas y se lo harías comer, ¿me entiendes? Y, poco a poco, esos días empezaron a ser más frecuentes. Si oyeras las cosas que decía, Chino. Las cosas que decía sobre la gente, sobre las personas como tú y como yo. Mierda, Chino, eso es lo que éramos para él. Cosas, ¿entiendes?, que se podían comprar y vender. Mercancía. Si vieras las cosas que decía de las mujeres. Cómo alardeaba. Que si cincuenta, que si cien, que si mil. Y a esta le había hecho esto y a la otra lo de más allá. Y yo me callaba. Y él decía: coge a la mujer que quieras y empieza a ponerle dinero encima de la mesa y sigue poniendo hasta que se baje las bragas. Se reía, Chino. Y sus ojos eran crueles. Y su boca...

El Pepón tomaba aire. El Chino estaba quieto, en sus pensamientos. Que ya sabía dónde había sido que había tenido aquella sensación. Había sido en la casa de doña Victoria, la primera vez que había ido. El Pepón le pidió agua al muchacho calmado. Luego siguió.

—Un patio de recreo, eso era la vida para él. Una especie de parque temático construido solo para él y donde todo le estaba permitido y donde todo era diversión y donde las personas no eran más que piezas intercambiables. Y yo me llenaba de rabia, Chino. Porque me decía que no, que la vida no es así. Que el mundo es una cosa seria, porque hay mucha gente que padece. Y porque no es justo.

—Me vas a hacer llorar, Pepón.

El Pepón levantó un dedo.

—Dime la verdad, Chino, ¿no has pensado tú últimamente en las personas a las que les has hecho daño a lo largo de tu vida?

El Chino miró al Pepón. Y el Pepón al Chino.

13

Final del día 25 y día 26

El coche había llegado hacía rato a algún sitio, solo que el Chino no podía saber adónde a través de las lunas tintadas. Los dos hombres miraban al frente y esperaban. El Pepón suspiró.

—¿Qué piensas, Chino? ¿Estás conmigo o no? ¿Si encuentras a don Jorge me llamarás a mí primero para que pueda negociar un precio? Y piensa, Chino, en cuánto puede ser la mitad de lo que se saque. Piensa que puede ser un uno por ciento de lo que hay ahí. O un dos.

El Chino miró al Pepón.

—Tengo que pensarlo, Pepón.

—¿Tienes que pensar el qué?

—Tengo que pensar si todo esto que me has dicho de desenamorarse del sol se te ocurrió como tú dices o si fue algo de después de que supieras lo del dinero.

El Pepón abrió las manos.

—Creo que te estás confundiendo, Chino. Que mezclas unas cosas con otras. Pero tú siempre has sido dado a eso. Y no me gusta. Y te explico una cosa. Que yo te digo que vamos a medias, sí. Pero eso es porque valoro tu trabajo. Pero no quiero que pienses que somos iguales. Porque no lo somos, Chino. Porque yo soy un *bato najaró* y tú eres un perro de presa. Un perro de presa viejo y al borde de la tumba y del que nadie se acuerda. Un perro de presa que, además, está atado de pies y manos porque tiene una esposa y unos hijos y, en el fondo, muy poca cobertura. Porque tú nunca quisiste ser de nadie, Chino. Y que muy lejos llegaste con tanta arrogancia. Entonces, Chino, sumisión. Y respeto. A partes iguales vamos, sí. Pero yo soy tu patrón ahora. Y eso lo tienes que entender.

El Chino miró al Pepón y luego al muchacho tranquilo. Sonrió.

—¿Me das la mano, Chino?

—Eso también lo tengo que pensar.

El Pepón suspiró.

—Bueno, piénsalo. Pero fuera del coche. Para que te acuerdes de quién es el patrón. Bájate.

El Pepón hizo una seña y el muchacho calmado se movió, sin parecer apresurarse, a la velocidad del rayo. Un segundo después la puerta que estaba junto al Chino se abrió y el Chino se vio ante el cañón de una pistola. Entonces sonrió e hizo gesto de que le dejaran pasar y puso pie en un camino de tierra y se dijo que olía a mandarinas. El Pepón hizo una seña.

—Pero deja eso aquí, Chino. El estuche con tus cosas.

El Chino sonrió más. El muchacho calmado lo apuntaba con la pistola. Así que tendió el estuche.

El Chino entregó el estuche y quedó frente a frente con el muchacho calmado. Era fino y parecía todo él teñido de seda negra. Tan silencioso que no parecía capaz de hacer ruido ni aunque tirara una pirámide de copas de champán.

—Tú, mírame —le dijo el Chino. El muchacho lo miró y el Chino lo examinó un momento—. No, tampoco eras tú.

—¿No era él, qué, Chino? —dijo el Pepón desde la ventanilla del coche.

El Chino se quedó quieto un momento. Se señaló la marca en el cuello.

—Alguien me atacó la otra noche. En mi casa.

El Pepón lo pensó.

—¿Y para qué te iba a atacar yo, Chino?

—Eso mismo digo yo.

—No te entiendo, Chino.

—Tampoco lo entiendo yo. Pero pasó lo que pasó. Como si alguien quisiera asustarme.

—¿Y para qué te iba a asustar yo? Si yo lo que quiero es que sigas.

—Lo sé, Pepón. Pero, fíjate, el que me atacó, ¿me hizo algo?

—No parece.

—No, no me hizo nada. Solo un rasguño. Y entonces yo, ¿qué tengo que pensar?

—No te sigo, Chino.

—Tengo que pensar que estoy llegando a algún sitio. Y, entonces, sigo. Que es lo que tú querías.

El Pepón lo pensó un momento.

—Eso no tiene sentido.

—Bueno, ya se sabrá —dijo el Chino.

El Pepón perforaba la oscuridad como si tratara de adivinar algo en el rostro del Chino. La mano se le crispó sobre la empuñadura del bastón.

—Bien, Chino. Te dejo con tus fantasmas. Acuérdate de lo que te he dicho.

El muchacho calmado subió al coche de un salto. El coche arrancó y el Chino lo sintió alejarse entre las piedras. Por instinto buscó el chorro de luz de la ciudad, sin embargo no lo vio por ninguna parte. Lo siguiente que buscó fue la masa oscura de la sierra. Era una noche despejada, de luna en forma de tajada muy fina de melón. Luna amarilla, se dijo. Luego miró la hora y echó a andar hacia unas pocas luces que se veían a lo lejos. Mientras caminaba iba echando cuentas de a qué hora había salido de casa, porque eso quería decir que se había pinchado como diez minutos antes. Lo calculó y supo que no iba a llegar. Entonces se acordó de que había sacado el teléfono del estuche antes de bajar del coche y de que lo tenía en el bolsillo. Se echó a reír.

—La calavera de mis muertos.

Lo primero, se dijo, calcular dónde estoy. Le salió un lugar indeterminado más abajo de El Cañarico y supo que tenía a su izquierda el Guadalentín. Luego controló la batería que le quedaba en el teléfono y miró a su alrededor y llamó a María del Rosario.

—Chino, ¿dónde estás?

—Nena, estate tranquila, que no pasa nada.

Pero ella no estaba tranquila y se puso a llorar. Y más cuando supo que él estaba allí sin las inyecciones.

—Chino, Chino —decía.

—Estate tranquila, nena.

—Voy por ti.

—No, escucha. Agarra y ve a ver a tu sobrino. Al Jonathan. Y dile que se deje la mierda que esté haciendo y que venga por mí. Te mando la ubicación.

—Es lejos. Tardará.

—Bueno, me espero.

—Chino, no me cuelgues, por tus muertos.

—Tengo que colgarte, nena, que necesito guardar algo de batería.

—Chino, camina. No te pares.

—No me paro, no.

Ella dijo que iba corriendo a por el Jonathan y colgaron. Él miró a su alrededor. Y tranquilo todo. Cantaban los grillos, se sentía el viento, olía a tomillo y a mandarinas. Volvió a calcular. El tiempo, lo primero. Y cuánto podría tardar en llegar a aquellas luces, lo segundo. Claro que de qué le servían a él las luces si en aquella casa no tenían su preparado de morfina. Pero, alguien, se dijo. Alguien. Echó a andar. El terreno era cuadros de árboles y senderos de tierra calcárea. Todo punteado por zonas agrestes donde crecía un matorral fosco y gris. Por instinto se fue arrimando al río y fue siguiendo un sendero que le corría paralelo. Más allá había un puente y fue por ahí por donde empezó a sentirlo.

Primero el pinchazo, que venía suave, como presentándose, como líquido. Como un líquido caliente que muy despacio se abría paso. Luego el aleteo. El matraqueo.

Quiso andar más deprisa, pero se ordenó no hacerlo.

—Tranquilo, tranquilo. Mejor canta algo. Cantar espanta.

Así que buscó aire y tono.

Y los chorreles que l’han queaíto los mantengo yo.
La Binge de Regla yo se lo he rogao.
Que me libre un hermanito mío
de salir sordao.

Ya no pudo seguir más. Aquello le atenazó el cuello y le subió por la garganta y se le incrustó con fuerza en la mandíbula. El Chino sintió cómo le crujían los dientes. Ya no era caliente, ahora era puro hielo. Y se retorcía y buscaba. Hacia arriba, hacia la nariz, pero también hacia abajo. Como siguiendo el carril del esófago, hincándosele en las tripas. El Chino gimió y le fallaron las rodillas. Aun así quiso seguir andando. Y pudo, lo menos un minuto o dos. El tiempo que tardaron sus piernas en convertirse en pedazos de madera que se arrastraban sin vida por las piedras. Así que se desplomó y puso la cara en el suelo y las sintió antes de verlas. Eran como libélulas verdes y de ojos muertos que saltasen sin orden y eran muchos cientos. Ensordecían y aplastaban el aire. Y algo venía con ellas. Algo pesado que se arrastraba por la tierra. Algo hecho de huesos que castañeteaban contra el suelo. El Chino quiso cerrar los ojos pero no pudo. De pronto estaba panza arriba en mitad del sendero y aquello, aquella, venía. Era mucho más alta de lo que pudiera ser jamás una persona y era mucho más blanca de lo que jamás pudiera ser una persona. Era tan blanca que era verdosa, azul. Y no tenía ojos ni boca. El sonido de lo que venía arrastrando se paró un momento y el Chino volvió a sentir, en el cielo, aquel pozo profundo por el que se iban colando las cosas. La mujer dio un paso y luego otro. Ahora más cerca de él. Las langostas empezaron a vibrar acompasándose a los latidos del corazón del Chino.

El Chino buscó aire, pero la mujer ya se le cernía. Había llegado a su lado y ahora se estaba tendiendo. Primero puso las rodillas en el suelo y luego una mano junto a uno de los hombros del Chino y luego la otra junto al otro. Después empezó a bajar, como si fueran a hacer el amor y ella pretendiera besarlo. Bajaba y olía a todos los muertos del mundo. A todas las criaturas muertas que arrastraba en el saco que iba más allá de su cola de raspa de pez. El zumbido frenético de las langostas cavaba pozos en la cabeza del Chino y no era capaz de distinguirlo de su propio dolor. Llegaron voces lejanas. Una niña gritaba: «rana, rana». Y su hermana pequeña, la María Angustias, quería pan con pimentón y aceite. Después fue el paroxismo de las langostas y la mujer bajando y el Chino notándole las costillas, los muslos, las caderas y sintiendo que se desasía de algo y no comprendiendo por qué se resistía a aquel desasirse. Se le secó la boca porque comprendió algo. Qué.

—Nena, me caí —dijo. Y cerró los ojos.

Luego nada.

—Chino, Chino, Chino.

—Chino, coñooooooooooo.

El Chino abrió los ojos.

Abrió los ojos y, en mitad del estruendo de catarata que dominaba el cielo, encendió la linterna del móvil y lo agitó en el aire para que lo vieran. Alguien venía corriendo entre las matas y a él

se le mezclaban las lágrimas con el polvo del camino.

—Está ahí —dijo la voz de una chica.

—Chino, coño.

Alguien corría. Alguien se acercaba. La otra voz era la del Jonathan, el sobrino de María del Rosario. ¿Y cómo se llamaba la chica? Marina, sí. Marina. Como la sal. Luego los sintió ya más cerca. Dedos que lo tocaban, respiraciones.

—Hay que pincharle, tu tía lo dijo.

—¿Y cómo le pincho?

—Quita, coño.

Lo sintió entrar como sintió que las langostas perdían el ritmo y volaban y oscurecían el cielo con su matraqueo. Como sintió luego las manos que le quitaban la mierda de la cara, que lo incorporaban, que lo llevaban en volandas. El sombrero, decía, el sombrero. Así que ahí estuvieron los dos, el Jonathan y la Marina, buscándolo entre las matas. Acá. Se lo acercaron y él lo acunó en sus brazos. Luego fue un rato de coche con Marina sentada a su lado y hasta que ya vio las palmeras que sobresalían por encima de sus tejados y a María del Rosario que venía corriendo por el camino. Después más brazos asiéndolo. Alguien tendiéndolo en la cama y quitándole la ropa.

—Chino, Chino —decía María del Rosario—. ¿Por qué me haces esto?

—Perdóname, nena. Perdóname.

Luego se durmió. O dedujo más tarde que se había dormido. Porque sin duda había ahí un lapso de tiempo. Un salto en la película. Porque la luz era distinta y tierna. Una luz de rosas y naranjas. Porque las daturas andaban soplando su aire de clavo a través de las trompetas. Olía a eso y al azahar de los árboles. Y olía al jazmín de María del Rosario, que estaba allí cerca, enredada en las sábanas. Tan enredada que el Chino quiso ponerse a llorar. Pero sonaba el teléfono y eso lo rompió todo. Porque ella se movió y tanteó y él cerró los ojos y escuchó su voz. Su voz cansada.

—Sí, está aquí. Está durmiendo. Está durmiendo. Ya sabes cómo es. No, no te preocupes.

Ella caminaba descalza por la casa y salió de la habitación. El Chino sentía su voz en el pasillo, la puerta entornada, y él dedujo que hablaba con uno de los chicos. Después ella colgó y se quedó parada delante de la cama. Él abrió los ojos por fin.

—Le ganaste a mi madre —dijo él.

—¿Qué?

—Sí. Pensaba que me moría y no pensé en ella, pensé en ti.

Sintió que ella temblaba. Que sonreía.

—Pensaste en mí porque no era de verdad, Chino.

—Sí, sí lo era. Tú no estabas y, por lo tanto, no sabes cómo fue.

Ella se acercó un poco y le rozó, así como si fuese una pluma, la mejilla con el dorso de la mano. Luego se fue de la habitación y el Chino supo que ella se iba para que él no viera que

lloraba.

Luego ya nada. El día avanzando, dejándose ir. Siendo invertido en que el cuerpo olvidara los terrores nocturnos y las trazas de dolor que tenía incrustadas como diamantes. Se puso su morfina a las nueve y luego otra vez a las doce. Ahí la paz. María del Rosario daba vueltas a su alrededor y, a la hora de comer, la reunión pospuesta con Aarón y Jesús. Los cuatro de frente y las caras de sus hijos dándole la medida justa de cómo andaba la situación.

—Pero, no. Tranquilos, que estoy bien —les dijo.

Se lo dijo pero él les acariciaba la cara con los ojos y supo que, a sus espaldas, estaban organizando planes con María del Rosario.

Planes que incluían maletas, aviones. Carreras.

Pues no me voy a morir todavía, se dijo. Se lo dijo, pero, cuando a primera hora de la tarde salió al jardín y se sentó en la silla de plástico, se dio cuenta de que seguía oyendo, a lo lejos, aquel estruendo de pozo en el que todo se vertía. Y vio también que aquella otra, aquella que era tan alta y tan blanca que parecía verde, estaba como medio cristalizada entre las sombras que quedaban debajo de la mimosa. Entonces tomó mucho aire y aguzó el oído por si sentía la vibración acompasada de las langostas. Pero no.

Entonces aferró con fuerza los reposabrazos de su silla y tensó los brazos hasta que los músculos del cuello se le convirtieron en cables y apretó los dientes y el culo y retorció los pies y clavó las uñas en la tierra mojada y extendió su piel toda al sol y al aire de la tarde y abrió con tal fuerza las fosas nasales que las aletas de la nariz le pegaron, casi, en las orejas. Luego sonrió y miró hacia donde traslucía y parpadeaba, ahora azul, ahora verde, ahora blanca, la otra.

—Tú no conociste al Jacintito. Jacintito, mi mexicano loco —empezó a decirle—. Le encantaba hablar de estas cosas, la matrícula de la muerte y eso. ¿Sabes qué decía? Decía que, en los tiroteos, siempre parecía que los primeros tiros sonaban muy lejos. Como que no iban con uno, ¿entiendes? Así que aquí estamos. Tú y yo. A ver quién aguanta más. A ver de quién pasa antes el autobús.

El Chino, inmóvil, miraba hacia la otra. A ratos canturreaba.

Han puesto en balanza
dos corazones a un tiempo.
Están puestos en balanza,
uno pidiendo justicia,
otro pidiendo venganza.
Yo pegué un tiro al aire.
Cayó en la arena...

14

Día 27

—Uno de tus teléfonos se mueve, Chino —le dijo María del Rosario.

El Chino, que estaba en la silla de plástico mirando a ratos para las matas y a ratos para aquella otra, levantó una ceja.

—¿Cuál?

—El que acaba en seis seis.

—¿Y ese cuál es?

—No sé. Ha salido como de Alquerías.

—Ese es el Pepón.

—No te interesa mucho, veo.

El Chino lo pensó un momento.

—El Pepón no sabe nada. ¿Para dónde va?

—Va por el Carril Viejo. Como por la zona de Torreagüera.

—Eso es que va a casa de Aurora.

—¿La loca?

—Sí.

—¿Y por qué va ahí?

—Porque tiene el mapa de los movimientos del Audi. Y los está siguiendo por si encuentra algo. Verás como luego se va para Pulpí.

—Ya.

—¿Y el otro?, ¿la copia de seguridad?

—El otro está quieto.

El Chino movió la cabeza.

—Mejor. Más tranquilos estamos.

—¿Por qué le dices copia de seguridad, Chino?

—Porque no me fío ni de mis muertos, nena. Ni de ellos. Y porque...

—Porque ¿qué?

—Piénsalo, nena, ¿qué día me atacaron?

—No sé. Fue el martes.

—Ya, y ¿qué hice yo ese día?

Ella lo miró. No dijo nada.

—Ese día me levanté y lo primero convencí al Currito. Luego fuimos a ver al Reyes y sacamos la matrícula. Luego fuimos a ver a la loca y regresamos donde el Reyes y sacamos los demás nombres.

—¿Y qué?

—Que la cuestión es que aún no sabemos quién me atacó. Y que a lo mejor el ataque no fue un ataque en general en modo «deja esto o avanza hacia esto». Sino un ataque que tuvo que ver con algo que yo hice ese día, ¿entiendes? Y que tal vez lo que pasó fue que me atacaron porque justo ese día hice algo que me puso demasiado cerca. Y ¿sabes qué pasa? Que eso no lo pensé. ¿Sabes por qué? Pues porque, si eso es así, entonces la cuestión, en el fondo, no es esa, sino las implicaciones.

—¿Qué implicaciones?

El Chino lo pensó un momento.

—Las implicaciones de ¿cerca de qué?

—¿Qué ha hecho el seis seis?

—Lo que tú dijiste, Chino. Fue a Pulpí y ahí se paró diez minutos al lado de una casa. Luego ha seguido hasta Calarreona, pero ni ha llegado a entrar. Ha dado la vuelta.

El chino se rio. Ella lo miró.

—¿En Calarreona está doña Victoria?

—Sí, y tal y como están las cosas, mejor no andar jodiendo —dijo el Chino, que después quiso saber qué más había hecho el seis seis.

—Después, nada. Ha vuelto a casa.

—¿No se ha ido para el norte, dirección Valencia ni nada?

—No.

El Chino sacudió la cabeza.

—Bueno, supongo que es pronto. Lo mismo va mañana o pasado. O lo mismo lo hacen por el ordenador con las pantallitas.

—¿A Valencia a qué?

—A dar una vuelta en el yate.

Ella se quedó pensativa. El Chino se rio.

—Claro que, que no fuera, sí que tendría gracia.

—¿El qué, Chino? Hoy me llevas loca.

—Lo de que resultara que justo la gacela fuera tigre. Y el tigre, gacela.

Ella lo miraba. Él seguía allí. Y aquello otro también. Parecía una partida eterna. Ella suspiró.

—Bueno, Chino. Es tiempo de descansar.

Él dijo que sí y un buen rato se quedó quieto, tranquilo. Entrecerraba los ojos y los abría para

vigilar a aquella que se movía entre las sombras. Le llegaban visiones. Lo mismo las capturas de pantalla que había hecho en el parking que la mujer de la gorra que la mano que salía del Skoda. Lo mismo la loca de Aurora gritando en la cama que los ojos de la madre al decirle que no tenía que ver con el Jokin ni con el Chus. Lo mismo la cara espantosa del Mono que la marca del cuello de Rocío que lo extraña que había sido la conversación entre los dos. Luego el Chino quería arrancarse de aquello, pero aquello le volvía cada vez. Don Piazentino y su sonrisa y la música que había sonado en el teléfono la vez que él lo había llamado. Señor Mendoza y la calavera de tus muertos. Date prisa, Chino. Y luego el otro, el tal Ambrosio, con el palo metido por el culo. No, ya no. Gracias por tus servicios, puto. Él tenía un despacho en la torre. En la misma torre que limpiaban Aurora y las otras. Y el coche estuvo cerca aquella noche. Pero solo esa noche. Casualidad. O no. O sí. El Pepón hablándole de los *bengorrós* y eso mezclándose con doña Victoria que le decía que nada era casual. Las cosas no tienen patas y no se van solas. Seguían las voces. La tal Tania y el guepardo. María del Rosario diciéndole que si había investigado a la tal Carmen. Iremos más rápido por el otro lado, nena. Además, se murió. La voz de María del Rosario diciéndole que lo olvidara todo. Un momento se quedó dormido y soñó con un enano que atacaba a un gigante. Cuando abrió los ojos, María del Rosario estaba recogiendo los restos de fruta que había sobre la mesa.

—Creo que casi lo he tenido —dijo él.

—Ahora toca descansar, Chino —dijo ella.

Él no dijo nada y la vio marchar y volvió a girar la vista hacia los rincones. Porque aquello seguía insinuándose y porque era indudable que le faltaba un trozo al mundo. Un trozo de luz o de aire. Y porque persistía aquel zumbido, aquel agujero. Solo que él no quería que ella se diera cuenta. Así que se agarraba a la silla y se hacía el normal. O esto estuvo haciendo hasta que ella volvió a salir y a mirarlo.

—El siete dos se mueve, Chino.

—Bueno, alguna vez tendrá que salir.

—No, Chino, ven a verlo.

El Chino fue a verlo y tomó mucho aire. Se asustó de veras. Y se asustó más cuando vio que el siete dos pasaba Lorca y tomaba la autovía que llevaba a Águilas. Y más cuando vio que salía de esa autovía y emprendía, cerca de Purias, ruta a la derecha. Desde ahí había una carretera que llevaba recto a Pulpí.

El Chino maldijo. Miró a María del Rosario.

—Ve a por el Jonathan —dijo.

—¿El Jonathan para qué?

—Porque voy.

Ella se plantó en mitad de la habitación.

—¿Que vas adónde?

—¿No lo ves?

—Chino, no.

—Nena, sí. Y si no le dices, agarro yo el Audi y me voy.

—Te mato, Chino.

—Bueno, muerto el perro...

Llevó un rato organizarse. Primero tuvo que llegar el Jonathan y hubo que decidir en qué coche se iban. Eligieron el del Jonathan. Luego estuvo el asunto con María del Rosario.

—No, nena.

—Pues si no voy yo, el Jonathan se va para su casa y te pincho las ruedas del Audi.

—Nena.

—Ni nena ni leches. Ya sabes.

Para cuando salieron el siete dos ya había llegado a la casa en Pulpí y ahí se había detenido. El Chino iba en la parte de atrás del coche y cada poco se asomaba por la ventanilla para ver si el agujero del cielo los seguía. Y sí. También se le ocurrió pensar que, al final, él había tenido razón desde el principio. Luego cruzaron los pueblos abrasados y al poco ya estaban. El Chino, cuando llegaron a la curva que había poco antes de la casa, se echó hacia delante.

—Cuando lleguemos, te quedas atrás, en la curva —le dijo al Jonathan.

El Jonathan paró. La casa, medio marrón, cuadrada, con tres ventanas en el torreón, estaba tan tranquila como la vez anterior. El mismo viento, las mismas matas quemadas, los mismos desperdicios. El Chino la miró desde la curva y bajó del coche e hizo un gesto de tranquilos. Después avanzó unos pocos metros hasta pegarse a la valla. Entonces sacó el teléfono y buscó entre las llamadas de los últimos días y marcó.

—¿Sí? —dijo una mujer.

—¿Rocío? Soy el Chino Mendoza.

Siguió un silencio, el silencio acostumbrado. Un suspiro profundo.

—Dime.

—¿El otro día qué pasó? ¿Te viste entre la espada y la pared?

Al otro lado hubo el silencio de alguien que pensaba. Que asumía las cosas.

—Ya saltó todo, Rocío. Así que ya me lo puedes contar. ¿Te viste atrapada?

—Sí.

—Me lo imaginé. Escucha, tengo una pregunta. ¿En el año 2015, aquella noche en el arrozal, lo reconociste?

Otra vez el momento de silencio. Luego la voz.

—No.

—Normal. Pero sí lo reconociste el otro día.

—Sí.

—¿De qué lo conocías?

—Solo lo vi una vez o dos. A lo mejor llevaba a Carmen a trabajar. O la recogía.

—Ya.

Otra vez hubo una pausa.

—Chino, dime la verdad, ¿me va a pasar algo?

El Chino sonrió.

—¿Pasarte? No. ¿Por qué? Has sido muy valiente, Rocío.

El Chino colgó y miró a su alrededor. Seguía faltando un pedazo en el mundo. Como si se hubieran desdibujado algunos tonos de color. Le pareció ver, debajo de uno de los almendros del inicio de la cuesta, un aleteo verde. Sin embargo no veía a la mujer blanquísima y se preguntó por qué. Regresó hacia el coche. María del Rosario estaba de pie, esperando.

—Quedaos aquí. Y no os mováis. Pase lo que pase, ¿sí?

Ella estaba a punto de llorar. Dijo que no. Él le dio un beso en la mejilla y le guiñó un ojo. Luego sacó el revólver y echó a andar hacia la casa. Estaba llegando a la esquina cuando sonó el primer tiro. El Chino, por instinto, se agachó y se pegó a la valla.

—¿Encima me tiras, desgraciado? —gritó el Chino en dirección a la casa.

Se oyó una risa.

—No te tiro, Chino. Ha sido un tiro de advertencia. Nada más.

—¿Advertencia de qué?

—Advertencia de que te estés quieto. De que me dejes pensar.

—¿Qué pasó, Currito? ¿Por qué me atacaste? ¿Me acerqué demasiado?

—No quería hacerte daño, Chino.

—Lo sé. Me quedó claro.

El Currito, al otro lado, pareció pensarlo un momento.

—Tú eres mi amigo, Chino.

—Sí, pero no tanto como para saber el apellido de tu esposa.

El Currito se rio.

—¿Y sé yo el de María del Rosario? No.

Luego hubo un silencio. El Chino se había adosado a la tapia y se asomaba cada poco. Fue así como vio el arma del Currito brotando de una de las ventanas de la planta baja. Y la sombra que era este. El Chino tomó aire.

—¿Y no pensaste que con aquello lo mismo me estabas animando a que siguiera?

El Currito tardó en contestar.

—Lo he pensado mucho, Chino. Y a lo mejor es que pasaba que quería que hicieras justo eso.

—¿Que siguiera? ¿Por qué?

—Para acabar de una vez con todo.

—¿Acabar con qué, Currito? No te entiendo.

—Bueno, ahora lo verás.

El Chino se quitó el sombrero y dio un paso más. Casi como para tenerlo a tiro. Esperó. El Currito seguía hablando.

—Casi me muero de miedo el día que la loca aquella, atada a su cama, empezó a mugir como un toro. Y el otro día, Chino, cuando estábamos en la casa del Mono con la muchacha. Todas reconociéndome. Y tú allí, sin enterarte.

—De algo me enteraría, Currito. ¿O no estoy aquí?

—Eso sí, Chino. Eso sí.

El Chino seguía pensando.

—Ella no te reconoció en 2015. Pero tú a ella sí, ¿verdad?

—Claro, Chino. Si no, ¿cómo iba a saber yo que tenía un ojo de cristal?

El Chino volvió a ponerse el sombrero y controló el final de la cuesta, donde estaba María del Rosario. Le hizo un gesto de que tranquila.

—Dime otra cosa, Currito. ¿Eras o no eras?

—¿Era o no era, qué?

—Si eras Santa Claus o los Reyes Magos. ¿De qué estamos hablando, Currito? ¿Eras la mujer de la gorra o no eras?

—Adivina.

—Sí eras.

—Premio para el caballero.

—¿Te acuerdas de mi hijo, el Santi? Lo conociste en 2011, cuando lo del campo de los Monje.

—Sí.

—¿Sabes que murió en un accidente?

—Sí.

—Ahí empezó todo.

—¿Todo el qué?

El Currito hacía largas pausas. El Chino vigilaba con un ojo el almendro del final de la cuesta y con el otro el pedazo que le faltaba al mundo.

—¿Qué habrías hecho tú, Chino?

—¿Qué habría hecho yo de qué?

—Imagínatelo, Chino. Tú y María del Rosario. Y un día se te muere el Aarón. Se te muere y María del Rosario empieza a odiarte. Tú quieres ir a ella, pero ella no quiere saber de ti. Ni te habla. Y se abandona y se le ve el odio que te tiene. Y tú la quieres, Chino. La quieres de la forma que yo sé que la quieres. Así, Chino. Y luego, un día, la ves que otra vez cambia. Tu María del Rosario, Chino. Volviendo tarde a casa y no volviendo en el coche de su compañera como hace siempre sino andando, como si alguien la hubiera llevado en coche al principio del carril.

—Eso empezó a pasar con Carmen, dices —dijo el Chino.

—Sí, justo eso.

—Y entonces la seguiste una noche.

—Sí, Chino. Y lo vi. A don Jorge. Él que lo tenía todo. Él que no se conformaba y me quitaba, encima, lo único que yo tenía.

—¿Qué hacían por las noches?

—No lo sé. Pero no hay que imaginarlo mucho.

—Y te metiste en el parking y lo esperaste.

—Sí.

—Y la mano que sale del Skoda es la tuya también.

—Sí.

—Esa fue la noche antes de lo del Mono y el Chato.

—Sí.

—¿Y qué hiciste? Cuéntamelo.

—Primero me encargué de ella. Luego de él.

—¿Qué quiere decir que te encargaste?

El Currito se rio.

—Me encargué. Solo eso.

—Pero ella murió de cáncer.

El Currito dejó pasar unos segundos.

—Todavía no lo has entendido, Chino.

—No. ¿Qué pasó con ella?

—Pasó que, una vez que lo tuve todo, me fui unos días a Chicago, donde hay unas clínicas muy buenas y muy caras. Y allí compré una urna muy bonita y luego volví y llamé a su familia y a algunas amigas de ella. La familia es escasa y está lejos y no tenían mucho contacto. Cáncer fulminante, les dije. Se me fue en una semana y ella estaba enferma pero no lo decía. Y en el mismo Chicago se me murió. Entonces todos a llorar un poco y luego tan tranquilos. Porque ¿quién distingue las cenizas de una persona de las cenizas de un pino? Y si no hay muerte, ¿quién investiga, Chino? Piénsalo...

—No entiendo lo de la no muerte, Currito.

—Bueno, tú ve al Registro Civil y pide una partida de Carmen, a ver si te sale viva o no.

El Chino tomó mucho aire. Porque, de pronto, le pareció que todo encajaba por fin.

—Currito, entonces, si está viva, ¿dónde está?

El Chino lo preguntó pero nadie le contestó. Entonces se acordó de otra cosa.

—Y con don Jorge, ¿qué hiciste?

—El camino termina aquí, Chino.

—¿Qué quiere decir eso?

—Lo que has oído.

El Chino se removió, inquieto. La sombra junto a la ventana se había sentado. El Chino aferró con fuerza el revólver.

—¿Te ha gustado tu vida, Chino?

—Sí. En líneas generales.

—Sí. A mí también me ha gustado la mía. En líneas generales.

Luego hubo un silencio hondo y el Chino volvió a mirar hacia el almendro. Allí ya no había una langosta sino una nube verde que se alzaba. Buscó por si veía a la mujer alta pero volvió a no encontrarla y volvió a preguntarse por qué y oyó cómo su corazón latía. Un latido, dos, tres. El Currito volvió a hablar.

—Un avaricioso, Chino, eso es lo que es. Pero diles que fui yo. Díselo a todos. Que todos lo sepan. Que nadie lo olvide.

El Chino fue a decir algo pero lo interrumpió el estampido del disparo.

15

Todavía el día 27

Entonces pasó todo. Sonó el estampido del disparo y fue como si aquello fuera la señal de que empezaran los juegos. De pronto al Chino le dio la impresión de que habían llegado junto al mar y lo dijo en voz alta. ¿Cuándo hemos venido al mar? Lo dijo en voz alta, pero al mismo tiempo estuvo seguro de que no había emitido sonido alguno. Sin embargo, no pudo reflexionar sobre las implicaciones de aquello porque lo siguiente que pasó fue el dolor, que lo agarró desde la escápula y se le clavó vertiginoso como una flecha hasta la ingle. El Chino se dobló sobre sí y perdió el sombrero y sintió que sudaba aquellas gotas de leche blanca.

—Nena —llegó a decir.

Pero ella no podía verlo desde donde estaba, así que hizo por tomar aire y por estarse quieto y esperar. Estaba medio sentado contra la tapia y se dio cuenta, de pronto, de que había dejado de oír al mar. Y de que tampoco oía ni a las chicharras ni a los pájaros ni al viento. A cambio empezó a oír cosas lejanas. Como niños que cantaran. Gritó de rabia. O debió gritar. Gritó, en realidad, por si se oía. Pero no. El silencio del fondo del mar, pensó. De la soledad absoluta del fondo del mar. Pero tenía que seguir. Así que se levantó como pudo y dio dos, tres pasos. Con el dolor revolcándose en él y los dientes estallándole. Fue al entrar en el jardín lleno de matas viejas y amarillas cuando el Chino presintió lo que estaba a punto de pasar. Pero seguir. Así que otros dos pasos y luego apoyarse en la puerta que daba entrada a la casa y aguantar en pie mientras aquello le bajaba como un latigazo a lo largo de las piernas y luego regresaba hasta su mismo centro.

Los sonidos seguían. Ahora era algo semejante al patio de un colegio. Una niña gritaba: «rana, rana». Y había algo que chirriaba como un pájaro viejo. Había, también, una mezcla de olores. Manzanillas, sí. Pero también algo dulce y algodonoso. Torrijas, lo mismo. Torrijas en un plato blanco decorado con flores azules mientras una mujer mojaba, cuidadosamente, pan en leche.

—Joder —dijo.

Se obligó a moverse. El dolor lo avisó y quiso derribarlo. Pero él se apoyó con fuerza en el quicio de la puerta y entró en la casa. Un poco más allá estaba el Currito, o lo que quedaba del

Currito. Porque estaba el cuerpo del Currito y, más allá, la cabeza del Currito hecha pedazos. El Chino tomó mucho aire.

—Nena —llamó.

Ella entró. Se movió mansamente a lo largo de la habitación medio vacía y apenas miró a donde yacía el Currito. Entró, se movió y apenas miró y el Chino se dio cuenta de que quien había entrado no era María del Rosario sino la niña que vestía el guardapolvo de hace cincuenta años. La niña lo miró y no era verdad que estuvieran en la habitación ni tampoco en el patio de un colegio. No, aquello era la boca de una mina y aquello negro y alto era lo que chirriaba. La niña lo miró muy fijo.

—¿Por qué no abres los ojos? ¿Es que eres chino?

La voz de la niña cantó en sus oídos y el Chino supo su nombre y lo pronunció. Mabel. Y luego pensó: Mabel no vayas hacia ahí. No bajes. Y luego empezó a llorar y a gritar y las lágrimas le quemaban el cuello y las mejillas.

—Rana, rana —volvió a decir la voz.

Hubo un corte abrupto. El silencio se impuso a todo. El silencio de donde nunca hubo sonido. Otra vez el Chino tenía el revólver en la mano y Mabel le tendió la suya y él se la tomó. Avanzaron entonces. Cruzaron a una habitación y a la siguiente. Se asomaron primero al baño y luego llegaron al acceso al torreón. Había una escalera que subía, pero el hueco estaba cegado con ladrillos de forma que no quedaba más que un resquicio por el que, tal vez, podría pasar un niño o un hombre flaco.

Y sucedía algo.

Un olor que venía de allí.

El olor de algo descompuesto, licuado.

Se retorció, eso hizo el Chino. Metió un brazo por el hueco y después consiguió meter un hombro. Después hizo presión, contrajo el pecho y al final cayó al otro lado. En la penumbra del otro lado. Y aquel olor. Ahí estuvo, tirado en los escalones, como cinco minutos. Mientras Mabel esperaba a su lado, mientras el chirrido de la grúa, negra y retorcida, insistía. Consiguió levantarse, seguir escalera arriba. Subiendo, agarrándose a las paredes, le pareció que más gente subía con él. Aquella era la María Angustias. Y alguien decía algo de una tinaja de aceite y de algo que había que conservar en ella. Alguien dijo que la tinaja era demasiado pequeña. Alguien dijo: te toca ir por la cabeza. Alguien dijo que si era que a él lo deslumbraba la luna.

—Nena —dijo—. ¿Dónde estás?

Pero ya le quedaban dos pasos. O tres. Subió los últimos escalones. Al final había una puerta y la niña esperaba.

El Chino tomó mucho aire. Dejó caer el revólver. El arma rebotó por los escalones, se perdió en la oscuridad. Abajo.

El Chino abrió y pasaron varias cosas.

Lo primero, que se deslumbró, porque de la puerta salió un chorro de luz blanquísima.

Lo segundo, que el olor se intensificó hasta hacerse insoportable, vomitivo. Un olor, se dijo de pronto, de conejera, de pocilga. El Chino boqueó en la misma puerta. Cayó de rodillas.

Lo tercero, que con el rabillo del ojo le dio la impresión de que algo se deslizaba por el suelo y salía por la puerta en el momento de entrar él. Algo que tenía cuatro, cinco patas, y que se movía como un cangrejo y que tenía el tamaño aproximado de un cubo de fregar.

Aquello pasó por su lado en silencio y se escurrió escaleras abajo.

Entró a rastras. Se apoyó en la pared. Miró a su alrededor. La habitación ocupaba toda la planta del torreón y estaba extrañamente desnuda. En el techo había hasta diez tubos de neón que le daban a la atmósfera un blancor que cegaba. Una de las paredes estaba completamente ocupada por un espejo. Dos de las otras paredes estaban vacías.

Luego miró a la cuarta. Se deslizó al suelo.

Había dos barras de hierro que cruzaban de pared a pared a la altura de la cintura de un hombre y sobre ellas, bien sujeta, una conejera de alambre y debajo de la conejera un cajón inmenso lleno de excrementos.

Y dentro de la conejera, apretados de forma que no podían no tocarse, pero tampoco acostarse, pero tampoco incorporarse, había dos ancianos. Un anciano hombre, le pareció al Chino, y un anciano mujer. Los dos con los ojos lindando la locura, los dos con algunas pocas guedejas de pelos blancos colgándoles de la cabeza, los dos con las uñas de las manos y los pies larguísimas y amarillas y endurecidas. Los dos con la piel cetrina y enferma.

El Chino tomó mucho aire y sus ojos se cruzaron un momento con los del anciano varón y supo quién era sin ningún lugar a dudas.

Luego el dolor le dio otro hincazo.

Luego se sentó a esperar. La niña, Mabel, estaba parada en mitad de la habitación.

—Nena, ¿dónde paras?

ACLARACIÓN Y AGRADECIMIENTOS

Esta novela, indudablemente, es una suerte de prolongación de una novela anterior, *Los gatos pardos.* Y pudiera ser que en su desempeño el autor se haya contradicho inadvertidamente con algo que figure en esa primera novela. Se disculpa el autor si algo así hubiera pasado y promete estar más atento en adelante.

Advierte igualmente el autor que, siendo *De tigres y gacelas* una suerte de continuación de *Los gatos pardos,* las dos novelas son independientes y complementarias, y cree que se ha producido esa magia deseada que implica que sea indiferente el orden en que sean leídas.

Y en cuanto a lo otro, el autor entiende que tiene muchas cosas que agradecer en general y en concreto a mucha gente. Se centrará en lo concreto. A Cristina, siempre, por su paciencia, por esa luz que año tras año permanece encendida para atender tanto desvarío. Y luego a la Dra. Aida Flores, por sus conocimientos profesionales y, también, por su paciencia. Y para finalizar, y muy especialmente, a Ana Cristina Carrillo, que era colaboradora esencial y que tuvo que dejarnos a mitad de viaje. Mil gracias, Anika, nos volveremos a ver pronto.

De tigres y gacelas
Ginés Sánchez

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Ilustración de la portada: © Patricia Bolinches

© Ginés Sánchez, 2023

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2023

ISBN: 978-84-1107-236-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!